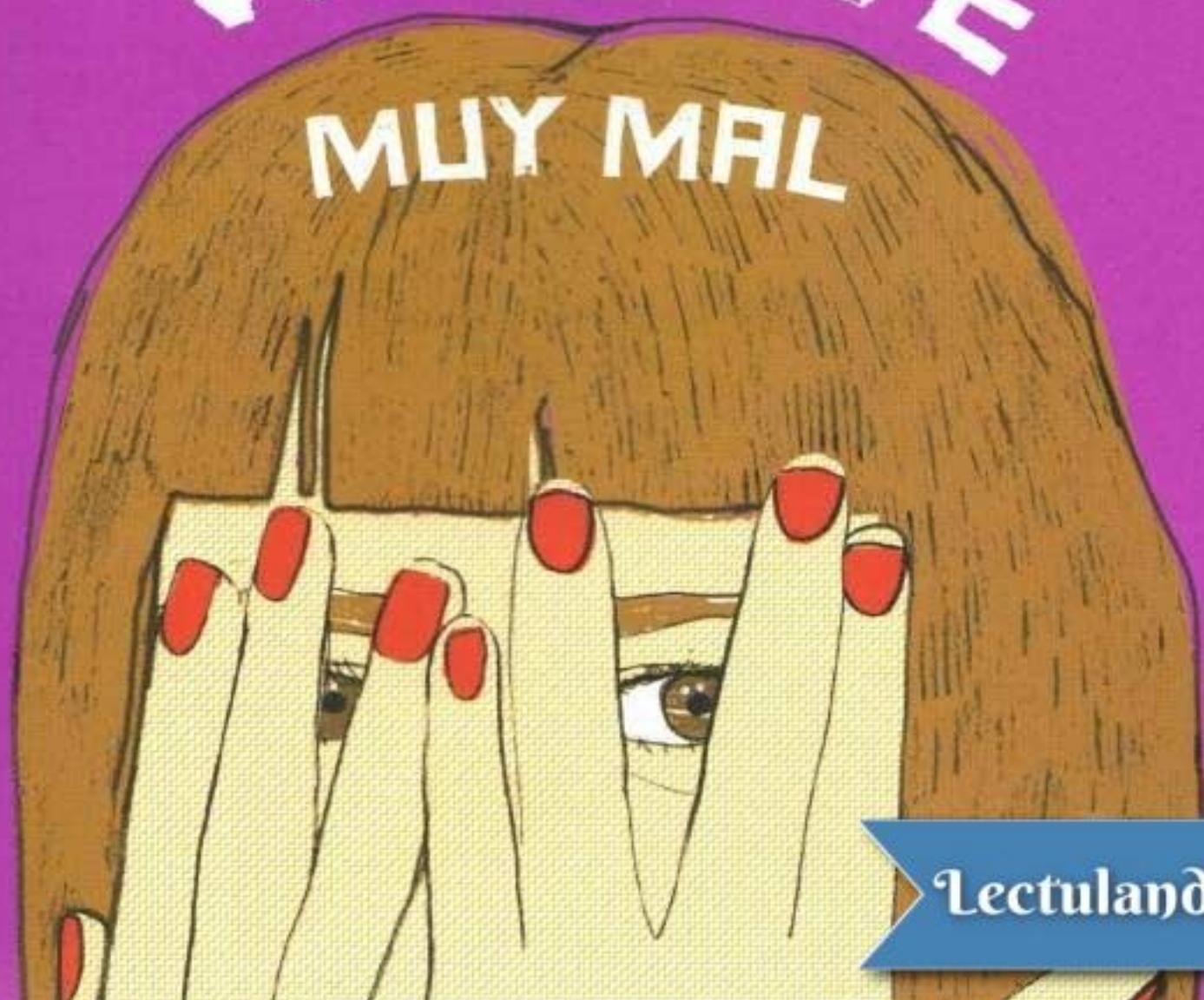


@BARBIJAPUTA

**LA CHICA
MIEDOSA
QUE FINGÍA
SER
VALIENTE**

MUY MAL



Lectulandia

Barbijaputa, la tuitera más cañera y feminista de la Red, presenta su primera novela: la historia de Bárbara, una chica miedosa que fingía ser valiente, aunque no demasiado bien.

La historia de Bárbara es la historia de una chica compleja, una chica que tiene miedo a demasiadas cosas. Probablemente a más que los demás. Y así, peleando con sus temores como puede y fingiendo ser más valiente de lo que es, consigue por fin realizar su sueño: trabaja como auxiliar de vuelo, conoce a El Hombre Más Maravilloso Del Mundo (EHMMDM), visita países exóticos, gana más dinero que en toda su vida... Pero algo no le cuadra. ¿Qué puede estar fallando?

Con humor, ternura y una buena dosis de realidad social, la tuitera más famosa de la Red, bien conocida por sus tweets feministas y de ácida crítica, nos brinda una reflexión sobre el rol femenino en un relato de amor y amistad.

«Lo he vuelto a hacer. He vuelto a fingir que no tengo miedo, que soy valiente, que no me hormiguean las manos y no tengo el corazón latiéndome en el cerebro, que no he ido al baño tres veces y quiero ir una cuarta. Y disimulo también que, si no me he dejado llevar por el pánico, es solo porque tengo miedo de que nadie pueda traerme de vuelta a la cordura. [...] “Mi miedo al miedo es algo que, si consigo salir con vida de aquí, debería trabajar”, me reconozco a mí misma mientras salgo de nuevo a la cabina de pasajeros, sonriendo mecánicamente».

Lectulandia

Barbijaputa

La chica miedosa que fingía ser valiente muy mal

ePub r1.0

KayleighBCN 30.08.16

Título original: *La chica miedosa que fingía ser valiente muy mal*

Barbijaputa, 2016

Ilustración de cubierta: Júlia Gaspar

Diseño de cubierta: Compañía

Editor digital: KayleighBCN

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«El amor ha sido el opio de las mujeres, como la religión el de las masas.
Mientras nosotras amábamos, los hombres gobernaban».

KATE MILLET

A todas las que, mientras, amaban

CAPÍTULO 0

LA CHICA QUE TODO LO EMPEZABA POR EL FINAL

El día que conocí a Lúa llovía tanto que no pudo notar que mi cara no estaba empapada por la lluvia, sino por las lágrimas. Me encontró en el portal de su casa a las ocho menos cuarto de una tarde de octubre; yo había quedado con ella por teléfono a en punto para echarle un ojo a una habitación de alquiler que tenía anunciada en Internet y, como llegué antes de tiempo, aproveché para llorar un poco y descargar un trozo de pena mientras ella venía. Así aguantaría mejor la visita.

Siempre que lloraba sentía que me desprendía de un poco de dolor. Cuando acababa, me limpiaba los mocos con la manga —solía quedarme sin existencias de kleenex más o menos a mitad del día— y volvía a creer que todo iba a salir bien. Sentía otra vez que el causante de mi mal de amores, El Hombre Más Maravilloso del Mundo (EHMMM), se daría cuenta de que la vida sin mí era una enorme mierda y que volvería, que seríamos felices para siempre con dos perros golden retriever —que adoptaríamos de una perrera, nada de comprarlos— en una casa con jardín —que alquilaríamos *ad infinitum*, nada de hipotecarnos—. Y todo iría bien, arcoíris de colores de día y luciérnagas danzarinas de noche. Al cabo de unas horas, ya se me había pasado el optimismo, el arcoíris y los golden retriever, y se apoderaban de mí la melancolía, el caos y la certeza de que todo iba a ir de mal en peor, así que tenía que volver a llorar y llorar para recuperar el norte. Norte que no era tal, pero así lo sentía entonces. Era un bucle destructivo del que no sabía salir y, de momento, tampoco quería.

—¿Eres Bárbara? —preguntó Lúa. Supe que era ella antes de que abriera la boca, no sabría decir por qué. Era alta, más o menos de mi estatura, muy morena de piel y con ojos enormes que me miraban con curiosidad. Tenía el pelo tan lacio y tan negro que daban ganas de acariciarlo. Me sequé la cara sonriendo —haciendo como que el chaparrón era lo que me había mojado la cara— y asentí.

Lúa me gustó desde ese instante. Su lenguaje corporal y su mirada parecían decir: «Mirad, el mundo no deja de sorprenderme, yo aquí no encajo ni de coña..., pero lo llevo bien, hay cosas peores». Era natural y espontánea, y tardé poco en darme cuenta de que las cosas más cotidianas del mundo, como que un boli dejara de pintar mientras escribía o que hubiera luna llena, le hacían abrir mucho los ojos, entre maravillada y confusa. Era como estar con una niña pequeña enjaulada en el cuerpo de una adulta.

Me enseñó su apartamento como si nos conociéramos de toda la vida. Nada más llegar, soltó el bolso sobre el sofá del salón, suspirando. Lúa se movía por el piso de acá para allá y me invitaba, sin palabras, a que me moviera por las estancias a mi aire. Era tremendamente expresiva solo con sus ademanes.

El apartamento era más bien pequeño: del saloncito salía un pasillo casi inexistente que daba a dos habitaciones y un baño, y la cocina, justo al lado de la entrada, era tan minúscula que di por hecho que para cocinar tendríamos que

turnarnos. Pero estaba en el centro de Madrid, bien comunicado y el precio no era una auténtica locura; con eso me valía. Además, ella me gustaba.

Tras enseñarme el piso, es decir, cuarenta y cinco segundos después de haber entrado, me invitó a un café y me contó que tenía treinta años, como yo, y que era técnico de caracterización. Yo la miré sin saber qué cara poner, no quería meter la pata preguntando: «¿Qué coño es eso?»; solo deseaba caerle bien, que me eligiera entre todos los que habían visto la habitación, que fuera mi amiga, que me quisiera y me dejara mudarme ya, para hacerme un ovillo en mi nueva cama y dormir hasta que mi vida se hubiera solucionado. Así que enarqué las cejas y sonreí asintiendo.

—No sabes lo que es, ¿no? —Dios, qué mal se me daba disimular. Lúa no me dio tiempo a contestar—. Soy maquilladora de cine y teatro... Los de caracterización somos los que maquillamos las heridas de bala que ves en las pelis y hacemos que los actores parezcan otras personas... o monstruos o alienígenas. —Asentí, ahora de verdad. Ella apostilló—: Pero como no tengo curro de lo mío, malvivo maquillando a tertulianos en una cadena de televisión. En España, los que trabajamos en la industria del cine somos los más puteados por la crisis... Para que te hagas una idea —dijo abriendo una mano y enumerando con los dedos—: a la cola de los trabajos menos requeridos desde que empezó la crisis están los albañiles, los periodistas independientes y, al final del todo, nosotros. —Y añadió con frustración casi para ella misma—: Así que ahora más que maquillar a personas para que parezcan monstruos, lo que hago es intentar que los monstruos parezcan personas.

Solté una carcajada porque lo dijo en serio. Me encanta cuando la gente hace gracia sin querer. Ella me miró con los ojos muy abiertos, sorprendida por mi risa, y entonces también rio, a su pesar.

Y en ese momento supe que iba a elegirme a mí.

Con los días fui dándome cuenta de que resultaba imposible discutir con Lúa. No porque fuera intratable, al contrario, sino porque cuando la intratable era yo, me ignoraba con buen humor. La convivencia fue rodada desde el principio.

Unos años antes, Lúa había pasado por una ruptura especialmente dolorosa y empatizó enseguida con mis cambios de humor y mis lloreras espontáneas. Nunca se incomodaba o se distanciaba cuando me veía hecha un auténtico trapo. Me animaba a su manera: unas veces fingía no darse cuenta de que yo estaba triste y proponía planes, intentando no darle gravedad a mi estado, ya de por sí lamentable, y otras procuraba que me desahogara con ella, en unas interminables charlas donde yo acababa borracha o llorando. O ambas cosas a la vez. Era muy fácil estar triste a su lado, no me hacía sentir pesada, cobarde o pusilánime, que es justo como me veía yo por aquel entonces, por no saber recuperarme ni un poco con el transcurso de las semanas.

Comer había dejado de ser un placer para convertirse en una tarea inabarcable: cualquier plato se me hacía eterno; cualquier bocado, intragable. Me costaba dormir y odiaba despertar. Amanecía ya con el ceño fruncido por el dolor y soñaba casi cada

noche con EHMMM. A veces con que volvía. Otras con que nunca se había ido. Por eso despertar era siempre, sin excepción, una decepción tras otra.

Yo trabajaba como auxiliar de vuelo. Así que el despertador me sonaba cada día a una hora diferente y en un lugar distinto dependiendo de qué vuelo tuviera o en qué país me encontrara, por lo que a mi pena se le sumaba la desorientación en el tiempo y en el espacio. Lo que antes siempre me había parecido divertido ahora era una tortura que no sabía gestionar: yo solo quería dormir y dormir y hacerlo siempre en mi cama, en mi casa. Cada vez que tenía que volar, me ponía el uniforme como una autómatas y me maquillaba intentando no ver mi reflejo en el espejo porque ya no me gustaba mi cara, mi pelo ni mi expresión. «¿Siempre he tenido este aspecto horrible? ¿Cómo ha podido quererme EHMMM con este pelo marrón soso a juego con estos ojos achinados de un marrón más soso si cabe? ¿Es que mis padres se quedaron sin colores después de hacer a mi hermano mayor, con sus ojos enormes color miel y su pelo maravillosamente trigueño como el de los protagonistas de los anuncios de Johnson&Johnson?». Yo sola me contestaba mentalmente con el arte para el autoescarnio con el que mis padres sí me habían dotado: «Bueno, recuerda que EHMMM se ha ido, eso responde a tu pregunta. Quizá con esta cara paliducha que gastas el hombre no pudo hacer más».

Tiraba de mi maleta como quien arrastra un obelisco y en cada vuelo sonreír se me antojaba la parte más difícil de mi trabajo. Estaba dispersa, olvidaba las peticiones de los pasajeros y confundía constantemente menús, bebidas y asientos. Era la azafata zombie.

Cada día creía ver a EHMMM en el aeropuerto o haciendo cola en el supermercado. El corazón me daba un vuelco cada vez, y después me reñía a mí misma por ser tan tonta. Intentaba tener presente lo último que me dijo antes de irse: que había pedido un año de excedencia en el trabajo para marcharse a Francia a dar clases. Lo intentaba sin éxito porque seguía viéndolo en cada esquina. Y casi mejor, porque las veces que me obligaba a recordar que estaba allí, me asaltaban imágenes de él enamorado de una nueva novia francesa que vestía boinas, fumaba cigarrillos con boquilla larga y pintaba semidesnuda cuadros abstractos para él. Las teorías más peregrinas se me ocurrían solo para hacerme más daño a mí misma. O quizá es que, cuando me embargaba el pesimismo, daba por hecho que aquel horror que estaba viviendo podía empeorar en cualquier momento y que sería mejor hacerme a la idea para que no me cogiera desprevenida: cuando te esperas una puñalada, duele menos. No me volvería a pasar eso de creer que existe alguien en el mundo que nunca te hará daño. A veces me venía arriba: «No me volverá a pasar, porque ahora soy la Nueva Bárbara, más sabia y prevenida. ¿La vida es una mierda? Sí, pero yo ya lo he aprendido y ahora juego con ventaja», me repetía a menudo mientras me sonaba los mocos con toallitas calientes de *business* en los baños de los aviones.

Casi siempre que sonaba el teléfono pensaba que era El Hombre Más Maravilloso del Mundo para decirme que iba a ser padre o cualquier otra persona para contarme

que lo había visto riendo en cualquier calle, concierto o centro comercial. Casi siempre, porque los arcoíris y las luciérnagas regresaban sin descanso, riéndose muy fuerte de la Nueva Bárbara, y entonces volvía a dar por hecho que él levantaría el teléfono para decirme que todo había sido un error y que dónde estaba, que venía.

El teléfono, sin embargo, nunca sonó ni para una cosa ni para la otra.

Lúa y yo empezamos a compartir la vida tanto fuera como dentro de casa. Además de compañeras, con los meses nos convertimos en amigas. Íbamos juntas al cine, se hizo amiga de mis amigos y yo de los suyos, hacíamos maratones de series por las noches, paseábamos, nos contábamos la vida y nos entendíamos a la perfección. Además, compartíamos la misma pasión por todo lo importante: la política, el feminismo, el cine y el pan con Nocilla.

—¿Crees que si EHMMM muere sus amigos me avisarán? —le pregunté, en cuanto el pensamiento se me cruzó por la mente, una noche mientras esperábamos a que se cargara un episodio de *The Office*.

Ella frunció el ceño, pensativa, mientras engullía el último bocado de la pizza que habíamos pedido por teléfono y que se había comido casi entera porque, una vez más, mi cuerpo rechazaba cualquier forma de alimento. Incluso aquella pizza, que para nada lo parecía.

—Depende —respondió muy seria—. Si muere en uno de esos huracanes terribles que tienen nombre de mujer o congelado mientras intenta escalar algún pico europeo, es probable que te enteres antes por la tele. Puede que incluso antes que sus amigos y tengas que ser tú quien dé la mala noticia. —Me miró de repente, con sus ojos enormes aún más grandes, fascinada—. ¿Sabías que antes los huracanes siempre llevaban nombre de mujer? ¿Qué mierda le pasa al mundo, Barbi? ¿Qué mierda?

—¡Sí! —exclamé, olvidando por un momento la muerte de EHMMM y metiéndome de lleno en otra de nuestras conversaciones feministas—. ¡Miles de mujeres asesinadas al año en el mundo por sus parejas y nos hacen creer que las peligrosas somos nosotras!

—Es buena técnica, hasta nosotras acabamos creyéndolo: «Lo peor del machismo son las mujeres machistas», «La culpa la tienen las mujeres maltratadas por dejarse» y «La separación de Los Beatles fue culpa de Yoko Ono» —continuó indignada Lúa.

Aquella noche soñé que estaba siendo engullida por un huracán con la cara de Virginia Woolf. Incluso aquella vez despertar fue una decepción.

CAPÍTULO 1

LA CHICA QUE SALTÓ

«¡Dios mío, es todo tan genial y excitante!», me digo reprimiendo un gritito al entrar en el vestíbulo del hotel donde Aerospain me ha citado para mi primera entrevista de auxiliar de vuelo. He llegado a Madrid en el primer AVE de la mañana que salía desde Sevilla —donde mis padres me han soltado después de dos horas de viaje en coche—. He dormido tres horas y llevo cinco rulando por la geografía del país, pero he entrado aquí adoptando una expresión sofisticada para disimular que estoy agotada y que además me siento como Paco Martínez Soria en la gran ciudad.

Con veinticinco años ya llevo varios en el mercado laboral, pero nada me ha preparado para un proceso de selección de una aerolínea, y menos de una como esta, ¡la mejor del país! Las entrevistas en las que he participado hasta hoy han sido todas en mi ciudad y siempre en sitios como la cocina de una cadena de hamburgueserías, apoyada en una banqueta mientras un chico con mis mismos dieciocho años me preguntaba si había frito patatas antes.

O en una furgoneta a ciento cuarenta kilómetros por hora por una carretera secundaria para una empresa de alquiler de coches, acojonada en el asiento del copiloto, mientras el encargado conducía y me preguntaba si sabía alemán. Aquel trabajo consistía en llevar y traer coches a lo largo de la costa y en traducir los contratos de alquiler de los vehículos a los guiris que se alojaban en los hoteles de la playa.

—Sí, sé alemán —le dije al tiempo que cerraba los ojos en cada adelantamiento y pensaba que si me hacía hablar en alemán en aquel momento quizá no fuera a dar lo mejor de mí.

—Háblame un poco en alemán —me dijo mirándome fijamente mientras daba una calada a su Ducados, como si delante no tuviera una carretera llena de baches y curvas y él no fuera el único conductor de aquella tartana.

Le pregunté en alemán de qué quería que le hablara, mientras intentaba fingir que no tenía miedo ni nada parecido, a lo que él respondió: «Suena a alemán, sí. Di algo más largo». Dios mío, estaba a punto de morir tratando de conseguir un trabajo de novecientos euros mientras le hablaba en alemán a un tipo que no podía entenderme. Le dije que conducía como una persona con problemas mentales y le confesé que estaba deseando terminar esa entrevista. Asintió bastante satisfecho. De hecho, me dio el trabajo.

Pero hoy es diferente. Esta entrevista va en serio y el trabajo me importa de verdad. Es mi oportunidad para hacer lo que me gusta, para mudarme a otra ciudad, ¡a Madrid!, para vivir otra vida. Además, también pienso en la suerte que sería poder hacerlo como trabajadora de Aerospain, una compañía que tiene el mejor convenio laboral jamás inventado. Es como si lo hubiera redactado Karl Marx harto de hierba.

Voy vestida con mi único traje de chaqueta y mi única camisa, todo tan planchado como mi pelo. Yo, que suelo llevar una coleta llena de enredos y que como me siento

cómoda de verdad es en chándal, aquí estoy, fingiendo que sé desenvolverme perfectamente con unos tacones y un traje entallado.

Mi emoción se convierte en pánico cuando la sala del hotel donde nos han convocado empieza a llenarse de chicas que andan con tacones como si estos fueran una prolongación natural de sus pies. Chicas con trajes de chaqueta impolutos que no les hacen arrugas raras en la espalda (¿cómo lo conseguirán?). También hay algunos chicos, todos rigurosamente afeitados y con el pelo perfecto, como peinados con Loctite. Para cuando llega la hora de la entrevista, hay unas cien personas en el vestíbulo del hotel. Estamos todos de pie; algunos, que parecen conocerse de haber trabajado juntos en otras aerolíneas, hacen corrillos y hablan en voz baja, pero los demás estamos solos y callados.

Nos van llamando de uno en uno. Yo muevo una pierna rítmicamente, estoy tan nerviosa que tengo miedo de que cuando me nombren a mí se me escape un grito.

He estado curioseando en foros de aeronáutica en Internet y sé que los procesos de selección de esta compañía son largos y compuestos por varias pruebas: de idiomas, entrevista personal, dinámica de grupo... No me las sé todas ni cuál será la primera, así que cuando oigo mi nombre, paso a la sala que me señalan sin saber muy bien qué me voy a encontrar.

Una chica muy delgada y muy alta me espera junto a una báscula con medidor de altura.

—Quítate los tacones, Bárbara —me dice con una sonrisa mecánica.

Entiendo que para ser auxiliar de vuelo una tiene que ser alta pero nunca se me habría ocurrido que lo comprobaran hasta este punto. ¿No se ve a simple vista si alguien llega o no a los compartimentos superiores para acomodar maletas? Me descalzo y suspiro de alivio cuando veo que las medias no se me han roto por el dedo gordo, cosa que me pasa siempre. La chica alta y delgada de sonrisa mecánica, que aún sonrío de forma mecánica, se agacha, comprueba que no llevo ningún alza en los talones (¡por el amor de dios!) y me deja subir a la báscula. Lo hago encogiendo tripa, como si eso fuera a hacer que pesara menos, y me pongo muy recta.

La chica se acerca a mí y mira muy seria las cifras en la pantallita digital de la báscula por encima de mi hombro. Yo sabía que la altura no era un problema para mí, pero eso de pesarte ya se me escapaba porque desconocía qué límite habría en cuanto a kilos. Entendía que fuera indispensable ser alta pero no alcanzaba a entender el porqué del peso... ¿Acaso tampoco se veía a simple vista si alguien era tan gordo que no cabría por los pasillos del avión?

—Ya está, Bárbara. Puedes esperar ahí —me dice señalando al otro extremo de la sala, donde hay más altos y delgados que también han superado la primera prueba del proceso de selección: la imagen.

Me siento un poco impostora entre todas estas personas que parecen profesionales de verdad, ataviados con trajes de buena calidad y provistas de una mirada tranquila, solo propia de quien sabe qué ha ido a hacer allí y qué le espera. Yo solo he pisado un

avión en la excursión de fin de curso de octavo de EGB, cuando volamos a Mallorca, y la vez que fui a pasar seis meses a Irlanda para mejorar mi inglés. Además, mi mirada no es tranquila, va de un sitio a otro y parpadeo muy deprisa porque el aire acondicionado está haciendo que se me resequen los ojos. Para colmo, me pesan los párpados debido a la cantidad de rímel que me he puesto. Y también está lo de mi traje. Ahora me arrepiento de no haberme querido gastar más de cincuenta y nueve euros en él, no debí haber cogido lo primero que vi en el «¡Oportunidades!» de Zara. Desentono entre toda esta gente con sus trajes de firma, siento que mi falda y mi chaqueta llevan un letrero luminoso que dice: «Me han hecho en India con tela de la mala, acabemos rápido esta entrevista, por favor, me van a salir pelotillas en cinco minutos».

«Al menos el corte de la chaqueta disimula mi michelín», me consuelo.

A mi lado hay una chica. Creo que ella y yo somos las más jóvenes de la sala, así que, mientras miden y pesan al resto como si fuera ganado y lo hacen salir o esperar dependiendo de lo que haya dictaminado la báscula, me atrevo a darle conversación con la esperanza de que sea tan inexperta como yo.

—He volado un año en Air Nostrum y seis meses en EasyJet con base en Dublín —me dice. Ajá. Y me pregunta—: ¿Has estado en Dublín?

Y sí, he estado en Dublín, exactamente seis meses, pero trabajando como camarera en una cafetería llamada My Beer Is Mine, cuya clientela tenía una edad media de ciento cincuenta años y donde aprendí a diferenciar las ovejas *suffolk* de las *scottish blackface* antes que a pronunciar correctamente «Wi-Fi».

—Sí, he estado —respondo a secas, y esbozo una sonrisa—. Es muy bonito.

—¿Dónde has volado? —me pregunta desenvuelta.

—A Mallorca, a Dublín... —Pongo cara de hacer memoria y estoy a punto de inventarme más destinos cuando me interrumpe.

—No, mujer, a qué lugares no, imagino que infinidad. —Y sonrío con lo que sospecho es una mueca de condescendencia—. Me refiero a en qué compañías has trabajado.

Bueno, a esta chica ya la odio. Si sigo superando fases de este proceso, tendré que buscarme otra amiga con la que pasar el día. Pongo cara de: «Oh, claro, ¿cómo he podido malinterpretarlo?», y me dispongo a rendirme y responderle que en ninguna cuando oigo una voz por encima de los murmullos de los corrillos:

—¿Bárbara?

Un hombre enchaquetado con los labios rellenos de bótox y las cejas depiladas me espera en la puerta de la siguiente sala. Así que me despido de mi no-amiga con una sonrisa y entro tras él.

Hay varias mesas con entrevistadores y entrevistados charlando. Me siento en la que me indica el chico del bótox, que hace lo propio frente a mí. Intento no mirar sus labios pero me resulta muy difícil, están demasiado rellenos y solo puedo pensar que parecen morcillas. «Si le miras los labios no podrás concentrarte en la entrevista y

además se dará cuenta y te odiará y te suspenderá», me digo muy en serio a mí misma.

El entrevistador me hace una pregunta en inglés de la que no entiendo más que la entonación. Le pido que me la repita e intento leer sus labios. Misión imposible, los tiene tan hinchados que apenas se mueven. Dios mío, siento tantos nervios que estoy a punto de preguntarle qué idioma está hablando; quizá haya visto en mi currículum que he estudiado alemán en la carrera y haya empezado por ahí, pero es que si es alemán tampoco sé qué me está preguntando.

«Bueno, fue bonito mientras duró», me digo abandonando toda esperanza de entrar en la compañía. Mi emoción se ha esfumado.

Mi entrevistador sonrío, diciéndome con la mirada que me relaje, que no hay prisa. Respira hondo, como invitándome a que yo también lo haga, y me dice con un inglés pausado: «Es normal estar nerviosa, no te preocupes».

Desde ese instante, voy recuperando poco a poco la confianza en mí misma y mantenemos una animada conversación donde le explico, con esa virtud que tengo para hablar de lo que no debo, que en mitad de una entrevista para El Corte Inglés se me rompió la falda desde la raja de la parte trasera hasta la cinturilla, de forma que en vez de una falda parecía un delantal, y que tuve que quitarme el jersey que llevaba puesto y atármelo a la cintura en pleno enero, quedándome solo con la camiseta de tirantes que llevaba debajo.

Él se ríe tanto que los demás nos miran. Es el segundo entrevistador que se ríe de aquella falda: el primero fue el de El Corte Inglés. Me cae muy bien este hombre, me digo, de hecho ya casi casi no me desconcentran sus labios.

Supero con éxito la jornada, llena de pruebas igual de estresantes que la del inglés, junto con otras treinta personas, entre las que Aerospain elegirá a los futuros nuevos empleados de la compañía, tras sopesarlo en el departamento de Recursos Humanos. Calculo que se han quedado en el camino unos setenta candidatos y eso me crea sentimientos encontrados. Por una parte estoy ilusionada pero por otra me ataca el síndrome de la impostora y estoy segura de que entre los setenta que han rechazado hay alguien mejor que yo.

Así que, una vez en el tren de vuelta a Sevilla, la voz interior que me dice que hoy puede ser el primer día de una nueva vida es acallada cada vez con más fuerza por otra que me repite que cómo me van a coger a mí, si en la prueba de la dinámica de grupo en la que hemos construido entre todos la maqueta de un puente, mi parte ha hecho que la estructura se venga abajo antes de que nos diera tiempo a aplaudir lo bien que nos había salido.

Y sin embargo, aun antes de llegar a la primera parada del trayecto, mi móvil suena. Para mi sorpresa, el chico del bótox me confirma que Aerospain va a contratarme.

Ni siquiera llamo a mi familia para darle la buena nueva, el pánico me invade y solo puedo pensar en que voy a ser la peor auxiliar de vuelo que ha dado el mundo y

que Madrid acabará engulléndome. Al fin y al cabo, solo soy una chica nacida en un pueblo sureño donde lo más impactante que ha pasado jamás fue en los años ochenta, cuando Almodóvar eligió nuestra ermita para rodar una escena en la que un transexual y una prostituta discutían acaloradamente. Y que al final descartaron por excedente de secuencias parecidas. Todos los habitantes del pueblo fueron al cine a ver la película, pese a saber que nuestra ermita no saldría, orgullosos de casi formar parte de algo grande. Tan orgullosos estábamos que aún hoy tenemos en la plaza del pueblo un busto de algo que parece ser Almodóvar, con una placa que reza: «Gracias, Pedro».

Y ahora me siento un poco como mis paisanos: me dan ganas de dar las gracias por la oportunidad y la confianza que Aerospain ha depositado en mí y decirles que, de verdad, si lo dejamos aquí, pues tampoco pasa nada. Una vez más, me he embarcado en algo que acaba dándome miedo. Y, como siempre que esto pasa, ahora me toca huir hacia delante y fingir que yo, miedo, ninguno.

CAPÍTULO 2

LA CHICA QUE VOLÓ

¡Ay, madre! ¡Estoy en Madrid!

He llenado mi Ford Fiesta del 98 con casi toda mi ropa, mi ordenador portátil y un montón de pertenencias absurdas que no necesito, como un portafotos digital que me regalaron hace dos cumpleaños y que todavía no tiene ninguna foto porque siempre me da pereza leer las instrucciones. Pero la inteligencia práctica nunca ha sido mi punto fuerte, así que aquí lo traigo. Tampoco la sinceridad conmigo misma se me da bien, sé positivamente que nunca le meteré fotos a ese trasto, pero hay algo en mí que siempre dice: algún día serás una persona constante y dedicada y harás cosas como cocinar, cuidarte o poner a funcionar el portafotos digital. Y algodones de azúcar y felicidad eterna.

He alquilado una habitación en una casa del barrio de Alameda de Osuna, muy cerca del aeropuerto y muy lejos del centro de Madrid. Me he dejado aconsejar por los auxiliares que comentan en el foro de aviación, y lo cierto es que es un barrio precioso, lleno de alamedas con árboles y tiendecitas por todos sitios. Estratégicamente es el sitio ideal, ya que está a solo cinco minutos del aeropuerto en coche. En los turnos de guardia de veinticuatro horas («imaginarias» los llaman) que la compañía te programa de vez en cuando y en los que tienes que estar pendiente del teléfono (me han dicho que si te necesitan durante esas guardias tienes una hora como máximo para estar uniformada y en la puerta del avión para irte donde te digan) no tendré problemas ni de tráfico ni de tiempo para llegar puntual. Me siento importantísima. ¡Guardias de veinticuatro horas! Me pueden llamar en cualquier momento para ir a cualquier sitio del mundo. ¡A mí!

En la casa viven dos chicos —uno tiene veintiocho años y el otro treinta— y una chica de mi edad. Me caen bien desde el primer momento, como todo el mundo que conozco. La gente siempre me parece maravillosa de primeras.

El mayor se llama Luis y es español, mide como tres metros y es muy corpulento; me cuenta que trabaja como maestro interino en un colegio público del barrio. Es parco en palabras, cosa que me encanta. Aunque si fuera hablador, seguro que también. Todo me gusta. Soy feliz.

El otro chico se llama Rodrigo y es venezolano. Me explica a qué se dedica usando un montón de anglicismos y jerga, de forma que no entiendo nada, así que doy por hecho que es biólogo molecular o astronauta (Luis me explicaría luego que Rodrigo es solo un administrativo con muchos pájaros en la cabeza). Rodrigo acaba su explicación y acto seguido se mete con mi acento andaluz. Me hace gracia, nunca antes se habían metido con mi acento y me sorprende que llame la atención. Más a él, que tiene un marcado deje caraqueño. Rodrigo no parece muy listo, pero me digo que seguro que tiene un montón de cualidades que iré conociendo con el paso de los días.

La chica se llama Bea, trabaja como azafata en el AVE y parece contenta con otra presencia femenina en la casa. Es algo tímida pero sonrío mucho.

Los tres me ayudan a meter mis cosas en mi nueva habitación y yo no puedo estar más entusiasmada con todo lo que me espera.

Aún no conozco demasiado la ciudad, pero he visto muchas películas y muchos telediarios. En Madrid puede pasar cualquier cosa.

Realmente así es, veinticuatro horas después de haber llegado me roban la cartera en la línea 5. Digamos que mi primer contacto con Madrid se basa en una especie de turismo institucional donde conozco la comisaría de Leganitos, una sucursal de mi banco, donde anulo mis tarjetas, y las oficinas de Tráfico, donde solicito un nuevo carné de conducir. Ah, mírame: yo, una chica de pueblo, ¡haciendo sola las típicas gestiones de una gran ciudad! ¿Quién dijo miedo?

LO DEL PRIMER VUELO

Cumplo veintiséis años el día que hago mi primer vuelo como azafata, un Madrid-Cancún. Estoy emocionadísima. También algo asustada porque odio ser nueva en los trabajos: siempre me veo torpe e inexperta y no me gusta tener que molestar a otros compañeros para resolver dudas. Cualquier contratiempo me hace sentir un estorbo. Y este no es uno de tantos trabajos, este es EL TRABAJO, el que me ha costado conseguir tras tres años de carrera, seis meses de especialización, dos meses de entrenamiento y prácticas y una jornada de entrevistas. Si con los anteriores empleos había sentido incertidumbre y mil miedos antes de empezar, con este está siendo el acabose.

Me tranquilizo a mí misma pensando que en el primer vuelo iré acompañada por una instructora que me ayudará, así que seguro que todo irá rodado; de surgirme alguna duda, ella podrá resolvérmela. Intuyo que realmente lo difícil será el segundo día, cuando ella ya no esté. Además, llevo un mes entero yendo a las clases preparatorias para que me habiliten para poder volar en los aviones de la compañía: el Boeing 737 y el Airbus A330. Todo un mes dedicado a estudiar exámenes teóricos y prácticos para conocer a fondo mis tareas y las propias aeronaves, del primero al último de sus rincones. A pesar de todo, los nervios van y vienen como quieren y no me dejan dormir la semana previa al vuelo. Pero no hay dolor, ¡me voy a México!

El vuelo sale a las nueve de la mañana, por lo que yo debo estar a las siete en punto en la sala de *briefing* (que así se llama, al parecer, la sala donde las tripulaciones se reúnen antes de embarcar para repasar procedimientos y asignarse los puestos que van a ocupar en el avión). Paso la noche en blanco, no duermo nada más que algunos momentos en una especie de duermevela, donde me despierto sobresaltada y miro el despertador con ansiedad, pensando que me he quedado dormida, que son las doce del mediodía y que el vuelo se ha ido sin mí. Aunque estoy agotada, siento alivio cuando el despertador suena a las cinco y media de la mañana, porque este querer dormir y no poder me ha cansado más que todo el estrés

acumulado durante la semana.

Casi no puedo desayunar, los cereales parecen piedras y soy incapaz de tragarlos, así que desisto y me ducho. Me pongo frente al espejo, me recojo el pelo en una cola alta y me aliso con ahínco el flequillo, que me he cortado hace unos días por encima de las cejas. Es la primera vez que hago tal cosa porque el volumen de mi pelo nunca me deja embarcarme en cambios demasiado transgresores. Cambios de esos que te acaban convirtiendo en esclava de la plancha y el secador (si no quieres parecer Mufasa) y yo no tengo constancia ni paciencia para eso. Pero esta vez me he atrevido con el flequillo, es solo un trocito de pelo el que tengo que planchar y, bueno, crece rápido, a las malas siempre puedo no cortarlo más. Si la mayoría de mis amigas no sufren siendo esclavas de electrodomésticos varios, yo tampoco lo haré.

Quedo satisfecha con el resultado de «cola alta + flequillo» y me pongo el uniforme. La compañía, que antes obligaba a las chicas a vestir falda, ha decidido unirse al siglo XXI y ahora permite la opción de elegir entre falda y pantalón, así que he pedido uno de cada.

Me miro al espejo. No estoy acostumbrada a llevar tacones y me veo demasiado alta y espigada, pero eso sí que no es negociable; todas debemos llevar tacones, y no unos cualquiera, sino los que la compañía te proporciona: un par con tacón alto para el embarque y un par con tacón medio para el vuelo. Así que en mi equipaje de mano tengo que llevar los de tacón medio para cambiarme cuando el avión haya despegado, antes de dar el servicio al pasaje.

Me maquillo cumpliendo todos los requisitos del manual de uniformidad femenina, donde, punto por punto, te dicen qué puedes usar y cómo y qué no usar ni cómo: desde el color de tinte de tu cabello hasta cuándo debes retocar tu maquillaje para que estés impecable en todo momento. Desde el grosor estipulado de las medias hasta los colores permitidos para sombras de ojos y esmaltes de uñas (que son los colores corporativos, claro). No dejan nada al azar. Yo estoy convencida de que en la práctica no será para tanto; al fin y al cabo nuestro trabajo está más centrado en la seguridad a bordo y en que el pasaje esté cómodo que en todo lo demás.

A mí, que jamás me maquillo más que para ocasiones especiales —en las que tiro la casa por la ventana y me pongo un poco de colorete y brillo de labios—, esto se me hace un poco cuesta arriba. No solo por el hecho de maquillarme, que al fin y al cabo tampoco se me da tan mal, sino porque al no estar acostumbrada me rasco los ojos cuando me pican —en vuelo muy a menudo, ya que el ambiente siempre es seco debido a la presurización de la cabina—, sin acordarme del maquillaje, dejándome los siempre como un oso panda. (Tardé muchos cuchicheos de pasajeros y risitas en aprender a recordar que no tenía que rascarme los ojos mientras trabajaba. Pero lo logré: desarrollé una técnica consistente en parpadear muy fuerte hasta que se me pasaba el picor. Una vez hube aprendido, lo hacía de forma tan instintiva que me rascaba así aunque no estuviera maquillada; de hecho, me sorprendí muchas veces parpadeando fuerte en pijama mientras veía la tele).

También debo llevar en el equipaje de mano un neceser con maquillaje, según el manual de uniformidad femenina, ya que he de retocarme en cada escala si tengo un día de varios vuelos de corto radio o en cada descanso del servicio si el vuelo es de larga distancia. No sé dónde voy a meter tanto trasto. Además, en los vuelos que haga con falda, tengo que llevar un recambio de medias por si se me hace alguna carrera.

Cuando termino de hacer mi primer equipaje de mano para el Madrid-Cancún, me doy cuenta de que apenas hay espacio ya para mis propias cosas, así que digo un par de tacos y meto todas mis pertenencias en la maleta que irá en la bodega del avión: biquini, libros, protector solar, vestidos, pareos, sandalias, toallas de playa, antifaz, tapones para los oídos, mi cámara de fotos digital, pijama.

Estoy nerviosa y emocionada, qué más da todo este reglamento sobre imagen, sobre maquillaje y sobre colores corporativos cuando voy a irme a ¡CANCÚN! Nada, ni el cansancio ni la presión ni el estrés pueden empañar estas mariposas en el estómago. Estoy deseando pisar México y perderme en las calles de Quintana Roo. Además, este viaje es de cuatro días de estancia y ¡me pagarán una pasta no solo por ir, sino por cada día que esté fuera de casa! ¿Merezco yo algo tan desproporcionado? ¿No es demasiado? ¿Pagarme por cada día que pase en México? ¿Nos hemos vuelto todos locos?

Llego a la sala de *briefing* con ganas de vomitar y un aspecto que no es exactamente el que he visto por última vez en el espejo de casa. He arrastrado con una mano la maleta y con la otra el equipaje de mano (ambos del mismo tono, a juego con los colores corporativos, porque así lo dice el manual) desde el aparcamiento a la sala de *briefing*, es verano y hace calor: mi maquillaje pelagra y mi flequillo está empapado por el sudor de la frente, pero ¡soy azafata y todo lo demás es secundarísimo!

En la sala hay seis mesas con seis tripulaciones alrededor de cada una de ellas; no sé cuál es la que va a Cancún, así que tengo que preguntar una por una. Mi comienzo va a basarse en interrumpir reuniones y charlas de compañeros. Suelto mi maleta junto a las demás (es difícil confundirlas porque, a pesar de ser exactamente iguales y sin ninguna pegatina o distintivo en ellas —están completamente prohibidos, según el manual—, todas llevan grabados nuestros nombres).

—¿Vais a Cancún? —le pregunto tímidamente a un chico de la primera mesa. Él me sonrío sin ganas y me dice que no—. ¿Vais a Cancún? —pregunto en la siguiente. Dos chicas de la segunda mesa me sonrían sin ganas, niegan con la cabeza y siguen hablando—. ¿Vais a Cancún? —Un tipo en la tercera mesa me mira, me sonrío sin ganas y levanta el brazo.

—Cancún —dice.

¿Qué tipo de gente es esta? ¿Por qué me sonrían así? No soy ninguna jefa, no tienen que fingir simpatía ni sonreír mecánicamente. Todos tienen un rictus que me recuerda a la chica que me miró los talones para comprobar que no llevaba alzas.

Me siento en la tercera mesa, junto al chico, e intento darle conversación. Él mira

su móvil. En 2007 las aplicaciones de los móviles son muy reducidas: hacer fotos y enviar SMS, pero observa el suyo con la atención de quien está en 2020 con acceso ilimitado a una Wi-Fi.

—Es mi primer vuelo —le digo sonriendo. Sonriendo de verdad.

—Ajá —responde al tiempo que teclea en los botones del móvil. De repente, levanta la vista y masculla—: ¡Mierda!

Se me cambia la cara. Esperaba cualquier cosa menos esto. Bueno, al menos por fin ha dejado de sonreír con esa mueca estúpida.

—Perdona, quiero decir que si es tu primer vuelo llevamos instructora a bordo. — Yo no había caído, pero él me explica que no voy a ser la única evaluada hoy; si la instructora hace el vuelo con nosotros, evaluará a todos los tripulantes, sobrecargo incluido. Y si bien conmigo será indulgente si la cago, con ellos no lo será tanto porque ya son veteranos. Eso se traduce en no poder fallar en nada, seguir los procedimientos a rajatabla y no dejar de sonreír ni un solo instante.

Genial, además de nueva, torpe e insegura, ahora también me siento culpable por traerle una instructora a mis nuevos compañeros.

Los «¡mierda!» se repiten con cada uno de los tripulantes que va llegando a nuestra mesa conforme les aviso de que es mi primer vuelo. La ilusión por mi primer día se va diluyendo entre «¡mierda!» y «¡mierda!». Para cuando llega la última compañera —una mujer de unos cincuenta años que resulta ser la propia instructora —, yo ya tengo cara de querer irme a mi casa y ponerme el pijama.

Una vez en el aire, el vuelo sufre constantes turbulencias, por lo que sacar los carros para dar el servicio de comidas parece un capítulo de Benny Hill. Un bucle absurdo en el que sacamos los carros → nos agita una turbulencia → el capitán nos pide que paremos el servicio y que aseguremos la cabina (pasajeros con cinturones, *galley* con todos los seguros puestos para que ningún contenedor de comida salga disparado y se estrelle contra alguna cabeza) → metemos los carros de nuevo en el *galley* → cesa la turbulencia → el capitán nos pide que volvamos a dar el servicio hasta la próxima turbulencia. Siguiendo el procedimiento, vamos dando los mensajes estipulados por la compañía, entre turbulencia y servicio: «Señores pasajeros, el vuelo está sufriendo turbulencias, por lo que les rogamos que se abrochen los cinturones y plieguen su mesita delantera hasta que cesen». Una de las veces, la instructora me dice que lea yo el mensaje y, mientras cojo el interfono y el bloc de notas, ya que aún no me sé todos los mensajes de memoria, ella me mira muy atenta. Cuando acabo, no me comenta nada, así que imagino que no lo he hecho mal.

Y así seguimos, entre botes y carritos de comida hasta que, exhaustos, conseguimos alimentar a las trescientas personas que van a bordo.

La tripulación acaba cansada y de mal humor, y mi instructora, de quien empiezo a sospechar que volar le causa ya tanta emoción como ir a un concierto de Justin Bieber, pasa gran parte del vuelo observándonos y escribiendo en sus papeles. El resto de mis compañeros la mira con temor. «A saber qué está poniendo», me susurra

una de mis compañeras sin dejar de sonreír.

Nos sentamos con nuestras bandejas de pseudocomida en nuestros trasportines y empezamos a devorar: llevamos muchas horas sin probar bocado.

La instructora se sienta a mi lado, pero no trae su bandeja. A juzgar por su aspecto de sílfide me digo que puede que, directamente, no coma alimentos de humano y tan solo se tome esas pastillas de astronautas. La imagino sin mucho esfuerzo diciendo, sin perder su sonrisa escalofriante: «Comer es de débiles. Además, estoy demasiado ocupada rellenando estos importantísimos papeles».

—Bárbara —me dice en tono de confianza—, estamos a punto de iniciar la aproximación al aeropuerto de Cancún, tu trabajo casi ha terminado hoy. —Sonrisa mecánica—. Mira, eres muy servicial y amable con el pasaje y ayudas a tus compañeros. Estoy muy contenta con tu primer día, pero...

¿Ha dicho «PERO»? Dejo mi bandeja de sucedáneo de pollo regado con sucedáneo de bechamel a un lado. Dios mío, ha dicho «PERO».

—... pero la amabilidad por sí sola no es suficiente, tienes que sonreír más —me explica con tono grave. Un tono y una mirada que emplearías para decirle a alguien: «Me caes bien pero hueles mal. Y es importante para esta amistad que te laves».

—Pero... yo... sonrío —digo no muy segura ya de si es o no verdad.

—Sí, mujer, claro que sonrías —replica—, pero tienes que sonreír más. Mucho más... —Y amplía aún más su sonrisa, ejemplificándome cómo se hace. Ahora puedo verle hasta los laterales de las muelas del juicio, definitivamente es la sonrisa más grande y extraña que he visto nunca—. Y también quería pedirte —añade volviendo a su sonrisa estándar— que suavizaras un poco tu acento para dar los mensajes por megafonía.

—Eh... sí, claro, suavizar. —¿Qué coño es suavizar un acento? ¿Hacer como que tienes otro? No me queda claro—. Y sí, sonreiré más —digo alargando la ese final de «más».

Ahora mismo lo último que me apetece es sonreír, pero lo hago. Una sonrisa forzada, mecánica... ¡Dios mío! ¡Ya soy una de ellos!

—Genial. ¿Ves? Tienes una sonrisa preciosa, ¡sácala más a pasear!

¿Suavizar mi acento? ¿Sacar mi sonrisa a pasear? ¿Qué le ha pasado a esta gente?

(Durante mis primeros meses en aviación, se me cruzan constantemente por la mente escenas de la película *Las mujeres perfectas*, protagonizada por Nicole Kidman y Bette Midler, que transcurre en un pueblo donde los hombres han instalado en sus esposas un microchip que las robotiza para que sean mujeres «ideales». Estas mujeres se levantan ya maquilladas a la perfección, cocinan platos perfectos y postres imposibles, sonríen todo el tiempo y solo tienen palabras amables y de veneración absoluta hacia sus maridos. Además, disponen de un botón que, al presionarlo, hace que expulsen billetes por la boca, a modo de cajero automático. Llegué a la conclusión de que mi compañía habría pagado millones de euros por ese microchip de haber existido).

—Señorita —me llama una pasajera que sostiene en brazos a un niño de unos tres años, justo cuando el avión comienza la aproximación al aeropuerto de Cancún—, mi hijo tiene mucha fiebre.

Yo le sonrío. Ella me mira, algo contrariada por mi sonrisa. «Sí, quizá no pegue que sonría pero hay una señora loca rellenoando informes como si le hubieran dado cuerda que no me quita el ojo de encima y no puedo arriesgarme a sonreír solo cuando toca», le digo mentalmente a la señora.

Toco la frente del niño. Y tanto que tiene fiebre: la criatura está ardiendo.

Sin dejar de sonreír, le pido —con acento de telediario para que la señora ni sospeche que he crecido en el sur del país— que le retire la manta en la que lo tiene envuelto, para que la temperatura no le siga subiendo. Le quito la ropa al niño, tal y como me han enseñado en las clases de primeros auxilios de la compañía. La madre me deja hacer, pero no me quita ojo, entre confusa y desconfiada. Cubro al pequeño con toallitas húmedas y aviso a la madre de que voy a pedir al comandante que suba el aire acondicionado de esa parte del avión. Ella asiente, aunque veo que no se fía un pelo de mí. «Normal», me digo sin dejar de sonreírle.

Al otro extremo del avión, mi instructora levanta el pulgar: un refuerzo positivo a mi actitud sonriente.

Finalmente al crío le baja la fiebre y su madre me mira ahora con otros ojos, como perdonándome la alegría inicial que pareció darme el hecho de que el crío enfermara.

Cuando tocamos tierra y la puerta del avión se abre, el aire que entra es tan húmedo que casi puedo ver gotas de agua en suspensión. Respirar aquí es un poco complicado, pero ¿quién necesita oxígeno cuando se está en uno de los sitios más paradisíacos del mundo? Mientras despido al pasaje uno por uno sin dejar de sonreír, noto que todos frenan su mirada en mi flequillo. Al principio pienso que están maravillados de lo bien que me queda, pero empiezo a sospechar que no es por eso cuando una niña, de la mano de su padre, me señala y se ríe.

Cuando el avión se queda por fin vacío, entro en un baño temiéndome lo peor y me miro al espejo. Dios mío, no puede ser. Pero sí: es. La humedad de este lugar demoníaco ha hecho que mi nuevo flequillo se rice y encrespe de tal forma que parece un gato bufando. Abro mucho los ojos, paralizada. No hay una forma digna de arreglar esto. De hecho, estoy segura de que en algún lugar del manual de uniformidad debe de poner «completamente prohibido llevar el flequillo como un gato bufando». Yo, que había despedido a todo el pasaje con expresión de chica glamurosa, siento ahora cómo toda la sangre se me sube a la cara. Abro el grifo, meto el flequillo bajo el chorro de agua tibia, que no solo no es potable sino que además huele como un laboratorio de química, y lo peino con los dedos como buenamente puedo. El resultado me horroriza, parece que me he caído en un charco.

—¿Qué es ese olor? —pregunta el comandante, una vez nos montamos en la

furgoneta que nos llevará al hotel.

—El agua del avión —digo tímidamente. Él se gira para mirarme.

—¿Tú venías en el vuelo? —Frunce el ceño.

—Sí, soy la que le he pedido que subiera el aire acondicionado porque había un niño con fiebre —murmuro sin mirarle directamente. Él sigue mirándome con el ceño fruncido—. Es que... me he cambiado el peinado.

Los hoteles en los que nos alojamos los tripulantes son siempre de un mínimo de cuatro estrellas, ya que solo estos suelen reunir la lista sin fin de requisitos de nuestro convenio para asegurar nuestro descanso y bienestar: habitaciones aisladas, cortinas que no dejen entrar ni un rayo de sol, aire acondicionado, camas dobles y baños con toda clase de productos para la higiene, además de servicio de lavandería para nuestro uniforme. El hotel donde nos hospedamos en Cancún es un complejo turístico en la playa con varias piscinas, gimnasio, casino y discoteca. A pesar de que me han llamado la atención por no sonreír lo suficiente y por hablar sin suavizar mi acento, y de que he despedido a trescientas personas con el pelo como si me hubiera peinado con la almohada, ver el hotel me ha hecho recuperar la ilusión. De hecho, al comprobar el despliegue en infraestructuras con aquel paisaje de fondo, que parece dibujado, desmayarme es algo que no descarto en estos momentos.

Hago fotos de todo. ¡Quiero que mi familia al completo vea esto! Fotos de las hamacas, de las olas, de mí extasiada en una hamaca, de mí con las olas de fondo y de cada piscina desde todos los ángulos. Lamento que la cámara no sea acuática para hacerme fotos bajo el agua. La primera tarde la paso recorriendo el hotel de un lado a otro. Sola, eso sí. Mis compañeros se han ido a sus habitaciones y me han dicho que hasta mañana no piensan salir. «¡Qué sosos! Pero ¡si estamos en Cancún!».

—Yo me he traído películas en el portátil y las zapatillas para ir, si es que voy, al gimnasio —me dice al llegar al hotel un compañero al que casi no he visto durante el vuelo porque él ha dado el servicio en *business* y yo en turista.

¿El portátil? Esta gente se ha vuelto completamente loca con toda la radiación que llevan sufrida en sus años de vuelo. Debe de ser eso.

No conocía a ninguno de mis compañeros antes de hoy, claro, pero me doy cuenta de que tampoco ellos se conocen entre sí. En nuestra base hay casi mil tripulantes y me consta que rara vez coincides dos veces con el mismo auxiliar en un año, por lo que entablar cualquier tipo de amistad resulta prácticamente imposible. Esto es un poco rollo, me digo, pero, bueno, no se puede tener todo.

El primer día tomo el sol, me baño en cada una de las piscinas —hasta en la de los niños—, como del bufé todo lo que no sé lo que es, repito, pido cada bebida que tiene un color exótico y me apunto a cuantas excursiones hay programadas en el hotel durante los días que voy a estar. Mis compañeros ya hicieron todas esas excursiones la primera vez que vinieron aquí, así que las hago sola.

Después de tres días de viajes en autobús para ir a playas, ver ruinas indígenas y poblados pintorescos que me transportan a otros siglos y hasta milenios, estoy

agotada; colapsada con todas las cosas que quiero contar, con los sitios que deseo que mis amigos vean y con los platos que me encantaría que probasen. Cancún es el paraíso. Sus playas son exactamente iguales que las de las fotos de revistas de viajes y el agua no puede ser más cristalina.

Lo he pasado bien, muy bien, y sin embargo la última noche no salgo a cenar y me quedo en la habitación. Una especie de melancolía me atrapa y solo puedo pensar en la gente que no está aquí conmigo. «Esto debe de ser por la falta de costumbre», me digo convencida.

CAPÍTULO 3

LA CHICA QUE TEMÍA AL GIGANTE

—¿Crees que este planeta puede ser el sueño de un gigante que vive en los confines del universo? —le pregunté tímidamente a mi padre una noche antes de irme a dormir, escondiéndome un poco avergonzada tras el quicio de la puerta de la cocina.

Con siete años, no tenía claro qué significaba «confines», pero casi podría haber asegurado que era bastante lejos de donde yo estaba.

Mi padre estaba en la mesa de la cocina, corrigiendo exámenes con el ceño fruncido. Mi madre se depilaba las cejas en el otro extremo de la mesa. Teníamos una casa pequeña en la periferia de la ciudad, cerca del instituto público donde mi padre daba clases de matemáticas. En una casa con tan pocos metros cuadrados, la cocina tenía que hacer las veces de despacho y salón de belleza.

Al oír mi pregunta, levantó la vista y me miró por encima de sus gafas.

—Ven aquí, Bárbara, ven.

Entré dubitativa en la cocina y me senté a la mesa con ellos. Mi madre dejó las pinzas en la mesa y miró a mi padre. Yo también lo miré. Realmente creía que con mi teoría del «sueño del gigante» había dado con la clave de algo que me preocupaba: ¿quién y para qué había puesto el mundo donde estaba?

—Verás, Barbi, los átomos son pequeñas partículas que conforman... —empezó a decir mi padre.

—Por el amor de dios, Julián —lo interrumpió mi madre—. Tiene siete años, deja de tratar a tu hija como si estuvieras dando una clase a tus alumnos de COU. —Luego, ella me miró, intentando quitarle hierro al asunto con una sonrisa comprensiva y me dijo—: Mira, Bárbara, la verdad es que nadie puede saber si somos el sueño de un gigante o no. —Se encogió de hombros, como si en realidad todo diera un poco igual y añadió—: Pero es que eso es también parte del encanto de toda esta historia, ¿no? Podemos estar aquí por cualquier motivo pero aún no tenemos ni idea de cuál es... A lo mejor es que tenemos que vivir sin más, así —hizo un gesto con sus dedos, como si estuviera pidiendo relevo en un partido de baloncesto—, una generación detrás de otra, hasta que nazca un científico que lo averigüe. —Y acabó con un aspaviento que no me tranquilizó lo más mínimo.

Mi padre, sin embargo, la miraba fascinado. Me gustaba cuando mi padre miraba a mi madre así. En casa, el que tenía una carrera y un trabajo vocacional era él; mi madre era recepcionista en una clínica dental y, aunque a mí me parecía un trabajo genial estar en un lugar lleno de máquinas y gente a la que el Ratoncito Pérez visitaba sin parar, ella siempre volvía a casa como quien alcanzaba un oasis en el desierto, diciendo que ojalá no tuviera que volver allí nunca más ni repetir todo el rato las mismas tres frases de siempre. Y a pesar de todo, era ella la que casi siempre tenía la respuesta que yo necesitaba (con los años me fui dando cuenta de que la mitad de las cosas que me enseñó estaban equivocadas o no eran exactas y de que yo, instintivamente, terminé hablando de cosas prácticas y reales con mi padre y de

ensoñaciones y pensamientos abstractos con ella).

—Pero tengo miedo de que si llevo razón, el gigante un día se despierte... y nosotros desaparezcamos —dije un poco avergonzada, mirando cómo los pies me colgaban de la silla.

Mi padre, al oírme, se volvió hacia mi madre, intentando hacer memoria:

—¿Cómo tratamos el tema de la muerte con su hermano mayor? Yo ya no me acuerdo —le preguntó a mi madre soltando el rotulador rojo «de suspender» y estirándose hacia atrás, mientras bostezaba.

—¡No quiero hablar de la muerte! —protesté. Porque yo nunca quería hablar de la muerte, jamás. Nunca. Y ellos lo sabían.

—Pero, cariño, tu pregunta lleva implícita esa cuestión y hay que hablar del tema antes o después, porque no te deja dormir bien últimamente —me dijo él intentando acercarse.

Di un salto de la silla y me escabullí de los brazos de mi padre y de la cocina. Me metí en mi habitación y cerré la puerta. Aun así, me llegaban las voces amortiguadas a través de la pared. Mi madre le riñó a mi padre:

—¿Implícita? ¿En serio, Julián? Tiene siete años, Julián, siete.

Aquella noche volví a despertar empapada en sudor, jadeando. Había tenido una pesadilla con Ojú y unos bichos que intentaban comérselo solo porque el pobre había muerto.

Ojú era mi mascota, un pez carpa anaranjado que nos regalaron mis padres a mí y a mis hermanos. Mi madre no quería regalarnos un perro porque «ya os tenemos a vosotros», así que Ojú era nuestra mascota de consolación. Al ser poco interactivo y bastante aburrido, mis hermanos pasaron rápidamente de él, concediéndome su custodia total, y yo me agarré a aquel pez como a un clavo ardiendo, convencida de que sería lo más parecido a un perro que tendría jamás. Ojú rehuía todos mis intentos de jugar con él, pero era mío y lo quería. A veces me angustiaba verlo nadar en círculos en la pecera porque muchas veces saltaba fuera de ella, como para tomar aire, como en busca de un poco de libertad, para luego volver a caer en el agua y seguir nadando, lánguido. Varias veces estuve tentada de tirarlo al váter (en algún lugar de mi razonamiento las cañerías eran lugares cristalinos que daban al mar), pero mi padre, conocedor por ciencia infusa siempre de mis ideas, me avisó de que Ojú solo vivía en agua dulce, por lo que nada de mar. Tuve que obligarme a mí misma a creer que Ojú era feliz en esos centímetros cúbicos dentro de mi habitación.

Un día llegué a casa después del colegio y vi la pecera vacía. Corrí hasta mi padre por si él lo había sacado para cambiarle el agua, pero negó con la cabeza, extrañado. De repente, imaginé a Ojú haciendo una de sus piruetas fuera del agua y supe al instante que aquella vez no había tenido la suerte de volver a caer dentro de la pecera.

Retiré el escritorio donde estaba la pecera de la pared, sin quitarme siquiera la mochila del colegio de la espalda. Asomé la cabeza lentamente, temiéndome lo peor. Y sí, allí estaba Ojú, inmóvil; había caído por el hueco que formaba el mueble con la

pared.

—¡Ojúuu! —grité de rodillas en el suelo, donde yacía mi pez carpa menos naranja que nunca.

—¿Ojú de qué? —preguntó mi padre desde la cocina, sin entender que me refería al pez.

No contesté. Mi pez, mi mascota, mi casi-perro había muerto en un rodapié lleno de pelusas. ¡Había muerto de forma angustiosísima! No se me ocurría una muerte peor.

Mi padre entró en la habitación.

—Vaya, pobre... —dijo al verlo—. Si es que le gustaban mucho los saltos mortales.

—¡Deja de reñirle!, ¡está muerto! —Siempre me superó la inoportunidad de mi padre y su poco tacto en los peores momentos. También a mí me reñía cuando me caía jugando, como si el hecho de reñirme fuera a curarme las rodillas despellejadas o la desazón de haberme hostiado contra el suelo.

Después de unos días, y quizá esperanzada por todas las escenas que había visto en películas, donde siempre aparecían padres explicando con mucho tacto a sus hijos que su mascota X estaba en «el Cielo de las Mascotas X», les pregunté con miedo a mis padres durante una comida:

—¿Vosotros creéis que Ojú está en el Cielo de los Peces Carpa Naranja? —Intuía una respuesta dolorosa.

—No existe tal cosa, Barbi —dijo mi padre tajante ante la mirada asesina de mi madre.

—Bueno, eso no lo sabemos —replicó ella haciéndole señas, como si yo fuera ciega y no pudiera verla.

—¡Me niego a hacer creer a mis hijos que existe el más allá, lo hemos hablado muchas veces! —protestó mi padre con su voz grave. Una voz que lo mismo me hacía sentir protegida que me encogía en mi silla, como en aquel momento.

—¡Por dios, no es el más allá, es solo un consuelo absurdo sobre cielos de peces carpa naranja, Julián, tienes que relajarte con este tema!

«¿Un consuelo absurdo? Eso es que no existe tal cielo, ¿no?», pensé.

—¡Se empieza por el Cielo de Peces Carpa Naranja y se acaba haciendo la comunión! —Mi padre nunca perdía los papeles, excepto cuando en casa se nombraban cosas que no existían.

—Entonces, si no está en el cielo ni tampoco está vivo, ¿dónde está? —pregunté intentando que la conversación volviera a Ojú y haciendo como que no quería llorar.

—Pues las cosas muertas se descomponen, se dividen en pequeñas partes y vuelven a la naturaleza, cariño.

—¿Cómo puede volver alguien a la naturaleza haciendo eso? —pregunté con un hilo de voz.

—Pues, entre otras cosas, porque se lo comen los bichos. Esos bichos se van

quedando partes del...

Mi madre se levantó de la mesa con un resoplido y yo me quedé mirando el plato de lentejas que me estaba comiendo, intentando visualizar cómo se vuelve a la naturaleza siendo comida por bichos. No pude tragar ni una lenteja más.

La imagen de Ojú «volviendo a la naturaleza» regresó a mí la noche que pregunté por el sueño del gigante e hizo que me despertara gritando. Oí a mi madre en la habitación de al lado con voz soñolienta:

—Julián, es tu hija.

—¿Qué le pasa? —murmuró él.

—Será que otra vez no quiere morirse —bostezó ella.

Oí las zapatillas de mi padre arrastrarse por el pasillo. Se sentó al borde de mi cama y encendió la lamparita de mi mesilla de noche. Me miró con ternura, sin decir nada.

—¿Crees que podemos ser el sueño de un gigante, papá? —probé suerte de nuevo, aún tiritando por la pesadilla.

Él pensó con cuidado sus palabras, frotándose los ojos, y finalmente dijo:

—Si es así, el gigante está tan agotado que es imposible que se despierte hasta dentro de muuuchos, muchos años. —Y me abrazó abarcándome por completo, con su pecho, sus brazos, su cuello.

Y la tensión desapareció poco a poco. No tardé mucho en quedarme dormida.

«El gigante se va a despertar», pienso ahora.

Estoy a oscuras en mitad del océano Atlántico, montada junto a otras trescientas veinticinco personas en un Airbus, rumbo a La Habana en un vuelo nocturno. Ya llevo seis meses en la compañía pero nunca me había tocado un vuelo a Cuba; esta pretendía ser mi primera vez, pero uno de los dos motores del avión no funciona desde hace cuarenta minutos. La tripulación técnica no sabe aún por qué y las operaciones que están llevando a cabo para solucionar el problema no dan resultado.

El comandante nos reúne a los auxiliares de vuelo brevemente en el *galley* delantero, junto al asiento de la sobrecargo. No tiene buen aspecto, está bastante pálido, aunque habla con voz calmada y al gesticular observo que no le tiembla el pulso. Calculo que aún no tiene cuarenta años y pienso que es demasiado joven y guapo para morir.

—Aseguraos, pasajero por pasajero, de que nadie tiene encendido ningún dispositivo. Comprobadlo personalmente uno por uno. —Me mira durante un instante, un segundo, quizá menos, pero lo suficiente para saber que no quiero a un comandante que no sea él en este vuelo caótico. Sonríe a su pesar y nos da ánimos.

Estamos en mitad de la nada y es de noche. Ya hace rato que hemos pasado el Punto de No Retorno del vuelo (el PNR es el que, en cada vuelo, marca el momento en que ya es imposible volver al aeropuerto de origen debido a que el combustible que te quede ya no es suficiente para llegar). El queroseno restante se está consumiendo más rápido de lo habitual, ya que hay fuerte viento en contra y estamos

forzando al máximo el único motor disponible. El Airbus está capacitado para volar en esas circunstancias hasta llegar a La Habana, pero hay dos posibles problemas: uno, no sabemos por qué se ha parado el primer motor, por lo que desconocemos si al segundo le puede pasar lo mismo. Si el incidente ha sido causado porque nos hemos llevado un montón de aves por el camino, el otro puede haber sufrido también daños. Y dos, aunque pequeñísima, existe la posibilidad de que el combustible esté contaminado y se haya cargado el motor que no funciona. Si es así, es posible que el segundo sufra el mismo daño.

La situación puede quedarse solo en un susto o puede mandarnos a todos con Bob Esponja y su piña. Un compañero me explica que para estos casos donde un avión bimotor se queda sin un motor, el protocolo a seguir se llama ETOPS: «Extended-Range Twin-Engine Operation Performance Standards» (normas de rendimiento operativo de bimotores en vuelos largos), más conocido en aviación como: «Engines Turning or Passengers Swimming» (motores funcionando o pasajeros nadando). Y pienso que este chiste me habría hecho más gracia en tierra, la verdad.

Tengo veintiséis años y estoy tan preparada para morir como con siete. El pánico no se ha apoderado de mí aún, pero lo está intentando insistentemente. No puedo dejar que me alcance o estoy perdida, me repito, porque hay gente aquí que me necesita tranquila y confiada. Tengo los músculos agarrotados y me hormiguean las manos. Lucho contra mi propia ansiedad, la cual sé domesticar en el día a día, pero no tengo claro cómo voy a conseguir calmarla en una situación como esta. Estoy bastante asustada. Del uno al diez, calculo, así por encima, que estoy tres mil de asustada. Puede que esté batiendo mi propia marca personal.

Recorro uno de los pasillos del avión comprobando los móviles, videoconsolas y portátiles de los pasajeros. A algunos tengo que despertarlos para que los saquen de sus mochilas y maletas. El pasaje empieza a agitarse y a hacerse preguntas entre sí y a nosotros. Yo no pierdo la sonrisa —esa sonrisa mecánica que ya soy capaz de poner en absolutamente todas las situaciones que se planteen—. Eso les confunde y hace que les dé vergüenza mostrarse demasiado preocupados. Todos los pasajeros se fijan en el lenguaje corporal y en las caras de la tripulación cuando sienten que algo no va bien en un vuelo, ya sea por turbulencias o porque los auxiliares los despierten para revisar cada uno de sus dispositivos electrónicos a las cuatro de la mañana, hora española. Pobres ingenuos.

Me pregunto qué haría mi hermano Samuel en mi lugar. Mi hermano tiene cuatro años más que yo y es un tipo alto, guapo y listo. Lo tiene todo y yo lo amo o lo odio dependiendo del día. Siempre he sentido esa veneración secreta que tienen los hermanos pequeños por los mayores, y todo lo que hace, aunque esté mal, me parece razonable y ejemplar. Hasta cuando la caga de forma estrepitosa, como aquella vez, con trece años, que trajo una oveja a la casa del pueblo de mis abuelos paternos. Estaba desesperado por convencer a mis padres de que necesitábamos un perro y ya me había dicho en varias ocasiones que el truco consistía en traer directamente un

cachorro a casa, para que mis padres no pudieran negarse cuando vieran sus ojillos de pena, además de evitar así que nos regalaran otro pez. Por desgracia, se topó antes con una oveja que con un cachorro de perro. No sé cómo consiguió guiarla hasta la casa, pero lo cierto es que abrió la puerta y, empujando a la oveja desde atrás, dijo: «¡Tenemos nueva mascota!». La oveja, que parecía haber estado tranquila hasta ese momento, empezó a balar y a cagarse por toda la casa en cuanto oyó los gritos de mi madre. Cuanto más gritaba mi madre, más balaba la oveja, hasta que el caos fue tal que era imposible diferenciar a una de la otra.

No recuerdo qué les costó más trabajo a mis padres, si tranquilizar a la oveja o convencer a mi hermano de que aquella había sido una muy mala idea. Mi padre la metió en el asiento trasero del coche con ayuda de mi tío Héctor, y la llevaron adonde mi hermano confesó haberla encontrado (años más tarde acabó su confesión diciéndonos que no había sido un encuentro fortuito, sino un rapto en toda regla). Su dueño, un pastor del pueblo de mis abuelos, dijo que era la primera vez que le pasaba algo así, tanto por el hecho de que un niño hubiera metido una de sus ovejas en una casa como porque se la devolvieran el mismo día montada en un Seat 127, con una pañoleta de Guns n' Roses atada al cuello.

Esa noche llamé a la puerta de la habitación de mis hermanos. Me abrió mi hermano Pablo, el menor de los tres. Pablo era mi socio en las trastadas y mi confidente en lo personal. Nos entendíamos sin mediar palabra. Una mirada concreta en un momento exacto podía terminar con nosotros revolcados en el suelo de risa o pactando tácitamente un comportamiento u otro ante cualquier eventualidad. Su mirada aquella noche me dijo algo que yo entendí como: «No está el horno para bollos, si vas a decirle algo a Sam, que sea muy positivo». Asentí.

Mi hermano Samuel estaba tendido en la cama, con la almohada tapándole la cabeza. Sonaba «Never Say Goodbye» de Bon Jovi. Yo tenía nueve años pero mucha empatía, así que me senté en el borde de su cama y le toqué con un dedo en el hombro.

Él murmuró algo que no entendí porque la almohada amortiguaba su voz.

—Sam —le dije solemnemente a la almohada—, esa cabra era total, habría sido la mejor mascota del mundo. Has sido muy valiente trayéndola a casa, sin importarte que te hubiera llenado de chinches, a mí me habría dado asco hasta mirarla, pero a ti no, porque eres superguay.

Sam se incorporó y me dijo:

—Pues a tus padres no les ha parecido tan buena idea. —Sam siempre decía que eran solo mis padres cuando estaba enfadado con ellos. Toda mi familia hacía como si no fuera de la familia cuando les convenía—. Nunca tendremos mascota, es un hecho. En el colegio dicen que responsabilizarte de animales y jugar con ellos te hace madurar —añadió haciendo aspavientos dramáticos mirándonos a Pablo y a mí—. Se ve que no quieren que madure... Pues bien, ¡no maduraré si eso es lo que quieren!

—Pero aunque no tengas a la cabra puedes jugar conmigo —le dije más como un

ruego que como una sugerencia.

—¡Dios, Barbi, es una oveja, no una cabra! El mundo es un lugar... —No pude entender qué decía porque volvió a ponerse la almohada en la cabeza, pero me dio la impresión de que el mundo no era nada bueno en aquellos momentos para Sam.

Durante todos estos años el altercado fue llamado en casa «Lo de la cabra», con la posterior protesta de mi hermano: «¡Era una oveja!».

Ojalá Sam estuviera aquí. No es que quiera que muera conmigo en el fondo del Atlántico, pero me reconfortaría mucho poder abrazarle. Ahora es un chico de treinta años casi normal, que me ha enseñado muchas de las cosas que sé, como hacer un cóctel molotov casero o qué tengo que decir exactamente en comisaría cuando me detenga la policía en una manifestación. «Di solo tu nombre, identifícate y no cuentes nada más hasta que te lleven ante el juez. Y lleva siempre el número de teléfono de un abogado escrito a boli en el antebrazo, nada de llevarlo en el móvil o en un papelito o acabarás con uno de oficio». A Sam nunca lo han detenido, pero sí a muchos de sus amigos en manifestaciones de todo tipo. Mi padre siempre dice que las únicas detenciones dignas para un obrero son en una manifestación o en un piquete informativo. Y lo dice siempre muy calmado, mirándote por encima de sus gafas de pasta gruesa. A él lo detuvieron varias veces los grises, pero consiguió salir sin antecedentes de todas ellas. Me lo imagino siempre hablándole de esa forma tan suya a la policía, como si estuviera impartiendo una de sus clases, explicando los motivos de su protesta de forma didáctica y pausada, de manera que hasta la policía le daría la razón.

A mí no me han detenido nunca y a este paso nunca lo harán, porque el motor sigue sin funcionar después de una hora y media y no dejo de visualizar el peor de los escenarios. Quedan ¡dos horas! aún para llegar a La Habana. Qué pena, con lo contentos que estaban en casa porque sería la primera de la familia en «salir del sistema capitalista» y adentrarme en un país catalogado oficialmente por Estados Unidos como «estado terrorista». Para mi familia, de izquierdas y marxista hasta la médula, el único Estado oficialmente terrorista es el estadounidense porque bombardea países por motivos inventados, como las armas de destrucción masiva, pero yo nunca lo digo en público. Menos aún en este trabajo. En aviación suelen ser bastante conservadores y tendentes a considerarse de clase media porque cobran tres mil euros al mes. De los que piensan que el comunismo está basado en matar a gente aleatoria con una hoz y un martillo.

La única vez que dije que yo era de clase media fue con dieciséis años, en una comida con mi familia paterna, mis hermanos y mis padres. En esas reuniones solo nos faltaba rezarles a Marx y Engels antes de comer.

—Samuel me dijo el otro día que era una pija porque quería comprarme unos Levi's, papá, pero ser de clase media no te hace automáticamente pija, ¿a que no? —le pregunté mientras le daba un sorbo a mi Coca-Cola Light.

Se hizo el silencio en la mesa. Todos me miraron a mí y a continuación a mi

padre. Él soltó el tenedor y apoyó los antebrazos en el borde de la mesa, cruzando las manos. Me miró por encima de sus sempiternas gafas de pasta gruesa y dijo:

—Contéstame a algo, Bárbara: ¿qué pasaría si mañana nos echaran del trabajo a mí y a tu madre?

Intuí que era una pregunta con trampa, pero no podía no contestar: todos me miraban.

—Que no podríamos pagar la hipoteca —respondí casi como una pregunta.

—Y nos echarían de casa y no podríamos comer ni vivir, ¿verdad? —me preguntó. Y yo asentí—. Pues bien, digamos que los que pertenecen a la clase media son los dueños de los medios de producción, los que deciden si te echan o no del trabajo. A los que nadie puede echar o los que directamente no trabajan porque no lo necesitan, porque viven de las rentas.

—A esto me refería, Julián —le dice mi tío Héctor a mi padre—, con el peligro que supone dejar ver a los niños *Sensación de vivir*: un día te sueltan que son de clase media y ahí ya los has perdido para siempre.

Mi padre bajó la vista a su plato y siguió comiendo sin volver a pronunciar palabra. Nunca volví a decir que yo era de clase media.

El interfono de mi transportín se ilumina. Lo cojo.

—Hola. —Es Laura, la auxiliar que ha dado el servicio en clase *business* con la sobrecarga. Me ha contado en la sala de *briefing* que lleva varios años volando, pero tras la noticia del motor averiado ha tenido que quedarse en el *galley* porque le temblaban tanto las manos que sonreírle al pasaje no habría servido para engañar a nadie—. No sé por qué desde que soy madre todo me da miedo, ya no soy tan valiente.

—Claro que eres valiente —le digo sin saber muy bien qué añadir porque la he conocido ese día, como al resto de la tripulación.

Caigo en la cuenta de que estar en el *galley* sin hacer nada no debe de estar sentándole precisamente bien a su estado de nervios. Cuelgo el interfono y voy hasta allí, pensando en qué tarea podría darle.

La encuentro con los ojos llenos de lágrimas, que intenta contener. La mujer que he conocido en tierra y que arrastraba su *trolley* como si supiera exactamente dónde va en la vida, está ahora temblando sobre uno de los contenedores metálicos que guardan las bandejas de sucedáneo de merluza con sucedáneo de guarnición.

—Tengo miedo de no volver a ver mis hijos, Berta —me dice.

—Soy Bárbara. Y claro que vas a volver a ver a tus hijos, qué tontería —le contesto reprimiendo las ganas de gritar: «¡Y yo tengo miedo de no volver a ver a mi familia, abrázame!»—. Y te digo más, Laura: cuando solucionen lo de ese motor tendremos que dar el resto de comidas, así que vamos a ir adelantando trabajo para que no nos coja el toro. ¿Puedes encargarte de contar las bandejas y preguntar en *business* si van a querer carne o pescado?

—Me llamo Lorena —me dice presionando con un pañuelo de papel sus

lagrimales para no llorar. Se suena los mocos y se pone en pie. Me mira firmemente y respira hondo—. Sí, claro que puedo. Voy a hacerlo. —Y me sonrío a duras penas—. Eres muy valiente, Bárbara.

Lo he vuelto a hacer. He vuelto a fingir que no tengo miedo, que soy valiente, que no me hormiguean las manos y no tengo el corazón latiéndome en el cerebro, que no he ido al baño tres veces y quiero ir una cuarta. Y disimulo también que, si no me he dejado llevar por el pánico, es solo porque tengo miedo de que nadie pueda traerme de vuelta a la cordura. Valiente, realmente, me lo parece ella: es capaz de permitirse flaquear y de expresar su miedo, porque en algún lugar dentro de sí sabe que si cae, podrá levantarse de nuevo.

«Mi miedo al miedo es algo que, si consigo salir con vida de aquí, debería trabajar», me reconozco a mí misma mientras salgo de nuevo a la cabina de pasajeros, sonriendo de forma mecánica.

—El motor está rotando de nuevo —nos informa el comandante por los interfonos de nuestros transportines poco rato después—. Voy a dar el mensaje al pasaje.

«Hemos solucionado un pequeño problema técnico en el motor derecho del avión. Están ustedes a bordo de un magnífico Airbus A330, con capacidad para haber hecho el vuelo con un solo motor...», suena la voz del comandante en la cabina. Una voz grave, tranquila y, en cierta forma, suave. Yo dejo de escuchar y noto cómo los músculos del cuerpo se me van destensando uno a uno.

Entro en el baño, me siento sobre la tapadera del váter y lloro. Lloro de alegría, de alivio, de ganas de enamorarme, de estudiar tres carreras más, de viajar y de vivir.

El gigante, de momento, va a seguir durmiendo.

LO DE CUBA

La compañía quiere revisar el Airbus averiado con sus propios técnicos, así que mientras se desplazan desde España y lo chequean, la tripulación que ha llegado a Cuba en el vuelo anterior, y que está esperándonos para volver a España en nuestro avión, tiene que quedarse un día más. Así que la primera noche que pasamos en La Habana las dos tripulaciones salimos juntas a cenar. La nuestra cuenta su propia experiencia del vuelo casi-siniestro, exagerando algunas partes para mayor impacto de la otra tripulación, que no para de hacer preguntas. A toro pasado todo parece divertido, ninguno estamos ya blancos como el papel ni tartamudeamos al hablar. De hecho estamos de subidón y cualquier cosa nos hace estallar en carcajadas. Bebemos y comemos mucho, es la primera vez en todos estos meses que veo a toda la tripulación salir junta, hasta los pilotos están aquí.

No suele hacerme demasiada gracia la actitud servil de muchos compañeros con la tripulación técnica en general y con los comandantes en particular. Vale que un piloto es la máxima autoridad en un vuelo y puede hasta casarte (si es que tú también quieres, claro), pero he visto infinidad de veces cómo los pilotos y copilotos exigen

más atenciones de las necesarias y, para mi irritación máxima, he comprobado que es así especialmente cuando el sobrecargo (que es la que atiende siempre a la tripulación técnica) es una mujer. También he observado que cuando el sobrecargo es un hombre, comandantes y segundos se procuran sus propios caprichos como «un poco más/menos de leche en este café» o «más/menos hielo en este refresco».

Pero hoy me alegro de la presencia del comandante de mi vuelo. Me he acostumbrado, a mi pesar, a que suelen ser siempre señores de derechas, incluso los más jóvenes, que leen el *ABC* y pegan risotadas mientras te hacen bromas machistas, pero algo me dice que este hombre no tiene nada que ver con todo lo que he conocido hasta el momento. Es más, intuyo que es de izquierdas (convivir con mi familia me ha hecho desarrollar un superpoder que consiste en distinguir a simple vista y cruzando pocas palabras a los rojos de todos los demás, con un margen de error del 0,01 por ciento).

Para empezar, este comandante ha hecho buenas migas con el único auxiliar de vuelo chico de la tripulación, el cual es manifiestamente gay. La relación entre los pilotos y los auxiliares homosexuales (que abundan en aviación) es casi nula. Que estemos en pleno siglo XXI no parece ser suficiente motivo para normalizar estas relaciones. Hasta el día de hoy, he conocido a muchos auxiliares que reconocen abiertamente su homosexualidad pero ni a un solo piloto o segundo de a bordo que diga que lo sea. Por supuesto, soy consciente de que nadie tiene que ir contando con quién se acuesta o deja de acostarse, pero cero de entre cientos de pilotos me parece una cifra llamativa. Así se lo comenté un día a una compañera en vuelo, como quien no quería la cosa, y me contó que conoció a un segundo de a bordo que decía claramente que le gustaban los hombres, pero que eso había causado que las bromas por parte de sus compañeros se sucedieran día tras día; chistes como «yo cuando vuelo con fulanito no cierro la puerta de cabina» o comentarios de *defensores* como «es gay pero es muy buen piloto».

Otra cosa que me ha llamado la atención de este comandante es su mirada frontal y amable. Aún no lo he visto mirar por encima del hombro ni con aire condescendiente a nadie; además, es natural y humano con todo el mundo, sus gestos y su forma de escuchar a los demás no parece decir: «Me estás robando tiempo con esta tontería que me estás contando, muchacho, que soy piloto». Y la verdad es que, en los pocos meses que llevo en aviación, tratar con él me parece agua fresca. Desarma los patrones que me había hecho de los pilotos de esta compañía, nada positivos.

Es enero, pleno verano en La Habana, y hace un calor húmedo que te da ganas de desnudarte a cada instante. Las dos tripulaciones vamos a cenar a una paladar del centro, en la Calle 23. Lorena, mi compañera —y, después del susto, mi mejor amiga de este viaje—, me cuenta que las paladares cubanas son restaurantes de lo que allí llaman «cuentapropistas»: personas que viven de sus propios negocios, sin ser profesionales. En la paladar a la que vamos hay un mural enorme con la cara del Che

en la pared del fondo, con una frase que dice: «Comandante Che Guevara, ¡viva la Revolución!».

—¿Te imaginas que me apellidara Guevara? —me pregunta en voz baja el comandante mientras se sienta a mi lado en la mesa—. Mis mensajes al pasaje empezarían por: «Les habla el comandante Guevara...».

Y me sonrío con los ojillos, como sabiendo que ha dicho una tontería pero que ahí está su tontería y qué le vamos a hacer. Yo le miro pensando en lo reconfortante que me resulta ahora ver una sonrisa no mecánica.

—Y podrías sustituir el «¡Hasta la vista!» por un «¡Hasta la victoria!» —digo con cara de «no eres el único que puede decir payasadas».

Él suelta una carcajada.

—Siempre hago el mismo chiste a tus compañeros cuando venimos a La Habana, te voy a copiar tu parte para ampliarlo —me confiesa.

Somos casi veinte personas sentadas a la mesa. Comemos lechón asado y yuca con mojo y, para celebrar que estamos vivos, pedimos jarras y jarras de canchánchara. El comandante me explica que es una bebida típica de Cuba y que está hecha de ron de caña de azúcar, zumo de limón y miel. «Dios, cuánto sabe este hombre», me digo mientras bebo sin parar. Llevamos tantas horas en pie y tal cantidad de estrés acumulado que el licor es un auténtico bálsamo. Yo me emborracho en cuestión de veinte minutos.

Aún tenemos la resaca del susto en el cuerpo que, añadida a la embriaguez y el cansancio, nos hace desinhibirnos de una forma espontánea y natural, tanto que no nos damos ni cuenta.

Al acabar la cena caminamos hasta el Malecón. Algo me dice que yo podría haber ido haciendo la croqueta y habría sido más digno que estos andares zigzagueantes que me estoy marcando. Gracias al Che que no soy la única y quien más y quien menos tiene ya la lengua suelta y el cuerpo bailongo, por lo que mis traspies pasan inadvertidos para todos. Para todos menos para el comandante, que me mira divertido y me redirige el paso con un «uo, uo, uo» cada vez que me salgo de la acera.

Los dos hacemos todo el trayecto imitando el acento cubano al hablar (por algún motivo que no alcanzo a entender, siempre que vamos a un sitio los tripulantes nos ponemos a imitar el acento del lugar de destino, para hacer la gracia. Todos y cada uno de nosotros). La verdad es que se nota que el comandante ha estado muchas más veces que yo en La Habana, porque casi lo calca.

—No sé cómo te llamas —le digo—. Hemos estado refiriéndonos a ti durante todo el vuelo como comandante: «Nos llama al *galley* el comandante», «Dice el comandante que vamos a morir», «¿Ha saltado en paracaídas ya el comandante?».

—Manuel —responde sonriendo.

La mirada se le pierde unos instantes, imagino que quizá está recordando el vuelo. Ahora pienso que tal vez yo no haya sido consciente de hasta qué punto hemos estado en peligro. Él tiene un aire calmado y reflexivo que parece poder dar estabilidad y

cordura a cualquier situación. Y, quizá porque yo soy una montaña rusa emocional muy cansina, estar con gente así siempre me hace sentir bien. Aunque, por otra parte, personas como él, que prefieren escuchar a hablar, también se me antojan un misterio insondable, porque nunca se sabe cómo y cuánto les afectan las cosas, o al menos no con la misma certeza y detalle que a la gente que no se guarda nada para sí. Manuel, incluso con la jarra de canchánchara que se ha bebido, mantiene el paso recto y la conversación con sentido. O eso me parece a mí, pero, bueno, quizá no sea la persona más adecuada para evaluar el estado de nadie ahora mismo.

Lo observo caminar, con la mirada al frente y las manos en los bolsillos de sus vaqueros. Tiene una barba castaña espesa, que empieza a mostrar algún reflejo plateado. No sé qué edad tiene, en vuelo le había calculado algo menos de cuarenta, pero ahora que se ha quitado el traje de piloto y se ha vestido con una camiseta de manga corta y unas deportivas, ya no tengo ni la más remota idea.

No sé si Manuel me resulta tan atractivo porque objetivamente lo es o porque ha conseguido poner a rotar el motor suicida. O porque es gracioso o porque nos habla sin ese aire rancio al que estoy acostumbrándome. O porque tiene un lunar debajo del ojo izquierdo. O porque cuando sonrío se le marca una pequeña cicatriz en la mejilla derecha que quiero saber cómo se hizo.

Nos sentamos en el muro del Malecón y sacamos las botellas de ron y las latas de TuKola que hemos comprado en una gasolinera. Manuel vuelve a sentarse a mi lado, parecemos una pareja de pingüinos. Empiezo a preguntarme si le gusto. Me encantaría poder contestarme, pero al haber bebido tanto puedo contarme a mí misma cualquier cosa, y prefiero no hacerlo. Quizá es solo que le he caído bien. O tal vez está allanando el terreno con su mirada profunda y su lunar bajo el ojo izquierdo, haciéndose el misterioso para llevarme a la cama. De cualquier forma, ambas posibilidades me parecen lícitas, aunque una más bonita que la otra.

Mientras me habla de los problemas técnicos que ha habido en vuelo, yo me pierdo en mis cavilaciones, intentando adivinar si habrá estado con muchas de mis compañeras o si no es de ese estilo. Una cosa sí me ha quedado clara trabajando en aviación, y es que las aventuras amorosas entre pilotos y azafatas son un mito. Las hay, claro, pero no he visto nada en estos meses que me haga pensar que hay muchas más historias que en cualquier otro gremio.

Manuel sigue hablándome del avión, moviendo las manos de forma que yo pueda imaginar más fácilmente cómo son las piezas y los movimientos que debía hacer el motor y que no hacía. Pero, aunque asiento, no me estoy enterando de nada. Solo pienso en lo bonitas que son sus manos, moviéndose ágiles y rápidas.

«Pero ¿qué te pasa, tía?, ¿estás tonta?», me digo.

Y es que estoy tan borracha que empiezo a pensar que puede que finalmente no acabe con vida este viaje. ¿Cuánto he bebido? ¿Cuánto han bebido los demás? ¿Soy la que peor está? No lo sé, he pasado casi toda la noche con Manuel, ignorando descaradamente al resto, incluso a Lorena, que estaba sentada a mi otro lado en la

mesa. Miro a mi alrededor, buscándola, y la encuentro tumbada sobre el muro que separa la calle del espigón, unos metros más allá, rodeada de otros compañeros cantando a voz en grito «A lo cubano», de Orishas. Le digo a Manuel que me dé un momento y me acerco a ella lentamente, intentando andar como una persona normal.

—Lorena, casi no hemos hablado —digo arrastrando un poco la lengua—. Además, me temo que he monopolizado al comandante y no lo he dejado hablar con nadie más.

—Cheee —exclama ella incorporándose sobre el muro—. ¡Amiga! ¡Estás aquí!

En el plano social, me tranquiliza que Lorena esté peor que yo; en el plano médico, no tanto.

—Tú no has monopolizado a nadie —me dice acercándose a mi oído pero sin darse cuenta de que no ha bajado el tono de voz—, él te ha monopolizado a ti. Sois la comidilla de las dos tripulaciones en estos momentos.

Esto último no me parecen buenas noticias, pero el alcohol no me deja evaluar si es o no grave. En ese instante me da un poco igual si hablan de mí, pero sí me alivia bastante saber que no todo ha sido cosa mía.

—Parece majo —le digo al tiempo que me subo al muro para sentarme junto a ella, intentando no tirar mi copa.

—¡Es muy majo! —me suelta gritando. Acto seguido baja la voz y me susurra—: Y creo que no está casado. He volado con él muchas veces, aunque es la primera que lo veo fuera del avión, solo lo conozco trabajando.

Como Aviación Civil solo deja pilotar un tipo de avión a los técnicos, es más habitual que los auxiliares coincidamos más veces con los pilotos de largo radio que entre nosotros mismos, porque hay solo diez aviones que hagan esos vuelos. Ya he estado pensando en esto durante la cena, deseando como una adolescente que me programen todos los vuelos de largo radio con él.

Manuel y yo pasamos el resto de la noche sentados en el muro del Malecón, charlando de política y comunismo con dos cubanos, después de que se nos acercaran para que los invitáramos a una copa.

—No te diré lo que pienso sobre Fidel, amigo, aquí hasta las paredes tienen oídos —comenta uno de ellos cuando Manuel critica el hecho de que Coca-Cola liquidara la compañía en Cuba al entrar Castro en el poder. Y aunque lo dijo en tono de broma quejándose de lo mala que era TuKola, el comentario no fue bien recibido—. Para ustedes es fácil alabar el comunismo, claro, gracias al capitalismo nacen con una tarjeta de crédito bajo el brazo que los hace libres.

—Perdona, amigo, pero yo no he alabado nada —responde en tono amable Manuel levantando las manos.

Estoy muy borracha pero eso no impide que me indigne la respuesta agresiva del chico, aunque ni siquiera iba para mí. Así que, por algún motivo que no podría explicar, me parece una buena idea ponerme igual de agresiva.

—Para vosotros también parece fácil alabar al capitalismo, al fin y al cabo el

imperialismo os ha comido la olla con cosas como que nacemos con una tarjeta de crédito debajo del brazo —digo. Y creo que hablo demasiado alto, porque los compañeros del corrillo que hay a nuestro lado se giran al unísono, mientras me miran incrédulos.

—¿Ha dicho imperialismo? ¿Bárbara es comunista? —pregunta una.

—¿Se ha enfadado porque el cubano quiere ser capitalista? ¿De qué va?

—Está borracha —intenta justificarme otro.

Ay, dios. Ya veo el informe de ese vuelo: «Amable con el pasaje pero estúpida con el capitalismo».

—Haya paz —intercede Manuel, y por su expresión grave creo que mañana me voy a arrepentir de esta conversación.

—No voy a seguir hablando con una primermundista que no tiene ni idea de cómo es vivir aquí —dice el cubano, que termina su copa de un trago, se da media vuelta y se marcha.

Se ha hecho el silencio. Creo que ya soy persona non grata entre mis compañeros y entre la disidencia cubana. Se van girando uno por uno para volver a sus corrillos y comienzan a hablar en voz baja y a soltar risitas. Por un momento me siento avergonzada, pero mi enfado al ver cómo se ríen hace que me cabree lo suficiente para eclipsar la vergüenza. Cojo mi bolso y me dispongo a marcharme de allí, aunque no sé muy bien adónde ir. Miro a Manuel, confusa y borracha, que me observa como si esperara de mí cualquier cosa en este momento. Nos quedamos unos instantes así, hasta que él carraspea y se despide del resto. Yo digo adiós con la mano a Lorena, pero no sé si me está mirando o está catártica por todo lo que lleva bebido.

—Allí hay una parada de taxis —me señala Manuel con un tono que intenta ser conciliador.

Caminamos hasta el primer coche de la fila y se monta conmigo en el asiento trasero. Le da el nombre del hotel al conductor y no me habla ni falta que me hace. Estoy borracha y enfadada. No solo con el chico cubano, sino con mis compañeros. Y con Manuel. No sé por qué con Manuel, puede que por su silencio. No sé qué está pensando y me molesta mucho necesitar de esta forma que esté de mi parte. De repente, me alegro enormemente de que se coincida tan poco con los tripulantes en los vuelos; de hecho, espero no tener que cruzarme con estos nunca más. Con Manuel sí quiero cruzarme. Cruzarme de todas las formas posibles. Es terrible, no sé qué me está pasando con este hombre.

Al llegar al hotel, él se despide de mí con un simple «Hasta mañana, Bárbara». Y yo lo miro. No sé cómo interpretar todo lo que acaba de pasar ni tampoco su actitud. Juraría que le brillan los ojos, pero no sé si es por la canchánchara o porque ya quiero ver cosas donde no las hay. Me despido en silencio, levantando la mano, y lo miro marcharse por el vestíbulo. Antes de subirse al ascensor, se gira y me mira, aún serio, pero con una mirada que se clava en algún lugar de mi cerebro. ¿Le he avergonzado? ¿Me he pasado? Las puertas del ascensor se cierran y sé, sin ningún tipo de dudas,

que al día siguiente no voy a verlo.

«Me da igual», me digo mientras subo las escaleras como puedo hasta mi habitación, que está en la primera planta. «Me da completamente igual». Me pongo el pijama como puedo y me acuesto. «Pues anda que no me da igual todo esto». Y me quedo dormida pensando en lo igual que me da Manuel, su lunar bajo el ojo y su mirada intensa, que se me ha clavado en la cabeza. Exactamente igual.

LO DE LA MATERNIDAD

Paso los días en Cuba con Lorena, la única a la que no le da miedo acercarse a mí después de la noche del sofocón. No veo a Manuel en todo el tiempo. Ni siquiera en el restaurante a la hora de comer. Seguro que piensa que soy una radical y una exaltada y no quiere que vuelvan a verlo conmigo. Me siento terriblemente avergonzada y me juro a mí misma que no volveré a beber con extraños ni a hablar de capitalismo con disidentes cubanos.

Intento no pensar demasiado en lo ocurrido ni en Manuel y me dedico gran parte del tiempo a hacer fotos de todo lo que me encuentro durante mis paseos por el centro de La Habana con Lorena.

A pesar de todo, me resulta imposible no enamorarme de esta ciudad y de su belleza decadente, de sus edificios majestuosos y desconchados, de sus calles y de la lentitud de sus coches y sus gentes. Me parece la capital más bonita que he pisado hasta el momento, llena de lugares avejentados y mal conservados pero aún bellos, como una vieja gloria del cine clásico en la que, entre sus arrugas, se adivina aún lo poderosa que fue su presencia en algún momento de su vida.

Al igual que el estrés de las calles de Madrid se te cuele por los poros al poco tiempo de vivir allí, la tranquilidad y las risas de los cubanos te engullen nada más llegar. «¿Será posible que yo diera aquella noche con el único cubano malhumorado?», me pregunto. La gente camina por la calle como si nada importara, las mujeres no aprietan el paso ni parecen inseguras por cómo luce su ropa o su pelo. Nadie da la impresión de estar preocupado por nada en particular.

Lorena ha estado aquí muchas veces en los años que lleva trabajando en Aerospain y me cuenta lo que ha aprendido. Además de interesante, es una mujer muy divertida. Y me digo que menos mal que este viaje no voy a pasarlo sola.

—¿Y tú no piensas en tener niños? —me pregunta.

Nos hemos sentado en una cafetería que hemos encontrado en nuestro paseo, llena de árboles que nos protegen de un sol castigador. Me pregunta sobre la maternidad, como si tal cosa, pero después de haberse quejado durante dos horas de sus hijos, lo cual hace que nos miremos en silencio unos instantes y acto seguido nos echemos a reír.

Pero no es nada nuevo, la de los niños es una conversación que se repite en mi vida cada vez con más frecuencia. Las madres que conozco, después de protestar por

su falta de libertad y de describir la maternidad como una especie de esclavitud elegida, abandonan su expresión de cansancio y sonrían de repente para preguntarte por qué no te animas tú a tener uno. Pero ¿cómo me voy a animar, por el amor de dios?

—Me gustan mucho los niños —le digo—, pero creo que me gustarían más en calidad de sobrinos que de hijos. A ver si mis hermanos se animan.

Lorena sonrío. Me da la razón en cuanto a que es más fácil y divertido ser tía, porque ella tuvo sobrinos antes que hijos, pero me explica que lo que sintió al ser madre no es comparable a ningún sentimiento que hubiera conocido antes.

—Ese bebé depende de ti, lo eres todo para él. Te mira y se te cae la baba. ¡Es tuyo! ¡Ha salido de ti! —Y abre mucho los ojos para intentar transmitirme la enormidad de todo aquello.

No se lo digo, pero es precisamente esa dependencia de algo tan vulnerable lo que me asusta. Ese contrato que firmas un día para hacerte cargo de algo que al principio es un ser monísimo pero al que años más tarde le salen granos, bigotillo y gallos al hablar. No solo tienes un bebé que hace gorgoritos, después tienes un adolescente que se masturba constantemente y te deja las sábanas almidonadas para que tú las laves. El bebé que nunca te respondía más que con sonrisas o hipo puede convertirse en un tipo que se drogará y te preocupará de por vida, un muchachito o muchachita que te sacará de quicio antes o después, con el que pelearás porque su inconsciencia te parecerá inconcebible, da igual lo inconsciente que tú hayas sido con su edad. Alguien que, en definitiva, te complicará la existencia de una u otra forma. Y, bueno, ¿qué necesidad hay?

—Pero tú eres joven, aún te queda mucho por disfrutar. Ya pensarás en eso más adelante —me dice Lorena—. Además, piensas así porque aún no ha llegado el que tiene que llegar.

El Que Tiene Que Llegar (EQTQLL). Lo conozco de oídas, de todas las veces que me lo han repetido. Tengo muchas ganas de saber quién es. Cada vez que me gusta un chico me pregunto mirándolo con disimulo si él es EQTQLL. Hay que estar alerta, no vaya a ser que un día llegue y yo esté a por uvas y me quede siempre sola y sin ganas de ser mamá. Porque ¿qué hay peor en esta vida para una mujer que estar sola y no procrear?

—Yo no me emborrachaba desde que nació el primero, hace cuatro años, imagínate lo bien que me sentó la melopea de la otra noche.

—¿Qué edad tienes? —le pregunto, porque la verdad es que no parece mucho mayor que yo.

—Treinta y dos.

«Madre mía, ¿qué necesidad?», me digo.

Decido que mejor voy a asentir a todo, mientras me termino mi café con leche, porque mi discurso anti-mami puede ofenderla, y no quiero caerle mal también a ella.

No vuelvo a ver a Manuel hasta que me monto en la furgoneta que nos lleva de nuevo

al aeropuerto para volver a España. Lo veo salir del hotel. Está tan guapo con el uniforme y la gorra bajo el brazo que podría gritar allí mismo.

Él nos saluda a todos en general pero a nadie en particular y se monta en el asiento del copiloto. Yo, que voy justo detrás de él, hago todo el trayecto con un nudo en el estómago. ¿Qué coño me pasa? ¡Si no deja de ser un extraño! ¿Me he enamorado en un día de alguien porque es gracioso e inteligente y arregla aviones kamikazes? ¡Con la de veces que he vuelto los ojos con las típicas parejas estereotipadas de piloto y azafata, médico y enfermera, abogado y secretaria! Parejas donde es el hombre el que ocupa la figura principal y la mujer la figura auxiliar. ¿Qué quiero? ¿Engordar otro estereotipo más?

Me peleo conmigo misma durante todo el trayecto por ser tan tonta y también por haber pensado que él se había fijado en mí, mientras miro por la ventanilla de la furgoneta. ¿Por qué iba a fijarse en mí? ¿Qué tengo yo que no tengan el resto de mis compañeras, quitando el hecho de que yo soy capaz de pelearme en plena calle de un país extraño por *El capital* de Karl Marx?

Entonces noto su mirada a través del retrovisor del copiloto. Veo cómo me mira a través del espejo con una expresión que ya no me atrevo a juzgar. Tiene los ojos tan oscuros que apenas se nota que son verdes. El nudo que tengo en el estómago se aprieta un poco más, y no se me pasará en todo el vuelo, aunque no volveré a verlo porque no saldrá de la cabina en ningún momento. Ni siquiera cuando llegamos a Madrid y despedimos al pasaje. Ni siquiera cuando sale el copiloto. Ni siquiera nada.

Me voy a casa arrastrando la maleta con desgana.

«Pues anda que no me da igual todo esto...», me repito.

CAPÍTULO 4

LA CHICA QUE MENSTRUABA

—Quiero ser una pelusa —dije tendida bocarriba en el suelo del salón mientras mi familia al completo veía *Crónicas Marcianas*. Todos tumbados en los dos mini sofás que decoraban nuestro salón, entrelazando como podían sus piernas para encajar. Tenía quince años y la adolescencia era la cosa más terrible que me había pasado hasta entonces—. Me pregunto qué se sentirá siendo una pelusa. Hay algunas que se pasan la vida detrás de la nevera, sin que nadie repare en ellas. Años en un rincón. Sin ver nada más que cables y la parte de detrás del frigo. No se me ocurre nada peor.

—Madre mía —le dijo mi madre a mi padre sin mirarme siquiera—, cuando tu hija se drogue va a ser algo digno de grabarse en vídeo.

Era la hija de uno o de otro dependiendo de lo que dijera o hiciera. Intuí que mi madre no entendía la maravillosísima profundidad de lo que yo acababa de decir, por lo que en aquel momento me tocaba ser hija de mi padre. «Cuando saco buenas notas soy hija de los dos. Las pelusas no tienen padres que renieguen de ellas ni que den por hecho que un día se drogarán. Las pelusas no son de nadie. Nadie espera nada de las pelusas; de hecho, todos prefieren que no estén. Nadie les exige buenas notas ni que sean responsables y educadas, nadie las castiga por fumarse un Nobel a las cuatro de la mañana a hurtadillas en su habitación. Nadie quiere una pelusa en su casa, en cuanto se dan cuenta de que está ahí, ¡zas!, rezagada en cualquier lugar. Eliminada. Aniquilada. Aspirada», reflexioné mirando al techo.

En la tele, Cárdenas entrevistaba a dos mujeres visiblemente locas en una especie de cueva; cuando las tenía cara a cara, les hacía preguntas aparentemente en serio, pero en el momento en que ellas hablaban, él se giraba a cámara y se reía de ellas sin que lo vieran.

—¡Somos las hermanas del baptisterio! —gritaba una de ellas sosteniendo un micrófono. La otra, acto seguido, intentó arrebatárselo para decir exactamente lo mismo.

Mis hermanos pegaron risotadas y no pude oír mucho más.

«Quiero ser la tercera hermana del baptisterio, quiero estar ahí con ellas, con esos pelos sin peinar desde 1982, vestida con esos harapos y gritarle al micrófono de Cárdenas: “Sí, estoy loca, ¿eso te hace gracia? ¿Por qué te hace gracia que tenga problemas mentales y vista como Kurt Cobain? Mi trastorno está claro pero ¿cuál es el tuyo?”», me digo.

Pasé entonces a considerar que mis hermanos eran idiotas también por reírse. De hecho, sospechaba que siempre lo habían sido pero yo no me había dado cuenta hasta ese instante. Incluso Pablo, mi socio, mi confidente, mi otra mitad, lo era. Pablo hacía ya un tiempo que se me antojaba irritante, con todos esos granos que le habían salido y esas tonterías que decía todo el día... Ya casi nunca quería contarle mis cosas, no me entendía como antes. «Fue crecerme las tetas y a él salirle pelos en sus partes y ya nada ha vuelto a ser lo mismo. Solo piensa en ver porno, leer porno, dibujar porno y

masturbarse. Que a mí no es que no me guste masturbarme, pero también, no sé, cosas como comer, salir y respirar...», pensé.

Sam tenía diecinueve años y solo pensaba en motos, coches y chicas a las que montar en motos y coches. Chicas del Partido Comunista, eso sí; la política era algo troncal en su vida. Mi padre había jubilado el Seat 127 para comprarse un Citroën GX de segunda mano que parecía un galápago y en el que yo no quería montarme si había gente mirando. Pero como se negaba en redondo a dejarle el «coche nuevo» a Sam, él se había hecho con una moto amarilla de cuarenta y nueve centímetros cúbicos de quinta mano que le había comprado a «un colega del PCE por *na* y menos».

Los miré hacinados en el sofá. Mi padre corregía exámenes sobre las piernas que mi madre le había puesto sobre el regazo; ella miraba la tele pero sin verla, parecía sumida en su propio mundo. Mis hermanos se daban manotazos entre ellos para hacerse con un trozo más de sofá, y se reían y daban palmadas cada vez que las hermanas del baptisterio decían alguna incongruencia.

«Quiero ser una pelusa», me repito hoy, doce años después, tendida en la cama de mi casa de Madrid. Quiero ser una pelusa de vez en cuando. O una de esas alcayatas que sostienen cuadros en las paredes. Algunas son colocadas nada más estrenar una casa y cuando la vendes veinte años después, te lo llevas todo menos las alcayatas, que los nuevos inquilinos seguirán usando otros veinte años más. Terrible existencia. Sé que son seres inertes, que no sienten ni padecen, pero eso solo me alivia en parte. Empatizo hasta la enfermedad con seres vivos e inertes. Siempre me pasa cuando me va a bajar la regla. Con quince años no relacionaba la regla con mis idas y venidas emocionales y filosóficas, pensaba simplemente que tenía algún problema congénito o un tumor que me hacía imaginar cosas raras, pero ahora sé que lo único congénito que siempre tuve es una hipocondría como la carpa de un circo.

La primera vez que oí la palabra «hipocondriaca» tenía nueve años, cuando le dije a mi padre que creía estar sufriendo un infarto mientras me presionaba el pecho derecho con cara de «adiós, papá, siempre te quise».

—El corazón está en el otro lado —me dijo él al tiempo que removía el puchero con una cuchara de madera.

—Quizá sea la próstata. ¿Dónde está la próstata?

—Tú no tienes próstata.

—¿Por qué? ¿A qué edad sale la próstata?

—A ti a ninguna, solo los hombres tienen próstata.

—Bueno, pues entonces ¿qué es lo que tengo aquí? —pregunté un poco molesta por tan poca preocupación.

—Los pulmones no se infartan. No te pasa nada, Bárbara, como siempre que piensas que sí te pasa. Eres muy hipocondriaca.

«Hipocondriaca»... No sabía qué era, pero por su tono no parecía que fuera algo

mortal. Me di media vuelta y me fui. «El día que me pase algo, ya llorarán, ya. Y dirán: “¿Por qué no le prestamos atención a sus dolores, dios mío? ¿Por qué?”».

Mi abuela materna era la única que me hacía caso cuando creía estar al borde de la muerte. Un verano pasé tanto tiempo al sol en su casa de la playa que el pelo se me puso muy rubio. Los pelos finitos y cortos del nacimiento del cabello estaban ya casi blancos y la piel, que se me había tostado mucho, contrastaba de tal forma que parecía que me estaba quedando calva.

—Tengo leucemia, mira —le dije a mi abuela enseñándole la frente. —A ver —repuso ella al tiempo que me cogía la cabeza y se la acercaba para ver mejor. Me aplastó contra sus enormes tetas, mirándome muy atenta durante unos instantes.

—No es leucemia —dictaminó muy seria—. Dale de comer a los gatos. Y ponte gorra para ir a la playa o tu madre pensará que otra vez te he teñido con agua oxigenada.

Mi abuela siempre hacía lo que yo quería. Que quería ser rubia: me teñía. Que quería cenar chocolate: me daba una cuchara sopera y un bote de Nocilla. Que quería levantarme a las dos de la tarde: me cerraba la puerta de la habitación para que ningún ruido me despertara.

Solía pensar que mi abuela era lo mejor que me había pasado nunca. Siempre quise vivir en su casa de la playa de forma permanente, pero allí solo se iba en verano (de mi familia solo yo veraneé allí, mis hermanos siempre prefirieron quedarse en casa de mis padres y pasar los veranos haciendo el mal en el barrio), ya que en invierno no había nadie porque hacía demasiado frío. La humedad te calaba los huesos y tiritabas todo el día. Así que de septiembre a junio cada uno vivía en su casa, en la ciudad.

Una punzada en los riñones interrumpe mis recuerdos. Me he tomado un ibuprofeno pero aún no me ha hecho efecto. Odio tener la regla. Odio vivir con la seguridad de que una vez al mes sufriré estos dolores, esta incomodidad, este vaivén emocional y estas compresas empapuzadas de sangre. Y odio vivir en un mundo donde han averiguado la forma de que yo me tire un pedo y puedan oírlo en tiempo real en China pero no han querido inventar aún la forma de que no me sangre la entrepierna todos los meses. «Claro, las mujeres no importamos. A las mujeres solo nos quieren para vendernos cremas antiarrugas, previo bombardeo social para que creamos necesitarlas, claro», pienso ahora tendida sobre mi cama, muy enfadada.

Mi pico más alto de feminismo lo vivo siempre durante mi menstruación, el resto del mes soy capaz de odiar menos al universo porque no tengo el permanente recuerdo, en forma de calambres y litros de sangre, de que es él el que empezó odiándome a mí, porque de no hacerlo, no me habría hecho chica. Me habría puesto un pene y muchísimas ganas de usarlo constantemente, y todo sería mucho más fácil.

Bea, mi compañera de piso, entra en mi habitación sin llamar. La confianza que ha ido cogiendo conmigo durante nuestra convivencia me turba un poco, pero no quiero decirle abiertamente que deje de entrar en mi cuarto como si fuera el suyo,

porque puede que un día me pille intimando con mi vibrador y ambas nos sintamos ligeramente incómodas.

—Tía, tía, estos dos están peleando en la cocina otra vez —me dice susurrando.

Por estos dos se refiere a Luis y Rodrigo, nuestros compañeros. La verdad es que suelo estar de parte de Luis, el mayor, que siempre se anda quejando, y con razón, del «desorden», por usar un eufemismo, de Rodrigo.

Rodrigo utiliza las cacerolas para calentar agua y afeitarse en ellas, como si estuviéramos en el siglo XIX. Él dice que lo hace así porque en su país, Venezuela, lo hacía de esa manera, obviando el hecho de que aquí sale agua caliente del lavabo a la hora que él quiera y que puede emplear el tapón para llenarlo y afeitarse en él. Yo comparto uno de los dos baños con Bea y sufro menos a Rodrigo, pero Luis lo lleva peor ya que es quien tiene que compartir con él su aseo.

—¡Si te empeñas en comer solo arepas y latas, es normal que la peste del baño no se vaya en días cada vez que cagas! —Los gritos de Luis desde el salón llegan a mi habitación, al final del pasillo.

«Vaya, tema recurrente», me digo mientras me levanto a duras penas de la cama.

—Un día llegan a las manos —asegura Bea, preocupada.

En el salón encontramos a Luis blandiendo un cucharón mientras le grita a Rodrigo. Este, por su parte, está sentado en el sofá con el portátil sobre las rodillas, mirando la pantalla como si la historia no fuera con él.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿No cagar? —suelta de repente, pero no muy convencido.

Sí, a mí tampoco se me ocurre otra solución.

—Estoy cocinando y hasta allí llega la peste —nos explica Luis al vernos entrar en el salón, señalando con el cucharón en dirección a la cocina.

—Tenemos que encontrar una solución —digo aguantándome la tripa con las manos. Me duele tanto que no sé si llorar o matarlos a todos. Y luego llorar.

—La solución para este hombre sería que lo volvieran a hacer de nuevo —espeta Luis dándose media vuelta y haciendo mutis por el foro.

Bea y yo miramos a Rodrigo. Hemos hablado tantas veces de esto que el tema ya no nos da vergüenza a ninguno.

—Me hace sentir como en Caracas, tiene un carácter muy totalitario, se nota que es socialista —nos dice en voz baja para que Luis no le oiga.

—No metas al socialismo en esto —replico—. Lo cierto, Rodrigo, es que este tema es solo la punta del iceberg; quizá si cumplieras las normas de convivencia básicas, esto se pasaría por alto. Igual que me pasáis a mí por alto que llegue borracha de vez en cuando y os despierte siempre tirando la lámpara. O como le perdonamos a Bea que escuche a todas horas a Mónica Naranjo.

—¿No os gusta Mónica Naranjo? —pregunta ofendida Bea.

—O a Luis —sigo hablando, ignorándola— le perdonamos que... —hago memoria rápidamente. Mierda. A Luis no hay nada que perdonarle, es bastante

perfecto—, pues a Luis le perdonamos que nos riña con un cucharón en la mano.

Rodrigo, que tiene ahora la expresión de un niño de cinco años al que le han pillado robando caramelos, se saca un palillo de dientes del bolsillo y se hurga nervioso una muela. Realmente Rodrigo es incorregible, y me digo que más nos vale aceptarlo como es o emparedarlo directamente en su habitación.

La menstruación me hace ser cruel. El dolor de riñones me lleva a pensar maldades. Es la regla la que habla, no yo. Y esta peste, esta peste tiene voz propia.

LO DE MALASAÑA

Bea y yo salimos esa noche por Malasaña. En 2008 solo allí puedes encontrar a chicos interesantes con barba y a nosotras nos pirran las barbas. Ella siempre quiere salir por allí cuando se enfada con su «novio», un abogado que le saca casi veinte años, que está casado con su secretaria y que tiene dos hijos pequeños. Ella lo llama «mi chico», pero lo cierto es que más que un chico es un señor que se viste con pantalones de pinzas hasta para hacer la compra y más que su pareja es la pareja de otra, pero yo no la corrijo porque ya bastante tiene. Él le promete día sí, día también que dejará su vida por ella, porque ella es lo que él quiere y vivir junto a su mujer no le hace feliz. Yo creo que tan infeliz no le hace porque llevan así desde antes de que yo llegara a la casa. Tienen peleas cada vez más frecuentes, ya que Bea empieza a impacientarse.

—Ojalá conozca esta noche a alguien sin compromiso y me enamore como una loca de él —me dice en la barra de un bar de la plaza Carlos Cambroner.

Bea es bonita y delicada, con una piel lisa y blanca que da miedo tocar por si le dejas una huella marcada para siempre. A veces la miro solo para recrearme en la perfección de sus rasgos. Ella no se ve como yo la veo; de hecho, es bastante insegura y siempre necesita una segunda opinión sobre todo lo que decide. A veces me siento su compañera de piso, y otras, en las que me carga bastante, parezco su madre. Tenemos la misma edad pero en algún momento yo he adoptado el papel de hermana mayor. O ella me lo ha asignado, no estoy segura.

—Va a sonar a topicazo, Bea, pero ese señor no merece que le dediques ni un minuto más de tu tiempo —le digo.

—¡No es un señor! —protesta—. Mira, ya me ha escrito otro SMS. —Y me enseña su móvil, triunfante—. Pero yo no le voy a contestar, ¿qué se ha creído? ¿Que estoy aquí para cuando quiera echar un polvo?

—Pero es que sí estás siempre que te necesita —le recuerdo con toda la delicadeza que puedo, mientras compruebo que en el SMS hay dos faltas de ortografía que, como mínimo, merecen que lo bloquee.

Lo cierto es que he mantenido con ella tantas conversaciones de este tipo que creo que empiezo a tensarme y a ser cada vez más clara.

—No es tan así. —Y desvía la mirada. He aprendido que cuando hace esto es que

prefiere dejar de hablar del tema, quizá porque no quiere aceptar la parte de realidad que ella no ve pero los demás sí.

—No quiero ser la típica que te dice las cosas que deseas oír, darte alas y que no te des ni cuenta de que la pelota sigue creciendo y creciendo. —Acompaño mi símil con movimientos de las manos, como si sostuviera una pelota de Nivea que crece entre mis dedos. No reparo en que hay alguien a mi derecha y le meto un dedo en la oreja a un hombre, que se gira.

Me tapo la boca con una mano, avergonzada, y antes de poder pedirle disculpas, sus ojos verde oscuro me paralizan incluso antes de reconocerlos.

Manuel se queda quieto unos instantes y abre lentamente la boca pero no consigue decir nada. No lo veo desde el vuelo a Cuba, hace más de dos meses. Me gustaría poder reconocer que desde entonces no he pensado en él, pero no es así. He comprobado las tripulaciones de cada uno de mis vuelos programados en la intranet de la compañía, incluso los que sé que él no puede hacer porque son de corto radio y no se realizan en el Airbus que pilota. He llevado mi plancha del pelo en la maleta en cada viaje por si aparecía él en el último momento, para evitar que me viera con el flequillo como un hurón. He revisado mi buzón de la oficina cada día que he pisado el aeropuerto, por si me hubiera dejado una nota. Lo he buscado con la mirada en la sala de firmas desde entonces, sin encontrarlo. Y ahora lo tengo delante de mí, sujetando un botellín de cerveza. Así de fácil.

—¡Hombre! —atina a decir finalmente, tan sorprendido como yo.

Lleva una camiseta negra con letras blancas que dicen «Basta de camisetas con mensajes». Y yo doy gracias por no haberme puesto la que dice «Vengo follada de casa». Y ha sido de chiripa, porque la uso bastante cuando estoy menstruando y el mundo me da asco. En su lugar, llevo un vestido gris, corto y amplio, de manga larga. Me alegra habérmelo puesto porque con él no tengo que encoger la tripa en momentos como este.

—Hola, Manuel —digo sonriendo. No me llevo la copa a la boca en ningún momento porque mi pulso ahora mismo es una mierda. Así que me limito a sujetarla y me quedo frente a él, como un pasmarote.

—Yo soy Bea, su compañera de piso —se presenta Bea, a la que había olvidado por completo. Él nos presenta a Robe, el amigo que lo acompaña, un tipo más o menos de su edad: edad que aún no sé, pero está claro que los veintitantos son ya solo un recuerdo. Nunca me había gustado alguien que me sacara tantos años.

—¿Cómo te va? —me pregunta, y lleva la mirada a mis ojos, a mi nariz, a mi boca. Me escanea con disimulo, como queriendo fijarse en los detalles que le hubieran pasado inadvertidos la noche de La Habana. Su mirada es algo invasiva y me cuesta concentrarme.

—Bien, bien. Hemos salido aprovechando que las dos libramos mañana.

Robe nos invita a los tres a sentarnos a una mesa que ha quedado libre en el pub y se dedica a monopolizar la conversación. Acaba de pasar unas vacaciones en Japón y

nos cuenta pormenorizadamente todo lo que ha visto, vivido y sentido en el país nipón. Y lo agradezco, porque estoy asimilando la avalancha de pensamientos que se me cruzan y no me apetece hablar; no sabría de qué. No sé si Manuel quiere estar realmente sentado a esta mesa o se ha visto empujado por su amigo, ni si está a gusto o teme que se la líe otra vez. ¿Debería darme igual? Puede. Pero no voy a engañarme más: sí me importa lo que Manuel piense de mí.

—No vienes mucho a este bar, ¿no? —me pregunta Manuel aprovechando un silencio de su amigo. Este obvia su pregunta y sigue con su viaje a Japón, dirigiendo la mirada a Bea, que es la única que queda libre. Está contando que allí todo el mundo camina por la calle mirando su móvil, que es demencial, no hay contacto visual, no hay conversaciones casuales, nada. Solo gente mirando la pantalla de su móvil. Allí todos tienen un terminal con acceso a Internet y nos asegura que da verdadero miedo.

—Sí, vengo bastante —le digo a Manuel.

—Yo también, pero nunca te había visto.

—Igual sí nos hemos visto, solo que antes no nos conocíamos y nos habremos pasado desapercibidos.

Ahora quiero recordar todos los momentos en los que he podido coincidir con Manuel en este bar. Me viene a la mente una poesía de Wislawa Szymborska que habla precisamente de enamorados que recuerdan el día que se conocieron como si fuera el primero en el que se cruzaron, sin pensar que pueden haberse visto antes. ¿Quién sabe?, quizá un buenos días en un portal, un codazo en un concierto, una puerta que han intentado abrir a la vez al salir del banco. Por supuesto, no le cuento todo esto, no quiero que salga corriendo otra vez.

Él asiente lentamente, mirándome sin decir nada más. Me gusta tanto cómo me mira que me incomoda. No sé gestionar todo lo que siento cuando se comporta así y me turba no tener ni idea de en qué está pensando. La noche de La Habana creí que me miraba así porque le gustaba, pero hoy no voy a caer en el mismo error. Entonces... ¿qué? ¿Se estará riendo de mí porque él sí tiene claro que me encanta?

Pasamos la noche charlando y bebiendo cervezas. Bueno, yo solo dos, porque no quiero volver a enfadar a nadie. Manuel parece estar pasándose bien, hace bromas y se ríe con las anécdotas de Bea —que con el alcohol se ha desinhibido bastante— y su curro en el AVE. Yo hablo poco, pero acabo relajándome y disfrutando de la noche.

—Es mono —susurra Bea cuando llega la hora de cierre y salimos del bar— pero el amigo es un grano en el culo.

—Sí, ya no nos hace falta ir a Japón.

Manuel y Robe salen detrás de nosotras. Los cuatro nos quedamos de pie en la calle.

—Bueno... —digo para romper el hielo de la despedida.

—Bueno..., me lo he pasado genial —comenta su amigo.

—Y yo —dice Manuel, mirándome.

—Repetimos cuando queráis. Vosotros tenéis vuestros teléfonos, ¿no? —pregunta Bea de forma aparentemente inocente mientras nos mira a Manuel y a mí. Sabe que no es así, y no puedo evitar pensar en lo espabilada que es cuando las cosas no le incumben y lo parada que se vuelve cuando se trata de ella.

—Sí, creo que lo tengo —dice Manuel, de repente con prisas.

Bea lo mira sin disimular ni un poco su sorpresa pero no dice nada. Nos damos dos besos y nos despedimos.

Bea y yo caminamos hacia el metro en silencio. Hace frío. O yo tengo frío, no lo sé.

—Es obvio que le gustas, se le caía la baba cuando te miraba —me comenta al entrar en la boca de metro de Noviciado. Yo continúo sin decir nada—. Y no me habías contado que ya tenías su teléfono —añade risueña, dándome un codazo.

—Porque no lo tengo. Ha mentido. Ni yo tengo su teléfono ni él el mío. Lo ha dicho para escurrir el bulto.

Y es lo último que digo esa noche.

CAPÍTULO 5

LA CHICA QUE VIVÍA EN DOS MUNDOS

Los veranos que pasaba en Atalea, en la casa de la playa de mi abuela, eran un mundo alternativo al mío. Ese en el que iba al colegio, vivía con mis padres, lidiaba con mis hermanos y hacía frío. En cuanto me daban las notas de final de curso, mi abuelo, taxista, aparecía en mi puerta con su flamante Seat 131 Supermirafiori y yo me montaba con una maleta llena de ropa de verano, entusiasmada, imaginando qué cosas emocionantes me pasarían ese verano.

La casa de la playa en Atalea era muy grande y muy antigua, con unos techos altísimos y unos muros que se me antojaban indestructibles. Allí veraneábamos mis abuelos, mi prima pequeña Marta, mi primo mayor Óscar y mis tías Margarita y Rosa (mi madre se llama Azucena; cualquiera podría pensar que mi abuela era una amante de las flores, pero lo cierto es que no, no había ni una planta en su casa; elegía sus nombres dependiendo del ramo de flores que mi abuelo le llevara al hospital en cada parto. Mi abuela no tenía tiempo de cosas mundanas como buscar nombres de hijas, siempre estaba ocupada limpiando, yendo al mercado, cuidando a su madre —hasta que murió— o criando a sus hijas conforme las fue teniendo), además de varios perros y gatos que no se sabía muy bien de dónde habían salido porque ella empezaba poniéndoles de comer en la puerta de la casa y cuando te dabas cuenta te encontrabas viendo la tele mientras acariciabas a un animal aleatorio en el sofá.

La casa de Atalea era un lugar sin reglas fijas, sin orden ni concierto. Una casa caótica, cuyo portón siempre estaba abierto mientras había sol y por la que cualquier amigo, vecina o conocido entraba y salía a su antojo, lo mismo a saludar que a pedir sal o a hablar de su vida. A mí aquello me fascinaba porque en casa de mis padres nada de eso era siquiera imaginable, allí todo eran normas aburridas y reglas estrictas que no podías saltarte si no querías pasarte una semana sin ver la calle. Los veranos significaban para mí la liberación, el libre albedrío y la felicidad.

Dormíamos en una cama u otra dependiendo de quién se fuera antes a dormir: el primero que tenía sueño elegía cama y el resto nos acomodábamos en las que iban quedando. Muchas veces venían amigos de mis primos o incluso míos a quedarse unos días, y había tanta gente en casa que mi abuela dormía en el sofá. A ella parecía no importarle, incluso daba la impresión de que lo prefería. Yo siempre sospeché que, como el salón estaba en el centro de la casa, ella sentía que así se enteraría de cualquier cosa que pasara. Y no para cotillear, porque puede que fuera la habitante de Atalea con menos interés en la vida de los demás. Su control estaba centrado más bien en evitar que ocurrieran desgracias, peleas o sustracción de niños. Las ideas más variopintas podían cruzar su mente en cualquier momento y basaba sus fantasías en noticias escabrosas que veía en la tele o en alguna revista. Así que, en la guerra que se libraba en su cabeza, el sofá del salón tenía una localización geoestratégicamente inmejorable.

El día que me saqué el carné de conducir me dijo:

—Mira, Barbi, si un día vas conduciendo y te topas con un hombre tendido en la carretera que parece haber tenido un accidente, tú acelera, pásale por encima si hace falta, porque es mentira, es un truco para secuestrarte.

Para mi abuela todos éramos muy susceptibles de ser secuestrados por un motivo o por otro. Siempre. Vivía en la angustiada espera de que algo terrible iba a pasar. Si un día hubiera aparecido la policía en casa diciendo que un camión nos había secuestrado a todos mientras dormíamos para robarnos los órganos y hacer caldereta con ellos, ella habría dicho: «¡Lo sabía! ¡¡Lo he sabido siempre!!».

A pesar de eso, también sabía ser muy divertida. Era un polvorillo que nunca paraba, el rayo que nunca cesa. Rara vez se la veía sentada en mitad del día. Mi abuela sabía hacerme reír como nadie, no solo por sus ideas rocambolescas, que ya entonces me parecían absurdas y de las que todo el mundo se reía, sino por la parte de niña que siempre conservó y que le daba un punto travieso que la hacía aún más especial. Sabía contrarrestar su parte trágica con una faceta bromista que la hacía la más típicamente andaluza de todos nosotros. La diana de todas sus bromas solía ser mi abuelo que, por el contrario, era tan tranquilo y callado que a veces no te dabas cuenta de que estaba allí hasta que mi abuela lo llamaba a gritos para que la ayudara con algo. Entonces notabas por el rabillo del ojo que algo se movía en un rincón y se deslizaba por la estancia, acudiendo a la llamada. A mi abuela le encantaba hacerlo reír metiéndose con él o haciéndole trastadas. La tranquilidad de mi abuelo la enervaba tanto a veces que buscaba la forma de hacerle salir del letargo con pequeñas crueldades.

Hubo un día en el que mi abuelo estaba tan extasiado viendo el fútbol, una de sus pasiones, que no oía las quejas de mi abuela sobre lo alto que tenía puesto el volumen de la tele. Mi abuelo miraba la pantalla, la voz del locutor inundaba el salón, describiendo la jugada hasta el último detalle, como si la gente fuera ciega y no lo estuviera viendo por sí sola. El delantero del Real Madrid se estaba acercando con peligro al área contraria, y mi abuelo, completamente abstraído, no vio venir a mi abuela, que fue hasta él y le echó vaho sobre las gafas para que no pudiera ver el gol. De hecho, se lo perdió. Pocas veces oí a mi abuelo gritar, y aquella fue una.

—¡Nooo! —chilló poniéndose en pie. El locutor empezó en aquel instante a gritar un «¡goooooool!» que acabamos ahogando mis primos y yo con nuestras carcajadas.

A veces, cuando mis primos no estaban, yo jugaba con mi abuelo. No era muy interactivo, pero se dejaba hacer todo lo que yo quisiera mientras él veía su adorada tele. Me gustaba mucho peinarle: tenía un pelo plateado precioso y suave, y un mechón que le caía en la frente en forma de pico, que yo siempre le echaba hacia atrás y sujetaba con horquillas de colores. Me parecía que así estaría más cómodo. También le pintaba las uñas con los esmaltes de mi tía Rosa. Mi abuelo solo tenía nueve dedos porque uno lo perdió en un accidente con su camión. Antes de tener el taxi, durante su juventud, trabajaba como conductor de camiones para una empresa que transportaba pescado desde la costa al interior del país. En aquella época no

existían los camiones refrigerados, por lo que transportar cualquier alimento perecedero era un trabajo bastante estresante y agotador, donde solo había tiempo para paradas de repostaje. Conducía día y noche hasta llegar a destino, ya fuera España o Francia. Los brazos de mi abuelo aún estaban llenos de marcas de quemadura de cigarrillos; él mismo tenía que hacérselas para no dormirse al volante.

Una noche del verano de 1954, mi abuelo salía de una gasolinera cuando oyó un impacto amortiguado contra la parte trasera de su camión, así que redujo la velocidad y paró en el arcén de la carretera para bajarse a echar un vistazo. Lo que vio le heló la sangre: un descapotable se había metido debajo de su camión y él lo había arrastrado hasta donde había aparcado. La pareja que iba dentro del coche murió en ese mismo instante, pero él no lo sabía, así que intentó sacarlos de entre la chatarra en la que se había convertido el vehículo, rebanándose un dedo en el intento sin apenas darse cuenta. El impacto de ver a dos jóvenes ensangrentados empotrados en su camión lo dejó en un estado de shock del que no se recuperó en días, y que tampoco le dejó sentir en aquel instante que se había quedado con un dedo menos en el forcejeo. Los jóvenes eran estadounidenses y estaban de luna de miel en España. Todo aquello sucedió durante el *boom* de «Americanos, os recibimos con alegría», lo cual no dejaba de ser irónico. Por aquel entonces, España rendía pleitesía a cualquier ciudadano de Estados Unidos que nos honrara con su presencia. Tanto es así que, a pesar de que las pruebas contra mi abuelo eran nulas y de que fue el descapotable el que chocó por detrás a más velocidad de la permitida, el juez decidió que mi abuelo debía pasar al menos nueve meses entre rejas. Y así fue. Mi abuelo se sentía tan culpable que ni siquiera peleó. Aquella noche perdió su dedo índice y nueve meses de libertad.

Cada vez que le pintaba las uñas y llegaba al pequeño muñón de su mano derecha, me acordaba de aquella historia que siempre me pareció terriblemente injusta, además de muy triste. Así que sobre la falange que le quedaba le ponía también un poco de esmalte, ignorando que no había dedo ni uña.

La historia del accidente me la contó mi madre, por supuesto, porque mi abuelo hablaba muy poco y nunca para contar cosas tristes. Además, cuando decía algo tampoco lo entendíamos porque, aunque era hijo de españoles, había nacido y crecido en Marruecos y su «español» era una mezcla muy extraña de lo que creíamos francés y árabe con algunas palabras en castellano. Pero a mí no me hacía falta entenderle para saber qué quería decir. A veces se me acercaba y me acariciaba el pelo sonriendo y decía algo como «*La ninya plus bapa de suauelo*», y yo sabía que me estaba queriendo; entonces me ponía muy contenta y hacía el payaso para él, para hacerlo reír. Tenía la risa más cristalina y bonita del mundo. Mi padre, matemático ante todo, solía decir que la claridad de la risa de mi abuelo era «indirectamente proporcional a la de sus palabras». Y menos mal, alguna forma de comunicación necesitaba el buen hombre. Durante muchos años pensamos que entenderle era difícil para nosotros pero no lo sería para un marroquí. Descubrimos que nos equivocábamos un día, muchos

años después, cuando un gorrilla se acercó a su taxi, del que nos estábamos bajando en ese momento mi madre y yo, y le pidió cambio a mi abuelo.

—Gracias, hermano, muchos no dan cambio porque yo de Morocco, pero Morocco y España misma cosa —le dijo el hombre sonriendo cuando mi abuelo le dio el cambio en su silencio habitual.

—¡Él también es de Marruecos! —le contó mi madre al hombre. Yo estaba fascinada, deseando escucharle hablar en su lengua, cualquiera que esta fuera, y ver cómo alguien lo entendía de principio a fin.

Mi abuelo le dijo al hombre algo que por supuesto no entendí, ya que esta vez ni una sola palabra era en español. Yo estaba encantada de verle hablar tan seguido, pero el hombre se acercó más a mi abuelo y le pidió que lo repitiera de nuevo. Él lo hizo, elevando la voz, y el hombre lo miró con cara interrogante.

—Yo no entiendo —dijo el gorrilla al final, mirando a mi madre.

Definitivamente, mi abuelo no tenía patria. Fue un poco desalentador pero a él pareció no importarle.

En Atalea, mi prima Marta —tres años menor que yo— era mi compañera de trastadas, pero Óscar, que me sacaba cinco años, solo salía a jugar con nosotras cuando sus amigos mayores no estaban o cuando tenía ganas de molestarnos. Sin embargo, era tan guapo que hasta cuando se reía de mí me parecía una persona genial.

Su madre, Rosa, era soltera, nunca se había casado con el padre de sus hijos, y de hecho no sabía dónde estaba. Mi abuela siempre decía que mejor así (al parecer no había sido muy querido en casa). A mis primos en todo momento se les dijo que su padre estaba «en la mar» cuando eran pequeños, y aquello no tenía réplica. Estaba en la mar y punto. La mar, un lugar lejano, indefinido e inaccesible y que, a su vez, justificaba su ausencia de una manera digna para todos. Mi tía Rosa trabajaba mucho y siempre se encontraba fuera de casa, por lo que mi abuela crio a mis primos casi desde que nacieron.

Mi otra tía, Margarita, la pequeña de las tres hermanas, tenía diecisiete años cuando yo nací y siempre fue mi favorita. Era la única que tenía una cama fija por las noches en la casa. Una cama de matrimonio, además. Yo siempre quería dormir con ella porque me hacía cosquillitas hasta que me quedaba dormida y hablábamos de todo lo que me avergonzaba hablar delante de cualquier otra persona. Era joven pero solía tener una expresión de tristeza permanente que fui interiorizando como algo bello. Una especie de tristeza casi romántica, de aceptación de que la vida no era lo que ella había creído que sería, pero con un destello de esperanza en la mirada que la hacía mantenerse en pie. Mi tía era una de esas almas a la que es muy fácil herir pero muy difícil reparar. Y, a pesar de todo, siempre tenía una palabra amable y una sonrisa para cualquiera.

No solía durar más que unos meses con los chicos con los que salía, ninguna relación cuajaba en algo más serio, lo cual no me extrañaba ni siendo yo pequeña,

porque los hombres de los que se enamoraba dejaban siempre poca duda de que no la querían, ni a ella ni a nadie. Solían ser o bien alcohólicos o casados o egoístas redomados. En una ocasión, de hecho, unió las tres virtudes en un solo tipo.

A mí tía la queríamos todos tanto que ella parecía haber decidido que con eso le bastaba y que no necesitaba quererse a sí misma.

—¿Cómo ha ido el viaje a Granada? —le pregunté un día al verla entrar en casa con cara de querer acostarse y no volver a levantarse.

No hacía ni veinticuatro horas que se había marchado a una supuesta escapada romántica con su novio de aquel entonces, un tipo que le sacaba diez años, adicto a la ginebra. En los años ochenta, a ser alcohólico se le llamaba ser un golfo o ser un cachondo, o las dos cosas a la vez, sin más dramas ni cuestiones. En ningún caso era algo de lo que preocuparse, a no ser que al hombre le diera por pegarle palizas a su mujer; si era así... tampoco había nada de lo que preocuparse, eran los años ochenta y la frase «mi marido me pega lo normal» estaba socialmente aceptada.

Entré en su habitación detrás de ella. Yo tenía once años, pero cuando estaba con mi tía me sentía una chica mayor, con autoridad para preguntar por intimidades, me sentía su confidente y amiga, además de su sobrina.

—No era una escapada romántica al final —dijo mientras deshacía la maleta con aire cansado—. El gilipollas había ido en realidad a vender boquerones de contrabando en el mercado y llevaba la camioneta llena de cajas de pescado. La Guardia Civil nos ha dado el alto y lo ha detenido, porque para colmo eran boquerones inmaduros. —Marga dejó de hablar un instante para olerse el pelo y añadió—: Apesto a pescado y he pasado la noche en comisaría.

Me rasqué la cabeza. No sabía qué decirle, así que me quedé callada, enfadada y triste por ella. Mi tía dejó de deshacer la maleta y se sentó en la cama. Me miró y sonrió con tristeza. Extendió sus bracitos esqueléticos para que la abrazara y así lo hice un rato largo. Ella me estrechó con fuerza contra sí y yo me puse a cantarle una canción de OBK que me sabía de memoria y que pensé que la animaría, porque siempre se reía mucho cuando me oía cantar. Al principio pensé que el sonido que emitía era de risa contenida, pero mi hombro empezó a mojarse y entendí que estaba llorando.

Tampoco este novio había querido ser sincero con mi tía, pero ese día me prometí que yo siempre le diría la verdad. Aunque la verdad fuera fea.

LO DE BEA

A veces no puedo evitar ver a mi tía Margarita cuando estoy con Bea.

Según lo había visto yo siempre, salir con un hombre casado era algo que hacían las mujeres como mi tía y sus amigas; mujeres de otra generación. Antes era socialmente necesario casarte sí o sí a los veintipocos, pero divorciarte era impensable, ya que estaba considerado un fracaso de proporciones industriales al que

nadie quería enfrentarse. La presión social provocaba que muchas personas casadas, en su mayoría hombres, que eran los empoderados, buscaran romances paralelos para aliviar su necesidad de sentir que seguían vivos. Por otra parte, se relegaba al ostracismo a las mujeres que no habían conseguido pasar por la iglesia, a quienes se les hacía perder la confianza en sí mismas y conformarse con adoptar un papel secundario en la vida de otro. Como si creyeran que su tiempo ya pasó y que no podían aspirar a algo mejor. Bueno, en realidad no se lo creían, la sociedad les mandaba mensajes claros: el «no casado» era un soltero de oro, un bohemio; la mujer «no casada» era una paria, una solterona, una loca de los gatos.

Pero la gente ahora se separa y se divorcia a tal velocidad y con tal —necesaria— naturalidad, que no creo que haga falta permanecer en una relación con alguien casado durante mucho tiempo. Da igual que tengas veinticinco que cincuenta años, ya que es más probable que el matrimonio se vaya al garete o que quien está libre mande a paseo al casado al conocer a otra persona.

Sin embargo, mi teoría hace aguas con Bea. Es guapa, lista y divertida, tiene solo veintisiete años y ya ha desperdiciado uno con alguien que no está a su lado cuando lo necesita. Y lo peor es que la historia no tiene pinta de estar llegando a su fin.

Han pasado algunas semanas desde que vi a Manuel en el bar de Malasaña. Al llegar de un vuelo, me encuentro a Bea llorando en el sofá del salón. Lloro en silencio, igual que mi tía. Nunca entendí por qué Marga lloraba así, si porque no se sentía legitimada para llorar a pleno pulmón por la parte de culpa que sentía que tenía, o porque su pena era tan honda que le resultaba imposible sacarla toda. Y Bea ahora llora de la misma forma, como un recién nacido al que hay que dar un cachete para que rompa a berrear.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto soltando la maleta y sentándome a su lado.

—Me dijo que estaba de viaje con un cliente —dice Bea con un hilo de voz—, pero he cotilleado en los perfiles de Facebook de todos sus contactos hasta que he dado con esto.

Doy por hecho que habla del abogado-casado con el que sale, claro. Gira hacia mí el portátil que estaba sobre la mesa y me señala una foto. Es él, vestido de esmoquin, sonriendo junto a una mujer de más o menos su edad, que lleva un vestido violeta con pedrería en el pecho y sujeta un ramo de rosas, que agarra como si no quisiera soltarlo nunca. Parecen dos muñecos de una tarta de boda. Alguien había subido esta foto con el título: «Por otros veinticinco años más».

—Está celebrando sus bodas de plata —dice Bea horrorizada, mirándome para ver mi reacción.

Yo no sé qué decir. Se me amontona una batería de pensamientos que no sé procesar. El recuerdo de mi tía Margarita tendida en la cama, mirando el techo, inmóvil, me nubla la vista.

Me doy cuenta de que en algún momento yo también había esperado que ese hombre resolviera su vida y apostara por su relación con Bea. Me aturullo, no digo

nada, me está afectando más de lo que quiero reconocer. Pienso en mi tía, en Bea, en esa misma señora que sonrío con su traje violeta.

—¡Mírala! —me dice Bea desesperada, señalándola—. ¿Cómo puede preferirla antes que a mí? ¡Tiene como ciento cincuenta años y un vestido con pedrería!

Esta frase me atiza como un látigo y me levanto del sofá como un resorte. Ni siquiera pienso qué hacer o decir, porque mi cuerpo y mi voz toman vida propia. Es como si me viera desde fuera. Bea ha tocado alguna tecla, no sé cuál, pero aquí estoy: maquillada, vestida de azafata, mirándola completamente furibunda. Noto una vena que crece en mi cuello y que parece querer salirse de mi cuerpo.

—¿Perdona? —exclamo. Noto que Bea cambia en ese instante su actitud ofendida con la vida y se encoge poco a poco en el sofá. Pero ya es tarde, soy imparable. Soy la azafata violenta, la Hulk del aire—. ¿La culpa la tiene ella? ¡Bravo! ¡El cabrón de su marido te está follando desde hace un año pero la indigna de merecerle es ella!

Bea tiene ahora los ojos como platos, no se atreve a abrir la boca. Las lágrimas dejan de rodar por su cara, del susto.

Mi tía Marga, de nuevo, aparece en mi cabeza, tendida bocarriba, mirando el techo sin verlo.

—¡Él es el verdadero cabrón aquí, no ella! —le digo sin bajar el tono de voz—. Él es quien la engaña. Él es el que le hace creer que vive una vida que no existe. Y a ti también. Él es quien se tira a otra, que ahora eres tú, pero es que antes de ti sería otra. Y así será hasta que llegue el día en que acabe pegándole una enfermedad a esa mujer que hoy está feliz con un traje horrible de pedrería. ¡Y tú solo eres cómplice de esa situación! ¡Tú eliges que esté siendo así! Deja de lamentarte y de culpar a los demás de tus propias decisiones. —Bea no me deja seguir. Se levanta y corre a su habitación, llorando como nunca. Da un portazo, pero está berreando de tal forma que puedo oírla incluso desde el salón—. ¡Ya era hora de un llanto de verdad, con sus berridos y su hipo! Porque ese medio llorar tuyo es solo autocompasión y aquí no se ha muerto nadie todavía, ¿sabes?

Luis sale de su habitación y me ve gritándole a la pared que separa el salón de la habitación de Bea. No da crédito. Nunca me ha visto así y parece asustarle mi reacción. No me dice nada, solo me mira con unos ojos nuevos, una expresión que nunca le he visto y que me desarma. Parece como si estuviera reevaluando quién soy y qué opinión le merezco con esta nueva faceta mía. He roto algún esquema dentro de su cabeza.

Me derrumbo sobre el sofá. Me pesa el cuerpo, la resaca emocional que me ha dejado la pelea no me permite hacer otra cosa que apoyar la frente sobre mis manos y mirar al suelo. Porque no solo le he gritado a Bea, mi rabia e impotencia no empezaron aquí, comenzaron una tarde de agosto de 1997 en la que mi tía Marga dejó de ser mi tía. Y me doy cuenta ahora de que aún hoy no he resuelto lo que sucedió el último verano que pasé en Atalea.

CAPÍTULO 6

LA CHICA QUE NO SABÍA VESTIR MEDIAS

—¡La cocina ha ardidido! —exclama Luis cuando descuelgo el teléfono, más como una protesta que como una noticia importante. Así que doy por hecho que Rodrigo está involucrado en el fuego.

Llevo un año viviendo en esa casa y lo que verdaderamente me sorprende es que no haya pasado antes. Lo único que cocina Rodrigo son arepas y más de una vez se le habían quemado. Como no está acostumbrado a cocinar porque la base de su alimentación es la comida en lata —como bien atestigua el olor radiactivo que sale de su baño—, cuando tiene algo en el fuego se le olvida.

—¡Las putas arepas! —me grita Luis. Y casi puedo ver cómo se pasa la mano por el pelo repetidamente, con sus ojos marrones inyectados en sangre—. Barbi, las putas arepas otra vez. Habla con él, porque como hable yo te juro que salimos en *Gente*.

(A mí me encanta *Gente*. Es uno de esos programas a media tarde que cuenta sucesos del tipo «Un hombre es detenido por fornicar con una cabra en la plaza del pueblo» o «Se dice que Britney Spears puede ser lesbiana». Periodismo a raudales en la televisión pública).

—¿Qué ha pasado? ¿Ha sido mucho? —le pregunto. Estoy haciendo escala en Barcelona antes de volver a casa por fin, después de tres puentes aéreos.

—Estaba haciendo arepas en la sartén buena y, mientras se hacían, ha ido a afeitarse a lo *western* al baño, con tu cacerola roja, por cierto, y va y se olvida de que estaba cocinando. Así que han ardidido y el fuego ha derretido la campana. ¡La campana parece un puto cuadro de Dalí!

—¿Qué? ¿Mi cacerola roja? —grito. Visualizo a la presentadora de *Gente* diciendo con expresión grave: «Un venezolano muere a manos de tres españoles a lo *Orient Express*»—. ¡Voy a esconder las putas cacerolas!

Está claro que hay que hacerle una intervención a Rodrigo, el asunto se nos está yendo de las manos. Me da pena, porque en este año que llevo viviendo con él he comprobado en multitud de ocasiones que en esa cabeza no hay nadie pilotando, pero no veo otra solución que plantearle un ultimátum.

Cuelgo el teléfono y me dejo caer en un asiento de *business*, junto a mis compañeros. Está siendo un día de mierda. Todas las jornadas como las de hoy, con dos dobles de puentes aéreos, suelen serlo. Madrid-Barcelona-Madrid-Barcelona-Madrid. Sales de casa a las siete de la mañana siendo una persona y vuelves de noche convertida en un no-muerto de una película de vampiros de serie B. Si te funcionaran los ojos para cuando llegas a tu barrio, podrías ver cómo la gente se aparta a tu paso para que no te comas su cerebro.

Me pesan los párpados y la vida entera hoy; cierro los ojos y, para no pensar en mi cocina ardiendo, me pongo a calcular cuántas veces tengo que saludar los días como hoy, con tantos saltos. A razón de doscientos pasajeros por vuelo, me salen ochocientos «hola» y ochocientos «hasta pronto». Son días de casi no parar, porque

cuando el avión ha alcanzado la altura indicada y la señal de cinturones se apaga, tenemos que armar los carros de venta y pasearlos por cabina antes de que la señal vuelva a encenderse, indicando que el avión ha comenzado el descenso. Los vuelos de los puentes aéreos duran apenas cuarenta y cinco minutos, así que pasas más tiempo en tierra embarcando y desembarcando que volando, literalmente. Catorce horas subida en unos tacones y sonriendo como si tuvieras un trastorno de personalidad agotan a cualquiera. Por no mencionar la presurización y despresurización constante que sufre tu cuerpo, tu cabeza y tus oídos.

En el vuelo anterior, con las prisas, hemos chocado con la rodilla de un pasajero que no ha parado de quejarse durante todo el vuelo y que ha jurado y perjurado que pediría daños y perjuicios.

—Más malas noticias —nos dice la sobrecargo, alterada antes del último embarque del día—. Sube una instructora a evaluar este vuelo. Lo que me faltaba hoy.

La sobrecargo de hoy lleva toda la vida volando y se le nota. Tengo la teoría secreta de que las personas que llevan demasiados años volando padecen algún tipo de trastorno aún por descubrir. La hipoxia que se sufre en vuelo, debida al bajo nivel de oxígeno en un avión a mucha altura, no deja secuelas duraderas a los pasajeros, pero si pasas gran parte de tu vida metida en un tubo de acero en el aire, es impecable que algún cable se te acabe partiendo antes o después. Esta ha sido mi teoría de chichinabo desde que empecé a volar, pero, claro, como aún no ha salido en *Nature*, nadie quiere creerme.

Esta sobrecargo es otro claro ejemplo de que este trastorno existe. Ha puesto el horno a calentar sin meter las comidas y no hemos podido dar el servicio en uno de los vuelos. Además, me ha llamado «Lucía» todo el día, para a continuación pedirme disculpas y añadir que su hija mayor se llama así. Y no la culpo, creo que yo misma estaría mucho peor ya. Lo cierto es que a veces dudo de si el hecho de que las sobrecargos que llevan toda la vida volando estén tan dispersas es debido a la hipoxia o a que son madres. La maternidad también te puede partir un cable, de esto no dice nada *Nature*, por supuesto, y debería investigarse, porque mi madre, por ejemplo, desde que mis hermanos y yo empezamos a turnarnos la adolescencia, empezó a hacer cosas raras como guardar el azucarero en el microondas o reírse sola sin ningún motivo.

Una vez nos obligó a ir con ella al supermercado para ayudarla con las bolsas porque mi padre estaba dando una *master class* de alguna asignatura soporífera en Sevilla. La peor decisión que puedes tomar cuando tienes tres hijos adolescentes es juntarlos y obligarlos a hacer algo que no quieren, porque buscarán la forma de convertirlo en algo divertido, caiga quien caiga. Mi madre estaba ese día especialmente estresada porque había decidido coger el coche después de años sin conducir. Se había propuesto reordenar su vida, nos hizo saber, y realizar todo cuanto había dejado de hacer «por vuestra culpa». Eso incluía conducir, practicar yoga y

viajar. De momento, ya había cogido el coche y se había apuntado a yoga, aunque aún no había ido a ninguna clase.

—Vamos a decirle a mamá que se ha puesto un zapato de cada clase —nos dijo Sam a mí y a Pablo. Tenía entonces unos difíciles diecisiete años y nosotros unos cuantos menos, no mucho más fáciles.

Nuestras caras se iluminaron. ¿Era la mejor idea del mundo? Nosotros creímos que sí. Así que una vez llegamos a la caja y mientras poníamos los artículos en la cinta transportadora, Sam se acercó al oído a mi madre, visiblemente crispada por nuestras risitas y sujetando con fuerza las llaves del coche en una mano y el monedero en la otra, y le susurró:

—Mamá, no mires ahora para no llamar la atención, pero te has puesto un zapato de cada color.

Mi madre, que estaba mirando a la cajera mientras esperaba el precio de la compra, abrió los ojos como si la muchacha se hubiera colocado unas bragas en la cabeza y se quedó muy quieta, sin dejar de mirarla, con pánico a moverse. La cajera le devolvió la mirada con expresión interrogante y le dijo titubeante el precio de la compra. Ella tartamudeó algo y le dio el dinero.

Salimos del supermercado aguantando la risa, era lo más divertido que habíamos hecho en semanas. Recuerdo que pensé que mi madre debería estar orgullosa de tener unos hijos tan ingeniosos.

Ella salió delante de nosotros apretando el paso y nos metimos en el coche. Entonces se miró los pies, vio que sus zapatos eran perfectamente iguales y dio un grito de alivio. Todos estallamos en una carcajada, nos dolía la tripa de reír, pero a ella no le hizo tanta gracia. De hecho, quitó las llaves del contacto y se las lanzó con un alarido a mi hermano Samuel, que estaba sentado detrás, dándole en un ojo.

Ese día quedó marcado en los anales de nuestra historia familiar como «el día del ojo-huevo de Sam», aunque ella prefiere seguir llamándolo, repitiéndoselo como un mantra, «el día que empecé a conducir de nuevo».

La sobrecarga, que ya me recuerda a mi madre hasta físicamente, recibe con una sonrisa amplia y mecánica a la instructora, que embarca en el avión antes que el pasaje para tener tiempo de revisar todos nuestros equipajes de vuelo.

Ella, también con una sonrisa congelada, nos pide que le enseñemos el mandil y las medias de repuesto, el neceser de maquillaje para retoques y las licencias de vuelo. Una de mis compañeras no lleva el minicosturero para remiendos y se lo dice con un hilillo de voz. La instructora, sin dejar de sonreír, apunta algo en su informe. Entonces me mira de arriba abajo para revisar mi uniformidad.

—Esas medias, Bárbara, ¿de cuántos *deniers* son? —He aprendido en vuelo que el grosor de las medias se mide en *deniers* y que las estipuladas por mi compañía han de ser de cincuenta *deniers*.

—¿Cuántos *deniers*? —pregunto sonriendo, sabedora de que las mías son de menos porque no encontré las de cincuenta y son algo más translúcidas—. Pues no lo

sé, no los he contado, ¡ja, ja!

Ella me mira, creo que ha reducido su sonrisa en un quince por ciento, más o menos, debe de estar muy enfadada.

—No puedes venir a volar con unas medias no estipuladas, creo que lo sabes —me indica. Si es imposible saber qué piensa una azafata, para saber lo que piensa una instructora habría que usar la Piedra Rosetta.

—Lo siento, no me había dado cuenta —respondo mientras carraspeo.

—Seguro que ahora que lo sabes no vuelves a olvidarlo —afirma y pasa su mirada a la siguiente víctima, dando por zanjada la conversación. Lo que acaba de decirme en lenguaje corporativo y estipulado, en román paladino es: «Si vuelves a olvidarlo, te cogeré en flagrante delito y te cascaré un informe que saldrá publicado hasta en *El País*».

«¿De verdad es tan importante el grosor de unas medias, por el amor de dios? ¿Nos hemos vuelto todos locos o qué? ¡Tengo que venir yo a poner cordura a esta compañía!», me digo sintiéndome muy sola por ser tan cuerda. «Vaya día de mierda, no veo la hora de llegar a casa. A esa casa que huele a arepas quemadas y cuya cocina acaba de salir ardiendo».

Después de aterrizar y de decir doscientas veces «hasta pronto», paso por mi casillero de la oficina. Quizá Manuel me ha dejado una nota confesando que me ama y este día acabe bien, después de todo. Pero lo que encuentro es un informe que dice: «Amable con el pasaje. Lleva medias no estipuladas en vuelo». Maldita sea, cada día son más rápidas, ¿cómo lo ha hecho? ¿CÓMO? Tiro el informe a la papelera pero no le hago una peineta porque hay gente mirándome. Al principio pienso que me miran porque soy una azafata que no está sonriendo, pero al llegar a casa y quitarme el uniforme me doy cuenta de que llevo una carrera en cada pierna.

LO DE LA INTERVENCIÓN

Rodrigo está sentado en una silla del salón mirando al suelo con los brazos cruzados. Nosotros tres nos sentamos en el sofá que está frente a él, apretujados. Estamos esperando a los del seguro y nos ha parecido buen momento para hablar con él. Ayer estaba muy enfadada pero hoy ya se me ha pasado y ahora me da mucha pena. Luis sigue enfadado, pero ese es su estado por defecto cuando se trata de Rodrigo. Bea parece serena, pero no me dirige la mirada. Es la primera vez que la veo desde que discutimos el otro día. Me siento tan culpable que podría vomitar y a la vez muy enfadada sin saber exactamente por qué.

—A ver, Rodrigo... —empieza Luis frotándose la cara—. Esto no puede seguir así. Si yo no llego a estar en casa o llego a estar dormido, arde hasta el sótano.

—No, yo me habría dado cuenta —protesta Rodrigo.

—O no —espetea Luis.

—El caso es, Rodrigo —tercio yo, intentando que aquello no acabe en discusión —, que cuando no es una cosa es otra, y esta es una casa donde vivimos cuatro adultos, no una guardería donde siempre tenemos que estar pendientes de algo porque no nos sentimos seguros.

—Se me han quemado las arepas —dice como si no fuera gran cosa—, ¿a qué hombre no se le quema algo alguna vez en la cocina?

—¡No sigas por ahí porque entonces la tenemos! —exclamo, lo que me faltaban eran conclusiones machistas de un tipo que ha estado a punto de quemar las pocas pertenencias que tengo y que se ha afeitado en mi cacerola.

—Rodrigo —interviene Bea; ahora es ella la que intenta poner paz—, sabes que llevamos razón, solo queremos compromiso por tu parte.

—Me hacéis sentir como en mi país, esta casa es un estado de sitio, sois muy totalitarios —protesta como si en vez de treinta años tuviera quince.

—¡Y dale con tu país! Rodrigo, después de un año no te has enterado de que en esta casa simpatizamos con el socialismo, ¡por el amor de dios! Ese argumento te valdrá en otros sitios, ¡no aquí! —le chilla Luis.

—No me grites —le dice Rodrigo, más como una orden que como una petición.

—¡Pues deja de quejarte y apechuga con las consecuencias de tus actos, joder! ¡Tienes treinta años!

—Y si tanto os gusta el socialismo, ¡vivid en Venezuela! —exclama Rodrigo al tiempo que se pone de pie—. Los chavistas sois todos iguales, ¡censura por todos sitios! ¡Mañana mismo me pongo a buscar otra casa!

—¡Mañana! ¿Por qué no ahora mismo? —dice Luis abriendo el portátil de Bea, que estaba sobre la mesa—. Tendré que hacerlo yo mismo; si lo dejo en tus manos, te jubilas aquí.

La conversación ha tomado los derroteros de siempre: Rodrigo no nos perdona que seamos tan rojos y, en el fondo, nosotros a él tampoco que vote al Partido Popular. Su madre es canaria y él tiene la doble nacionalidad, así que vivimos con un tipo que vota al Partido Popular desde el primer año que pisó España. No hemos hablado entre nosotros de esto más que de forma velada, pero las diferencias se respiran en el ambiente y en cada conversación. Rodrigo lleva un cartel de neón que dice: «Soy un orgulloso votante del Partido Popular y Aznar es el mejor estadista que ha tenido este país», y nosotros no podemos dejar de ver el letrero luminoso cada vez que hablamos del aborto, de sexo o de, en definitiva, cualquier tema que se tercie.

Una vez, a Bea se le estaba retrasando la regla demasiados días para lo que era su puntualidad germánica y decidió hacerse un test de embarazo. Mientras Luis, Bea y yo esperábamos el resultado de pie con la vista fija en aquel palito de plástico cerrado con un capuchón que reposaba sobre la mesa del salón, Rodrigo le preguntó a Bea desde el sofá donde estaba espatarrado:

—Si estás embarazada, ¿qué vas a hacer?

Ella, que sabía por dónde iban los tiros, casi escupió las palabras:

—Tenía pensado irme a vivir a casa de mi novio y su mujer y que me ayuden a criarlo —le contestó. Bea no suele dar este tipo de respuestas, pero ese día estaba tan nerviosa que le habría atizado con el test hasta que Rodrigo hubiera gritado: «¡Vosotras parís, vosotras decidís!».

—Pues las mujeres adultas deberían responsabilizarse de sus acciones —dijo él muy tranquilo, haciendo *zapping*.

—Y eso voy a hacer —replicó Bea, de repente roja de ira—, si estoy embarazada, abortaré. ¡Y en un hospital público, con tus impuestos! De hecho, le diré a la enfermera: «¡Por favor, asegúrese de que este aborto está pagado con los impuestos de Rodrigo Salazar!».

—Eso no va así —le contestó él, haciendo gala una vez más de su escasa capacidad para captar el sarcasmo.

Bea abrió el test y, al ver que daba negativo, nos abrazó a Luis y a mí. Ninguno de los dos quisimos meternos en la discusión, pero no por falta de ganas.

Y siempre era así, Rodrigo parecía buscar continuamente el conflicto. Hoy no iba a ser diferente, a pesar de que solo tendría que haberse disculpado y prometer que sería más cuidadoso de ahora en adelante. O ni siquiera eso, solo mostrar un poco de arrepentimiento por haber sido tan descuidado. Pero en casa se libraba una guerra silenciosa que había acabado declarándose oficial.

—Dime el rango de precios que te puedes permitir para hacer la búsqueda —le grita Luis a Rodrigo, que se había ido a su habitación, tecleando en el portátil de Bea. Nosotras lo miramos en silencio, la situación era muy incómoda, pero quizá Luis tenga razón y esto sea lo mejor para todos, así que le dejamos hacer.

—Hasta cuatrocientos euros. —Rodrigo sale de su habitación gritando, cruza el salón como una exhalación y, antes de irse de casa dando un portazo, exclama—: ¡Pobrecitos tus alumnos!

Luis mira la puerta, aún temblorosa, furioso y se muerde la lengua.

—¿Qué pongo en el anuncio? ¿«Soy un chico venezolano, me afeito como en *Brokeback Mountain* y quemo cosas»? —nos pregunta, ofuscado, frotándose la cara como hace siempre cuando está nervioso.

—«Soy un chico venezolano amante nivel botulismo de la comida en lata» —le digo.

Luis me mira y estalla en una carcajada.

—«Soy un chico venezolano —se arranca Bea— que usa mondadientes después de cada comida, no por higiene sino para aprovechar todo».

Luis y yo gritamos al unísono:

—¡Qué asco!

—¿Aún no habéis hecho las paces? —dice.

—Aún no le he pedido disculpas —confieso.

—Tampoco hace falta... —comienza a decir Bea.

Pero sí que es necesario. Y con ella ni siquiera cuesta trabajo. Así que lo hago y le

prometo que no volverá a pasar.

—Ya sé que no. —Y sonrío, lo cual hace que me sienta aún más culpable.

Luis carraspea.

—Muy emotivo todo, chicas, pero ¿podemos volver al Rodrigo Gate? Necesito saber ya cómo vamos a solucionarlo.

Nos quedamos en silencio un momento y Bea, que siempre ha sido la única que ha intentado que reine la armonía cuando estallan las broncas, dice de repente muy seria:

—Sí, hay que deshacerse de este tío.

Y así fue como Rodrigo se marchó y Unai apareció.

Unai es un chico vasco de mi edad que trabaja descargando maletas para Iberia. Al principio no habla mucho, cosa que nos encanta; no echamos nada de menos la verborrea hueca de Rodrigo y su risa burlona. Luis está encantado con él desde el primer día, lo cual hace que automáticamente a mí me caiga bien. Luis es ese tipo de persona de la que te fías: no solo de su palabra, también de sus intuiciones.

La primera noche que pasamos los cuatro en casa compartimos una cena basada en pizza de la mala y vino del bueno. Noto que Luis saca sutilmente temas políticos para ver la reacción de Unai. Luis es como yo: necesita saber cómo de cerca está en el espectro político la gente con la que comparte casa, o al menos intuirlo, para meterla en uno u otro compartimento de su cabeza. Bea, aunque es de nuestra cuerda, no llega a nuestro extremo, lo cual a veces envidio.

—El compañero que teníamos era un desastre, nos quemó la cocina —explica Luis. Y yo ya sé por dónde van los tiros, porque de otra forma no habría sacado el tema de Rodrigo.

—¡Joooder! —exclama Unai, con un acento vasco que me hace sonreír.

—Pues ¿te puedes creer que cuando nos enfadamos nos dijo que éramos muy autoritarios y que le recordábamos a Chávez? —Luis clava entonces su mirada en Unai, que devora un trozo de pizza recalentada como si fuera un manjar.

—¡Ah! ¡Qué cara más dura! —Y se ríe—. ¿Hizo mucho el fuego?

—La cocina quedó un poco perjudicada —confiesa Bea.

—Por todo nos llamaba autoritarios, chavistas, socialistas... ¡Está obsesionado con la política! —Yo bebo un sorbo de mi copa de vino para no reírme. Luis no se va a rendir fácilmente, no se levantará de su silla hasta que saque algo en claro.

—Los venezolanos están muy politizados porque aquello está que arde. Igual que aquí, desde la crisis, todo ha hecho *boom*. La gente empieza a hablar de política en cualquier sitio —comenta Unai, calmado—. En Euskadi también estamos muy politizados. Como en Venezuela, la verdad, pero es lógico, por el conflicto. Aquí en España habéis estado muy relajados con el tema de la política, y eso, *meeec*, es un error. —Unai usa tantas onomatopeyas que me desconcentra a veces.

—Sí, tienes razón —dice Luis pensativo—. Recuerdo que hace unos años, para hablar de política con alguien que estuviera medianamente enterado de la actualidad

tenías que irte al bar de viejos de la calle Rioja y ponerte a jugar al dominó con ellos. Digo medianamente —añade— porque esa gente se limita a leer *La Razón*, y ya me dirás tú... —Y ahí le lanza la definitiva, lo va a hacer opinar sobre la prensa de derechas, Unai no tiene escapatoria. Bebo más vino.

—Pues imagínate, desinformación y manipulación perpetradas por un puñado de fachas y, *pin pan pun*, ya tienes las elecciones medio ganadas.

En la mesa respiramos aliviados con disimulo.

LO DEL HOMBRO IZQUIERDO DE LUIS

Una vez que Unai y Bea se van a dormir, Luis y yo nos quedamos para comentar la jugada, sentados en el sofá.

—Tío, cada vez que bebía era para aguantarme las ganas de reír. ¡Eres un sectario!

—Así decía yo que te estabas ventilando la botella de vino tú sola.

Luis me hace reír de nuevo relatándome cómo ha vivido la conversación paso por paso. Es un chico muy especial, tengo que reconocerlo, aunque a veces se pasa de la raya. Pero me recuerda bastante a mi hermano Sam y eso hace que le perdone sus excentricidades políticas.

Le pregunto si él, al igual que yo, ha crecido con un padre muy involucrado en política y, de pronto, pierde la sonrisa.

—¡Qué va! —suspira.

Luis empieza a hablarme de su vida antes de vivir aquí y de su familia. No suele comentar nada de sí mismo, realmente es un oyente nato. No alguien que te mira mientras hablas sin escucharte; él presta atención, se interesa de verdad por cualquier cosa que le cuentes, te hace preguntas al respecto y luego recuerda las conversaciones al dedillo. Basta con que le nombres una sola vez a alguien para que sepa a quién te refieres cuando lo mencionas por segunda vez, aunque pasen meses. Eso me encanta, quizá porque yo tengo la memoria de Dory, la pez amnésica de *Buscando a Nemo*.

—Mi padre era un gañán. No estaba interesado ni en política ni en nada que no estuviera relacionado con mujeres. Siempre engañaba a mi madre. —Yo me quedo callada. No quiero interrumpirle con preguntas la primera vez que decide hablar de sí mismo—. Una de sus «queridas», como él las llamaba con los amigos en la taberna, se volvió completamente loca por él. Venía al barrio y pulsaba nuestro portero automático sin parar, hasta que mi madre contestaba, y entonces la insultaba. Un día escribió con un bote de alcanfor en los bajos de nuestro edificio, con letras negras enormes: «TERESA CORNUDA». —Y añade—: Teresa es mi madre, claro. —Me mira con los ojos vidriosos y sé que no es del vino, sino de la rabia contenida—. Yo tenía entonces, creo... que diecisiete años. —Bebe de su copa, haciendo memoria—. Una vecina nos había avisado de lo que aquella loca estaba haciendo y bajé corriendo. Vivíamos en un octavo, en un barrio bastante pobre de Ciudad Real. ¿Conoces

Ciudad Real? —Yo niego con la cabeza y él continúa—: No esperé a que viniera el ascensor, bajé por las escaleras saltando los escalones de diez en diez. Me tropecé varias veces, no sé si me caí, estaba tan cabreado que no sabía qué estaba haciendo. Era una sensación tan desagradable, Bárbara..., tan... —Niega con la cabeza. El pelo castaño le cae hacia delante y se queda un rato callado. Luego prosigue, sonriendo con amargura—. Encontré a la mujer acabando «su obra»: «TERESA CORNUDA»... — repite—. Podría tener unos cuarenta y cinco o cincuenta años. Tenía la mirada perdida, tía, y una expresión en la cara que me quitó todo el cabreo que llevaba. Esa mujer estaba sufriendo igual que mi madre, me di cuenta en ese momento. Me quedé allí parado, mirándola; le temblaban las manos. —Lo cuenta como algo muy lejano y relativamente superado, pero muy lejos de sentirlo ajeno—. Yo me dije: «¿Qué le voy a decir yo a esta mujer, si obviamente es una infeliz?». —Me mira de nuevo, no sé si buscando una respuesta por mi parte. Yo no digo nada, sospecho que mi cara de pena lo dice todo—. Dentro de lo que cabe, en mi barrio, que es pobre como las ratas, solían pasar cosas peores día sí, día no, así que aquel tampoco sería el primer cotilleo del día y se olvidaría pronto, pero a mi familia la marcó de por vida. Aquello solo fue la guinda del pastel, habían sido años de maltrato psicológico por parte de mi padre. El tipo —dice, tomando tanta distancia de su padre que doy por hecho que su relación con él acabó hace mucho— montaba un pollo en casa por tonterías y luego desaparecía días, semanas y a veces hasta meses. Nunca tenía un trabajo estable. En el colegio, cuando contábamos a qué se dedicaban nuestros padres yo nunca sabía qué decir, así que cuando salía el tema yo hablaba de mi tío, el hermano de mi madre.

—Tú has salido genial para la infancia de mierda que te han dado —le digo con ganas de sacar el lado bueno a la historia—. ¡Y te has hecho maestro!

—Creo que porque era el mayor de cuatro hermanos y sentía que debía intentar estabilizar sus vidas lo que pudiera. Una especie de amortiguador, ¿sabes? Decidí que quería ser maestro cuando me di cuenta de que disfrutaba mucho ayudando con los deberes a mis hermanos. —Y sonrío al recordarlo. Me mira entonces y, bajando el tono de voz, me dice, volviendo al tema—: Hay mujeres que parecen engancharse solo a hombres como mi padre, que les dan mala vida. —Y creo que baja la voz para que Bea no pueda oírle—. Es como si las personas estables y en las que se puede confiar no les dieran suficiente vidilla, no me preguntes por qué. Y los hombres también, la verdad, pero suelo verlo más en mujeres.

—Me da pena Bea, se ha enamorado de un gilipollas.

—A mí no me da pena, Bárbara. De hecho, ¿crees que Bea se habría enamorado de un tío casi veinte años mayor que ella si hubiera sido soltero y nada les impidiera estar juntos desde el primer día? —El vino se me ha subido hace rato a la cabeza y me cuesta razonar, pero algo en mí hace que empiece a ponerme a la defensiva. Él continúa—: Lo que yo creo es que Bea no se conoce a sí misma y busca que él deje a su mujer para que esté con ella pero cuando encuentre la estabilidad, se enamorará de otro tipo que le ponga obstáculos.

Me consta que Luis aprecia mucho a Bea, es siempre cariñoso con ella y bastante comprensivo, pero esta reflexión me ha dolido. De hecho, me ha cabreado.

—Me parece muy injusto que saques ese tipo de conclusiones sobre Beatriz. — Digo Beatriz para hacer más graves mis palabras. Estoy algo borracha pero quiero hacer respetar mi opinión y que se note que me ha molestado. Cuando estás borracha y quieres conseguir todo eso, es complicado, solo eres una tía con los párpados a medio abrir que arrastra las palabras y no respeta el orden sintáctico de las frases.

—Lo siento, a ella no se lo diría nunca, te lo he dicho a ti. Y es solo una opinión, puedo estar equivocado, claro...

—Es muy cruel —afirmo mirándolo con el ceño fruncido e incorporándome con dificultad en el sofá, lo cual hace que todo me dé vueltas—. No puedes culpar solo a Bea de lo que está sufriendo. Sí que tiene parte de culpa, pero no toda, ¡ella quiere de verdad a ese gilipollas! La gente no va por la vida buscando problemas sentimentales, ¿sabes? ¡Surgen! Y a Marga le surgió y ya está.

Luis me mira entre extrañado y algo culpable.

—¿Marga? —me pregunta.

No puedo pensar con claridad, he bebido demasiado, otra vez. ¿He dicho Marga? «Dios mío, ¿cada vez que bebo la tengo que liar?», me digo.

A pesar del vino entiendo que lo que me ha molestado de las palabras de Luis es que es una teoría que culparía a mi tía Marga de su vida de mierda. ¡Y no es así!

Se me cruzan de nuevo las imágenes en carrusel que siempre me atormentan en los peores momentos: Marga triste, Marga callada, Marga mirando al techo sin verlo, inmóvil. Meneo la cabeza para deshacerme de ellas, pero no puedo. Luis ha hecho que al carrusel habitual que tengo cuando pienso en mi tía se añadan otras: mi tía enamorada de un alcohólico, mi tía enamorada de un contrabandista, mi tía enamorada de un hombre casado.

Odio a Luis en este momento y él parece asustado al notarlo.

—Barbi —me llama subiendo el tono de voz, mientras me coge las manos para que le preste atención—, ¿quién es Marga?

Las lágrimas se me escapan. Todas. Luis me abraza y yo me dejo abrazar. Se apoya sobre el respaldo del sofá y me acomoda en su hombro izquierdo. No dice nada ni yo tampoco. Ahora lo odio un poco menos, pero lo odio.

Marga no buscaba la tragedia, es solo que no se creía merecedora de nada mejor. No quería ser infeliz, solo buscaba un poco de felicidad dentro de los límites que creía que tenía. No se quería, nunca lo hizo, y eso provocó que fuera autodestructiva.

Y que yo la quisiera tanto no sirvió para que fuera feliz.

Y ella no me quería lo suficiente para querer seguir viviendo.

Era el 24 de agosto de 1997, ese verano yo había cumplido dieciséis años.

Volví de la playa con mis primos con tanto calor que fui directa al patio y me refresqué con la manguera. Me encantaba ponerme bajo el chorro a presión. La playa me había agotado de tal forma que planeaba meterme en la cama a dormir la siesta en

cuanto me secara. Ni siquiera tenía ganas de jugar a empapar a mi prima Marta o escribir mi nombre con la manguera en la pared del patio. Me quité el biquini allí mismo y me puse una camiseta y unas braguitas del tendedero y fui directa a la habitación de mi tía Margarita. Deseé con todas mis fuerzas que aún estuviera despierta para que me hiciera cosquillitas en la espalda hasta quedarme dormida. Abrí la puerta con sigilo por si ya estaba descansando, pero la encontré tendida bocarriba en la cama, mirando al techo.

Me tendí junto a ella y le conté lo bien que me lo había pasado con mis primos, que habíamos alquilado una piragua y habíamos volcado dos veces. Mi tía no respondió nada.

Últimamente estaba más triste de lo habitual: su último novio, del que estaba más enamorada que nunca, la había dejado. Con él parecía haber encontrado la estabilidad que necesitaba. Además, no era alcohólico y no la engañaba. Estaba separado de su exmujer, pero terminó volviendo con ella en cuanto tuvo oportunidad. Aunque hacía ya cuatro meses de aquello, mi tía cada día parecía estar peor que el anterior.

Le toqué el hombro y la llamé por su nombre, pero no respondió. A veces, en lugar de «tita» la llamaba «Marga», me hacía sentir mayor.

—Marga, para hacerse la dormida una tiene que cerrar los ojos. —Y me reí, incorporándome sobre un codo.

Sus ojos no brillaban y su piel estaba más pálida que nunca. Me quedé inclinada sobre ella lo que me pareció una eternidad, sabiendo en lo más recóndito de mi mente que eran nuestros últimos instantes juntas. El terror me paralizó y me hizo perder la noción del tiempo. No sé cuánto estuve junto a ella ni quién entró en la habitación ni cuándo. Hubo gritos, un trasiego de gente se movía deprisa por la habitación, alguien me tomó en brazos y me sacó de allí. Días después oí hablar a mis padres sobre lo ocurrido y supe que los gritos habían sido míos.

Mi tía Margarita había ingerido exactamente cuarenta y cinco pastillas de ansiolíticos, las tabletas vacías sobre su mesilla —que mi abuela contó luego— así lo atestiguaban. Murió mientras yo montaba en piragua con mis primos en la playa. Ni siquiera estaba pensando en ella cuando se fue, no me había preocupado por su estado ni lo había previsto de ninguna forma. Mi tía no me avisó de sus planes ni el corazón me dio un latigazo en mitad de la playa para alertarme de que algo estaba pasando. Se murió de la misma forma en que había vivido: sin hacer ruido y sin molestar.

Y este es el último pensamiento que tengo antes de quedarme dormida sobre el hombro de Luis.

CAPÍTULO 7

LA CHICA QUE BUSCABA EN LOS MAPAS

Llevo un año volando para Aerospain cuando me llaman desde el departamento de Programación para ofrecirme un destacamento de un mes en Bangladés: un mes donde todos mis vuelos saldrían desde Bangladés y volverían de nuevo allí, por lo que no pisaría España en todo ese tiempo. No me explican en qué consistirán los vuelos ni por qué tienen que operarse desde allí, solo quieren saber si me interesa y si tengo aún vigente el carné de vacunas.

—Tengo la de la fiebre amarilla y la tifoidea... Pero ¿un mes? ¿Cuántos vuelos serían? ¿De qué? —pregunto pensando que tan pronto cuelgue voy a ir al mapa para situar Bangladés, porque estoy perdida.

—No sabemos nada más por ahora. ¿Te interesa? —me apuran.

—Sí, vale —acepto sin pensármelo.

Como siempre que voy a un destino nuevo, busco información sobre el país. Sé poco sobre Bangladés, así que conocer lo mínimo me lleva horas. Capital: Dacca; animal emblemático: el tigre de Bengala; país sacudido una vez al año por el monzón; gente amable... Pienso en que siempre que busco información sobre un país, los artículos y blogs que hablan sobre él suelen añadir que sus gentes son muy amables. ¿Habrá algún país en cuya reseña ponga: «Gente estúpida, lleve amigos porque vaya tela»?

Estoy emocionada con mi viaje. Llamo a casa para contárselo a mi familia.

—¡Sam! —le grito a mi hermano, que es quien coge el teléfono—. ¡Aerospain me manda un mes a Bangladés!

—Putita globalización... —murmura—. ¿Para qué?

—No sé, vuelos desde allí a no sé dónde para no sé qué —digo emocionada.

—Tu hija, que se va a Bangladés —mi hermano está contestándole a alguien en mi casa—. Dice que no sabe para qué. ¿Bangladés es comunista? —le pregunta al que ya presupongo que es mi padre.

—Hola, hija —mi padre descuelga el otro teléfono de casa—, ¿Bangladés dónde está?

—Cerca de India —le digo como si lo supiera desde siempre—. Es el país de los tigres de Bengala.

—Pues coge por donde no haya tigres —escucho la voz de mi madre.

—¿Cuántos teléfonos hay en esa casa? —pregunto estupefacta.

—Hemos puesto el altavoz —responde mi hermano Pablo—. ¿Puedo ir contigo?

—No.

Paso el día diciéndole a todo el mundo que me voy a Bangladés y explicando lo que sé con la naturalidad de quien ya ha estado: capital: Dacca; animal emblemático: el tigre de Bengala; país sacudido...

En casa, Luis sonrío con los ojillos al verme tan entusiasmada, desde que Rodrigo no vive con nosotros está de mejor humor.

—Ten cuidado, no vayas a hacer el cabra —me comenta fingiendo que lo dice por decir y que tampoco es que le importe demasiado si me lleva una riada.

—No te vayas. —Bea me hace pucheros. Para variar, está de bajón por culpa del abogado casado.

—¡Qué poco os voy a echar de menos! —les digo mirándolos de reojo.

Esa noche, a oscuras, mientras intento conciliar el sueño, recuerdo que con el subidón he olvidado mirar con quién tengo el destacamento. Me levanto de un salto, ya no voy a poder dormir si no lo miro. No quiero admitírmelo a mí misma, pero si no existiera ninguna posibilidad de que Manuel fuera uno de los pilotos, no me levantaría de la cama.

Abro el portátil y la pantalla azul ilumina la habitación. Allí estoy, a las tres de la mañana, metiendo mis claves en la intranet y buscando el nombre de Manuel entre los tripulantes del destacamento. Manuel, al que solo he visto dos veces en mi vida. Manuel, el que no ha dejado ni una triste nota en mi casillero en todos estos meses y que no quiso darme su número de teléfono ni pedirme el mío. Manuel, un tipo que puede estar ahora mismo en la cama con su mujer, engendrando su quinto hijo. ¿Qué coño me pasa?

Estoy en plena auto-riña cuando veo su nombre entre la tripulación técnica. El corazón se me acelera mientras repito como un mantra: «Me da igual, si a mí me da igual».

Al día siguiente, sigo repitiéndome que no me importa en absoluto el hecho de vivir un mes en un hotel de Bangladés con Manuel, mientras pienso en que voy a echar en la maleta los vestidos que mejor me queden y mis bragas más bonitas, descartando sin pensarlo las bragas de regla (las bragas se catalogan en tres tipos: las de follar, las de diario y las de regla; las primeras suelen ser incómodas pero quedan muy bonitas; las segundas son más cómodas, pero las usas tanto que pronto pierden el color; las terceras son unos trapos vergonzosos pero con un tamaño y sujeción suficientes para que las compresas no se te muevan).

La compañía me manda desde Madrid a Daca en otra línea de la competencia, como pasajera. El resto de la tripulación y el avión que vamos a operar ya están allí: yo no he podido ir antes porque tenía un descanso obligatorio después de un vuelo a Brasil. Las horas de descanso de las tripulaciones son siempre muy respetadas en mi compañía, más que nada para evitar sanciones económicas de Aviación Civil.

Cuando llego a Daca, hay una furgoneta esperándome en el aeropuerto que me lleva directamente al hotel. Es de noche y la ciudad está muy poco iluminada, así que no veo casi nada a través de la ventanilla. Además, llevo un montón de horas de viaje entre vuelos y escalas que me han dejado exhausta, así que tampoco es que esté prestando demasiada atención.

Al día siguiente, después de dormir catorce horas, ya me siento como nueva y vuelven a mí los nervios por Daca, por el destacamento y por Manuel. No tengo que volar por primera vez hasta la noche, así que me pongo un vestido y bajo a desayunar.

La primera persona que encuentro en el restaurante es él, que está sentado solo a una mesa, leyendo *The New York Times*. Imagino que lo ha elegido porque no entiende el idioma local.

Al verme, sonrío y se levanta. Sonríe de verdad, con la boca, con los ojos, y abre los brazos para abrazarme. Siempre da alegría encontrarse con alguien cuando estás tan lejos de casa, pero quiero pensar que en su sonrisa hay algo más que alegría por ver a alguien conocido. Estoy tan impactada por volver a verle que casi no atino a devolverle el abrazo y me limito a dejarme querer.

—Aún no sé qué tipo de vuelos vamos a hacer —le digo esperando que él pueda darme más información.

—¿No lo sabes? —Enarca las cejas. Luego tuerce el gesto y añade—: Pues no sé si te va a hacer mucha gracia enterarte.

—¿Por qué? —Voy a darle un sorbo al café que un camarero acaba de servirme, pero freno en seco.

—Vamos a operar vuelos para la ONU. Básicamente, vamos a transportar soldados desde Daca al Congo, y las vueltas las haremos sin pasaje —lo dice mirándome, esperando a ver mi reacción.

—No puede ser verdad —le respondo con la mandíbula descolgada.

¡Vuelos para la ONU! ¡Voy a colaborar con la ONU! Se me quita la poca hambre que me ha quedado después de ver a Manuel. «Esto me lo tendrían que haber avisado antes», me digo. No es una información que deba dejarse para el último momento, porque ahora que ya estoy aquí no hay marcha atrás. Realmente, dudo mucho que hubiera dicho que sí de haberlo sabido, pero ¿cómo iba siquiera a imaginarlo? De hecho, aunque llevo ya un tiempo en este mundillo, desconocía por completo que estos vuelos existieran, pensaba que la ONU usaba su propia flota para sus misiones.

—El obrero es el que saca adelante el trabajo duro y el último mono en enterarse de qué está produciendo. ¡Maldito capitalismo! —Y me guiña un ojo, sonriendo.

Imagino que está haciendo alusión a mi altercado en Cuba pero yo sigo en shock por la naturaleza del destacamento.

—¿Qué tipo de misiones van a hacer los soldados? —le pregunto, siguiendo con el tema y evitando que hablemos de Cuba.

—Misión de paz. El Congo es zona de conflicto ahora mismo —responde cruzando las manos sobre la mesa y encogiéndose de hombros, como diciendo: «Es lo que hay, tía».

—Misión de paz. Ya.

Decido que no quiero saber más, no quiero buscar información sobre el asunto, al menos no hasta que esté de vuelta y ya haya acabado el destacamento.

El embarque del primer vuelo es un caos. Trescientos hombres bangladesíes vestidos de camuflaje se atropellan unos a otros en los pasillos del Airbus: los que van entrando se quedan mirándolo todo y los que les siguen se tropiezan con ellos. Imagino que se debe a que es la primera vez que montan en un avión no militar, ya

que en Bangladés muy pocos pueden permitirse viajar por placer. Voy indicándoles la forma más rápida de embarcar, pero muy pocos hablan inglés y eso hace que la cosa se complique. Me limito entonces a hacerles señas.

Es la segunda vez que hago un vuelo donde todo el pasaje es enteramente masculino. El primero fue un vuelo de deportados, encargado por el Gobierno, de Madrid a Senegal. Seis horas de viaje con personas que no quieren viajar, que no quieren volver a su país y que están tan desesperadas que muchas lloran sin consuelo. Hombres que saben que volver a su país es una vergüenza, un fracaso social del que quizá no consigan desprenderse nunca. Hombres a los que les ponías la bandeja de comida caliente delante y, a pesar del desconuelo, rompían el recipiente de aluminio con los cubiertos de plástico en vez de abrirlo, para comer lo que contenía. Aquel viaje me dejó tan hecha polvo que cada vez que la compañía me ha programado uno de esos vuelos, yo los he cambiado con otros compañeros, aunque saliera perdiendo en número de horas.

Volar es muy bonito siempre que transportes a turistas, pero cuando estás obligando a gente a viajar, puede ser el peor trabajo del mundo. Y yo desconocía que había tantas formas de forzar a una persona a viajar, lo fui descubriendo con el tiempo.

No sé hasta qué punto estos soldados que llevamos a la guerra han sido libres para elegir lo que quieren hacer o si la pobreza ha elegido por ellos.

En el primer vuelo al Congo no coincido con Manuel, ya que él haría el siguiente. Me gustaría saber si vamos a coincidir en alguno o si pasaremos el destacamento separados, él en el Congo cuando yo estoy descansando en Bangladés y viceversa. Algo me dice que sería mejor así, pero no quiero escuchar ese algo, quiero verle todos los días y hablar con él hasta que deje de parecerme misteriosamente magnético.

En Bangladés hago todo el turismo que puedo acompañada por dos compañeras tan inconscientes como yo y nos saltamos la mayoría de consejos de la compañía, como no comer en puestos ambulantes o andar por la calle cuando cae el sol. Hemos contratado en el hotel una furgoneta y un conductor: no es algo que hagan normalmente, pero aceptan a la primera y el chico que el hotel nos cede resulta ser uno de los recepcionistas. Me siento como una de esas estrellas de rock que hace peticiones excéntricas a los hoteles donde se aloja antes de un concierto y que provoca que todo se mueva a su alrededor, modificando la rutina y las normas del lugar: un minicampo de golf en una habitación cuyas vistas estén orientadas a Paraguay o polvo de cuerno de unicornio en vez de sales de baño. Casi puedo ver al director de nuestro hotel hablando con sus empleados: «A ver, muchachos, tenemos a unas petardas del primer mundo que quieren ver esto, necesito un voluntario».

El chico que nos acompaña durante nuestras escapadas por Dacca es tan amable y risueño como el resto de bangladesíes que hemos conocido hasta ahora. Realmente todos esos blogs que he leído sobre este país llevaban razón: aún no he visto a nadie

estresado o malhumorado. La gente duerme la siesta bajo los árboles en mitad de la ciudad, los hombres caminan de la mano y es normal cruzarte con personas que van cantando sin ningún motivo.

Uno de los días que salimos a conocer el Jatiyo Smriti Soudho —un monumento homenaje a los mártires de la guerra de la independencia que Bangladés libró con Pakistán y uno de los lugares más emblemáticos de Daca—, conocemos a Khalil, un crío de unos diez años que lleva encima de la cabeza una caja con botellitas de agua. Intenta venderlas a todo el que pasa sin mucho éxito. Le pregunto con señas cuánto cuestan las botellas y levanta dos dedos, sonriendo. No sé cuánto es eso pero me da igual, le doy lo que al cambio son veinte dólares y niega con la cabeza, asustado. No quiere aceptar todo ese dinero.

—Yo, Bárbara —le digo, esperando que tener algo de confianza haga que coja el dinero—. ¿Y tú? —Y le señalo.

—Khalil —me responde sonriendo de nuevo. Es tan moreno que al sonreír sus dientes parecen luminosos. Tiene los ojos de color miel y unas pestañas larguísimas. Podría pasar horas mirándolo y escuchándolo hablar en su idioma.

Mis compañeras también quieren darle todo el dinero que llevan encima, y creo que Khalil empieza a asustarse.

—¿Y si le compramos primero una? —dice una de mis compañeras.

Y así es como Khalil empezó a fiarse de nosotras.

Pasamos todo el día con él por el centro de Daca. Al cabo de unas horas ya sabemos que está solo, no hay una madre sentada en un banco vigilando a Khalil mientras juega. Khalil está trabajando y eso se hace solo. Sin más.

Mientras el recepcionista-conductor duerme plácidamente en la furgoneta y se limita a llevarnos de un sitio a otro, Khalil nos hace de guía, señalando sus lugares favoritos: un monumento, el árbol bajo el que duerme a veces, un semáforo que cambia de luz por arte de magia y que, según lo que yo llevo ya visto de este país, puede que sea uno de los pocos que hay.

De hecho, el tráfico es una masa indefinida de carros, coches y autobuses casi de juguete, que usan el claxon sin cesar, no para reñirse entre ellos, sino para avisar de por dónde van a girar y qué maniobra imposible van a ejecutar, y todo el mundo entiende esta comunicación a base de bocinazos. A menudo hay algún choque entre los vehículos, pero circulan a tan poca velocidad debido a lo denso del tráfico que ni se bajan a comprobar posibles abolladuras o rasguños.

Khalil está entusiasmado por enseñarnos cosas y le fascina ver nuestras caras de sorpresa —muchas veces fingida— con todo lo que nos va mostrando. Nos hacemos fotos y vídeos, y le dejamos ver cómo han quedado en la pantallita de la cámara digital. Él grita sorprendido al verse a sí mismo en movimiento. Los mira y los remira hasta que me deja sin batería.

En pocas horas ya le hemos comprado todas las botellas y pasea con nosotras sin cargar nada en su cabeza, lo cual nos alivia más a nosotras que a él.

—Podemos pedirle al recepcionista que lo lleve a su casa —dice una de mis compañeras cuando empieza a oscurecer. Y nos parece una idea fantástica.

Khalil y el conductor hablan en bengalí y este nos mira con el gesto un poco torcido.

—Su barrio es una zona peligrosa y ya es casi de noche —nos dice en inglés.

—¡Pues echamos los seguros! —contesto resuelta, imaginando algo como el barrio de las Tres Mil Viviendas de Sevilla. Mis compis asienten, les parece una medida suficiente.

El conductor nos mira y niega con la cabeza, inseguro, pero le apremiamos y le decimos que el niño no puede volver solo. Además, sus padres deben de estar ya preocupados.

—¿Niño? —El hombre ríe—. Ya no es ningún niño. Sus padres se van a preocupar más si lo ven aparecer con mujeres blancas. Además, para él no es un barrio tan inseguro, entre ellos se respetan.

Nos horroriza que insinúe que Khalil es ya un adulto y que, por tanto, puede volver solo a casa: nuestro conductor ya no nos parece tan simpático.

La verdad es que tanta precaución por su parte nos hace dudar, pero somos incapaces de irnos y dejar a Khalil allí, así que terminamos convenciendo al hombre de que nos lleve.

Daca está prácticamente sin asfaltar y, en cuanto salimos del centro, todos los caminos son de tierra y están llenos de baches. Las calles no están iluminadas y en pocos minutos se hace de noche.

Cuando llegamos al barrio de Khalil comprobamos que aquello, efectivamente, no son las Tres Mil Viviendas de Sevilla. Las Tres Mil Viviendas son Disneylandia en comparación con lo que nos encontramos: chabolas que se caen a pedazos, hombres aspirando de bolsas con no sabemos qué sustancia tendidos en el suelo y niños descalzos jugando entre montones de basura, iluminados únicamente por fogatas que hay encendidas cada varios metros en mitad de la calle. Khalil le va indicando en bengalí al conductor por dónde ir mientras nosotras nos encogemos por momentos en nuestros asientos. Todo el mundo se queda mirando la furgoneta y algunos niños echan a correr detrás de nosotros, como si fuéramos una atracción de feria en la que quieren montar.

Paramos junto a una de las fogatas, donde nos indica Khalil. Creería que ha elegido un sitio aleatorio entre tanto caos y decadencia si no fuera porque de la chabola más cercana salen unos niños de entre, más o menos, tres y seis años al oír el ruido de la furgoneta, y cuando ven a Khalil gritan emocionados. Él se apea y quiere que nos bajemos con él para que veamos a los que suponemos que son sus hermanos pequeños, pero más gente sigue acercándose al vehículo, y no todos con actitud amistosa. De hecho, algunos intentan meterse y nos tocan, como si fuera la primera vez que ven a gente de otro color. Nos manosean como queriendo comprobar que nuestra piel tiene la misma consistencia que la suya. Gritan algo que no entendemos,

no sabemos si nos están pidiendo algo o amenazándonos, y el conductor nos grita que cerremos las puertas de inmediato, lo cual hacemos como podemos. La furgoneta arranca a toda velocidad, dejándonos sin la opción de decirle adiós a Khalil. El alma se nos cae a los pies.

Las tres nos quedamos en silencio mientras volvemos al hotel. En la radio suena una música melodiosa que el conductor empieza a tararear al rato, como si nada hubiera pasado.

No puedo dejar de pensar en qué tipo de futuro le espera a Khalil. ¿Por qué un niño vende agua a varios kilómetros de su casa sin que nadie se preocupe de si va a volver? ¿Por qué yo no he tenido que vender nunca agua? ¿Por qué nunca he pensado más sobre esto? ¿Cómo se llega a normalizar algo así?

—Pobre crío —consigo decir cuando llegamos al hotel.

—Ya has oído, aquí hace tiempo que nadie lo ve como un crío —contesta una de mis compañeras. La otra guarda silencio y yo también.

—Para vosotras ha sido un mal rato, pero para la familia de ese niño es el mejor día del año: con el dinero que le habéis dado comerán durante mucho tiempo —nos dice el conductor al despedirse de nosotras, intentando animarnos.

Al llegar a mi habitación, abro mi portátil y me conecto a Internet. Es la única forma de comunicación que tengo con España, ya que estoy a bastantes husos horarios, además de que las llamadas son muy caras.

Reviso mi correo para entretenerme y no pensar en Khalil. Tengo un *e-mail* de Luis.

Hola, Bárbara:

Hace una semana que no sé de ti y no sé si te ha arrastrado el monzón o estás viviendo un tórrido romance (¿qué coño será eso de tórrido? Nunca lo he sabido) con el Comandante Amor. Dime algo cuando tengas un hueco.

Por aquí ha habido algún cambio: Bea está muy contenta porque el abogado se ha peleado con la mujer y se ha venido a casa con una maleta: está viviendo momentáneamente con nosotros. Es un tipo tan aburrido que le doy conversación cuando tengo insomnio. Es mano de santo.

Yo sigo igual que siempre, pero te echo de menos. ¿Cuándo vuelves? ¿Te lo estás pasando bien? Mándame alguna foto. Y ten cuidado, vuelve entera, por favor.

Luis

Releo varias veces el correo y lamento que no sea más largo. Por un momento me siento en casa.

Le contesto:

Hola, camarada:

Por aquí todo bien. Bangladés es un país muy pobre, tan pobre que no creo

que te lo imagines, pero la gente sonríe todo el tiempo. Creo que cuando tus preocupaciones son conseguir comida y trabajar dieciséis horas al día (cuando tienes trabajo), las superficialidades que a mí me agobian a ellos no consiguen arruinarles ni un minuto de su tiempo. Hay veces que con su sencillez me hacen sentir una niña caprichosa, estresada por idioteces.

Hoy he visto más pobreza de la habitual y se me ha quedado mal cuerpo, así que abrir tu correo me ha dado la vida. Escríbeme más, contestaré en cuanto te lea.

Yo también te echo de menos... Inexplicablemente, porque eres un grano en el culo.

Besos.

B

Tengo otro correo de mi madre, en el que me pregunta si ya me ha comido un tigre de Bengala. Me adjunta una foto de ella con mi padre y mis hermanos en el salón de casa, con las manos en forma de garra, imitando de una manera lamentable a un tigre. De repente los quiero mucho. Son tontos, pero los quiero. Mirar la foto un segundo más hace que algo me escueza de pronto. Reparo en cosas a las que hasta entonces no había prestado atención: la televisión gigante del salón, las paredes sin bultos ni desconchones, perfectas y blancas, un anillo de oro en la mano de mi madre, los *brackets* de mi hermano Pablo... Lujos impensables en esta parte del mundo.

Le contesto que por ahora he conseguido correr más deprisa que los tigres y ninguno me ha mordido, y le mando una de las mil fotos que Khalil se ha empeñado en tomarnos hoy, donde mis compañeras y yo posamos junto al monumento homenaje a los mártires de la guerra de independencia.

Me voy a la cama con la cabeza abotargada. Me hago la promesa de no volver a agobiarme por trivialidades. Siento que mis preocupaciones no son demasiado importantes y que hasta ahora debería haber sido feliz simplemente sentándome en el sofá de casa, con una botella de vino, escuchando a Luis y a Bea hablar sobre cualquier cosa. Sin embargo, dudo de que eso sea suficiente ahora mismo para calmar la culpabilidad de vivir tan tranquila mientras aquí hay millones de personas viviendo junto a montones de desechos.

No sé si es peor ir olvidándome de lo que estoy viendo estos días para vivir en paz o recordarlo constantemente para solidarizarme de alguna forma con ellos.

De repente, necesito que el mundo vaya bien para estarlo yo, y me cuesta aceptar que he estado viviendo veintiocho años sin recordar a diario que hay una parte del planeta que no tiene qué comer. Y que me limito a pensarlo solo cuando el telediario muestra imágenes que, de hecho, prefiero no ver y que hasta ahora me parecían mucho más lejanas.

Hasta la última semana no vuelo con Manuel y, como las programaciones nos las van dando día a día en este destacamento, cuando veo su nombre me sorprende. ¡Por fin!

Apenas nos hemos visto, estamos viviendo en el mismo hotel de Bangladés y nos han separado más kilómetros que viviendo cada uno en su casa en Madrid.

Bajo con mi maleta a la recepción diez minutos antes de irnos y lo encuentro leyendo la prensa en un sofá. El hotel, a pesar de ser de los mejores de la ciudad, no es nada del otro mundo, de hecho es bastante regular. Pero nadie ha protestado, como ha pasado en otros destinos cuando el hotel no ha reunido todas las condiciones que aparecen en nuestro convenio. Creo que hemos llegado al acuerdo tácito de contextualizar este destacamento y mantener la boca cerrada aunque el agua caliente no siempre funcione. Seguro que podrían cambiarnos a otro mejor, pero nos vale así.

Al verme se pone de pie y me da un beso, sonriente. Me invita a sentarme con él y me pregunta qué tal todo.

—Muy bien, aunque algo impactada con el nivel de pobreza. En el Congo a nosotros al menos no nos han dejado salir del hotel por el conflicto, así que no sé qué decirte de allí. ¿Y a ti cómo te va? —Estoy deseando dejar de hablar y que él me cuente de sí mismo en el poco tiempo que tenemos antes de irnos.

—A nosotros también nos han recomendado no salir —dice cerrando el periódico—. Estoy bien, aunque pensaba que quizá bajarías antes y llevo aquí un buen rato.

No sé qué decir a eso, no puedo estar más sorprendida pero no quiero que se me note. Y como siempre que estoy incómoda empiezo a hablar sin parar, sin filtro y sin pensar.

—Pues ayer me acordé de ti. Salimos al centro a hacer turismo y conocimos a un niño que se llamaba Khalil y vendía agua. Nos enseñó muchas cosas, era más *salao*...

—¿Y por qué te acordaste de mí? —pregunta mirándome fijamente.

Eso digo yo, ¿por qué he dicho que me acordé de él? Aunque sea verdad, pero es que no pasó nada ni remotamente cercano a él. Es solo que me hubiera gustado que estuviera para que compartiéramos el recuerdo de Khalil. Pero eso no se lo puedo decir porque decirle algo así es como confesarle: «Pienso constantemente en ti, allí donde vaya, me encantas y quiero que nos hagamos viejos juntos».

—... Porque el crío quería ser piloto —le miento.

—Ah... —dice. Y sonrío de una forma nueva. Esta sonrisa no se la había visto aún, más con los ojos que con la boca, más verdadera que nunca.

«Cállate, Bárbara —me digo—. Cállate y deja que hable él porque te va a traicionar el subconsciente como la vez de la estrella Furtado».

(Sucedió que un año, en las hogueras de San Juan, yo estaba sentada en la playa junto a mis amigos de la universidad, alrededor de un fuego. Edu y Lidia, como siempre, me acompañaban y nos reíamos de todo, aunque ese día nos habían dicho que no pasábamos limpias a último curso y tendríamos que estudiar en verano.

También estaba Gabriel Furtado, al que todos conocían como Furtado, siendo muy pocos los que sabían su verdadero nombre. Quizá yo fuera una de las pocas de todos los allí reunidos, y no precisamente porque nos uniera una estrechísima amistad, sino porque me había encargado de averiguarlo en los tablones de notas de

la universidad.

A mitad de la noche de aquel San Juan, una estrella fugaz cruzó el cielo de lado a lado. Fue espectacular pero solo yo la vi. Pedí un deseo: «Estar con Furtado, estar con Furtado, estar con Furtado». Y grité a continuación, para que los demás también pidieran el suyo: «¡Corred!, ¡pedid un deseo que acaba de pasar una estrella Furtado!».

Todo el mundo miró al cielo y luego a mí. Estallaron en una carcajada colectiva que me produjo ganas de escarbar un hoyo en el suelo y quedarme a vivir en él. Furtado me miró, fue el único que no se rio, aparte de su novia, que tampoco).

Soy consciente de que estoy dotada de una capacidad paranormal para decir lo que no quiero, así que tengo que morderme la lengua ahora, delante de Manuel, para no meter la pata una vez más.

Enseguida empiezan a llegar los demás tripulantes del vuelo, pero no me importa porque Manuel ha dicho de broma que me ha echado de menos. Es de broma, pero lo ha dicho. Y con eso ya tengo material suficiente para montarme varias películas más en el día de hoy.

Las seis horas de viaje se me pasan volando. Durante este mes, he estado haciendo oídos sordos a toda la información que me llega sobre el traslado de soldados a la misión de paz, porque ya bastantes conflictos me está creando vivir en Bangladés. Pero mi parte dramática no puede evitar que me despida de cada pasaje con un nudo en la garganta. Porque traerlos los traemos, pero nadie ha dicho si volverán. Hasta el momento todos los vuelos del Congo a Bangladés han ido vacíos y no hay previsión de que ni uno de ellos vaya a ir lleno.

Cuando terminamos el servicio al pasaje, entro en la cabina de vuelo para preguntarles a Manuel y al copiloto qué van a comer.

—Me ha dicho el general que llevan trece bajas durante... —oigo que empieza a decirle el copiloto a Manuel. Yo freno en seco. Trece bajas.

—Bárbara —dice Manuel, adivinando mis pensamientos e interrumpiendo al copiloto—, tampoco podemos estar seguros, ya sabes cómo son estas cosas. Prepáranos lo que sobre, lo que el pasaje no quiera.

Sonríe sin dejar de mirarme. El segundo lo mira a él y luego a mí y pone una expresión divertida mientras menea la cabeza y vuelve a los mandos.

Salgo de allí acelerada. Demasiada información. Ha habido bajas pero no sé ese recuento desde cuándo es, me niego a creer que solo en este mes. Tampoco quiero saberlo. ¿Y cuáles de ellos serían? ¿Los habré llevado yo en uno de los vuelos?

Y, espera, ¿qué ha sido esa mirada de Manuel y esa mueca del copiloto? Recuerdo de nuevo el quiebro que me hizo la noche de Cuba y me digo que ya está bien de ver cosas donde no las hay. Además, me cuesta mucho menos relativizar todo lo referente a Manuel (y a mis preocupaciones primermundistas sobre el amor romántico en general) desde que pisé Daca por primera vez. Me digo que no hay mal que por bien no venga.

LO DE MANUEL

Al llegar al Congo nos montamos directamente en la furgoneta sin demorarnos demasiado, como siempre. Yo he preferido ocupar durante el vuelo un transportín de la parte trasera del avión y así no tener que despedirme del pasaje. Aun así, monto en la furgoneta como si estuviera de luto. Entre Khalil y los soldados me habían dejado la sensibilidad a flor de piel.

Cuando dos horas después suena el teléfono de mi habitación del hotel y escucho la voz de Manuel, me pongo tan nerviosa que me cuesta entender qué me está diciendo.

—¿Perdona? —le digo para que repita. No quiero contestar a lo que creo que ha dicho hasta no estar segura o haré un ridículo estrepitoso.

—Que si te apetece cenar conmigo esta noche. —Y esto sí es suficiente para sacarme del letargo en el que estoy sumida desde hace días en este destacamento.

No sé cómo lo hace, pero solo estar con él me alivia el desasosiego que estoy sintiendo. «¿Me estaré enamorando o algo?», me pregunto mientras me pongo las bragas más incómodas que tengo y un vestido corto rojo que me hace parecer de mejor familia. Me echo rímel y brillo de labios.

—Estás muy guapa —me dice al verme llegar al restaurante del hotel.

—Tú también —le respondo sonriendo sin mirarle directamente. Se ha puesto una camisa y unos vaqueros, y pienso que con el calor que hace en el Congo va a ponerse a sudar en los próximos diez segundos.

Pero no es así, Manuel no suda. Odio tanta perfección. Lo odio. Además, me siento torpe a su lado porque él no malgasta ni un movimiento en nada de lo que hace. Su calma y su inteligencia práctica me dejan fuera de combate. No titubea, no duda, solo piensa y ejecuta de forma elegante todo lo que dice y hace. Me digo que para pilotar aviones eso está muy bien, pero para cenar por primera vez con una chica es terrible. Porque ¿qué menos que tirar una copa con los nervios o desviar la mirada en algún momento, cuando te supere el hecho de que ella te está mirando intensamente con unos ojos que llevan un rímel de dieciocho euros?

—Cuéntame algo de ti que no sepa. Es decir, algo no político. —Y se ríe.

—Todo es política —le digo, desviando el tema.

Yo lo que quiero es que hable él. Que me diga ya que está casado, que es homosexual o Hare Krishna. Algo que me haga olvidarme de él porque, cómo no, tengo miedo.

—Cierto, todo lo es —añade asintiendo.

—Cuéntame tú, yo sí que no sé nada de ti.

—Pues yo soy piloto de Aerospain desde que tengo veintidós años, hace ya dieciséis. —Me mira y yo hago cálculos mentales. Tiene treinta y ocho, diez más que yo. ¡Diez años más!—. Vivo en Madrid, pero soy de Palencia.

—¿De Palencia?

—Sí, existe gente de Palencia, yo los he visto con mis propios ojos —bromea.

—Eres el primero que conozco yo —le digo.

Hemos pedido nécora y vino blanco. Mientras yo rezo para ser capaz de pelar aquel bicho sin armar un espectáculo, él despedaza elegantemente el suyo y se lo come despacio. Me cuenta algo sobre la compañía pero yo estoy más concentrada en salir airosa con mi plato. Mi nécora está dura como una piedra y no tengo fuerza suficiente para partirla con las tenazas que me han dado. Cuando lo consigo, trocitos minúsculos de la cáscara salen disparados por todos sitios.

—¿Quieres que te ayude con eso? —me dice; ha dejado de hablar de lo que sea que me estuviese contando.

Un trozo de nécora que estaba tragando se me queda a medio camino y bebo un poco de vino para bajarlo. Ya se ha dado cuenta de que soy torpe, mucho ha tardado.

—Está todo controlado —miento—. Sigue con eso de..., eso que me estabas contando.

Manuel no sigue, adivinando que no le estaba prestando atención, y se dedica a mirarme comer, embobado, lo cual me dificulta mucho más la tarea.

—¿Te gustan los niños? —pregunta de repente.

—Me encantan —contesto, feliz por apartar su atención de mis tristes malabares con la nécora—. De hecho, estuve muchos años haciendo un voluntariado en la Cruz Roja, en el ala de pediatría de un hospital.

Soy consciente de que es una historia bonita que hace que te enamores automáticamente del que la cuenta. Es como «el viaje a lo mochilero por Europa» que usan siempre los protagonistas de *Friends* cuando quieren conquistar a alguien. Le hablo de los teatros y de los guiñoles que organizábamos, de las ocurrencias de los niños y de cómo su visión del mundo te lleva de nuevo a esa parte de tu vida en la que veías todo con una pátina mágica. Un halo que hacía que cualquier cosa fuera extraordinaria.

Él me mira con los ojos brillantes de tal forma que empiezo a pensar que tiene varios hijos y me quiere para que se los cuide. Para colmo no puedo acabar mi superhistoria enamorable porque nos interrumpen.

—Hola, parejita. —El segundo de a bordo se acerca a la mesa. Nos pone una mano a cada uno en un hombro y acto seguido coge una silla sin pedir permiso y se nos une.

La verdad es que no es un comportamiento extraño o que entre las tripulaciones consideremos de mala educación: cuando estamos en algún destino se da por hecho que nos sentamos juntos si coincidimos en los restaurantes de los hoteles. Pero justo esta noche me parece de una falta de respeto bestial y motivo suficiente para enviarlo a un gulag.

Manuel y yo habíamos quedado tarde precisamente para evitar coincidir con la tripulación, pero van apareciendo más y más auxiliares en un goteo dolorosísimo que

no acaba nunca. Para cuando estamos todos, yo estoy agotada y he renunciado a mi esperanza de que la cena vuelva a ser como empezó, así que decido irme a la habitación. Quizá en la semana que queda pueda ver a solas otra vez a Manuel. Él me mira marchar y se encoge de hombros, impotente.

Después de haberme quitado el vestido y las bragas incómodas y haberme puesto una camiseta de propaganda para dormir, llaman a la puerta y abro mientras me restriego un ojo con un algodón desmaquillante. Me encuentro a Manuel plantado allí, callado, mirándome de la misma forma que aquel día en Cuba, a través del espejo retrovisor de la furgoneta que nos llevaba de vuelta al aeropuerto. Y yo lo miro paralizada, sin atinar siquiera a quitarme el algodón del ojo. No puedo creer que esté aquí, de cualquier otro lo hubiera esperado, pero no de él. El hombre esquivo, el sí pero no, no pero sí, el quiero pero no puedo, plantado en mi puerta, mirándome ya sin disimulo.

—Quiero saber cosas de ti —me dice, a secas.

—¿Qué... cosas? —pregunto con miedo.

—Pues no sé, todo. —Baja la mirada y es la primera vez que lo veo dudar. Se encoge de hombros. No parece muy experto en el cortejo que digamos: se mira los pies, luego levanta la vista de nuevo—. Yo qué sé, Bárbara, saber dónde estudiaste, cómo es tu familia, qué lees. Que hablemos, que me hables. Saber cosas..., cosas así... Y di algo pronto para pararme o no sé qué gilipolleces voy a ser capaz de decir.

Se apoya en el quicio de mi puerta, me mira con miedo, nervioso. El hombre que no perdió el temple cuando pensaba que podíamos irnos todos al carajo en mitad del Atlántico no sabe qué hacer con sus manos ahora frente a una chica corriente. Y yo noto un *crack* en mi caja torácica que no me deja pensar ni respirar bien. Vaya dos.

—Entra —le digo.

Él se lo piensa. Mira mi habitación tímidamente por encima de mi hombro, luego a mí.

Le cojo una mano, tiro de él con suavidad y cierro la puerta.

Empezamos a hablar sentados en la cama y acabamos, poco a poco, acomodándonos sobre el colchón, de lado, uno frente al otro sin tocarnos siquiera. Me cuenta que en Palencia hay mucha gente y hasta centros comerciales, que su madre es música y que él, de pequeño, quería ser veterinario pero que se le torcieron los planes cuando supo que era alérgico a un montón de animales. Y yo le confieso que quería ser actriz y poetisa callejera.

—¿Qué es eso? —pregunta riendo.

—¿Nunca has visto a uno de esos poetas que están en la calle y te escriben una poesía por un euro?

Manuel se ríe de mí alegando que se ríe conmigo. Y a mí me da todo igual porque el hecho de que se ría me saca un poco del mundo. Del mundo tal y como lo concibo ahora, desde esta perspectiva dolorosa. Pasamos la noche hablando de lo divino y lo humano, de cocinas que arden y de cómo se pasa de querer ser veterinario a piloto

comercial. No sé cuántas horas pasan, pero han de ser muchas porque entre las cortinas empiezan a entrar tímidos rayos de sol. Manuel habla de sí mismo y me pregunta por mí, ya no queda rastro de la inseguridad que lo atenazó en mi puerta, y a mí ya no me da vergüenza llevar una camiseta de Mudanzas Hernández. Todo pasa a ser secundario con el paso de las horas y, con cada tema de conversación, Manuel me parece más y más interesante. «Oh, por favor, qué asco doy con todo este amor creciéndome en el cerebelo», me digo. Y es que siento que ahora mismo podríamos ser perfectamente los protagonistas de alguna novela de Danielle Steel; nos falta besarnos y hacer el amor sobre una colcha de satén rosa.

—Claro que no soy Hare Krishna —contesta muerto de risa, tapándose los ojos con la mano por mi ocurrencia—. Y no, tampoco estoy casado, pero quiero que sepas algo —afirma poniéndose serio y hablando más despacio que de costumbre—: cuando nos conocimos en Cuba yo sí vivía con una chica. He intentado sacar el tema de Cuba las veces que nos hemos visto, pero siempre me parecía que lo evitabas. — Está eligiendo las palabras con mucho cuidado y yo ahora mismo tendría miedo de lo que va a decirme si no fuera porque el cansancio de estar más de veinticuatro horas despierta es más fuerte que cualquier otra cosa—. No me hubiera separado de ti ni un minuto desde que te vi borracha como un capitán general aquella noche, cogiendo tu bolso con mucha dignidad, cuando aquellos borregos empezaron a reírse. En realidad, ibas dando tumbos, pero eso hacía que quisiera morirme de amor aún más. —Al recordarlo se ríe pero yo solo tengo fuerzas para sonreír y mantener los ojos abiertos a duras penas. Quiero escuchar cómo sigue la historia, lo deseo con todas mis fuerzas. Manuel continúa—: Pero no podía ir a tu habitación como hoy y decirte que quería saber cosas de ti porque no era justo para mi pareja. En aquel momento, además, mi relación se estaba yendo a la mierda. —Se gira lentamente y mira al techo, recordando pasajes que no quiero saber. No quiero decir nada para no interrumpir el hilo de sus pensamientos; tampoco sé si podría coordinar una frase lógica tal y como estoy. Cierro los párpados un momento, para evitar que me sigan picando de sueño, solo un segundo, me digo, solo uno—. Y no —le oigo decir como cambiando de tercio—, tampoco tengo hijos, por eso mi relación se acabó: mi pareja no quería ser madre.

Ya es completamente de día cuando me dice esto, puedo notar la luz aun con los ojos cerrados. No quiero pensar en lo que acaba de decir. No quiero que lo haya dicho. Quizá estoy tan cansada que lo he imaginado. Sí, quizá sea eso. Y me quedo dormida recordando cómo le brillaban los ojos mientras le contaba mi voluntariado. Y su sonrisa nueva cuando le hablaba de Khalil.

Pero nada importa ahora mismo en el mundo porque, aunque ya estoy dormida y todo es confuso y lejano, noto su mano acariciándome la cara en silencio. Es la única vez que Manuel me toca en toda la noche. O quizá lo estoy soñando todo, quizá el hecho de que estoy en el Congo enamorándome de Manuel sea solo un sueño dentro del sueño de un gigante.

CAPÍTULO 8

LA CHICA QUE SE HIZO FEMINAZI

Iba a segundo de EGB cuando escuché por primera vez la palabra «puta». Teníamos un compañero de clase muy delgado y muy rubio que se llamaba Pedrito y estaba siempre muy callado. Recuerdo que los demás niños se metían con él porque su madre era puta. Eso lo ponía tan triste que yo me ponía triste con él. No entendía el motivo de mi tristeza, ni siquiera comprendía cuál era el motivo de la suya, la verdad. Porque ¿qué era ser «puta»?

—Papá, resulta que los niños del cole se meten con mi amigo Pedrito porque la madre es puta —le dije con aire taciturno en el pasillo de los congelados del supermercado una tarde.

—¿Cómo? —preguntó mi padre, y su voz sonó de repente chillona.

—La madre de Pedrito es puta y...

—¡Shhh! Habla más bajo, por dios, estamos en un supermercado.

—La mujer es puta —susurré—, ¿qué es eso, papá?

Una señora que fingía no oírnos disminuyó la velocidad de su carrito y nos miró de reojo al pasar por nuestro lado. Mi padre le sonrió incómodo.

—Putas es una palabra muy grande para ti, Bárbara, debes decir «prostituta» —me dijo una vez ya en el coche, de vuelta a casa.

—Papá, prostituta es más grande, mira: pros-ti-tu-ta —dije contando con los dedos.

—Barbi, déjame pensar, cállate.

Oh, dios, qué desazón; si decía «puta» era malo y si decía «prostituta» parecía aún peor. Lo miré a través del espejo retrovisor y le pedí: «Papá, explícame qué es una mujer que es P y lo que sigue».

Me explicó que una prostituta era una mujer que hacía el amor a cambio de dinero. Era, me dijo, la profesión más antigua del mundo y la practicaban muchas mujeres de todos los países. Contestó a todas mis preguntas: «No, Barbi, no hay universidad para eso», «A ver, Barbi, hacer el amor es lo que hacen las personas que se quieren... Y, bueno, también las prostitutas», «No lo sé, Barbi, no sé si tienen jefes». Me dijo que existían prostitutas que trabajaban en la calle y también prostitutas en clubes, además de prostitutas que solo tenían clientes muy muy adinerados.

Quedé completamente descolocada. ¿Era todo eso motivo para meterse con la madre de Pedrito? ¿Sabían acaso en mi clase qué era una puta como lo sabía ahora yo? Pero, sobre todo, ¿por qué quería ser yo actriz cuando podía ser puta?!

Al llegar a casa, mamá nos preguntó cómo había ido la compra. Mi padre resopló pero yo le dije: «Genial, mamá, pero te voy a decir una cosa, olvídte de lo de actriz, papá me ha explicado lo que es una puta y yo ahora quiero ser puta». Mi madre miró a mi padre abriendo tanto los ojos que temí que nunca más pudiera volver a cerrarlos. Mi padre balbuceó y entonces caí en la cuenta de mi error y rectifiqué: «NONONO,

mamá, puta no, perdona, he querido decir prostituta». Y miré a mi padre con gesto cómplice.

A los diecisiete tuve mi primera relación seria y mi primer «puta».

Curiosamente, fue mi novio el que me llamó así. Se llamaba Dani y nos conocimos en el instituto. Era un chico excelente, realmente encantador. La anécdota de llamarme puta no es más que eso, una anécdota. Aunque me lo dijo mientras hacíamos el amor en el coche de sus padres (que ni siquiera conducíamos, solo lo usábamos cuando estaba aparcado en el garaje). Tan pronto lo dijo ahogó un grito, horrorizado por cómo había sonado. Se quitó de encima de un salto y me tapó con su camiseta. Yo me quedé quieta, observando toda la escena como si fuera una *performance*, intrigada por cómo iba a acabar todo aquello. Lo cierto es que no me ofendió, porque por algún motivo nunca había interiorizado que ser puta fuera algo terrible (puede que la descripción de mi padre sobre las putas tuviera algo que ver), más bien lo veía como un intento de insulto puritano y como muy de pueblo.

Dani me contó que sus amigos le habían dicho que llamaban «puta» a sus novias en la cama y que eso las excitaba, y que él había decidido probar. Me pidió perdón tantas veces que tuve que prometerle por las notas de Selectividad que no me había ofendido lo más mínimo. Y, por supuesto, tampoco me había excitado.

Aunque cuando empecé a salir con Dani pensé que pasaría el resto de mi vida con él, solo duramos dos años. Cuando eres adolescente y te enamoras por primera vez, crees que es para siempre. Esto es así porque así te lo enseña Walt Disney, ese señor que está congelado esperando que algún científico descubra cómo resucitarlo. Luego, cuando descubres que tu venerado Walt te ha estado engañando toda la vida, riéndose desde su cámara frigorífica, te gustaría tenerlo delante y gritarle: «Nadie va a buscar la forma de resucitarte, viejo loco, porque estamos todos muy ocupados buscando el amor verdadero».

Dani y yo habíamos sido inseparables durante dos años. Inseparables incluso cuando yo ya no tenía demasiadas ganas de verle. Me peleaba conmigo misma para quererlo cuando ya no lo quería, negándome que aquello me estuviera pasando. Había oído muchas veces a las chicas más mayores hablar de «la crisis de los dos años» y pensé que debía de ser ese el motivo por el que ya no quería acostarme con él ni darle besos con lengua. Creí que tarde o temprano se me pasaría y volvería a sentir mariposas en la barriga y nuevas ganas de hacerlo de pie en el portal o en el garaje — que así es como se desarrolló mi primera etapa sexual—. Aceptar que las mariposas se habían ido volando en algún momento para no volver era algo para lo que no estaba preparada.

El día que ya no pude negar lo evidente fue un viernes por la noche, en su casa. Yo había alquilado en un videoclub mi película de risa favorita, *Qué ruina de función*, de Michael Caine y Christopher Reeve. La había visto con mi familia unos años antes y me había reído tanto que temí que los músculos de la cara no se me volvieran a acomodar de nuevo en su lugar. Lloré de risa, incluso tuvimos que parar la cinta de

vez en cuando para seguir riendo porque mis hermanos hacían tanto ruido y mi padre le daba tantas patadas a la silla en la que tenía apoyados los pies, que no oíamos lo que decían los personajes. Nunca jamás me he reído igual con ninguna película.

Hacía mucho que Dani no me hacía reír y pensé que ver esa película y reírme a su lado aliviaría un poco mi necesidad de divertirme con él. Pero lo que pasó me heló la sangre: Dani no se rio ni una vez. Ni una. De hecho, me miraba con cara de no entender por qué me reía yo. Me fui agobiando más y más con cada escena, de tal forma que ya, en vez de hacerme reír, empezaba a asustarme. No era posible. Reeve gritando: «¿Qué hace aquí un plato de sardinas?», mientras señalaba una mesa donde no había nada porque, efectivamente, la función —cuyo director intenta una y otra vez que se represente sin contratiempos— era una ruina. Había tantas rencillas entre los protagonistas, que estaban más interesados en boicotarse las escenas y dejarse en ridículo que en sacar adelante la obra. Dani miraba la pantalla como las vacas miran pasar el tren. ¿Había estado dos años con alguien que no se reía con aquella obra maestra? ¿Cómo era posible?

—Tenemos que hablar —le dije cuando la peli acabó.

—Pero ¿CÓMO SE PUEDE DEJAR DE QUERER SIN MÁS? —le pregunté con los ojos hinchados de llorar a mi padre, que estaba tendiendo con medio cuerpo colgando de la ventana de la cocina.

—Bueno, Barbi —dijo cogiendo unas bragas de mi madre del cesto de ropa mojada—, el amor es un concepto ambiguo, subjetivo y muy difícil de interpretar. Verás, el cerebro genera unas...

—Por el amor de dios, Julián —resopló mi madre al oírle desde la habitación contigua. Él levantó la vista, con su expresión recurrente de no entender qué había dicho que estuviera mal.

Mi madre entró en la cocina y, cogiendo el cesto, le dijo que ya se encargaba ella de la ropa. Lo que quería decir es «ya hablo yo con ella», porque mi madre odiaba las tareas domésticas de tal forma que jamás se le ocurriría decirle a alguien que dejara de hacerlas para encargarse ella. De hecho, nos había enseñado desde bien pequeños a mis hermanos y a mí a barrer, fregar y hacer la colada. Aunque lo cierto es que a nosotros nos gustaba igual de poco que a ella, por lo que el peso de la casa había ido recayendo sobre mi padre de una forma muy sutil. Nosotros argumentábamos que esa sobrecarga de trabajo se debía a que él daba clases por las tardes en el instituto y, como lo normal era hacer las tareas domésticas por la mañana, le había tocado. Y era algo inamovible como que el sol sale por la mañana y se pone de noche, y alterar estos elementos podría tener consecuencias desconocidas. Mi padre, que es la persona más reacia a tener enfrentamientos que conozco, aceptó lo inevitable sin hacer demasiado ruido. Lo cierto es que también es desquiciadamente organizado y maniático, así que, en algún momento que ninguno sabemos precisar, empezó a enervarse si nos entrometíamos en *sus* tareas. Inspeccionaba todo lo que hacíamos los demás; incluso las cosas más simples como cargar el lavavajillas. Le parecía que lo

hacíamos de forma mejorable, por lo que él venía detrás y reorganizaba las bandejas de platos y vasos sucios. Le producía una satisfacción incomprensible pasar quince minutos recolocando la vajilla para que cupiera toda y, además, los chorros de agua pudieran llegar a cada pieza, sin excepción, y saliera todo limpio y reluciente.

Mi madre cogió las bragas que a mi padre no le había dado tiempo a tender y me miró muy seria:

—¿Estás segura de que es definitivo o piensas que puedes arrepentirte en unos días?

—No. —Meneé la cabeza, categórica—. Vimos *Qué ruina de función* y no se rio ni una vez, mamá —le dije en tono grave.

—No puede ser verdad —afirmó mi padre mirándome de pronto.

—Te lo juro, papá. —Las lágrimas me caían sin parar.

—¿Cómo es posible? —dijo mi madre, más para sí que para que yo la oyera. Luego sacudió la cabeza y añadió—: A ver, Bárbara, solo tienes diecinueve años, te quedan muchos Danis por conocer. No pasa nada si no acabas jubilándote al lado del primer chico del que te enamoras. —Acto seguido buscó algo con la mirada.

—Las pinzas de la ropa están colgadas siempre de la cuerda del tendedero —intervino mi padre con un tono sarcástico muy sutil, adivinando que ella no tenía ni idea de donde solían estar.

—Ya, pero yo creía que era el hombre de mi vida —le contesté a mi madre mientras me secaba los ojos con papel de cocina.

—Y lo ha sido —asintió ella con una expresión muy solemne—, pero es que una vida tiene muchas vidas dentro. Dani ha sido el hombre de tu vida adolescente —sentenció, y por su expresión me di cuenta de que acababa de encantarle su propia reflexión. Me miró mientras tendía las bragas, esperando que yo me maravillase por lo que me acababa de decir, creyó haberme dado la solución a todos mis problemas.

—Pero tú te casaste con tu primer novio y te vas a jubilar con él —protesté.

—Yo estoy con tu padre, pero una nunca sabe qué va a pasar en la vida —dijo a la vez que dejaba el cesto de la ropa a la mitad y se sentaba a mi lado. En todo ese tiempo había tendido unas bragas y unos pantalones. Y ya no iba a tender nada más—. La vida es muy larga, Barbi. Ese refrán de que la vida son dos días es mentira, la vida es a veces tan larga que te da pereza.

Mi padre seguía a mi madre con la mirada, al principio creía que estaba pensando en lo que ella acababa de decir, pero la verdad es que tan pronto mi madre se sentó, él relajó el gesto, se levantó y siguió tendiendo la ropa, satisfecho.

—Además —continuó ella, tocándome el hombro—, yo soy de otra generación. A nosotros nos inculcaron con mucho más ahínco que una vez te casas, ya no hay marcha atrás. El divorcio, sin ir más lejos, se legalizó cuando yo era ya adulta. Imagínate...

—Pero el divorcio está ya muy aceptado y a ti te dan igual las convenciones sociales y tú no te has divorciado y además quieres mucho a papá —le dije de corrido

sin respirar, y mi retahíla acabó casi en tono de pregunta.

—Azucena —nos interrumpió mi padre con unos pantalones mojados en la mano —, los pantalones es mejor tenderlos cogiéndolos con las pinzas por la cinturilla, si los doblas por la pernera, luego se les queda la marca del tendedero.

—Claro que le quiero —respondió ella ignorando por completo a mi padre—. Yo es que tuve a tu hermano con veinte años, era muy joven. Cuando tienes hijos ya es diferente.

—Yo no pienso tener hijos nunca —afirmé categórica—, ¡imagínate que tengo un bebé y dejo de querer al padre!

—Cuando eres madre no tienes tiempo de desenamorarte, de eso no debes preocuparte. No te darán las horas para ponerte a evaluar tu matrimonio hasta que el niño sea ya adolescente —dijo amargamente, y suspiró. La mirada se le perdió en algún punto del infinito.

La conversación, más que ayudarme, me puso peor. Ya no solo me preocupaban mis futuras relaciones, también el futuro de la de mis padres. Nadie quería a nadie.

LO DEL SEXO CASUAL

Después de dejar a Dani, tuve una fase de descreimiento absoluto en el amor y las relaciones. Decidí firmemente ir por la vida sin tomarme en serio a mí misma cuando me atrajese alguien, ni creer a ningún chico que me dijese que sentía algo serio por mí. Tenía veinte años y un aire dramático en la cara de venir de vuelta de todo. En mi nueva yo, no había lugar para volver a enamorarme, no había sitio para más novios, mi corazón era de piedra, oh, perra vida. Empecé a leer a Hemingway y rescaté mis camisetas negras de mi época *grunge*. Fumaba mientras escuchaba a Alanis Morissette. La vida no podía sorprenderme ya, la Bárbara ingenua de antes ya no existía, se había diluido como tiza bajo la lluvia, como un azucarillo en un café caliente, como... cualquier cosa sólida soluble en líquido.

Y así es como llegué a la conclusión de que debía darme al sexo casual con gente aleatoria que no se pareciera a Dani. Así es como quería entender ahora el amor. Cuerpos que se juntaban y se separaban sin más dramas. Sí, eso es lo que creía. Ya que no iba a volver a amar jamás porque todo era mentira, qué menos que un polvo de vez en cuando.

Una noche de mi Etapa de Sexo Casual salí con Edu y Lidia, mis dos amigas de siempre. Las tres habíamos crecido en el mismo barrio y también habíamos ido al mismo colegio. Cuando llegamos a la universidad, las tres comenzamos a trabajar en un McBurger cerca del campus para pagar la matrícula de la carrera. Éramos inseparablemente tontas.

Era verano y faltaba poco para comenzar el último año lectivo de nuestras vidas, así que estábamos de un humor inmejorable. Nos fuimos a beber a un terraplén del centro que se había convertido en el último grito entre los jóvenes de la ciudad,

porque no teníamos un duro pero sí las mismas ganas de evadirnos de la realidad a través del alcohol que cualquier adulto con nómina. Por aquella época, los jóvenes de la ciudad íbamos de terraplén en terraplén buscando un sitio donde sentar el culo, mezclar limón con cartones de tinto. Y beber *kalimotxo* y fumar hierba hasta que todo diera igual. Solo durábamos en cada terraplén unos pocos meses porque los terrenos se vendían como churros para levantar edificios de viviendas. Así que cuando empezaban las obras en un solar, buscábamos otro y corríamos la voz entre los institutos y el campus, con la nueva localización a invadir con nocturnidad y alevosía.

En el nuevo terraplén, encontramos sentados en el suelo a nuestros compañeros del McBurger. Las botellas de plástico con *kalimotxo* recién fabricado con el tinto más barato del quiosco y refresco de limón empezaron a recorrer el círculo hacia un lado. Un porro de maría giraba en la dirección opuesta.

Contábamos anécdotas de los típicos clientes que armaban jaleo y de meteduras de pata importantes, como aquella vez que un cliente alérgico al pepinillo había insistido innumerables veces sobre lo importante que era que no le pusiéramos pepinillo a su hamburguesa. Nos lo había dicho a varios tantas veces que nos reíamos entre nosotros. En cocina, lo que hicieron fue quitarle el pepinillo a una de las recién hechas. Realmente el tipo debía de ser muy alérgico, porque el pan y la carne que habían estado en contacto con el pepinillo hicieron que la cara se le llenara de ronchas y el pobre hombre respiraba con dificultad. En aquel momento lo pasamos fatal, pero en el terraplén estábamos todos muertos de risa imitando la respiración del cliente, comparándola con la de Darth Vader.

—Mirad —nos dijo Raúl, el lumbreras que le había quitado el pepinillo a la hamburguesa en vez de hacer otra, señalando a un tipo alto que se acerca—, este entra mañana. También promete grandes ideas de bombero, es colega de mi hermano, se llama Prodigy.

Yo di una calada al porro que acababa de llegar hasta mí y casi me atraganté de la risa al oírlo. Miré al nuevo con disimulo, esperando encontrar a un *zumbao* con una cresta y *piercings* hasta en los párpados, pero me encontré a un tipo alto y asquerosamente guapo. Era tan atractivo que me daba miedo que al saludarlo se me notase en la cara que estaba fascinada.

Edu me pidió entonces que contase aquella vez que un cliente borracho nos había perseguido con su coche a Víctor —mi encargado favorito— y a mí, primero por el carril McCoche y luego por todo el perímetro de los aparcamientos del restaurante, cuando le dijimos que los sobres de mayonesa se pagaban. Siempre me pedían que contase la misma. A pesar de que ya la habían oído mil veces, todos estallaron en una carcajada cuando imité una vez más a Víctor gritar entre jadeos por la carrera: «Separémonos, ¡que al menos uno se salve!».

El chico nuevo me miró sonriendo. Tenía los ojos de un marrón tan claro que parecía dorado. Era terriblemente atractivo. Era de esos que solo veías en los anuncios de perfume después de que les hubiesen avivado los colores de piel, ojos y

pelo con Photoshop hasta hacerlos parecer semidioses. De ese tipo de personas con las que preferirías no acabar en la cama porque no estarías segura de si te ibas a poder concentrar para llegar al orgasmo o si, por el contrario, ibas a pasar el rato mirándolo con la misma cara que mirarías la Capilla Sixtina.

Pero la maría era tan buena que no me puso nada tensa que un semidiós me estuviese mirando. Era tan buena que incluso las anécdotas, que ya había oído cien veces, me parecieron especialmente graciosas.

En un momento de la noche, a Edu y Lidia les dio por ponerse a hacerme trencitas en el pelo de una forma un poco compulsiva. Al principio fue divertido pero al final tuve que decirles que ya estaba bien, que me estaban levantando dolor de cabeza. Así que siguieron haciendo trencitas a la siguiente chica del corrillo.

—¿Qué coño habéis tomado? —les pregunté.

—Esto —me dijo el nuevo acercándose y ofreciéndome algo. Era la primera palabra que cruzábamos.

Yo examiné por encima del hombro lo que había en su mano: unos cuadraditos de cartón de colores chillones. Luego lo miré a él. Tenía una sonrisa tan perfectamente simétrica que parecía hecha con una fórmula matemática. Nunca había probado algo que no fuese hierba o hachís y aquel día no iba a ser el primero, detestaba las drogas duras o de diseño, me daban pánico, de hecho. No hubiese sido la primera de mi barrio en desarrollar un trastorno esquizoide por probar esas mierdas y, teniendo en cuenta lo hipocondriaca que era y que soy, era mejor mantenerme alejada de ellas. Pero no le dije que no categóricamente, sino que escurrí el bulto con un «otro día». No sospeché siquiera que ese «otro día» sería uno de los peores errores de mi vida.

Esa misma noche acabé con el nuevo en su casa con la cabeza llena de trencitas. Vivía en un barrio problemático de la periferia. Bueno, problemático era un eufemismo. Habíamos ido hasta allí en su coche, que se caía a cachos y apenas podía con las cuestas empinadas, pero estaba tan colocada que me parecía que volaba.

Vivía allí con otro chico porque le caía cerca del campus, o eso me dijo. Le pregunté qué estudiaba y contestó que Matemáticas. Vale, teniendo en cuenta que esa carrera no se estudiaba en el campus, di por hecho que el resto de historias que me había contado también eran mentira. Pero me daba igual, estaba drogada, el amor era mentira y el sexo verdad. «No tengo por qué volver a verlo», pensé mientras él preparaba dos copas en su cocina. Pero de repente, en un momento de lucidez, recordé que nos lo habían presentado como «el nuevo» del curro. «¡NOOOO!», pensé abriendo mucho los ojos e incorporándome en el sofá lleno de quemaduras de cigarrillos en el que me había sentado.

Vale que ya no iba a mantener relaciones serias porque la vida ya me había enseñado la lección y todo era una mierda, y vale que el sexo casual y sin compromiso era la mejor opción para no sufrir en la vida ni hacer sufrir a otros, pero tampoco era necesario tener sexo con un camello que iba a trabajar contigo a partir de ya y del que solo sabías a ciencia cierta que se apodaba Prodigy.

—Esta es la copa Prodigy Special —me dijo Prodigy con una pronunciación del inglés que me recordó a cuando Lola Flores intentaba ponerse fina en televisión y mezclaba eses y zetas.

—Gracias —le dije un poco incómoda. Estaba pensando en beberme la copa eirme—. Estoy cansada, me ha dado el bajón ya.

—Pero si acabas de llegar, muchacha. Un rato solo, si yo mañana también tengo que madrugar para... estudiar y eso —me dijo mientras se sentaba a mi lado y me tocaba el pelo.

«¿Por qué el chico más guapo que he conocido en mi vida se llama Prodigy y miente dos de cada tres veces?».

Prodigy me besó. No fue como la primera vez que me besó Dani. Cuando él lo hizo, sentí tantas cosas que casi exploté y me hice pedazos sobre él. Mientras Prodigy me besaba yo pensé que quizá recordar los besos de Dani no era la mejor de las ideas. Me cogió una teta y la apretó. A mí se me escapó un grito de dolor.

—Cuando cojas una teta piensa que te estás cogiendo un huevo y trátala con el mismo cuidado —le dije un poco molesta. El primer polvo de mi Etapa de Sexo Casual no estaba teniendo el mejor de los comienzos.

Él sonrió y volvió a la carga, esta vez con más cuidado, acariciándome las tetas por encima de la camiseta. Acabamos en su habitación, en una cama de ochenta donde la única postura posible para evitar caerse por uno de los lados era estar uno encima del otro. Tuvimos sexo hasta que Prodigy se corrió; yo no llegué al orgasmo porque, además de que sus fantasmadas habían conseguido que no lo mirase ya como hubiese mirado la Capilla Sixtina, estaba demasiado pendiente de que en todo momento llevase puesto el condón. Una vez Edu se acostó con un tipo que apenas conocía y cuando se dio cuenta él se había quitado el preservativo porque «así te siento más». Aquello nos había tenido acojonadas durante años, se había convertido en una obsesión entre las chicas de la pandilla. Eso y el hecho de que la madre de Lidia hubiese tenido la regla hasta el quinto mes de embarazo de su hermano pequeño. Así que, a partir de ese momento, que nos viniera la regla nunca nos aliviaba cuando creíamos que podíamos estar embarazadas. Gastamos mucha pasta en tests de embarazos cada vez que el periodo se nos retrasaba demasiado, incluso cuando ya nos había bajado.

Cuando acabamos, me vestí y me fui de allí sintiéndome un poco sucia y cansada. Mi primera experiencia con el sexo casual no me había sentado bien, quizá tuviese que insistir un poco hasta que me gustase. O tal vez era que, como ya había descubierto que el amor no existía, las cosas a partir de ahora iban a perder un poco de brillo.

LO DE LA BOFETADA DE REALIDAD

Me acosté varias veces con Prodigy, pero cuanto más hablaba con él, menos perfecto

me parecía. En el trabajo caía bien a todos, pero no sabía si era porque les parecía simpático o porque les hacía descuento de empleado cuando les vendía drogas.

Dos semanas después, estaba otra vez en su casa y él sirviendo otras dos copas Prodigy Special. Lé miré con los ojos entornados, ya no me parecía ni guapo. Le pregunté si tenía clases al día siguiente.

—¿Mañana es lunes? Entonces sí —me dijo bebiendo de su copa.

—¿Qué clase tienes?

—Mates.

—Ah, claro. Mates, porque estudias Matemáticas. —Lo miré intentando ver algún destello de arrepentimiento o culpabilidad, pero él asintió tan tranquilo. Así que añadí—: Mates se da en el mismo pabellón que Astrología Galáctica, ¿no?

—Sí, allí —me dijo, mientras me besaba para que me callase.

Bueno, al menos no insistió para que me comiese una de sus pastillas. Aun así, estaba decidida a que esa fuese la última vez que quedaba con él, porque si follar con Prodigy era tener sexo casual, este rollo, al igual que el amor, tampoco iba conmigo.

Pero Prodigy se quitó toda la ropa en un abrir y cerrar de ojos. Lo miré, el color de la piel le había bajado dos tonos y no paraba de mover la mandíbula de un lado a otro. Se había metido algo y no quería saber qué era.

Decidí que esa no sería la última vez que lo hiciéramos, que la última vez ya había sido y que me iba.

Pensé en cómo podía escurrirme de allí sin herir su orgullo.

—¿Dónde hay una parada de taxis? —le pregunté mientras metía mi mechero en el bolso y me levantaba, pensando que quizá no era la forma más ideal de decirle a alguien que se vistiera, que allí no iba a pasar nada.

—¿Qué? ¿Te vas? —exclamó.

—Sí, acabo de acordarme de que tengo que sacar al perro —le mentí. Y él sabía que le mentía, porque recordé en ese instante que ya le había dicho en otra ocasión que no tenía mascotas. Él me miró con una cara que parecía gritar: «¡Mentirosa!». Yo le devolví una mirada que decía: «¡Habló el estudiante de Matemáticas Inventadas!».

—Bébetelo al menos la copa —me pidió después de un incómodo silencio—. Hay una parada de taxis en la esquina de esta misma calle.

Me bebí media copa de un solo trago pero lentamente, fingiendo estar cómoda, y la puse sobre la mesa con cuidado. No quería que se me notase que estaba deseando salir de allí. Finjé un bostezo.

—Muy rica —le dije, esperando que eso fuese suficiente—. No quiero más, pero gracias.

—Espera unos minutos. En cuanto te haga efecto vas a cambiar de opinión sobre irte a sacar al perro —dijo sarcástico, cogiéndome por la cintura.

—En cuanto me haga efecto ¿el qué? —le pregunté deshaciéndome de sus tentáculos y poniéndome en pie.

—El Prodigy que te acabas de ventilar. —Y me sonrió de forma lasciva—. Es

afrodisiaco.

¿Prodigy? ¡Se llamaba Prodigy por una de las pastillas que vendía! ¡Yo creía que era por el grupo de música! No me lo podía creer. No podía creer que me hubiese metido mierda en una copa. ¡El tío con el que salía! Pensaba que aquello era una leyenda urbana como el hombre que daba caramelos con droga en la puerta de los colegios. No sabía lo que era un Prodigy ni qué efectos tenía. En estos momentos no sabía si estaba más asustada que furiosa o viceversa.

—¿Eres gilipollas o qué coño te pasa? —le grité.

—Cuando te ofrecí una Prodigy me dijiste que «otro día». Pues hoy es «otro día», ¿no? —Y se rió, divertido por su propia ocurrencia. Bajó la mirada de mis ojos a mi boca y luego a mis tetas. Sentí ganas de vomitar—. No te rayes, el Prodigy te va a poner a tono, vas a ver. Ven aquí —me dijo levantándose del sofá y acercándose a mí, desnudo, con una sonrisa que ya no me parecía ni bonita ni perfecta, aunque aún extrañamente simétrica.

—Pero ¿de verdad crees que vamos a follar? —le espeté sonriendo con sarcasmo, y ya no sabía si estaba flipando porque la ocasión lo merecía o porque el Prodigy me estaba haciendo efecto—. Tío, estás enfermo.

Recorrí el pasillo de la casa como un suspiro y abrí la puerta, necesitaba salir de allí. Joder, lo que me faltaba, pasar la noche en vela y con paranoias. ¡Mierda! ¿Por qué había venido aquí otra vez? ¡Esto ni siquiera era sexo casual! Casual fue la primera vez, pero si quedabas para tener sexo ya no era nada casual.

Justo antes de salir de la casa noté que una mano se cerraba sobre mi muñeca, me apretaba y tiraba de mí. Prodigy me obligó a mirarle, seguía ridículamente desnudo.

—Tranquila, no te pongas histérica —me dijo con una sonrisa, intentando fingir calma. Su mandíbula lo delataba. Allí ninguno de los dos estábamos calmados pero por motivos diferentes—. ¿Te vas después de meterte mi droga y me dejas encima con el calentón? —saltó señalándose una erección que solo me provocaba ganas de vomitar.

—Suéltame. No vas a volver a meterme nada en tu vida, *flipao* —le respondí casi escupiéndole. Era el colmo, encima me acusaba de consumir su mierda de pastillas hechas con detergente y veneno para ratas... ¡o algo peor! Estaba tan enfadada que podría haber ardidado, podría haberme convertido en una bola de fuego y reducir a cenizas todo el edificio.

Pero lo que pasó a continuación hizo que mi cabreo se esfumase. Prodigy me abofeteó con tal fuerza que me estampó contra la pared del pasillo. Me di un golpe en la cabeza que intuí que al día siguiente me iba a doler mucho, pero en ese momento estaba tan asustada que era lo que menos me preocupaba. Ya no estaba enfadada, nada enfadada. El miedo me invadía de tal forma que no dejaba hueco para nada más. Un tío del que no sabía ni su nombre y que iba hasta las cejas de vete tú a saber qué acababa de cruzarme la cara con toda la rabia que yo no sabía que tenía. Pero la verdad era que me daba igual, todo me daba igual. Lo único que me importaba era

salir de allí. Mi escala de prioridades en la vida había cambiado y, de repente, que me pegasen era el menor de mis problemas. Solo pensaba en que estaría bien si podía salir de allí. Y la única forma que sabía que existía de hacerlo era agachar la cabeza y no enfadarlo más. No era un chico especialmente fuerte o corpulento, pero yo no era rival para toda esa furia. Su respiración se volvió entrecortada y me miró con los ojos desorbitados.

—¡Repíte eso! —me gritó rojo de ira.

Ya no estaba segura ni de qué le había dicho. No recordaba que hubiese sido nada del otro mundo. Me parecía obvio, de pronto, que la frustración de saber que una mujer, una don nadie, no le permitiría tener sexo le dejara a su ego machito una sola opción: aclarar de forma contundente quién mandaba allí.

Yo no dije nada, miré al suelo y esperé que eso fuese suficiente para hacerle sentir superior.

—Vaya —susurró—, ya no pareces tan fiera, ¿eh? —Abrió la puerta y me empujó fuera de la casa—. Soy yo el que no va a meterte nada, ¡puta!

El portazo hizo que temblasen las paredes y el «¡puta!» me retumbaba en los oídos.

Hasta esa noche me había costado entender cómo una mujer podía permanecer junto a su pareja después de que ésta la maltratara. Pero ahora que el bofetón de un tipo que no me importaba lo más mínimo me había arrebatado en un segundo la seguridad en mí misma, no quería ni imaginar lo que supondría la tarea titánica de reunir las fuerzas suficientes para marcharte de tu propio hogar, mas aún cuando es la persona que quieres quien te ha estado minando la autoestima. Ni siquiera me había dolido el golpe, pero algo se partió dentro de mí: la absurda idea de que yo no pertenecía a ese tipo de mujeres que se «dejaban» dominar, pegar o matar.

Aquel bofetón tuvo una parte positiva: me quitó la venda que me impedía ver que, por mucho que yo estuviera liberada sexualmente, que supiera lo que quería (o creyera saberlo), que me quisiera y aceptara y que fuera una firme defensora de la igualdad, no me separaba del resto de mujeres que estaban en casa y no trabajaban, de las mujeres que se sentían inferiores a los hombres ni de las que habían comprado el discurso de que su propio sexo no era para su uso y disfrute, sino una herramienta para darle placer a su pareja. Yo para la sociedad era, al fin y al cabo, una mujer, y como tal no debía sobrepasar los límites. Límites tales como decidir que no quería acostarme con un tipo si ya había dicho que sí. Ese y otros derechos estaban solo en poder de ellos.

Mi actitud y mi carácter, que yo creía un escudo contra cierto tipo de peligros, le daban igual al resto de la sociedad, porque yo era *solo* una mujer y me acababan de calzar una hostia por ese hecho. Había nacido con vagina y ese bofetón me pertenecía. Punto.

¿De qué me había servido creerme por encima de todas aquellas que aguantaban y aguantaban? Solo para subestimar el machismo y creerme por encima de él, como si

fuera posible estar por encima de algo que impregna cada cosa a tu alrededor.

Aquella noche, nada me había librado de que un chico se creyera con el derecho a drogarme, pegarme y echarme a la calle a patadas. Poco a poco fui recordando cada una de las veces que un hombre se había creído con el derecho de usar mi cuerpo para su disfrute. Aquel chico con el que me crucé por la calle y me apretó el culo. Aquel hombre que me pidió indicaciones desde un coche y se masturbó mientras yo se las daba, sin darme cuenta. Aquel tipo que me arrinconó en una discoteca y me obligó a besarle. Anécdotas que luego cuentas a tus amigas y ellas, a su vez, te refieren las que ellas han sufrido. Sin más juicio que el de «un loco que». Como si el problema no fuera la educación machista de la sociedad, sino casos puntuales de «un loco que». Nunca me había planteado por qué los «locos que» siempre eran hombres. Por qué esas «locuras» nunca eran padecidas por mujeres ni los hombres los que se convertían en sus principales víctimas.

Salí del portal como alma que llevaba el diablo. Corrí y corrí hasta perderme. Noté mi respiración en cada zancada, la oí cada vez más fuerte hasta que el sonido me ensordeció y no pude oír nada. «Es la pastilla —intenté recordarme—, es la pastilla, no te estás quedando sorda». Luché contra la paranoia y contra la hipocondría que me atenazaba cada vez con más virulencia mientras seguía corriendo. Nadie me perseguía, pero no me cansé de correr, sentí que podía seguir corriendo días; yo, que la única asignatura que suspendía en el instituto era Educación Física. Perdí la noción del tiempo y también, un poco, la del espacio. No sabía cuánto llevaba corriendo ni si ese camino me llevaba a casa. «Esta maratón sí que está siendo, sin duda, obra de la pastilla», me dije.

Nunca supe cómo llegué a casa, lo siguiente de lo que fui consciente fue de que era de día y estaba tumbada bocabajo en la cama. Estaba más tranquila, pero no podía cerrar los ojos. No sabía si había dormido en algún momento, no podía recordar mucho, pero había algo que no era capaz de quitarme de la cabeza: Prodigy, en pelotas, cruzándome la cara.

La vergüenza y la culpa no me dejaron ni moverme. O quizá fuera otro efecto de la pastilla, no estaba muy segura. Tener que volver a ver a ese tipo en el trabajo me parecía algo inconcebible, no sabía qué iba a hacer ni si se lo iba a contar a alguien. Tenía turno esa noche e iba a ir a trabajar, era lo único que sabía.

Víctor, mi encargado favorito, fue la primera persona con la que me topé en los pasillos del vestuario. Al verme me preguntó si quería salir a currar con él esa noche al carrilMcCoche. Asentí. Me gustaba Víctor, era un tipo callado y serio, con el que siempre estaba cómoda. Quizá fuera lo mejor no estar en el restaurante esa noche y quedarme donde los coches, porque si Prodigy tenía turno, sería en la cocina; siempre estaba allí.

En un momento de la noche en el que habíamos tomado nota a los pocos vehículos que entraron en el carril de McCoche y habíamos hecho el pedido a través de la PDA que llevábamos, Víctor se me acercó y me preguntó si estaba bien.

—No te has reído por tonterías en toda la noche, lo nunca visto —añadió. Yo guardé silencio sin saber muy bien cómo empezar y él me preguntó, serio de repente —: ¿Estás bien?

—No del todo —le dije. Quería contárselo. Quería que alguien allí supiese qué había pasado, y creía que Víctor era la persona adecuada.

—¿Qué te pasa, Barbi? —me preguntó acercándose más.

—Anoche estuve en casa de Prodigy, llevamos un par de semanas liándonos —le expliqué, esperando ver su reacción.

—Sí, algo he escuchado por ahí —me dijo serio—. Si quieres mi opinión, no te pega nada. No sé qué haces con él.

—Ya no volverá a pasar nunca más. Ayer me dio un bofetón porque no quería acostarme con él.

—¿Cómo?! —exclamó frunciendo el ceño. No sabía si estaba cabreado o es que no daba crédito.

—Estaba desnudo, sentado a mi lado en el sofá, me dijo que le había echado una pastilla a mi copa y yo me enfadé. Así que me levanté para irme y me dijo que no le dejara con el calentón. Yo lo insulté y él me dio un bofetón.

Víctor resopló poniendo los brazos en jarra. Miró hacia los lados y bajó la voz:

—Virgen santa, Bárbara, ¿por qué te lías con alguien así? ¿En qué estabas pensando? —Apretó los dientes y pude ver cómo los músculos de su mandíbula se tensaban.

—¡Ah! ¡Me lo pregunta el que lo ha contratado! —le respondí—. ¡Yo no tengo la culpa de lo que ha pasado! —dije casi preguntando.

Víctor iba a responder algo pero se mordió la lengua, me dejó con la palabra en la boca y se fue adentro. Sentí más vergüenza y más culpa que con Prodigy. Era la culpable de todo, debí haber previsto que algo así pasaría y ahora no tenía derecho a quejarme. Tenía ganas de vomitar. Otra vez. Jamás pensé que cruzar dos palabras con Víctor me hiciera sentir peor que el hecho de que me hubiese pegado alguien con el que me estaba acostando. En ese momento decidí que jamás volvería a contarle a nadie lo que había pasado; no me sentía con fuerzas para otra reacción así.

LO DE LAS GAFAS VIOLETAS

Cogí de la biblioteca del campus *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir. Siempre me ha parecido la lectura feminista más interesante que ha caído en mis manos jamás, aunque también fue la primera..., pero en aquel momento no pudo haber una lectura mejor.

Todavía ahora me maravilla cómo una mujer nacida un siglo antes, con todas las trabas y alienación a las que estaba sometida por su sexo, añadidas a su férrea educación cristiana, podía tener una visión tan meridiana sobre el machismo de la sociedad en la que vivía, identificándolo hasta en sus formas más sutiles e invisibles.

La valentía de analizar lo establecido y criticarlo desde su posición nada privilegiada en una sociedad misógina se me antoja aún una heroicidad digna para que todas las mujeres de generaciones posteriores se sumen a su lucha.

Topé con una frase: «El día que una mujer pueda no amar con su debilidad sino con su fuerza, no escapar de sí misma sino encontrarse, no humillarse sino afirmarse, ese día el amor será para ella, como para el hombre, fuente de vida y no un peligro mortal». Tuve que leerla más veces, el «peligro mortal» que cerraba la frase me removía por dentro. Me di cuenta al leerla, sentada en las escaleras del pabellón de audiovisuales, de que había ido normalizando cada una de las vidas que los hombres habían ido quitando a mujeres, mujeres como yo, a lo largo de los años en nuestro país. El amor para ellos era fuente de vida; para nosotras, un peligro mortal. No quería decir que todas fuéramos a morir asesinadas por hombres pero, las que ya perdieron la vida, la siguen perdiendo y la perderán, son mujeres. Recordé cómo solo había sentido verdadera furia cuando el marido o pareja mataba a la mujer de forma especialmente despiadada. También empecé a percibir cómo el resto de noticias sobre violencia de género se habían ido convirtiendo para mí ya en algo cotidiano.

«Ese día el amor, para la mujer, será fuente de vida y no un peligro mortal», repetí en voz alta, y una chica que estaba subiendo las escaleras me miró y frunció la nariz. Quizá pensó que estaba fumada, lo cual también era un poco cierto.

Seguí con mi hilo de pensamientos, ignorándola: nos mataban porque éramos mujeres. Los feminicidas no eran asesinos, es decir, en su mayoría no eran hombres que ya habían matado antes o volvían a matar después; mataban a su pareja, a su mujer, y punto. No sufrían un trastorno, no eran todos ellos sucedáneos de Jack el Destripador, eran simplemente hombres. Hombres que se sentían con el derecho de acabar con las vidas de sus parejas: eran la máxima expresión de la educación que habían recibido absolutamente todos los hombres de nuestro país (si no había sido por un lado, había sido por otro, era imposible ser ajeno al entorno), una educación patriarcal, según la cual podían disfrutar de privilegios por el simple hecho de nacer hombres: cobraban más, su cuerpo nunca sería usado como mercancía, la sociedad no les presionaba para que estuviesen siempre perfectos, nunca tendrían que temer sufrir una violación... Además, estaban legitimados para controlar su vida, su casa, su dinero y su destino. Un hombre podía llegar a ser lo que quisiera con mayor o menor esfuerzo. Una mujer debía sortear el doble de obstáculos en el mejor de los casos para acercarse a la meta, infinitos obstáculos en el peor de los escenarios. Y solo hablábamos de España, porque si nos íbamos a países árabes —por ejemplo— no había obstáculos para las mujeres porque directamente no les estaba permitido participar en la carrera.

Aquel libro me hizo empezar a relacionar conceptos, como que el hecho de que fuéramos siempre las mujeres las que sufríamos violaciones estuviese íntimamente vinculado a que vivíamos en una sociedad patriarcal, hecha por y para los hombres, donde era a ellos a los que se les hacía creer que tenían derechos sobre nosotras y

nuestros cuerpos. Y cuanto más estrecha era la relación de un hombre con una mujer, más se acentuaba esta creencia. La mayoría de las violaciones no las cometía un desconocido en un portal, que también, sino que se daban en el ámbito doméstico y en círculos de confianza. Familiares y amigos habían abusado desde siempre de mujeres de su entorno. Empecé a interiorizar que el problema nunca había sido una cuestión de personas con trastornos psicológicos, sino una cuestión cultural y educacional. El descubrimiento de aquello me abrió otras muchas puertas y muchas más lecturas relacionadas con el feminismo: prostitución, brecha salarial (¿las mujeres cobraban en España menos que los hombres por el mismo trabajo? ¡Menuda coña!), techo de cristal (las mujeres no ascendían en sus trabajos no porque fueran discretas y prefiriesen estar en segunda fila, sino que se las empujaba a ello a base de educarlas bajo la discriminación. Pero ¿yo en qué coño había estado pensando todos esos años, por el amor de dios?).

Y así es como me puse las gafas feministas, las famosas gafas violetas, que le quitaban neblina a mi día a día y con las que aprendía a visualizar nítidamente cada machismo y micromachismo a mi alrededor. Nadie me avisó, eso sí, de que aquellas gafas cambiarían mi vida por completo, haciéndola un poco más difícil al principio pero mucho más liberadora a la larga. Porque si sabes que tienes cadenas, es más fácil pensar en cómo deshacerte de ellas, pero si las llevas sin darte cuenta, andarás lastrada toda la vida.

Desde el momento en el que sabías identificar por qué algo te molestaba o te hacía sentir incómoda (cosas que antes no sabías explicarte), desde el momento en el que le ponías nombre a tus sensaciones, eras capaz de alzar la voz y decir, sin culpa ni vergüenza, cosas antes difíciles como: «He cambiado de opinión y no quiero acostarme contigo aunque lo haya propiciado, disculpa» o «No me siento cómoda cuando me haces bromas sexuales» o «Que quieras correrme en mi cara es un rollo de dominación que no va conmigo, ¿alguna chica te ha pedido a ti alguna vez correrse en tu cara?».

Esto tenía la contrapartida previsible de que me llamaban *feminazi* cada dos pasos, un término que yo misma había usado con anterioridad aunque sin entender muy bien su significado. Nunca había conocido a ninguna *feminazi*, pero su existencia parecía estar fuera de todo debate. Parecían ser concebidas por el imaginario colectivo como mujeres que residían en algún lugar y se organizaban en sitios oscuros para hacerles vudú a hombres que les habían hecho mucho daño, o algo así. Mujeres a las que por otro lado no culpaba, sino que veía como una reacción lógica a todo el daño sufrido. No tardé en percatarme de que había comprado sin darme cuenta el discurso machista que reinaba en la sociedad, consistente en varios puntos:

- Defiende tus derechos, mujer, empodérate, pero no te pases de la raya o te tomaremos por una loca que hace vudú a examantes.

- Haz lo que quieras porque eres libre, pero lleva sujetador y las piernas depiladas o perderás toda la credibilidad.
- Libérate sexualmente, pero no seas demasiado *puta* o correrá la voz de que eres demasiado fácil y ningún hombre te verá como una posible compañera de vida.
- Trabaja y sé económicamente independiente, porque las mujeres ya no solo se limitan al cuidado de la casa y de los hijos. Pero eso no significa que te vayas a librar de la casa y de los hijos, claro, es solo que ahora también tendrás que trabajar fuera.

Aquel bofetón me puso en órbita, en la órbita del feminismo. Quizá sin él nunca habría salido al espacio exterior y me habría quedado enterrada con el machismo al cuello.

Algunas semanas después, me enteré por comentarios en los vestuarios de que habían echado a Prodigy. En este tiempo casi ni lo había visto porque Víctor me había programado McCoche en todos mis turnos y a él cocina, así que no sabía qué había pasado, pero me esperaba cualquier cosa.

—¿Sabes qué ha pasado con Prodigy? —le pregunté a Raúl, el chico que nos lo presentó.

—Víctor ha pillado a Prodigy pasando hachís en los vestuarios —me dijo encogiéndose de hombros—. Como si no hubieran sabido siempre que en los vestuarios nos pasamos de todo. —Me miró como diciendo: «¿Te lo puedes creer?». Yo no dije nada y él continuó—: Víctor estaba irreconocible, le ha gritado y lo ha echado casi a empujones. Deberías haberlo visto, Barbi.

—¿Y qué ha pasado al final?

—Pues que Prodigy no tiene curro, básicamente. —Se acercó a mí y dijo, en tono de confidencia—: Yo creo que ha debido de pasar algo entre ellos antes, porque Víctor no es así.

No dije nada y me metí en el restaurante, buscando a Víctor con la mirada. No lo localicé, así que entré en la cámara frigorífica y lo encontré colocando cajas de carne en pilas. Iba sin el abrigo, pero parecía no importarle los veintidós grados bajo cero.

—Hola —le saludé. Y era la primera palabra que cruzaba con él desde el día que le conté lo que me había pasado. Él se giró, me miró y sonrió. Parecía aliviado por mi saludo—. ¿Estás bien? —le dije, aunque sabía que lo suyo no era hablar demasiado.

—¿Y tú? —me preguntó.

—Ahora mucho mejor.

—Entonces, yo también. —Respiró hondo y me miró unos instantes, pero acabó esquivando mi mirada—. Sigo con esto —murmuró. Y continuó apilando cajas.

Nuestra relación volvió a ser exactamente la misma desde ese día, como si esas semanas, aquella conversación y Prodigy no hubieran existido nunca.

Pero existió. Y la primera reacción de Víctor no fue empatizar conmigo sino culparme. Y yo no me había limitado a sentirme molesta, sino culpable. Había interiorizado de alguna forma que algo de culpa había tenido, por lo que el hecho de que Víctor hubiese echado a Prodigy me hacía sentir tan agradecida como no merecedora de tal recompensa: como una niña a la que un padre, indulgente, había decidido levantarle un castigo.

CAPÍTULO 9

LA CHICA QUE SE ENAMORÓ

—Todos los que dicen eso de «ni feminismo ni machismo» son machistas —me comenta Manuel una tarde en la que ambos estamos tendidos en el sofá de su casa, cada uno hacia un lado, leyendo. Tenemos las piernas entrelazadas; hace un calor espantoso y estamos sudando pero no nos importa. Hace seis meses que volvimos de Bangladés y no nos hemos despegado más que para trabajar.

Ha cogido un libro feminista de mi casa que se llama *King Kong Théorie*. Ahora está obsesionado con el feminismo, y me pregunta constantemente si este o aquel pensamiento o actitud es machista.

—Pero no se dan cuenta de que lo son, como todos. Yo nunca llegué a decir esa frase, porque sabía cuál era la definición del feminismo, pero he dicho muchas otras.

—Yo también, yo también —responde mirándome muy serio, y me hace sonreír.

Vuelve a mirar su libro mientras me acaricia una pierna y yo observo cómo lee. Me gusta mirarle mientras hace cosas. Cualquier cosa: cocinar, ver la tele, toser. Todo lo hace bonito, todo. Y todo tiene siempre un porqué y un cómo, es metódico sin ser maniático, dulce sin ser empalagoso, cuidadoso sin rozar siquiera el miedo. Me apasiona cómo habla y cómo se comporta en casi todos los escenarios que he compartido con él. Manuel es el hombre más maravilloso del mundo. ¡Y me quiere a mí!

Hay veces que al mirarle me invade un terror paralizante al pensar que esto se puede acabar. Que puede dejar de quererme o yo puedo dejar de quererle.

—Nuestros hijos serán *feminazis* —me dice burlón.

Es la primera vez que habla de la posibilidad de que seamos padres y el estómago me da un vuelco. Desde la noche de Bangladés en la que me contó por qué se acabó su relación no me he atrevido a sacar ningún tema relacionado con niños. De hecho, estoy esquivando el asunto a toda costa, desde evitar que veamos películas donde aparecen críos hasta entrar en pánico y hacer zapping rápidamente cuando en la tele sale un anuncio de Dodotis. Pero creo que ha llegado el momento en el que no puedo seguir posponiendo esta conversación.

—¿Y si soy estéril? —le pregunto como quien no quiere la cosa.

—No digas eso —dice preocupado—. Aunque a mí no me importaría adoptar. Quiero ser padre de verdad, no es un rollo egoísta de tener algo mío y que se parezca a mí, es algo más... profundo. —Cierra el libro que está leyendo y se incorpora un poco en el sofá—. Quiero decir, me parece bien la gente que quiere hijos propios, pero no entiendo a los que solo quieren ser padres si es de su propia sangre. Me da un poco de escalofríos, la verdad. ¿Qué clase de padre vas a ser si solo eres capaz de querer a tus hijos si llevan tus genes? No sé, no lo entiendo, me da la impresión de que son una especie de... onanistas de la genética. —Y me mira, a la espera de escuchar mi opinión sobre lo que acaba de decir.

—Sí, yo tampoco lo entiendo. Voy a copiarte lo de «onanista de la genética» para

futuras conversaciones con mis amigas del pueblo: «Eh, onanistas de la genética, este es mi novio, se llama Manuel y es la versión masculina de Angelina Jolie, superad eso».

Él se ríe. Realmente sería un padre perfecto, de eso no tengo ninguna duda, lo cual hace que me sienta aún peor. No quiero seguir con esta conversación; me acerco y le doy un beso.

—Voy a planchar el uniforme —le digo. Esa noche tengo un vuelo a Cuba y, aunque quedan un par de horas para la firma, prefiero hacerlo ahora y salir airosa de la conversación.

Sé que ocultar la verdad es una forma de mentir, pero no es exactamente mentir. O sí. No sé. Sé que me encantan los niños pero también tengo claro que no quiero ninguno mío, porque me gustan los críos pero no los adolescentes ni los adultos, y los bebés tienen la fea costumbre de crecer. Sé que podría ser buena madre de un pequeño o de dos, hasta de tres si me pongo tonta, pero también soy consciente de que no aguantaría a un preadolescente luchando contra sus propias hormonas encerrado en su habitación con Sepulture a toda castaña. O a un muchacho que puede decirme un día que ha votado a la derecha. No puedo. No.

LO DE LA MUJER QUE NO PODÍA DEJAR DE VOLAR

El vuelo a Cuba de aquella noche marca un antes y un después para mí en aviación. Otro antes y después, más bien.

Cuando la tripulación cruza el *finger* para comprobar si el material de emergencia está completo y en su sitio, y preparar el vuelo como siempre antes de un embarque, el comandante nos dice que en el avión ya hay una pasajera. Al parecer venía en el vuelo anterior desde Cuba, pero no se le permite desembarcar porque no tiene los papeles en regla en España, por lo que tenemos que llevarla de nuevo a Cuba.

La mujer tiene unos treinta y cinco años. La encontramos sentada en un asiento de tripulación del *galley* delantero, llorando con los tacones en la mano.

—Por favor —nos dice al vernos entrar en el avión—, llevo casi dos días metida en este avión. Déjenme quedarme, por favor.

Implora piedad, como si dependiera de nosotros la decisión. Nos explica que salió de España para Cuba, que allí no la dejaron bajarse porque no se vino a España de la mejor forma, evitando contarnos qué artimaña usó para no crearse más enemigos. Tuvo que esperar la escala dentro del avión en el aeropuerto de La Habana para ser devuelta y hacer el vuelo de nuevo hasta Madrid. Y ahora lleva otras tantas horas de espera en otra escala interminable. Nos dice entre sollozos que no puede volar más, que no se siente bien, que la dejemos bajarse y dormir en su casa, que vive cerca, en el barrio de Usera. Llora amargamente y yo estoy a punto de llorar con ella.

El comandante nos mira, respirando profundamente, con las manos en jarra. Sé que no sabe qué hacer.

—He visto situaciones así, pero no con tantos saltos y tantas horas de vuelo. No puedo permitir que esta mujer realice otro viaje en estas condiciones, pero no sé cómo hacerlo —nos dice tras llevarnos al *galley* trasero del avión—. Ocupaos del embarque del resto del pasaje mientras intento solucionar esto con el personal de tierra.

El pasaje embarca con normalidad mientras el comandante y el segundo hacen llamadas y salen y entran del avión. La mujer está esperanzada, es la primera vez que alguien se está tomando la molestia de mirar por ella.

Pero el tiempo pasa sin que nadie vea viable otra solución que la de devolverla a Cuba y tras dos horas de retraso, el pasaje empieza a impacientarse. Los pasajeros de la clase *business* están enterándose de todo lo que pasa porque la mujer se encuentra muy alterada y grita en vez de hablar. Empiezan las quejas y el ambiente se caldea. En la clase turista están más calmados, se conforman con las explicaciones que el comandante da por megafonía, ya que allí no llegan los gritos de la mujer.

—Creo que no hay opción, tenemos que llevarla de vuelta —nos dice resoplando el comandante tras cerrar su móvil haciendo un *clap* furioso.

—No puede ser —me quejo.

—Podemos estar aquí toda la noche si sigo en mi empeño de no permitir que vuele —afirma visiblemente agobiado—. Y ya hay pasajeros quejándose por el retraso.

—Solo los de *business*, el resto está tranquilo —apunta el sobrecargo del vuelo.

—En turista ya hay hasta gente durmiendo —dice una auxiliar. Parece que a ninguno nos importa trabajar más horas con tal de que la mujer se baje y descanse. Es fácil empatizar con ella solo con mirarla un momento.

—Ninguno aquí tenemos la culpa de que una ilegal esté histérica. Tener más miramientos con ella que con los que hemos pagado el pasaje es una vergüenza. ¡No vuelvo a montar en Aerospain! —Nos llega esta voz desde *business*. Lo que nos hacía falta era un motín de ricos, pienso para mí.

—Id a *business* y cortadle el rollo a esta gente —dice cabreado el comandante—, tenéis carta blanca.

Cuando un comandante te dice que tienes carta blanca para solucionar algo con el pasaje significa que, o bien confía en ti de tal forma que respaldará cualquier cosa que hagas o digas, o bien está tan cabreado que mejor que vayas tú a que lo haga él y el lío sea más gordo. Creo que en esta ocasión es más bien lo segundo.

El sobrecargo y yo entramos en *business*, uno por cada pasillo. Él empieza a explicar la situación de la misma forma que lo ha hecho antes el comandante por megafonía.

—Tenemos a una pasajera del vuelo anterior a la que Inmigración no deja desembarcar pero no estamos seguros de que esté en condiciones de volar. Hasta que no se solucione no podemos despegar. Lamentamos las...

—¿Y a nosotros qué nos están contando? ¡Pues ponédnos otro avión! —protesta

un señor enchaquetado que ya se ha descalzado y está tumbado sobre su asiento doble de cuero.

—Se lo contamos a ustedes porque son los pasajeros de este vuelo y entendemos que es de su interés —intervengo intentando parecer diplomática—. Cambiar de avión no es una solución, ya que esta pasajera también forma parte de este pasaje y habría que cambiarla con ustedes. Seguiríamos teniendo el mismo problema.

—Señorita, ¿usted sabe cuánto hemos pagado por este vuelo en clase *business*? —me dice altivo.

—No tengo la más remota idea —le respondo, y espero que intuya por mi respuesta que además de no saberlo, no me importa lo más mínimo.

—Tres mil seiscientos euros —dice lentamente, pronunciando todas las sílabas y haciendo hincapié en las eses finales.

—Puede reclamar a la compañía si así lo desea, estoy segura de que...

—¡Que lo que quiero es despegar, señorita! ¿Está usted sorda? ¿Están permitidas las azafatas sordas? —comenta sarcástico, mirando a los demás pasajeros, en busca de complicidad. Hay un murmullo entre ellos, algunos se ríen—. Pínchenle un Valium a la comunista y vámonos, tengo gente esperándome en el aeropuerto.

Lo que me faltaba, encima usa el comunismo de forma peyorativa. Y además mal, porque si la cubana no fuera una disidente del comunismo no estaría pasando por esto.

Cruzo las cortinas hacia el *galley* delantero, mordiéndome la lengua, pero el comandante me corta el paso, estaba detrás y lo ha escuchado todo. Me hace una seña para que vuelva a *business* y me dice hinchando el pecho con violencia: «O se calla o se va. Házselo saber».

Giro sobre mis talones; a mí con esa frase me vale para dar rienda suelta a toda la rabia que he estado conteniendo. Al verme entrar de nuevo, el hombre enchaquetado pero descalzo me mira triunfante, dando por hecho que se ha salido con la suya.

—Señores —digo sin mirarle directamente a él—, el comandante me pide que les informe de que todo aquel que quiera desembarcar y volar con otra compañía es libre de hacerlo, pero no consentirá más gritos y faltas de respeto. Tomen la decisión que crean oportuna, tienen tiempo para pensarla.

Y el sobrecargo me mira mordiéndose un labio para disimular una sonrisa.

Por desgracia, pocos minutos después nos notifican que el vuelo saldrá con la mujer a bordo. Aprieto los puños para no gritar. La tripulación no está conforme. Es inhumano, pero ni ellos ni yo tenemos autoridad para contradecir las órdenes.

Lo peor, sin embargo, estaba aún por llegar, ya que al aterrizar en Cuba nos informan de que a la mujer no le está permitido desembarcar. Ella, al enterarse, grita y se tira al suelo. Le da igual que la miren, ha perdido la dignidad en algún momento, además del equipaje, que la compañía no encuentra ahora debido a la cantidad de saltos que ha dado, y lo único que le queda es desahogarse como le viene en gana.

Ya no sabemos cómo consolarla, solo podemos sentarnos junto a ella y mantener

silencio.

Una vez que desembarcamos al pasaje, entran dos enfermeros del aeropuerto en el avión, uno de ellos con un maletín de primeros auxilios en la mano. Se acercan a la mujer, muy serios. Al principio pienso que están agraviados por la situación, pero en cuanto les oigo hablar me doy cuenta de que lo que están es enfadados con ella.

—Tendrías que haber pensado qué hacías cuando saliste. ¿Por qué lo hiciste? ¿Ves ahora como fuera no todo es color de rosa? Ahora ¿qué? ¿Qué hacemos contigo? ¿Te ponemos un calmante y te mandamos de vuelta? Mira en qué situación nos pones.

La mujer ruega que la dejen bajar, ni siquiera es consciente de que son solo enfermeros sin ninguna capacidad de decisión y que, de tenerla, la mandarían de nuevo sin dudar a España. La mujer, a la que ya han informado de que su equipaje se ha extraviado en alguno de los saltos, está tan agotada que no puede seguir llorando. Da la impresión de estar a punto de rendirse y echarse a dormir sobre lo primero que encuentre.

Tanto en España como en Cuba, los gobiernos vigentes en estos momentos son socialistas, pero actúan de una forma que nada tiene que ver con la humanidad que se les presupone.

La tripulación nos vamos de allí sin saber qué pasará con la mujer. De hecho, nunca nos enteraremos.

Al llegar a Cuba voy directa a mi habitación y abro mi portátil. Hace algún tiempo que yo también lo traigo en el equipaje, como los compañeros de mi primer vuelo a Cancún. He entendido muchas cosas durante estos dos años en aviación, y una de ellas es que cuando has estado más de diez veces en un mismo destino, las ganas de hacer turismo se te quitan y solo quieres pasar el tiempo lo más rápidamente posible hasta volver de nuevo a tu vida real.

Tengo un *e-mail* de Luis en la bandeja de entrada.

Querida Bárbara:

Desde que pasas más tiempo en casa del Comandante Amor que aquí, nuestra comunicación se limita a enviarnos *e-mails*, así que aquí tienes una nueva entrega:

Bea y el abogado han roto. Imagino que ya te llamará ella para contártelo mejor, pero no podía resistirme a darte la exclusiva. Bea lo ha dejado porque no lo soporta. No es que no soporte la situación de él con su mujer, sino a él en casa cada dos por tres, después de cada pelea con la parienta, cosa que es cada vez más frecuente. Al final, Bea no lo quería tanto como creía, dice (¡te lo dije!). Lo mejor de todo es que Bea está de mejor humor que nunca.

En otro orden de cosas, Unai y yo nos hemos apuntado a un gimnasio aquí en el barrio y nos estamos poniendo cachas, a lo mejor cuando vuelvas no nos reconoces.

Espero que estés bien y que el Comandante Amor te trate como mereces. Te echo de menos, como siempre.

Luis

Le contesto:

Hola, Rocky:

Hoy ha pasado una de esas cosas en Cuba que me ha dejado trastocada. Peor incluso que el día que en Venezuela un policía me robó veinte mil bolívares: hemos llevado en el vuelo a una mujer a la que ni el Gobierno español ni el cubano han dejado desembarcar después de no sé cuántos vuelos, uno porque no tenía los papeles en regla y el otro por haberse ido.

No sé si soy demasiado idealista y por eso dudo de cualquier régimen cuando pasan cosas así. No sé si son daños colaterales pero necesarios, pero lo cierto es que desde que trabajo aquí y he vivido más de cerca ciertas situaciones, me he venido un poco abajo.

Dime cosas.

En cuanto vuelva a España voy a veros.

B

La respuesta no se hace esperar.

Querida Mafalda:

Que el mundo es una mierda es algo que no va a cambiar, solo podemos intentar que sea menos mierda de lo que es. Y la manera en la que queremos que eso sea posible pasa necesariamente por casos desagradables como el de la mujer de hoy. Aun así, si ni siquiera sabemos qué ha pasado o qué tipo de irregularidades cometió, no podemos hacer un juicio imparcial.

No pienses más en eso y disfruta de La Habana.

PD: ¡Deseando verte!

Luis

Cierro el portátil con un gruñido y miro mi reloj con hora española. Hago cálculos para situarme en el tiempo y estimo lo que pensaba: en Cuba es de noche pero en España ya son las dos de la tarde.

Aunque estoy agotada, sé que es mejor que no duerma hasta que den las once en España o a la vuelta tendré *jet lag*. Así que pongo la tele para entretenerme mientras pienso que solo quedan dos días para volver a ver a Manuel. Estoy deseando contarle lo que nos ha pasado en el vuelo, seguro que él sabe qué decir para hacerme sentir mejor.

Pero la primera imagen que sale en la pantalla, iluminando toda la habitación, es la de una madre amamantando a su bebé. «¿En serio?», digo en voz alta. Resoplo y

me dejo caer en la cama como un fardo. El tema de la maternidad me persigue, o quizá es la culpa la que me sigue de cerca. «A la mierda el *jet lag*», murmuro mientras me pongo el antifaz, y me quedo dormida en el acto.

CAPÍTULO 10

LA CHICA QUE SE TAMBALEÓ

—¿Por qué no bajas a casa unos días? —me dice mi madre por teléfono.

¡Mi madre me ha llamado por teléfono! Esto es una sorpresa que de primeras me asusta. Mi madre nunca nos llama por teléfono ni a mis hermanos ni a mí más que cuando quiere algo. Mi padre tampoco. A él le gusta comunicarse por *e-mail*, y tampoco para trivialidades como decirme que me quiere o que me echa de menos, sino para cosas prácticas: «Te siguen llegando las multas al pueblo. Aquí te adjunto la última que te ha llegado: “90 euros por ir a 100 km/h en la M30, que el límite es 90 km/h”. PD: Ve de una vez a Tráfico y actualiza tus datos. Un beso. Papá». Archivo adjunto: la multa.

—Vaya, vaya, vaya, ¿mi anciana madre me echa de menos?

—¡Tengo cincuenta y nueve años! —protesta—. Sí, es eso, te echamos de menos, ¿cuándo vienes? —No puede sonar menos creíble.

—Tenía pensado decirle a Manuel que bajemos un fin de semana que tenemos libre este mes y presentaros, que tiene muchas ganas de conoceros.

—¿Bajarás con Manuel? —Por su tono de voz parece reacia, lo cual me extraña muchísimo, porque mi madre siempre está deseando conocer gente y hacer cosas novedosas.

Mi madre exprime las novedades —aquí podemos incluir personas, animales o cosas— hasta que les saca todo el jugo, luego —y aquí sobre todo con las cosas materiales— las suelta para no volver a tocarlas. Mi madre es una consumista nata: compra todo lo que no necesita, lo utiliza y reutiliza sin descanso durante un intervalo de tiempo y luego lo abandona sin más: desde un iPad o un caballete, lienzos y pinturas al óleo hasta nuestra propia casa, a la que ha hecho innumerables obras de todo tipo desde que tengo uso de razón, debido a la imposibilidad de cambiarla cada seis meses, que es lo que ella hubiera querido. Mi padre la deja hacer sin demasiadas trabas, porque desde que existe Internet y ha conocido eBay, pone a la venta todo lo que ella ya no quiere, recuperando parte del dinero y un poco de control. La mitad de las pertenencias de mi madre están o han estado allí, casi podría asegurar que eBay ha salvado el matrimonio de mis padres.

—Sí, claro —le digo—. ¿Por qué?

—Por nada, hija, por nada.

—Creo que cuando conozca a tus padres voy a entender muchas cosas sobre ti que ahora se me escapan —me dice Manuel a la altura de Despeñaperros, justo antes de pisar tierra andaluza. Hemos bajado a casa de mis padres en su coche, porque mi Ford Fiesta ya no aguantaría un viaje de tantas horas.

Manuel ha estado muy pocas veces en Andalucía y no me extraña; de hecho, creo que una vez lleguemos será el único palentino por esas latitudes.

—¿Qué cosas? —pregunto intrigada, nunca sé con lo que va a sorprenderme.

—Cosas —dice sin más.

Cuanto más nos acercamos, más nerviosa estoy. Quiero que todo salga bien, que se gusten y se lleven bien. La verdad es que mi familia puede ser un grano en el culo si se lo propone, pero por norma general —y más si hay extraños presentes— sabe imitar a una familia normal bastante bien. Entre eso y que Manuel es una persona civilizada, estoy casi segura de que las probabilidades de éxito son altísimas.

Como muchas de las veces que vuelvo a casa, he avisado a mis tíos paternos, para que hagan un hueco en su agenda alguna de las noches que voy a estar y salir a cenar todos juntos. Sé que Manuel les gustará porque, aunque no es un comunista convencido como ellos, sus ideas van paralelas. En mi familia la política es una cuestión principal, siempre que me he echado novio no me han preguntado en qué trabaja, sino a quién vota. De hecho, ya todos saben que Manuel es votante de izquierdas, pero solo mis padres y hermanos están enterados de que es piloto y que trabaja en mi compañía.

Sam nos abre la puerta. Ya no vive allí, se fue un par de años antes que yo para compartir piso con «colegas del PCE», pero le cae tan cerca del trabajo que pasa más tiempo allí que en su casa. Hace varios meses que no lo veo y, como siempre que vuelvo, me abraza hasta hacerme daño. Es un tipo alto y grande, como mi padre, pero solo se parecen en eso. Mi hermano es tan pasional como mi madre, y esa es la razón por la que es fácil verlos discutir.

Le presento a Manuel y ambos sonrían incómodos pero contentos. Entro en casa, buscando con la mirada a Pablo. Puede que sea al que más quiero ver siempre que voy. Algo que no sé explicarme me une a él más allá de que seamos hermanos. Es un chico sensible y algo callado, que sigue mirándome como si fuera la chica más lista y bonita del mundo. Nada de lo que dice o hace llega a molestarme nunca. Solo nos llevamos dos años, pero a veces siento que, en la medida de mis posibilidades, tengo que protegerlo del mundo: yo, que no sé protegerme ni a mí misma.

Pablo sale del salón con mis padres. Sus caras, aunque intenten disimularlo, dicen mucho más de lo que se ve a través de sus sonrisas. Y no dicen nada bueno. Mientras Manuel y ellos se saludan y hablan del viaje y del tiempo, me pregunto, mirando fijamente a Pablo, qué es lo que ha podido pasar que necesite ser disimulado, ya que en casa pocas cosas se tapan: todo se habla siempre porque allí ninguno tenemos filtro ni recovecos donde guardar historias. Me digo que ya me enteraré y que seguramente será la presencia de Manuel lo que les hace querer guardar las formas.

—Hay muchas cosas que desde aquí no vemos —digo cuando mi tío Héctor, el hermano de mi padre, me pregunta por mis vuelos a La Habana durante la cena que organizamos en casa la primera noche—. En esta familia estamos siempre tan obsesionados en no creer lo que los medios cuentan sobre Cuba, porque siempre manipulan, que hemos acabado igual de manipulados pero en el otro sentido.

—La niña se nos ha hecho capitalista —bromea mi tío dándole un codazo a mi padre, que mira su plato algo perdido en sus propios pensamientos, ajeno a mi tío, a mí y a Cuba.

—¡No! —protesto riendo—. Es solo que verlo de primera mano ha hecho que deje de idealizarlo. Pasan cosas que no están justificadas y que nada tienen que ver con el comunismo, no me jodas: ¿dónde dijo Engels que la homosexualidad había que perseguirla o que la censura estaba guay?

—Quizá si el imperialismo no les estuviera bloqueando se habrían desarrollado mucho mejor. Que te ataquen y te boicoteen hace que tengas que protegerte a veces y no siempre de la forma más idónea. —Mi tío ha adquirido ese tono pedagógico y calmado que tanto me recuerda a mi padre, aunque en su caso es solo la forma de decirte educadamente: llevo razón y si no estás de acuerdo, estás equivocada.

Mi tía Inma, su mujer, siempre educada y diplomática, nos pide que no hablemos más de política, porque vamos a asustar a Manuel.

—Manuel está acostumbrado ya. —Ríe él hablando de sí mismo en tercera persona, y me mira divertido—. De hecho, la conocí así, discutiendo sobre comunismo con un disidente en La Habana.

—¡Esa es mi hermana! —exclama Sam.

—No estoy especialmente orgullosa de aquello, ¿eh? —le digo frenándole para que no se me venga arriba—. Que en realidad no soy nadie para decirle a la gente de qué puede quejarse y de qué no.

A mi madre se le resbala un vaso que hace un ruido sordo en la mesa; nadie lo percibe pero yo, al mirarla, me doy cuenta de que su plato está entero. Hago como si no me percatara para no ponerla más nerviosa, pero empieza a mosquearme la situación. Así que aprovecho que se levanta a buscar más platos a la cocina para hablar con ella.

—Bueno, ¿me voy a enterar de lo que pasa o no?

Ella está de espaldas a mí cogiendo platos de uno de los muebles superiores de la cocina y al oírme se asusta, y se le caen los platos que tenía en las manos. Cuando ve los pedazos desperdigados por el suelo, no puede contenerse más y rompe a llorar. Un llanto contenido, tapándose la cara para que nadie la oiga. Se me encoge el estómago al verla así, creo que no la veo llorar desde la muerte de Marga. Algo gordo está pasando y todos lo saben. Mi hermano Pablo está más callado que nunca, mi padre no ha participado en ninguna conversación y Sam no deja de mirarlo con expresión preocupada.

—Por favor —le pido cerrando la puerta de la cocina, y noto que me tiemblan las piernas—, ¿qué es lo que está pasando?

Ella me mira un instante con los ojos llorosos.

—Me voy de casa —me dice.

—¿Que te vas? ¿Cómo que te vas? ¿Dónde? ¿Por qué? —No entiendo nada. No sé si se refiere a que se va ahora o que se va para siempre.

—Necesito irme. Me separo de tu padre, Bárbara. Perdóname —añade casi en un susurro; el aire no le sale de los pulmones, está destrozada. Apoya una mano en una silla de la cocina y se deja caer sobre ella, lentamente, como si sus pocos kilos

pesaran mucho, mucho más. Se deja caer en la silla como se desploman esos edificios antiguos a los que ponen explosivos en la base para derruirlos porque es más fácil hacerlos de nuevo que intentar restaurarlos.

El corazón se me parte por varios sitios en ese instante. Los pilares de toda mi vida se tambalean y siento que pierdo el equilibrio. Tengo veintinueve años pero, de repente, me siento como aquel día con siete cuando me perdí en unos grandes almacenes durante una hora: vulnerable, perdida, sola. Y lo que es peor: sin la certeza de poder volver a situarme y encontrarme.

—No tengo nada que perdonarte —le digo, sentándome a su lado, y guardo silencio.

No quiero preguntar nada porque no quiero escuchar que se ha enamorado de otro, que mi padre ya no le vale, que quiere vivir otra vida. No quiero saber nada porque todo el tiempo que esté sin saberlo será tiempo ganado para ir preparándome de cara a la tormenta que sé que se avecina. Necesito ser egoísta en este momento para valerle también a los demás. Recuerdo las palabras de mi instructora durante mis clases: «En caso de despresurización, cogemos la mascarilla más cercana y nos la ponemos nosotros. No ayudamos a nadie más que a nosotros en momentos críticos, porque si la falta de oxígeno hace que te desmayes, no solo no servirás de ayuda a los demás, sino que serás un estorbo».

Ahora necesito un poco de aire. Abrazo a mi madre en silencio, miento y le digo que todo va a salir bien.

Paso todo el fin de semana sumida en mis propios pensamientos. Manuel es el primero en darse cuenta y noto que me observa a menudo en silencio.

—¿No estás contenta de haber venido? —me pregunta por fin el domingo por la mañana temprano. Estamos en la cama, estoy despierta aunque aún tengo los ojos cerrados, pero él siempre sabe cuándo duermo y cuándo no. Es el último día que pasaremos en mi casa, el lunes ambos tenemos que trabajar.

Manuel se ha acostado más tarde que yo porque ha pasado la noche en una partida interminable de *Risk* con mis hermanos. Ya clareaba cuando se metió en la cama, algo borracho, diciéndome al oído: «Tu hermano Pablo ha conquistado el mundo». Yo lo besé, entre sueños, pensando que es lo mejor que le podría pasar al mundo.

Pero aun cuando trasnocha, se despierta siempre un poco antes que yo.

—Sí, solo estoy asimilando una charla que tuve con mi madre el viernes. Ya te contaré en Madrid, ahora no tengo ganas. —Y abro los ojos para verle por primera vez. Me gusta verle por primera vez cada día por las mañanas. Aún me despierto con una sonrisa si él no está fuera trabajando y amanezco a su lado, pero cada día que eso pasa el miedo me hace preguntarme si esa será la última vez que lo sienta—. Quédate descansando, cuando tenga el desayuno te llamo —digo, y me levanto de un salto.

Manuel, ágil, me sujeta por una muñeca y me hace caer de nuevo en la cama.

—¿Qué tendrás en esa cabeza? —me pregunta escrutándome con esa mirada que antes no sabía interpretar pero que ahora me resulta cristalina.

—Me quieres, yo lo sé —le digo seria—. Lo que no sé es si llegas a entender cómo te quiero yo. No digo más o menos, sino cómo.

Él se echa hacia atrás, serio de pronto, para verme mejor.

—Hey, hey. Me acojonas cuando hablas así, porque me estás diciendo cosas bonitas pero con una gravedad que parece que vas a seguir con un «y por eso es mejor dejarlo».

Aprovecho que ha bajado la guardia, me deshago de su abrazo y me levanto de la cama, sonriendo.

—Una persona que te va a dejar no madruga para hacerte el desayuno.

Ando por la casa, donde solo rompe el silencio un goteo en la cocina. Me siento agotada de haber estado saliendo y entrando todo el fin de semana, pero más agotada mental que físicamente, ya que a la separación de mis padres se le ha unido el fingir delante de Manuel que todo está bien para no arruinarle el viaje. Aún no he hablado con mi padre ni sé cómo hacerlo. Por primera vez no tengo ni idea de cómo plantearle una pregunta.

Lo encuentro solo en la cocina, colando el zumo que ha hecho para todos antes de que se levanten. Me acerco por detrás y lo abrazo por la espalda. Apoyo en ella mi cabeza y cierro los ojos. Él suelta el vaso y el colador y me acaricia los brazos con calma, sin decir nada y sin girarse. No me hace falta verlo para saber cómo está, he estado observándolo sin que se dé cuenta durante estos días. Tampoco ha hecho falta mucho disimulo, creo que su introspección es tal que, aunque lo hubiera estado analizando con una luz enfocándole directamente a la cara, no se habría enterado.

Recuerdo justo hoy a mi profesor de Historia del Arte de la carrera. Era un hombre corriente, de esos que nadie se gira para ver de nuevo, de los que nunca han conseguido que alguien se ría hasta las lágrimas con sus ocurrencias. No parecía que nadie hubiera perdido nunca la cabeza por él ni al observarlo sentías que fuera probable que alguien lo hubiera echado en falta alguna vez hasta el llanto.

Sus clases nunca fueron muy concurridas, era difícil entrever su pasión por el arte porque él se encargaba de contenerse, de reprimirse delante de la multitud. Solo a algunos no nos engañó. Algunos que seguimos asistiendo a todas sus clases entre el abandono a base de bostezos de la mayoría del alumnado. Y cuantos menos éramos, cuanto más solo se sentía, más se dejaba llevar en sus relatos sobre una escultura o sus impresiones sobre esta o aquella pintura. Y entonces, solo entonces, lo veías por fuera y por dentro, en el vibrar de su voz, en los ojos más abiertos que de costumbre, llenos de experiencia, de datos, de amor.

Mi padre es un hombre que, a pesar de no haber pasado tan de puntillas por la vida y sí haberse topado con gente que lo había querido y adorado, hoy me recuerda a él: apocado, pequeño de repente, vulnerable.

Mi profesor no era como mi padre, era un hombre corriente, la mayoría diría que soso. No solía ser especialmente alegre pero tampoco infeliz.

Pero no todas las vidas acaban como comienzan, no todas las personas se

mantienen en perfecto equilibrio durante toda su existencia, no todo el mundo es siempre feliz, ni siempre necio, ni siempre malo, ni siempre nada. Por eso mi padre nunca me había recordado a mi profesor, hasta hoy.

Mi profesor tampoco se mantuvo siempre con esa vida a medio gas. Yo tuve la oportunidad de ver cómo en mi último año, cuando lo daba por perdido, a su vida llegó una enorme ola de emociones que le hizo perder el equilibrio y se dejó llevar por la marea. Fue de pronto, cuando estaba a punto de apostar mi aprobado a que el miedo no lo dejaría jamás sacar los pies del tiesto. Esa vida al ralentí —que le daba solo energía para levantarse de la cama cada día pero que nunca era suficiente para tenerlo despierto hasta más de las diez— se le acabó el invierno que conoció a una muchacha que al resto de profesores de la facultad les pasó inadvertida. Una muchacha que los demás escuchaban con más o menos atención, pero a la que él empezó a oír hasta cuando ella no estaba. Nadie parecía darse cuenta, o eso creo... A mí, no obstante, me resultó tan obvio desde el principio como su pasión por el arte.

Él, que nunca se había preocupado por si su ropa estaba planchada, si se había dejado migas en la barba, él, que daba por hecho que nunca nadie lo estaba mirando, ¡él! empezó a cuidar que sus camisas siempre estuvieran bien metidas por dentro del pantalón y que sus gafas nunca tuvieran marcas de sus propios dedos. Yo miraba divertida cómo repasaba con un pañuelo de tela los cristales y la montura y hasta su chaqueta antes de salir de clase, para acto seguido buscarla a ella con la mirada con poco disimulo por los pasillos de la facultad. El deseo de verla parecía de pronto mezclarse con el pánico a verla. Tenía cincuenta años y parecía un chiquillo cuando ella le sonreía; turbado, reía demasiado fuerte con cada cosa que ella le decía, en la cafetería, en los pasillos, en la biblioteca..., demasiado obvio su embelesamiento, su admiración... Pero por «demasiado obvio» temía yo que se quedara sin ella.

El hombre al ralentí hizo a la muchacha un sitio en algún lugar, sin darse cuenta, en su vida ordenada y previsible. También le dejó un hueco en su cama, en su armario, en la estantería del baño. Le dejó sitio fuera pero sobre todo dentro de él mismo. Tanto que cuando ella se fue una mañana enfundada en una excusa poco creíble («raro es que no se fuera antes, raro es incluso que viniera»), parecían decir sus silencios en clase, mientras pasaba diapositivas sin ton ni son), él, desolado y —como siempre— resignado, empezó a usar ese hueco que le había hecho a ella para acumular su pena y su dolor. Tantos fueron —penas y dolores, decían después— que tenía que hacer verdaderos malabares para que cupieran todos dentro.

El último año tocaba a su fin y sus clases y sus ojos cada vez eran más negros. Seguí yendo de todas formas para sentarme en la última grada del aula porque, a pesar de que su pasión por el arte se había ido el mismo día que se fue la chica, yo más que aprobar lo que quería era hacerle compañía.

En el examen de final de tercero, la diapositiva que eligió para evaluarnos fue *Perro semihundido*, de la etapa negra de Goya. Un lienzo ocre que solo presentaba la cabeza de un perro semienterrada en lodo o semihundida en agua, o vete tú a saber en

qué pensaba Goya.

Y le dejé un examen que casi parecía una carta..., casi, casi faltaba mi beso al final pintado con carmín.

«(...) La mirada desvalida del perro puede representar el miedo. Quizá la soledad. El hecho de que ni se vean las patas parece querer decirnos que el animal ni siquiera está luchando por dejar de hundirse. Solo quizá. En realidad, puede que su expresión triste pero tranquila no represente rendición, sino la sabiduría de quien sabe que hoy se está en el fondo pero que nadando con calma, siempre uno llega a la orilla».

Y ese año aprobé. Y, algún tiempo después, él llegó a la orilla.

Ahora, abrazada a mi padre, quiero decirle que él también llegará a buen puerto antes o después. Pero no digo nada porque sé que no quiere que le diga nada: quiero creer que sabe lo que pienso en este abrazo sin mirarnos.

CAPÍTULO 11

LA CHICA QUE FINGÍA SER VALIENTE

De pequeña veía a mi padre como un ser superior. Un hombre alto, grande, con una barba negra insondable, impenetrable; la miraba y pensaba que si introducía mis dedos en ella, igual ya no los sacaba nunca más, así que me limitaba a acariciarla con precaución. Y él me sonreía unas veces y hacía como si fuera a comerme la mano otras, así yo reía y salía corriendo, para volver al segundo a por más sustos como ese.

Para mi padre todo problema tenía una solución, ya fuera simple o compleja, ya costara un segundo o toda una vida resolverlo. Su paciencia explicando matemáticas en clase —o a mí en casa— era infinita. Disfrutaba con cada obstáculo que se encontraba en el camino, con cada pregunta que se le hacía, se lo pasaba de maravilla con los retos, con los alumnos difíciles, con los problemas que más costaba resolver. Todo para él giraba en torno a los números: las porciones de una pizza, el precio de la carne, las vueltas de una noria en la feria..., hasta un paseo por el parque estaba lleno de números, secuencias, porcentajes. Y con la razón y la lógica quería siempre solucionarlo todo.

Mi padre nunca nos dio respuestas fáciles a mí o a mis hermanos para salir del paso en según qué conversaciones. Tampoco nos habló de dios ni jamás nos llevó a una iglesia o nos enseñó a rezar. Lo máximo que mis padres nos acercaron a la religión fue en un viaje que hicimos a Sevilla, con visita incluida a la catedral. Mi padre —que llevaba a mi hermano Pablo colgado a la espalda en un portabebés porque aún era demasiado pequeño para grandes caminatas— se paró frente a ella, la admiró en su totalidad y nos dijo:

—Esta catedral, chicos, es gótica. Es un tipo de arte. Del gótico flamígero, creo —terminó diciendo para él más que para nosotros.

Yo iba de la mano de mi madre y Sam hacía el cafre, como siempre, dando saltos de adoquín en adoquín. Al entrar en la catedral, mis pupilas tardaron un rato en adaptarse a la oscuridad del interior. Yo no sabía qué iba a encontrarme, pero sentía mariposas en la barriga; creí que un sitio tan mágico y enorme tenía que albergar cosas mágicas y enormes.

Cuando empezamos a recorrer una de las naves laterales, vi la primera Virgen de mi vida. Yo no sabía qué era aquello, y para mí no se trataba más que de una mujer (de mentira) llorando (de mentira). Un poco más allá había una cabeza sin su cuerpo (también de mentira). Miré a mi madre, esperando encontrar en sus ojos el mismo horror que yo sentía, pero me choqué con un: «Ah, mira, la cabeza de san Juan Bautista».

«¡Ah, san Juan! ¡Bueno, haber empezado por ahí!». Mi incredulidad era máxima.

Mi madre parecía poseída y vi cómo hacía una cruz sobre su pecho para luego besar su propio pulgar. Le pregunté por qué se comportaba de aquella forma y obtuve un sonoro: «Shhhh».

Estaban pasando cosas muy extrañas. Mi padre miraba hacia arriba, no quería

perderse detalle del techo.

No entendía nada, así que intenté preguntarle a él esta vez pero no saqué nada en claro porque me dijo que no se podía hablar en aquel sitio. Me quedé callada, mirándolo todo con desconfianza, entornando los ojos. Solo era capaz de pensar en cuánto tardaríamos en sacar a mi hermano Pablo de allí, porque aunque yo era consciente de que a veces no entendía demasiado las cosas por ser aún pequeña, lo que sí tenía muy claro era que aquel lugar no estaba indicado precisamente para bebés. Sam no me preocupaba, se había sentado en un banco de madera y se rascaba con expresión aburrida las postillas de las rodillas.

Seguimos andando y de repente, cuando creí haberlo visto todo, me plantaron delante de un señor (de verdad) ataviado con un vestido hasta los pies que hablaba en voz bien alta («¿Y este hombre por qué puede hablar tan alto?», me pregunté ofendidísima). Tenía a su espalda un hombre de mentira colgado en una cruz con cara de dolor, que sangraba por varios sitios. No pude más, había intentado mantener la compostura, había tratado de ser razonable, pero sentía que la única que estaba usando la lógica en mi familia era yo, y eso me asustaba más que cualquier otra cosa. El hombre que colgaba cruelmente de un palo parecía mirarme; abrí mucho los ojos y grité: «PAPÁ, PERO ¿POR QUÉ TODO ESTO?».

En el coche, una vez de vuelta a casa, mi madre regañaba a mi padre por no haber querido nunca hablarme de «este tema». Yo no entendía el enfado, ¿por qué iba a tener que hablarme de algo que hay dentro de un sitio en una ciudad en la que ni siquiera vivimos? Me preguntaba entonces si no hubiera sido mejor, directamente, no haber ido.

Al llegar a casa me sentaron sobre la encimera de la cocina y, mientras preparaban la cena, me fueron explicando qué era la religión, por qué ese hombre de mentira sangraba y por qué mi madre se había hecho una cruz sobre el pecho.

Mi madre me explicó qué era rezar y para qué servía y me confesó que ella lo hacía alguna que otra vez. Yo no quería reírme de mi madre, pero de repente me sentía más adulta que ella. ¿Pedirle cosas a alguien que no conocía y que había muerto hacía cientos de años? ¿Cómo iba a hacer ese pobre hombre para ayudar a nadie? ¿Es que no lo había visto colgando de un palo igual que lo había visto yo?

Sin embargo, lo de rezar no me pareció mal. No estaba de más pedir cosas, así que decidí que también rezaría a partir de entonces, pero lo haría con sentido común: a alguien que de verdad existiera y que hubiera demostrado sin lugar a dudas que era capaz de conseguir cosas. Así que les dije a mis padres que yo rezaría a los Reyes Magos. Mi madre contuvo la risa y yo pensé que ella no era la más indicada para reírse de nadie. A mi padre, sin embargo, no le hizo demasiada gracia la idea y me dijo que rezar, en realidad, era una tontería, fuera a quien fuera.

Llegó un momento en la conversación sobre la religión en el que pensé que tampoco era gran cosa, que no quería seguir con aquello, era aburrida y absurda. No iríamos nunca más a ver a aquellas personas de mentira y ya estaba. No más dramas.

—Noemí tiene unos zapatos de charol negro. Mamá, ¿por qué nunca me compras zapatos de charol? —dije para cambiar de tema. Y porque realmente necesitaba con urgencia tener zapatos de charol.

—No le digas a la niña que es una tontería rezar, porque todo lo casca. Verá a alguien rezar y le dirá que por qué hace tonterías —comentó mi madre siguiendo con el tema e ignorándome.

—Barbi, no, eso no lo hagas —dijo mi padre salteando un revuelto en la sartén, sin prestar demasiada atención. Ni a mi madre ni a mí ni a mis zapatos de charol.

—¿Por qué, si sí son tonterías? —pregunté—. ¿Y qué hay de mis zapatos de charol?

—¿Ves? —exclamó mi madre, muy enfadada con mi padre—. Julián, cada vez que le explicas cosas a la niña acaba en tragedia. —Mi padre removía en silencio la cena en la sartén, pero eso no calmó a mi madre—. Yo traje al mundo a un bebé perfecto, con todos sus miembros y un cerebro en blanco, y ahora tengo a una niña redicha que se horroriza en las iglesias y quiere ser puta.

—Prostituta —indiqué desde la encimera para quitarle hierro al asunto. Decidí también que pediría los zapatos en otro momento.

Esa noche soñé que la cabeza de san Juan Bautista gritaba desconsolada para que alguien le acercara el resto de su cuerpo.

Miedos y pesadillas como esta eran la obsesión de mi padre, y no el hecho de que su hija quisiera ser puta. Era superior a sus fuerzas: no podía consentir que su hija sufriera por cosas irracionales y siempre buscaba la manera de hacerme razonar para que desaparecieran. Razón, lógica, números, secuencias.

Uno de mis muchos miedos con los que se peleó fue el pánico a la oscuridad. Una noche, la pelota con la que jugaba rodó hasta la habitación de mis hermanos, metiéndose bajo la cama de Sam. Yo, como siempre hacía cuando de atravesar penumbras se trataba, me quedé paralizada. Le pedí a mi padre que fuera él en su busca, pero él se negó para, a continuación, darme una de esas explicaciones que yo rara vez entendía.

—Barbi, el miedo es algo subjetivo, no existe como tal; no es tangible —me dijo muy serio, sentado en el sofá, inclinado hacia delante y con los codos apoyados sobre las rodillas, haciendo gestos con las manos para hacerse entender.

Yo, cuando no comprendía algo de lo que me decía, usaba una frase que me había enseñado mi madre a utilizar en esos casos y que siempre daba resultado:

—Papá, háblame como si fuera una niña pequeña. —Y suspiré, intentando entender, porque de verdad quería volver a jugar con mi pelota.

—Sí, perdona. —Y carraspeó mientras buscaba otras palabras—. Lo que quiero decir es que si quieres puedes no tener miedo. Por ejemplo, la pelota está debajo de la cama de Sam, no quieres ir porque está oscuro, ¿verdad? ¿Crees que tener la luz encendida te protegería de algo? ¡De nada! —dijo como si aquello fuera a ayudarme—. Vamos a hacer la prueba: ve hasta la habitación de tus hermanos y coge la pelota

sin encender ninguna luz por el camino. Vamos, yo te espero aquí en el salón.

Parecía ilusionado con aquella prueba (claro, él se quedaba sentado en el sofá, con la luz encendida). Y es que de verdad pensaba que yo no tendría miedo si simplemente lo razonaba. Con seis años.

A mí se me mezclaba el miedo a los monstruos que se escondían en las sombras con la pena que me daba desilusionar a mi padre si no iba a por la pelota. Así que lo miré, realmente el hombre quería hacerse entender y además parecía tener muchísima razón. Dejé caer los brazos, me rendí, sonreí dubitativa y me fui hasta la puerta del salón. Estaba todo tan oscuro que me giré a mirar a mi padre una vez más, por si no volvía a verlo. Él me sonrió y su cara parecía decir: «Mi hija es la niña más valiente del mundo».

Aún hoy recuerdo la presión que sentía para no decepcionarlo.

Volví la vista hacia la negrura del pasillo. «¿Que de qué va a protegerme la luz? ¿Cómo que de qué? ¿Acaso alguien ha visto alguna vez un monstruo? Claro que no, ¡porque con la luz desaparecen! Dios mío, mi padre es tan listo a veces y tan tonto otras...».

Puse un pie en el pasillo y miré con el ceño fruncido la puerta de la habitación de mis hermanos, que parecía estar más lejos que nunca. En la penumbra que había entre la pelota y yo cabía un dragón, dos Jesuses clavados en cruces y varios Muzzy gritando: «I AM MUZZYYY». Di otro paso sin dejar de tocar la pared para guiarme a lo largo del pasillo; después otro y luego otro. Llegué a la puerta de la habitación de mis hermanos, la luz del salón ya casi no llegaba allí. Me tiré en el suelo e intenté vislumbrar la pelota debajo de mi cama. De repente creí verla pero no estaba segura; aquella silueta bien podría ser un pitufo.

Me esforcé entonces en recordar la cara de mi padre mientras me explicaba el porqué iba a dejar de tener miedo. No había entendido nada de lo que me había dicho pero me lo expuso con tanta dedicación y preocupación que yo no podía volver allí sin aquella pelota con la que ya no quería jugar. Alargué el brazo, toqué algo suave que se me escabullía («Por favor, rey Baltasar, que no sea Muzzy»), apreté mucho los ojos y cogí aquello que se me resistía que, para mi sorpresa, resultó ser mi pelota. Me levanté de un salto y corrí como un demonio hasta el salón con el corazón a mil por hora. Me paré delante de mi padre, jadeante, y le tendí la pelota con los ojos muy abiertos y el pelo lleno de pelusas.

—¿A que no has tenido miedo? —me preguntó feliz y orgulloso.

—No —mentí para mantenerlo así de contento—. Nada de miedo, papá.

Y esa fue la primera mentira de muchas que dije para fingir que era valiente.

No fue la única, claro. El problema es que fingir ser valiente se me va haciendo más difícil con los años.

—¿Por qué no vienes a vivir aquí definitivamente? —me pregunta Manuel.

Ya llevamos un año saliendo y la verdad es que estoy pagando mi habitación en la otra casa cuando apenas estoy, paso semanas enteras en casa de Manuel y hay cosas

mías por todas partes. Realmente no sería un gran paso. Y sin embargo lo es.

Por primera vez desde que salí de casa de mis padres pienso en esta casa como mía. Un refugio, el sitio donde puedes volver a ser cascarón de huevo. Ese lugar al que te arrastras cuando el mundo ahí fuera te da una paliza. Ese sitio que solía ser la casa de mis padres, casa que ahora ocupan unos extraños porque mis padres, que eran mis pilares, en estos momentos no se sostienen ni a sí mismos en sus nuevos apartamentos.

El problema es que creo que no es la casa sino Manuel quien me proporciona el arraigo que necesito y que mi trajín de maletas por el mundo y la separación de mis padres han hecho desaparecer. Pánico es un eufemismo, en realidad, de lo que siento cuando soy consciente de que ahora es otra persona —que no soy yo— quien tiene el poder de hacerme sentir a salvo.

La casa de mis padres ya no es la casa de mis padres. Mi casa ya no es mi casa. Ni tampoco mis raíces están en mi ciudad o en Madrid, están en Manuel. Mi vida se ha tambaleado y no me gusta la sensación de estar sosteniéndome sobre algo que no soy yo misma para guardar el equilibrio, porque ya me ha quedado claro que nada ni nadie es ni seguro ni para siempre. Pero a mí misma no puedo agarrarme, no ahora.

—Sí, claro —le digo sin hacer mucha fiesta mientras me maquillo frente al espejo del baño para ir a trabajar.

—¿Estás segura? —me pregunta cogiéndome suavemente por la barbilla para que lo mire y le preste atención.

—Claro, amor —contesto, y le doy un beso.

No puedo querer más a Manuel, es lo único que tengo claro. Así que le miento. Y me miento a mí misma. Y mientras lo hago, algo en mí grita: «¡Error!».

Y sigo maquillándome, mientras ignoro que aquel grito me está recordando que si baso todas mis decisiones importantes en «quiero a Manuel, así que sí a todo», acabaré diciendo sí a todo, aunque no lo quiera, por miedo a que Manuel, mi bote salvavidas, se rompa y se hunda conmigo dentro. Miedo a que me deje y que este tambaleo no cese nunca.

Quizá por eso también, cuando poco después de irme a vivir con él me pregunta directamente que a qué edad me gustaría ser madre, yo ya tengo una respuesta preparada.

—No sé, el reloj biológico te avisa de estas cosas, ¿no? —Y de verdad rezo para que el mío suene muy fuerte. Tan fuerte que nos deje sordos a ambos.

Lo he visto en amigas y conocidas mías, sé que estas cosas pasan a cualquiera en cualquier momento: dicen desde siempre que «niños no», pero de repente un día se ponen a buscar un bebé como si nada más importara en el mundo, como si todo lo anterior hubiera sido un periodo donde acumulaban ganas sin saberlo. Y un día esas ganas les estallaban dentro, impulsando la maternidad al número uno de sus prioridades.

Yo quería que eso me pasara, sería perfecto. De momento mi reloj no suena, es

más, es como si no existiera, ni un tic, tac. Y a ser madre sigo viéndole solo inconvenientes. Pero sonará. Porque o suena él o le hago sonar yo.

CAPÍTULO 12

LA CHICA QUE SE QUEBRÓ

Recuerdo mi primer mal de amores como si acabara de pasarme.

Yo tenía ocho años y ni siquiera era una de las partes implicadas.

Mis padres ponían mucho un vinilo de Serrat, el de *Penélope*, los domingos por la mañana mientras limpiaban, cuando aún mi padre no se había convertido en el mayordomo oficial de la casa. Esos domingos de remangarse y limpiar todo en profundidad entre los cinco. Bueno, quizá sea más justo decir que mis padres limpiaban y mis hermanos y yo nos dedicábamos a estorbar.

La mañana de uno de esos domingos, yo, con más ganas de incordiar de lo normal, me acerqué a mi padre. Él estaba en el salón, con una botella de limpiacristales y un trapo, empleándose a fondo con las ventanas. Me acuerdo bien de aquel día, hacía mucho sol, pero también mucho frío, y él canturreaba la letra de «Penélope», con el gorgorito de Serrat incluido.

—¡Papá! —exclamé segura de que iba a decir algo que le resultaría supergracioso y que haría que me mirara con los ojos brillantes de orgullo—. A Penélope en el colegio seguro que le llaman Pene, ¡jajajaja!

Mi padre se rio, claro, muy a su pesar. ¡Ah! Qué cosa tan bonita era hacer reír a mi padre. ¿Quién me iba a decir a mí que aquella escena daría un vuelco y que ese día se me quedaría grabado en la memoria?

—¿Ponemos desde el principio la canción y la escuchamos juntos? —preguntó mi padre. No sé cómo conseguía decirlo todo de forma que hasta el plan más aburrido del mundo parecía divertido.

—¡Sí! —exclamé yo, como si me acabara de decir que hiciera las maletas, que nos íbamos a Disneylandia.

Fuimos al tocadiscos y puso la aguja al inicio de la canción. En cada frase de Serrat, paraba el vinilo con los dedos para explicarme su significado antes de seguir con la siguiente.

—Penélope va a despedir al hombre del que está muy enamorada a la estación de tren una tarde de abril. Y se sienta en un banco a esperar a que vuelva —empezó a decir.

—Ajá. —Yo estaba fascinada, sentada en el suelo, mirando la aguja del tocadiscos. Una vez él mismo me contó que las agujas de los tocadiscos se hacían de diamante y desde entonces me daba miedo tocar la nuestra.

Continuó.

—En esta parte en la que él le dice: «Volveré, antes que de los sauces caigan las hojas» se refiere a que volverá antes de que llegue el otoño, que sabes que es la estación en la que los árboles pierden sus hojas. Pero, claro, ten en cuenta que aún es abril.

—¡Hala! Pero esa señora no puede esperar tanto en un banco, ¿no? Tendrá que comer —observé yo, de repente, muy preocupada por Penélope.

—Sí, comerá, claro. —E intentó con poco éxito disimular una sonrisa—. Pero ella lo espera igual, y lo hace mucho más tiempo que eso, porque él no llega en otoño como le promete, por eso dice la canción que Penélope ve a la gente bajarse de todos los trenes que pasan. Y cuando Serrat canta: «Uno tras otro los ve pasar, mira sus caras, les oye hablar, para ella son muñecos», quiere decir que ella está allí, viendo pasar trenes y personas, a las que mira deseando que alguna de ellas sea él... pero ninguno lo es.

—A ver, y después del otoño ¿qué viene? ¿El verano? —Empecé a inquietarme. A mí me parecía que aquello de tantos trenes y tanta gente, que si abril, que si otoño era mucho tiempo, pero tampoco estaba del todo segura, así que pregunté antes de poner el grito en el cielo.

—No, Bárbara, después del otoño viene el invierno —dijo mi padre sujetando el vinilo, dejando a Serrat con la palabra en la boca.

—¿Y no se va del banco ni en invierno? ¿Esperándolo a él? —A mí aquello ya no me parecía divertido en absoluto. Era imposible que con el frío que hace en invierno una señora se quede en una estación de tren esperando cuando perfectamente podría hacerlo en su casa.

—No te preocupes, porque él vuelve. El caminante vuelve. Y ahí es cuando le dice a Penélope: «Mírame, soy tu amor, regresé».

—¡Sí! —Yo miraba su mano frenando el disco... Quería que lo soltara, escuchar a Serrat confirmando que Penélope y el caminante se miran, se abrazan y se van a casa juntos, calentitos a una estufa. Había estado bien el juego, pero tampoco había sido de los mejores—. ¿Y son felices ya, papá?

—No... —Y entonces soltó de nuevo el disco.

Le sonrió
con los ojos llenitos de ayer,
no era así su cara ni su piel.
«Tú no eres quien yo espero».
Y se quedó
con el bolso de piel marrón
y sus zapatitos de tacón
sentada en la estación.

No estaba segura de haber entendido, así que me quedé callada, pero recuerdo muy bien que se me estaba formando en la garganta el mismo nudo de lágrimas que cuando me reñían, o el mismo que cuando me acordaba de que David el Gnomo se fue voluntariamente a morir, convirtiéndose en aquel árbol. La canción acabó y yo no dije nada. Conocía ese nudo en mi garganta. Hablar en ese momento significaría que se me quebraría la voz y era algo que me daba muchísima vergüenza si no estaba totalmente justificado.

—¿Has entendido el final? —me preguntó mi padre mientras se sentaba conmigo en el suelo. Yo meneé la cabeza, pero temía haberlo entendido. Tragué saliva con mucha dificultad—. Ha pasado tanto tiempo que ella ya no lo reconoce... Cuando dice «no era así su cara ni su piel», Penélope está pensando en el caminante el día que se fue y cuando ha regresado ya es más viejo, ha cambiado. Entonces Penélope le dice: «Tú no eres quien yo espero». Y se queda allí sentada y él se va sin ella.

Noté que la barbilla se me estaba arrugando. Mi padre se dio cuenta y no pudo aguantar una carcajada. Yo rompí a llorar como si no hubiera un mañana, me tendí en el suelo boca abajo y me tapé la cara con los brazos: no tenía consuelo. Quería preguntar más cosas de Penélope, si estaba ya bien, si alguien la convenció por fin de que el caminante que se fue era el mismo que volvió, pero estaba enfadada con mi padre, con Serrat y con el caminante y no quería hablar de ninguno de ellos con ninguno de ellos.

Mi madre, que estaba limpiando la cocina, vino al salón. Mi padre le explicó por qué lloraba mientras aguantaba la risa. Cuanto más se reía, más fuerte lloraba yo.

—¿Por qué le cuentas estas cosas a la niña, Julián? —le riñó mi madre mientras intentaba levantarme del suelo.

Mi hermano Pablo entró en el salón, mosqueado. Quería saber qué me habían hecho esta vez. Pablo, mi cómplice, mi defensor.

—Mamá, Penélope se queda un montón de tiempo esperando al novio y él tarda mucho. ¿Por qué tardó tanto, mamá? —El hipo no me dejaba pronunciar todo del tirón, me parecía una historia horrible, una injusticia, algo para olvidar y no para hacer una canción. ¿Por qué? ¿Por qué tanto dolor? No lo entendía. Ni tampoco por qué hacerme partícipe a mí, que no había hecho nada malo.

Pablo no entendía nada ni tampoco se atrevía a preguntar, no fuera a ser que acabara llorando él también. Se limitó a acariciarme la cabeza, culpando con la mirada a mi padre.

—No sé, porque él se va a la guerra, creo. —Mi madre buscaba con la mirada la complicidad de mi padre, que se había acercado y hacía amagos para unirse al bando de los buenos. Yo me negaba a mirarlo.

—Mamá, ¿nadie le dijo a Penélope que aquel hombre que volvió era el novio? ¿Vive aún Penélope? ¿Y él? —Mi cara estaba llena de mocos y mis brazos colgaban inertes en el abrazo de mi madre: el mundo era un sitio cruel y yo no podía tener más pena.

—Claro que viven, los dos viven aún... y se casaron —dijo ella.

Mi padre explotó en una carcajada. Supe que mi madre me mentía porque ella también empezó a reírse justo después de pronunciar aquella frase.

Tengo casi treinta años y estoy llorando con la misma intensidad que entonces, solo que esta vez el dolor no se va con las horas ni con las semanas.

Han pasado veintitrés días desde que Manuel me dejó. Veintitrés días que llevo viviendo en mi antigua casa. Pero solo puedo quedarme una semana más, ya que mi

habitación la ha reservado otra persona para entrar a vivir a primeros de mes. Así que busco piso en páginas de Internet mientras lloro a moco tendido, tanto como si un caminante me hubiera hecho envejecer esperándolo en un andén.

Hace casi dos años que ya no vivo aquí y hace unos meses que Bea y Luis tampoco. Ella se ha ido a vivir con un pasajero que conoció en el AVE, en un trayecto Madrid-Tarragona, poco después de romper definitivamente con el abogado-casado, el cual, por su parte, rogó e imploró a su mujer que le dejara volver a casa. Ella aceptó, más por humanidad que por amor, según la versión de Bea, lo cual me dejó un poco triste: resignarse a vivir una vida con alguien a quien ya no amas solo es entendible si ya has renunciado a toda esperanza de vivir una vida que valga la pena.

Bea acabó harta del abogado-casado tan pronto se encontró a sí misma lavando sus calcetines y preparándole la comida cada día para ir al bufete. El hombre con el que había fantaseado no existía. Se dio cuenta de que había estado enamorada de alguien que no encontraba por ningún sitio en el día a día, alguien que había resultado ser un hombre que iba a trabajar sin calcetines si ella antes no se los había lavado, doblado y metido en el cajón correspondiente. Bea se dio cuenta de que más que echarse novio había sido madre de un señor.

Poco después de conocer al chico del tren, lo primero que me dijo fue: «Vive solo, he visto su casa y da gusto, ¡es tan apañado!». Y los ojos le brillaron.

Luis, por su parte, se fue como voluntario a una ONG en Camboya tan pronto acabó el curso escolar. Tenía pensado volver después del verano, pero le informaron de que ese curso no tendría plaza como maestro interino y decidió quedarse allí.

«Gasto menos que en Madrid, viviré más meses de mis ahorros aquí que en ninguna parte y además estaré ocupado», me dijo en uno de nuestros correos. Correos que por otro lado habían ido disminuyendo de intensidad, de frecuencia y de extensión, no sin quejas por su parte. «Joder, Bárbara, deja de ser feliz y respóndeme de vez en cuando».

De entonces solo queda en casa Unai. A pesar de haber convivido muy poco con él, me recibe con los brazos abiertos, incluso me ofrece que me quede en su habitación si se retrasa mi búsqueda.

—Yo tuve un mal de amores de esos de *crack*. —Unai sigue apoyándose en las onomatopeyas para hablar, lo cual me hace mucha gracia a pesar de mi situación; le da a la conversación mucho ritmo, aunque me cuesta seguirlo cuando usa demasiadas.

—¿Sí? —le pregunto con interés—. ¿Y cuánto tardaste en recuperarte? —Toda mi obsesión ahora es saber si voy a volver a ser una chica normal y cuándo va a ser eso.

—Dos años, *clavaos* —me dice.

—¡Dos años! —No puedo estar dos años así, me moriré de algo antes, seguro, porque con mi hipocondría yo ya doy por hecho que tanto dolor me va a infartar algún órgano vital.

—Sí, pero se pasa... Bueno..., casi —dice con miedo a que me eche a llorar otra vez. Me ha visto llorar tantas veces en estos días que no sé cómo no lo ha normalizado ya y sigue afectándole.

—¡Cómo que casi! —exclamo. Es la primera vez que tengo el corazón roto por tantos sitios y necesito que los que han pasado por aquí me expliquen qué es lo que viene a continuación y cómo acaba la cosa. Pero necesito también que me mientan y me digan que en un tiempo razonable estaré como nueva, sin marcas.

—Bueno, depende de cada uno, Bárbara; hay gente que se queda pillada toda la vida, *clic*. —Y hace un gesto con dos dedos junto a su sien, como si algún dispositivo maquiavélico se hubiera puesto en marcha dentro de su cabeza—. Pero también hay gente que lo supera por completo. En mi caso, lo he superado, aunque me acuerdo de ella cada día desde hace cinco años, que fue la última vez que la vi. —Y, casi para sí, murmura—: Que no sé yo hasta qué punto eso es superarlo completamente.

No quiero seguir escuchando. No estoy preparada para pensar que esto me va a durar tanto tiempo. Me giro hacia el portátil y tecleo sin ganas en la barra de búsqueda de una página de alquileres: «Barrio de La Latina». Quiero vivir lo más lejos posible de mi zona y de la de Manuel, aunque soy consciente de que me las veré y desearé para llegar a tiempo a las imaginarias. Mis prioridades han cambiado radicalmente.

Hay un nuevo anuncio en La Latina, cerca del teatro. La foto muestra una habitación pequeña y cuadrada pero con un gran armario empotrado y una cama individual más amplia que las que he visto hasta ahora. La ventana da al exterior y sobre la mesilla hay un ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll. «Quiero vivir aquí», me digo. Busco el contacto bajo el anuncio. «Lúa. Llamar a cualquier hora menos por la noche, que duermo». Sonrío.

Marco el número y Lúa responde al segundo tono.

CAPÍTULO 13

LA CHICA QUE FINGÍA EMPEZAR DE NUEVO

El día que conozco a Lúa llueve tanto que no puede notar que si tengo la cara empapada es de llorar. Estar cada vez más cerca de encontrar un sitio permanente me aleja más de Manuel y eso me rompe en mil pedazos. Siempre que lloro, siento que me desprendo de un poco de dolor y cuando acabo, me sueno los mocos y creo de nuevo que todo va a salir bien. Siento otra vez que Manuel me perdonará, que confiará en que nunca más volveré a engañarle. Y todo va a ir bien, y arcoíris de todos los colores de día y luciérnagas bailarinas de noche. Pero al cabo de unas horas ya se me ha pasado el optimismo y las luciérnagas, y se apodera de mí la melancolía, la certeza de que Manuel no puede quererme ahora que me conoce de verdad, así que tengo que volver a llorar y llorar para recuperar el norte. Norte que no es tal.

—¿Eres Bárbara? —pregunta Lúa.

Lúa me gusta desde ese instante. Su lenguaje corporal parece decir: «Mirad, el mundo no deja de sorprenderme, yo aquí no encajo ni de coña... pero lo llevo bien, hay cosas peores».

Veo su piso, pequeño y acogedor. Quiero vivir aquí. Me siento lejos de mi barrio, de casa de Manuel, de mi antigua vida. Porque aunque Manuel se ha ido a Francia como profesor en una escuela de aeronáutica, estar cerca de su casa y de nuestros lugares comunes me resulta insuperable.

Que Lúa me llame al día siguiente para que me mude cuando quiera es un alivio en todos los sentidos. Aún tengo la mayoría de mis cosas en las cajas de la mudanza de casa de Manuel a mi antiguo piso, así que es rápido y fácil.

Me voy adaptando bien a mi nueva casa como puedo. Acomodo todas mis cosas durante los primeros días haciendo un esfuerzo sobrehumano. Coloco cada libro en la estantería como si fueran piedras enormes, intentando pensar en otra cosa hasta que doy con *King Kong Théorie*, que aún lleva los trozos de papel que Manuel le fue poniendo en las partes que le parecían interesantes y que repasaba a veces. «Tendré que comprar un ejemplar para él», pienso.

Me siento culpable por haber traicionado a Manuel, por nuestra ruptura y ahora también por llevarme uno de sus libros favoritos. «Debí habérselo dejado», pienso.

Todo me parece un mundo. Hasta comer, que ha dejado de ser un placer para convertirse en una tarea inabarcable: cualquier plato se me hace eterno; cualquier bocado, intragable.

Me cuesta dormir y odio despertar. Amanezco ya con el ceño fruncido por el dolor y sueño casi cada noche con él. A veces, con que vuelve. Otras, con que nunca se ha ido. Despertar es siempre, sin excepción, una decepción tras otra.

Cuando voy a trabajar, arrastro el *trolley* de vuelo como quien empuja un obelisco y en cada vuelo sonreír me parece el trabajo más difícil de todos.

Cada día creo ver a Manuel en el aeropuerto o haciendo cola en el supermercado. Por mucho que sepa que él se encuentra a miles de kilómetros, sigo viéndolo en cada

esquina. Y cuando no lo imagino en cualquier sitio, me dedico a pensar que tiene una nueva novia francesa que viste boinas y pinta para él cuadros abstractos mientras fuma sensualmente cigarrillos largos con boquilla. Una novia que quiere formar una familia, una novia valiente y decidida. Las teorías más peregrinas se me ocurren solo para hacerme más daño a mí misma. O quizá es que cuando me embarga el pesimismo, doy por hecho que aquel horror puede empeorar en cualquier momento.

Casi siempre que suena el teléfono, pienso que es él para decirme que va a ser padre, o cualquier otra persona para contarme que lo ha visto riendo en alguna calle, concierto o centro comercial. Solo *casi* siempre porque los arcoíris y las luciérnagas regresan sin descanso, y vuelvo a dar por hecho que en algún momento él levantará el teléfono para decirme que todo ha sido un error y que dónde estoy, que viene.

El teléfono, sin embargo, nunca sonó ni para una cosa ni para la otra.

LO DE LA IRA

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta Bea con su delicadeza habitual.

Me hace gracia la forma que tiene de abordar temas espinosos. Baja el tono de voz, te mira mitad temerosa, mitad esperanzada y no respira hasta que le contestas. La miro ahora, sentada junto a mí en el cine, mientras esperamos que empiece la película. Por primera vez hemos llegado antes de la hora.

—Mal —respondo. Y le sonrío. Y me lleno la boca de Maltesers para no hablar más.

—Irás bien, ya verás. Mira yo qué bien estoy ya —me dice sonriendo, ya relajada porque no me he echado a llorar con su pregunta.

Que compare mi ruptura —no elegida— con la suya —que ella misma decidió por desgana— me pone de repente furiosa. Me lleno de una rabia que, por reiterativa en estos meses, empiezo a normalizar. Un calor que me nace en la boca del estómago y sube como un rayo hasta mi lengua, que antes de darme cuenta está soltando sapos y culebras.

—Tienes una costumbre muy fea de compararte siempre con los demás en todas las situaciones. Claro que tú estás bien, porque lo has dejado tú, no te jode —digo con la boca llena de Maltesers pero intentando parecer digna.

Bea vuelve a tensarse de nuevo. No se lo esperaba.

—Para mí fue duro romper con Felipe —protesta tímidamente, incorporándose en su butaca.

—¿Quién coño es Felipe? —pregunto aún muy cabreada.

—El abogado-casado —contesta Bea poniendo los ojos en blanco.

—Ah, perdona, era tan importante que nunca lo llamaste por su nombre sino por su mote. —Y vuelvo a mirar a la pantalla, aunque no proyectan nada.

—Eres muy injusta, Barbi —me dice Bea con los ojos llorosos. Pero me da igual.

—Injusta es alguien que compara su historia de mierda, que ella misma dejó de lo

mierda que era, con la de alguien que está rota porque la han abandonado. Eso —digo señalando al aire con un dedo, como si en algún punto del espacio estuviera «eso» mirándonos— es injusto.

Bea ahoga un grito de indignación y acto seguido respira hondo, como si quisiera controlar su evidente enfado. Siempre lo hace y con éxito, lo cual envidio. A mí nunca se me ocurre eso de respirar hondo antes de hablar.

—Nuestra historia no fue una mierda. De hecho, es bastante similar. Manuel te dejó porque eras diferente de como él creía, porque tú le ocultaste... cosas. —Y me mira temiendo haberse pasado de la raya, no se da cuenta de que la raya ya está tan lejos de ambas que ni la vemos—. Y a mí me pasó algo parecido con Felipe. No era quien yo pensaba. ¿Crees que es fácil alejarte de quien quieres? Pues no, porque en tu cabeza sigues enamorada de la persona que te habías fabricado cogiendo los retales que te convenían, es una mierda, Bárbara, ¡es una mierda! Yo lo pasé mal dejándolo, dejar tampoco es fácil, ¿sabes? —Conforme habla va alzando la voz y dos chicas en la fila de detrás nos miran en silencio mientras comen palomitas, enganchadas a la escena—. Yo sigo pensando en él, en lo que yo creía que era, y comparándolo con todos los que pasan por mi vida, mi chico de ahora incluido. Pienso en él y en lo que sentía por él, y me atormenta porque no he vuelto a sentirlo.

Bea parece a punto de echarse a llorar, pero la explicación de su propio sufrimiento solo hace que me enfade más.

—Bueno, pero ¡qué fatalidad lo tuyo! —digo sarcástica echándome las manos al pecho—. Pobrecillo Manuel y pobrecilla tú, que vivíais en un mundo ideal donde vosotros sois perfectos y los demás seres indignos de vuestro amor. Los demás decepcionan y vosotros nunca, porque ¿cómo podríais decepcionar vosotros si sois ángeles caídos del cielo? Y claro que es lo mismo, ¡es igual! —exclamo, y a las dos chicas de detrás les falta apoyarse en nuestras butacas para no perderse detalle—. Es lo mismo desenamorarse y dejar al *pringao* de turno que estar enamorada hasta las trancas y que te abandonen. Siento si no he sido todo lo empática que debería con toda tu pena y tu fantasía autofabricada que no resultó ser real, espero que me perdones por no haber estado contigo en tu duelo, pero, bueno, has tardado poco en volver a estar bien acompañada. Espero que esta vez te dé por ser decente con tu chico y entender que todos tenemos mierdas que no queremos sacar ni tenemos por qué.

Bea se levanta, coge su bolso a toda prisa, roja de ira, justo cuando empiezan los tráileres y se va sin decir nada más. Yo me quedo con ganas de más gresca, me quema el asiento, me quemo por dentro, me duele respirar, creo que podría escupir fuego ahora mismo.

—Oye, monas —digo girándome a las chicas de la fila de atrás—, ¿por qué no habéis participado en la tertulia?

Ellas se miran entre sí y no puedo ver más porque las luces se apagan. Y empieza la película que ya no quiero ver. Miro la pantalla con la mirada perdida, sin verla.

Retumba con eco el «Manuel te dejó porque eras diferente de como él creía» de Bea, que me lleva a recuerdos que no quiero tener.

—Eres perfecta, Bárbara —me dijo sonriendo Manuel al salir de casa de sus padres la noche que me los presentó—. No sé cómo lo haces para no tener defectos. A mis padres les has encantado.

Andábamos hacia su coche por la calle residencial donde vivían sus padres. Era un barrio bien a las afueras de Palencia. Ambos médicos, muy educados y muy señoriales. Me habían caído bien, pero no pude evitar sentirme como un pez fuera del agua. Parecían uno de esos matrimonios que lleva mil años juntos pero nunca se han tirado jamás un pedo delante del otro. En realidad pensé que yo les había gustado porque me había comportado como creía que ellos esperaban que me comportara.

—No me conocen aún. Y sí que tengo defectos, será que tú no los ves —le contesté a Manuel.

Debí haberme alegrado de que Manuel no me viera defectos y sin embargo lo que sentí fue un pinchazo que se parecía bastante al miedo. ¿Con qué ojos me miraba para decir eso? Me veía a mí misma como una impostora cuando decía cosas así. Y también por haber gustado tanto a sus padres. De alguna forma entendía que en un solo día no les había dado tiempo a ver quién era yo realmente, al fin y al cabo me había comportado como si tuviera un palo metido por el culo para no desentonar (tanto que había salido de allí llena de gases por el esfuerzo), me había reído con las bromas cuando notaba que se esperaba de mí una risa y me había controlado para no morderme las uñas. Pero Manuel y yo ya hasta vivíamos juntos y necesitaba que viera mi parte mala, mi lado humano, y lo aceptara también. Yo veía la suya, sabía lo que no me gustaba de él: no me gustaba cuando era demasiado tibio al posicionarse políticamente en conflictos que me parecían importantes. No me gustaba que se riera de mí cuando lloraba viendo una película. Ni que cuando tenía un mal día me sonriera sin ganas, cuando reprimía su tristeza, su decepción o sus enfados de tal forma que parecía no sentirlos. No me gustaba que no compartiera lo negativo conmigo y se lo guardara para él, detestaba esa sobreprotección, como si yo no fuera a ser capaz de lidiar con la parte dura de la vida. Pero yo hablaba sobre ello para mejorar nuestra relación, para que la falta de comunicación no mandara a la mierda lo que teníamos. La diferencia entre él y yo era que yo aceptaba la parte que no me gustaba y seguía queriéndole a pesar de ello.

—De verdad, llevamos más de un año juntos y todo me gusta. Y va a más, nunca a menos. —Se paró en mitad de la calle a oscuras y me rodeó con sus brazos, sonriendo—. Tus defectos no son realmente defectos, tienes mucho carácter, es cierto, pero eso me encanta, no es malo. Y roncas, pero ni eso lo haces feo, haces un ruido muy gracioso, un día te voy a grabar.

Le amenacé de muerte para disuadirlo de grabarme mientras roncaba y me deshice de su abrazo con la excusa de tener frío y querer llegar ya al coche.

—Dime cosas que no te gusten de mí —le pedí enrollándome un mechón de pelo

entre los dedos, mientras él conducía. No había parado de darle vueltas en lo que llevábamos de trayecto a eso de que no tenía defectos—. O que te gusten menos.

—Hmmm —murmuró pensativo—, no sé, déjame pensar. A ver, no me gustan tus lentejas. Sé que es lo único elaborado que sabes cocinar, pero no me gustan. —Y rió.

—Va, en serio, Manu, tiene que haber algo.

—Bueno, bueno..., vale. —Carraspeó y miró fijamente la carretera—. Si los ronquidos y las lentejas no te valen, diré que no me gusta cuando me despiertas por las mañanas con ganas de hacerlo. ¡Es terrible!

—Vale, está claro que no vas a decirme nada —repliqué algo molesta.

—¡Eh! —me dijo sorprendido—, no sabía que esta conversación era tan importante. Joder, venga, vale, empieza tú y ya me animo yo.

—Muy bien. No me gusta que estés a punto de cumplir cuarenta años y vivas esta relación como si tuvieras quince, idealizándome de la misma forma que yo a Axl Rose en los noventa. Tengo defectos y muchos.

Manuel apartó la vista del volante y me miró serio unos segundos que me parecieron horas.

—Eres cruel a veces, Bárbara. No me gusta cuando eres cruel. Ahí tienes tu puto defecto.

Miré al frente. Tragué saliva. No dije nada. Fue una victoria que supo a derrota.

CAPÍTULO 14

LA CHICA QUE SE LAMÍA LAS HERIDAS

El dolor va cambiando de forma y horarios, pero no desaparece. Al principio me atacaba por las mañanas, antes de despertar. Era como un dolor automático que yo no podía controlar de ninguna forma porque funcionaba sin mí. Con los meses se fue convirtiendo en un dolor diferente, un dolor calmado, sobre todo en la tranquilidad de la noche, donde no había casi lágrimas pero sí una tristeza que terminé creyendo eterna. Y conformándome con ella.

Unos meses después de mudarme al piso de Lúa y aprovechando un vuelo Madrid-Buenos Aires que tengo programado justo en un puente en Madrid, invito a Lúa a que venga conmigo. Aerospain proporciona a sus empleados una serie de billetes anuales llamados «frees» para que los regalemos a amigos y familiares.

Yo ya he estado en Buenos Aires muchas veces, pero es la primera vez que Lúa salta el Atlántico y está emocionadísima.

—Además, es que necesitaba desconectar de ese circo de pseudointelectuales, Barbi. Creen que realizan una gran labor pero lo que hacen es limitarse a comentar miserias de la vida de otros en tertulias bochornosas —resopla una vez tocamos tierra porteña.

A Lúa le encanta su trabajo siempre y cuando sea para hacer caracterización. Odia profundamente maquillar a tertulianos del corazón o presentadoras de telediarios, ya que estos tienen el añadido de la «excentricidad del famoso casposo», como ella lo llama, y asegura que es mucho peor que la «excentricidad del famoso a secas», la cual lleva algo mejor.

—Estoy tan frustrada que a veces tengo delante a uno de ellos, con la brocha y el pote en la mano, y pienso qué personaje de ficción podría encarnar, y mientras lo maquillo, imagino los colores y materiales que harían falta para caracterizarlo del monstruo adecuado.

Lúa, a pesar de dedicarse a ello, nunca va maquillada, ni siquiera para ir a currar. Envidio profundamente esa libertad en un trabajo, ya que en el mío ir con la cara lavada o con poco maquillaje es motivo de sanción. Lo cierto es que no solo envidio a Lúa, envidio a todo el mundo que tiene trabajo en tierra. A todo aquel que no tiene que esforzarse en mantener la camisa metida dentro de la falda o que no recibe mensajes de sus jefes en su casillero con cosas como: «Ha hecho la mitad del vuelo con el rímel corrido. Atenta con los demás, pero se despreocupa de su imagen». Envidio a todos los que no tienen que irse una semana a tomar por culo cuando su pareja acaba de darles una patada.

No quiero pensar en ello ahora pero noto cómo el trabajo de mis sueños está perdiendo el brillo que le había ido puliendo mientras intentaba conseguirlo y empiezo a verlo como un curro más donde me dedico a viajar con extraños que, en su mayoría, están mucho más cansados de viajar que yo. Y si no quiero pensarlo ahora es porque con esta pena que llevo colgando a todos sitios, no solo ha perdido brillo

mi trabajo, sino todo en general. Y sin embargo, pienso en ello. La negatividad no me deja ni a sol ni a sombra y las cosas que no me gustan de mi trabajo pesan más que nunca. Soy consciente de que gano mucho más dinero que en cualquier otro al que me haya dedicado pero es un dinero que gasto sin los míos, en lugares en los que ya no quiero estar, y al final es como disfrutarlo solo a medias. Un trabajo que me obliga a abandonar mi casa y mi ciudad cada dos por tres, dejando asuntos burocráticos o simples peleas con mi pareja en *stand-by*: es como darle a mi vida al botón de pausa sin querer pararla. De hecho, en estos momentos lo que quiero es rebobinarla o saltarme varios capítulos. A todo esto, además, se le une el trasiego de ir y venir, de tener siempre mis pertenencias en maletas y de despertar cada día en un lugar diferente, alternando primavera con otoño, verano con invierno y el día con la noche, y el desarraigo que añade a mi ya de por sí sensación de soledad empieza a ser inconsolable.

La primera noche que pasamos en Buenos Aires, Lúa y yo salimos a emborracharnos como si no hubiera un mañana. Las dos necesitamos evadirnos de la realidad, esta vez pulso el botón de pausa con todas mis ganas. Qué diferente es viajar con quien tú quieres.

Decidimos empezar la noche yendo a comer carne a la brasa como solo en Argentina puedes comerla: filetes gruesos de vacuno, tiernos, poco hechos y jugosos, acompañados de vino. Mientras, planeamos nuestros cuatro días en Buenos Aires. Salimos del restaurante con una chispa divertida, riéndonos por todo y con ninguna gana de volver al hotel. Tanto es así que cuando queremos darnos cuenta, estamos completamente ebrias en una discoteca del último piso de un edificio, en la calle Florida, una de las más céntricas de la ciudad, intentando no caernos de la tarima a la que nos hemos encaramado mientras ejecutamos el baile de Carlton Banks con la destreza de dos morsas ibéricas. La gente intenta no arrimarse demasiado a la plataforma donde normalmente hay una gogó: creo que hay cierto temor a que una de las dos caigamos sobre alguien con resultado de muerte. Pero lo pasamos tan bien y me río tanto y con tantas ganas que, por primera vez en meses, consigo pasar varias horas seguidas despierta sin pensar en Manuel. La pena infinita en ocasiones hace sitio para un poco de euforia, como dándote cancha para que te confíes y entonces volver con más fuerza.

Lúa se cuelga del cuello de un chico porteño a mitad de la noche. Tardo algunos minutos en darme cuenta porque estoy entregada a una especie de baile, que intuyo algo errático pero que me divierte muchísimo, consistente en dar saltitos mientras giro sobre mí misma. Cuando paro y mis globos oculares dejan de dar vueltas, levanto la vista y veo a Lúa besar al chico como si lo hubiera estado deseando toda la vida. Me aparto un poco. Yo soy capaz de subirme a una tarima para imitar a Carlton, pero ese beso es tan desproporcionado que no quiero que nadie piense que los conozco de algo. Veo al amigo del chico, que también se ha hecho a un lado, mirándome y encogiéndose de hombros.

—Creo que lo mejor es que hablemos entre nosotros como si hubiéramos venido juntos y estos dos fueran unos completos desconocidos.

—¡Sí! —Me echo a reír y me parece el mejor de los planes—. Soy Bárbara, pero no me des dos besos o se darán cuenta.

—Yo soy Matías —dice sonriendo. Y me ofrece su copa—. ¿Querés? Es Jaggermeister.

—Uh, ¡no! Cada vez que bebo eso es como si me hubiera metido LSD, al día siguiente solo recuerdo que he volado en un dragón fucsia.

Matías me cuenta que es de Armstrong, una localidad de la provincia de Santa Fe. Y hablamos de política y de nuestras vidas todo lo que el volumen de la música de la discoteca nos permite. Me parece tan divertido contando cualquier anécdota que le invito a salir a la terraza de la discoteca porque la música acaba siendo un obstáculo más que algo que me apetezca realmente. Es pleno verano en Buenos Aires y estoy segura de que, además de más tranquilos, estaremos más fresquitos que rodeados de toda esta gente. Él me sigue hasta unos bancos de madera que hay en la terraza, desde donde tenemos una vista espectacular del centro de la ciudad.

Me cuenta que trabaja de comercial para una cadena de productos de peluquería, pero me confiesa que lo odia.

—Pero, bueno, se me da bien y... tampoco es que haya muchas oportunidades en Argentina desde el corralito... —Noto que se ha puesto serio y, de pronto, como para quitarle hierro al asunto, me dice con el tono distendido del principio, cogiéndome un mechón de pelo—: Tenés que ponerte un sérum que yo vendo para estas puntas, che, están quebrándose, ¿viste? —Y me pone delante de los ojos mi propio mechón con aire de profesional.

Yo me echo a reír mientras lo miro, esperando la siguiente payasada. Él me mira pero no dice nada más. Su sonrisa poco a poco deja paso a una mirada sin más, respira lentamente sin apartar sus ojos hasta que, muy serio —demasiado serio para todo el alcohol que llevamos ingerido—, se acerca a mí despacio, dándome tiempo a apartarme si así lo quiero. Pero no quiero, así que me besa. Y yo le devuelvo el beso como si fuera algo que hacemos normalmente. Es un beso suave y respetuoso. En un primer momento solo puedo pensar en que un extraño que se ha bebido Glasgow delante de mis narices me está dando un beso respetuoso a diez mil kilómetros del mundo real. No recuerdo que me hayan besado con tanto cuidado nunca. Es mi primer beso después de Manuel. Últimamente pienso mucho en estos términos: antes de Manuel, después de Manuel (aM/dM).

Es extraño pero dulce sentir otra boca, otros labios, otra lengua que se mueve de otra forma, otras manos que me acarician el pelo de manera distinta. Pero no me importa, es más, no solo me gusta sino que en cierta forma algo en mí se sana.

Contra todo pronóstico, durante los cuatro días de mi viaje, paso más tiempo con Matías que con Lúa. Me resulta muy fácil estar con alguien que no forma parte de mi mundo, alguien a quien no tengo que volver a ver. Demasiado fácil hablar sin filtros,

confesar cómo me siento o qué quiero en cada momento ante unos ojos que no van a decirme nunca: «Una vez me dejaste ver dentro de ti sin escudos y sé perfectamente cómo eres, a mí ya no puedes engañarme».

Estoy con Matías como estarías con alguien si supieras que un meteorito va a mandarlo todo a la mierda y el mundo diera de repente exactamente igual. Y me doy cuenta de lo mucho que necesito algo así. Él, además, me deja hacer y ser a mi antojo, entre divertido y comprensivo, debatiéndose a veces entre la sorpresa y la emoción de ver a una chica abierta en canal, que a veces ríe y a veces parece a punto de echarse a llorar de forma casi aleatoria; alguien que no intenta disimular el hecho de estar rota. Creo que Matías intuye que con solo dejarme estar, sin reproches o prejuicios, me ayuda a recomponerme. Y así es.

Hacemos el amor como si nuestros cuerpos no fueran nuevos, como si supiéramos cómo y por qué, entregados a las risas y a la sensualidad unas veces y al caos y a un instinto primitivo otras, sin hacernos preguntas porque no buscamos ninguna respuesta. Sin transcendencia ni futuribles. Matías y yo encajamos como solo dos personas rotas pueden encajar hasta formar una sola, porque él, al igual que yo, se rompió una mañana en la que la persona a quien amaba le dijo que hacía tiempo que quería irse para no volver. Y que no volvió.

Me lo cuenta la tercera tarde que pasamos juntos, intentando no ponerle demasiado drama, mientras nos tomamos un helado de murra apoyados en la barandilla de un puente de Puerto Madero, no muy lejos del hotel, mientras miramos el río de la Plata pasar con una parsimonia que parece decirle al mundo: «Me lo tomo con calma porque soy el puto amo de los ríos y a mí no me mete prisa ni dios».

Empieza a atardecer y el sol deja de picar en la piel para doler en los ojos. Oigo hablar a Matías con la mirada clavada en el agua que pasa bajo nuestros pies. He aprendido en muy poco tiempo cuándo mirarle y cuándo no para que las palabras le fluyan sin más.

—Ya hace un año de aquello —dice Matías con su pronunciación exquisita. «*Sha hase un año de aquesho*». No puedo dejar de pensar, incluso ahora, que su acento es el más bello del mundo—. Ahora sé que no va a volver, pero no creas que lo supe desde el principio. Durante muchos, muchos meses pensé que tarde o temprano se daría cuenta de que me quería. Yo dejé pasar el tiempo, ¿entendés? —Y me mira, buscando mi mirada y mi comprensión. Y entonces lo miro. Tiene la piel tostada y su nariz es recta y grande, y sus ojos, aunque son achinados como los míos, me fascinan. Parecen reír incluso cuando está serio. Matías continúa—: Creí que era la manera para hacerla volver: dejarla estar, pensar, sentir. Qué sé yo. Pero ahora me doy cuenta de que no había forma de que volviera, que no dependía de mí y que ella ya se había ido mucho antes de irse. Y te decís a vos mismo: llamará, no puede ser de otra forma, ya verás como llama.

Oír la reflexión de Matías sobre su yo del pasado —tan exacta a la que hago yo de mi presente— hace que, de repente, no pueda seguir comiéndome el helado. El

estómago se me ha cerrado por enésima vez, un hormigueo comienza a recorrerme las palmas de las manos y noto cómo me voy poniendo pálida. El río, la murra y Matías no van a poder diluir ya mis ganas de llorar esta tarde. Me doy cuenta justo en este instante de que llevo meses comprobando sistemáticamente mi teléfono, mi buzón, su Facebook (desierto desde que lo dejamos), y de que cuando veo que no hay rastro me digo que llamará, que no puede ser de otra forma, tarde o temprano..., pero mi teléfono no había sonado ni una sola vez, no había recibido ningún *e-mail* ni tampoco había sonado mi portero automático en mitad de la noche, con Manuel rogándome verme de nuevo.

Matías se da cuenta de que la conversación me ha llevado lejos de allí y de que no me encuentro bien.

—Bárbara —me dice subiendo el tono de voz, como si quisiera dar un golpe sobre la mesa y ordenarme por dentro en un instante—, ¿sabés eso que dicen ustedes los españoles de «quien bien te quiere, te hará llorar»? No es verdad y no sé de dónde lo sacaron, es de pelotudos creer eso. Quien bien te quiere te hace reír, te hace feliz. Si te hace llorar, no te quiere, y mucho menos te quiere bien.

—Eso mismo podría decir él de mí —le respondo en voz baja. Él me mira torciendo el gesto. No quiere preguntar, pero quiere saber para entender—. Le engañé —añado.

Y el recuerdo de Manuel repitiéndome «¿Por qué me haces esto?» me asalta en forma de bucle con diapositivas demoledoras.

Meneo la cabeza para deshacerme de ellas y le doy a Matías mi helado, que se me derrite en la mano. Le pido que nos veamos mañana, que hoy ya no voy a ser buena compañía. Y Matías, como en cada momento de aquel viaje, no me pone peros y me deja ir.

Subo a la habitación del hotel, me desnudo y me meto en la cama. Aún no es de noche, pero pongo todo mi empeño en quedarme dormida y lo consigo sin derramar ni una lágrima. «¿Se me habrán acabado?», me pregunto mientras caigo en un sueño profundo, desprovisto de imágenes, de sensaciones, de recuerdos. Un sueño vacío, como yo.

Amanezco doce horas después, extrañamente calmada. Hoy es el último día que pasaremos en Buenos Aires y el plan es pasarlo los cuatro juntos: Lúa, Luca —su nuevo amigo—, Matías y yo. Nos dejamos llevar por los chicos, que nos enseñan rincones de la ciudad que yo no conocía, ya que siempre que viajo a Buenos Aires acabo haciendo los mismos planes, esos típicamente turísticos, de los que te recomiendan en la recepción de los hoteles o en las oficinas de turismo.

Nos llevan a una pastelería antiquísima, cerca de Carabobo, donde comemos tantos alfajores de dulce de leche que creo que voy a reponer todos los kilos que he perdido. Mi estómago parece aceptar el dulce de leche, así que anoto mentalmente comprar varios botes en España. Vale que no es exactamente una de esas dietas macrobióticas y megasanas que me gusta imaginar que algún día conseguiré incluir

en mi vida (una de esas cosas que al final nunca hago, como meter fotos en el portarretratos digital o cambiarle el aceite al coche), pero más vale eso que nada.

Lúa pasea de la mano de Luca. No parece haber mucha conexión entre ellos más allá de una obvia atracción sexual, pero da la sensación de que lo saben y no les importa, es palpable que ninguno de los dos va a sufrir con la inminente despedida y eso está bien. Matías y yo, sin embargo, no nos damos la mano para no tener que soltarla luego.

No voy a enamorarme de Matías en cuatro días ni él de mí. De haber creído que así sería nos habríamos engañado, ambos sabemos que el componente para el éxito de aquella relación fugaz es que va a acabarse. Aun siendo consciente de esto, ahora se me antoja extraña una vida sin Matías, da igual que sepa que de habernos encontrado los dos enteros, nada de esto habría sido lo que es.

Matías fue el comienzo del final de mi pena. En ese momento no lo vi, pero con el tiempo y la distancia posteriores me di cuenta de que aquellas conversaciones, aquellos besos y aquella forma de verme reflejada tan nítidamente en su propia historia marcaron un antes y un después en mi desconsuelo.

LO DE BUSCAR SIN ENCONTRAR

Vivo con Lúa hace meses y parecen años. Yo soy una pena andante pero ya no lloro, lo cual facilita mucho mi vida social... y la de ella. Hemos hecho como cualquier pareja de novias y hemos formado una especie de pandilla con sus amigos y los míos. Para ser sinceros, después de mi ruptura con Manuel yo solo aporté al grupo a Bea, que es a la única a la que me apetecía rescatar de mi vida aM y con la que verdaderamente he tenido una amistad en estos años en Madrid. A pesar de encontrarme en esta etapa de tristeza-ira-negación no hemos vuelto a discutir desde el día del cine. Día que acabé llamándola por teléfono para pedirle disculpas por ser tan gilipollas. Gracias a dios Bea no es rencorosa; cualquier otra persona me habría mandado ya a la mierda. También habría aportado a nuestro nuevo grupo a Luis si no se hubiera ido a hacer el bien al Tercer Mundo, pero casi lo prefiero así, no me hubiera gustado que me viera en este estado, donde lo mismo canto que lloro, que te monto una escena en un sitio público mientras como Maltesers compulsivamente. Lúa, por su parte, nos presenta a Carmen y Rubén, dos hermanos encantadores que trabajan como periodistas en un medio pequeñito pero independiente. Y también a Vicente, un cámara de la cadena donde trabaja. Todos están volcados en el activismo social y siguen con ansia la actualidad del país. Una vez más, me veo rodeada de gente cuya vida gira en torno a la política. Parece que dios los cría y ellos se manifiestan.

Tampoco es raro en los tiempos que corren. Es marzo de 2011. El país se convulsiona en algunos núcleos, sobre todo Madrid y Barcelona. Las políticas del Gobierno actual, los «socialistas» (como los llama mi tío Héctor haciendo el signo de

comillas con los dedos cuando los nombra), no están arreglando, ni siquiera apaciguando, la crisis creada durante la burbuja inmobiliaria, y la visión terrorífica de una nueva victoria de la derecha en las próximas elecciones nos tiene a muchos al borde del abismo.

De forma espontánea, empieza a circular por nuestro entorno que se ha sugerido una fecha para inundar las calles y protestar por la situación y por la desaparición del bipartidismo entre socialistas y el Partido Popular, que no solo son los responsables de la crisis sino que además se han ido pasando la patata caliente de la crisis legislatura tras legislatura, hasta que nos ha explotado a todos en la cara.

—El 15 de mayo en Sol —dice Lúa—. Creo que tengo turno, debo cambiarlo.

—Yo libro —dice triunfante Vicente, y da un sorbo a su cerveza.

Estamos en un irlandés del centro que nos cobra cuatro euros por una cerveza. Siempre decimos que no volveremos pero aquí estamos de nuevo. Yo soy la que más gana de todos, el dinero no es un problema para mí, pero también me quejo, ¿por qué tenemos que venir a este sitio?

—La música me encanta —dice Carmen poniendo los ojos casi en forma de corazón mientras suena «Whiskey In The Jar», de The Dubliners.

—Vaya mierda de revolución, deberíamos estar bebiendo calimocho de tetrabrik sentados en un bordillo —bromeo.

—Eres la antiazafata, tía —me dice Vicente, rascándose la barba y sonriendo con malicia.

—Deja los estereotipos —le respondo, aunque me regocijo por dentro por su comentario. Lo último que quiero es parecer una.

—Pero, tía, ¿tú te has visto vestida de calle y lo has comparado a cuando te vistes de azafata? De azafata pareces una persona de bien y así vestida... —Vicente mete un dedo en un agujero que hay en la pernera de mis vaqueros y me gusta más de lo que quiero admitirme en estos momentos—. Si de verdad fueran solo estereotipos no estarías tan quemada —dice de pronto, acabando su frase.

—Hay gente en aviación que no es gilipollas —replico. Y mi sonrisa se tuerce porque Manuel cruza mi mente una vez más.

La tristeza está íntimamente ligada a mi deseo sexual, pero no de la forma esperable. Tengo más ganas que nunca de tener sexo. Quizá necesito los subidones y los orgasmos para sentir que aún estoy viva, o tal vez solo busco el contacto físico y el cariño puntual que me proporcionan esos momentos.

Esa noche hago todo lo posible para quedarme a solas con Vicente y acabamos en mi casa, en mi cama. Es lo que vengo haciendo con gente aleatoria desde que volví de Buenos Aires. Aunque lo cierto es que no he conseguido la paz que sentí con Matías ninguna de las veces. Porque si bien es cierto que durante el sexo no pienso en nada más y me limito a dejarme sentir, al acabar solo quiero llorar. Matías calmó de alguna forma mi culpa y mi tristeza, pero empiezo a pensar que no fue solo el sexo con él lo que lo consiguió, sino también el hecho de estar en otro país, otro mundo,

otra vida. Porque follar con tipos que no conozco o incluso con conocidos en los que confío no está surtiendo ese efecto. Quizá porque lo hago aquí en Madrid, en mi casa, con gente que puedo volver a encontrarme por la calle, en mi cama, en esa que he despertado llorando tantas veces y rodeada de todas mis cosas, las cuales están impregnadas, cada una de ellas, de vivencias con Manuel.

—Sé que me estás utilizando para quitarte de la cabeza al franchute —me dice Vicente poniéndose la camiseta y volviéndose a tumbar en mi cama cuando acabamos.

—No es verdad —contesto a regañadientes por ser tan cristalina siempre mientras me creo sutil e indescifrable cual Mata-Hari—. Y no es francés. Es español pero ahora vive allí.

—Bueno, lo que sea —dice acariciándome el pelo. Y me rindo y coloco mi cabeza en su hombro—. Todos hemos pasado por ahí, Bárbara. A mí no me importa, me lo tomo como sexo sano y ya está, pero sé honesta conmigo.

Me separo un poco para mirarlo a los ojos. Vicente no es guapo, tiene los ojos pequeños y la nariz aguileña, pero cuando habla y gesticula, su atractivo me parece una obviedad. Y me gusta. Y hablar con él es siempre interesante. Sabe cosas que solo sabes si eres él. Retiene información con una facilidad pasmosa de todo lo que lee, que es mucho, y no se vanagloria de ello, es humilde y prudente, lo cual me encanta. Quizá porque me recuerda a mi padre.

El complejo de Electra que me ataca de vez en cuando me pone un pelín nerviosa. Lo cierto es que cualquier hombre que se parezca a mi padre (incluso a mi tío Héctor) me genera el deseo de permanecer a su lado y escucharle atentamente. Estoy segura de que en psicología clínica lo mío tiene un nombre, pero no quiero *googlearlo*, ya bastante tengo con todo lo demás.

—¿Sabes algo de él? —me pregunta.

—Nada —respondo algo incómoda. Me da vergüenza decir que la persona a quien más he querido se fue un día y nunca más volvió a llamarme, ni siquiera en un momento de debilidad, de pena incontrolable. Quizá, al fin y al cabo, Manuel no me quería tanto como yo creía.

—¿Qué pasó exactamente? ¿Puedo preguntar? —Y me aparta un mechón enredado de la cara con suavidad.

—Le engañé —contesto sin más.

El día que todo empezó a acabarse hacía ya dos semanas que debería haberme bajado la regla. Me sentía asustada ante la idea de estar embarazada y el miedo era tan grande que superaba con creces la culpa que me atacó por no sentir ilusión. Estaba asustada por el mismo motivo por el que Manuel estaba feliz. ¿Qué tipo de persona era yo?

Me hice un test de embarazo en el baño de casa intentando ocultar delante de Manuel que me temblaba el pulso. Rezaba para que diera negativo, odiándome por rezar que diera negativo. Fueron los dos minutos más largos de mi vida. El test

mostró solo una raya. Manuel comprobó varias veces en las instrucciones que, efectivamente, aquello significaba que no iba a ser padre.

El resultado hizo que se destensaran todos los músculos de mi cuerpo, me derrumbé sobre el sofá del salón y me tapé la cara con las manos, mitad aliviada, mitad despreciable. Cuando me quise dar cuenta estaba llorando. Un llanto que empezó sin mi permiso y al que di rienda suelta con cada «no pasa nada, amor, es solo el primer test, seguro que pronto lo conseguimos» de Manuel.

—No, Manuel, no. —Me incorporé en el sofá, tenía que ser sincera con él y conmigo misma antes de que aquella tensión acabara conmigo—. No lloro por eso. —Manuel se sentó a mi lado y me apartó un mechón de pelo que se había pegado a mi cara empapada—. Yo quería que saliera negativo —dije. Y supe, justo en ese instante, que Manuel no iba a perdonarme cuando aquella conversación acabase.

—¿No quieres ser madre aún? —me preguntó angustiado pero calmado. Él siempre había tenido paciencia, nunca me presionó diciéndome cuál era el momento adecuado para que fuéramos padres, pero porque daba por hecho que lo seríamos antes o después.

—No aún, Manuel. Realmente nunca he sentido la necesidad de serlo —dije intentando no llorar más, porque no me correspondía a mí llorar aquel día, yo no era víctima de nada. Era más bien la verduga.

—¿No quieres tener hijos? —inquirió, incrédulo.

—Llevo todo este tiempo diciéndome que sí, que ya me vendrán las ganas y se acabará el problema. Pero no vienen, las ganas no vienen. Te juro que me conformaría con el hecho de que ser madre me diera igual. Los tendría aunque me fuera indiferente. Mi problema es que no quiero serlo. No quiero. No puedo. Es superior a mí. Tengo pánico a un positivo en estos tests, pánico.

—Pero, Bárbara, ¿qué estás diciendo? —Manuel se levantó, como si le resultara imposible seguir a mi lado. Me miró entonces como si no me conociera. Como si le hubiera dicho que era una extraña que acababa de ocupar el cuerpo de su novia y no pensara dejarla volver.

—Quizá algún día quiera, Manuel —le dije implorándole tiempo y piedad—. Pero si sigues conmigo quiero que sepas que puede que no quiera nunca, que esa posibilidad está ahí.

—Esto no está pasando —se dijo a sí mismo, mientras se tocaba la barba compulsivamente y daba vueltas por el salón. Nunca lo había visto así, jamás. Yo también estaba asistiendo a la puesta en escena de un nuevo Manuel, la diferencia era que a mí aquel nuevo Manuel también me enamoraba. Su incomprensión por mi traición y su dolor por romperle sus esquemas de vida me parecían bellos de alguna forma. Yo no habría entendido un perdón rápido o un encogimiento de hombros en Manuel. Y sin embargo deseaba no haberlo visto nunca así. No haber tenido miedo de ser sincera con él desde el principio. Como lo fue él conmigo incluso desde antes de besarme por primera vez, desde aquella noche que me acarició el pelo mientras me

quedaba dormida—. ¿Por qué me haces esto? —dijo mirándome de nuevo—. Antes de estar conmigo sabías que... —Se le trababan las palabras y meneó la cabeza intentando centrarse, como siempre hacía cuando no entendía algo—. Ya no solo es el hecho de que quizá no seremos padres lo que tengo que superar, joder, es saber que mi novia me ha estado ocultando durante dos años que no quiere lo mismo que yo. No solo que no quiere, sino que me ha hecho creer que sí.

Y volvió a mirarme con esos ojos nuevos. Sin admiración, sin amor, sin complicidad. Ni siquiera el día que salió de la cabina para decirnos que un motor había dejado de rotar había tan poco sentimiento en sus ojos. Aquel día, en el que solo me miró un segundo, casi sin verme, al menos hubo un destello del deseo de salvarme el culo.

En su mirada del día que todo empezó a acabarse, únicamente había un Manuel intentando salvarse solo a sí mismo. Y yo era el lastre que había que soltar.

—¿Le engañaste? ¿Con otro? —pregunta Vicente con el ceño fruncido.

—No. Yo no quería ser madre y no se lo dije, a pesar de que sabía que su relación anterior se fue a la mierda justo porque él quería ser padre y su pareja no —le explico, negándome a mí misma a buscar una forma de suavizarlo para exculparme—. Es un resumen bastante bueno, creo.

Vicente respira hondo sin dejar de mirarme. A saber qué está pensando, pero ya todo me da igual. Que piense lo que quiera. Que soy el demonio, que no soy de fiar, que no quiere acostarse conmigo nunca más. ¿Qué hay ya peor que estos últimos meses?

—¿Por qué no se lo dijiste? —Se incorpora un poco sobre el cabecero de la cama—. Entiéndeme, me parece una estrategia un poco torpe, no es algo que se pueda esconder mucho tiempo. No es como una infidelidad de la que puede llegar a enterarse o no, sino algo que iba a hacerse obvio tarde o temprano.

—Supongo que esperaba que en algún momento me dieran ganas de ser mamá —le respondo mirando al techo, mientras intento deshacerme del recuerdo de aquel día.

—¿Es cierto eso? ¿Pensabas que podría pasar? —me pregunta con cuidado.

—No lo sé. —Y trago saliva para no llorar. Llevo varias semanas sin hacerlo y no quiero romper la racha—. De cualquier forma, es algo que tendría que haber compartido con él desde el principio.

—Joder, qué difícil, Bárbara. Lo siento, de verdad. —Y me besa en la cabeza.

—¿Tú me entiendes? —le pregunto con miedo.

—Claro que sí. También porque no es a mí a quien le ha pasado, visto desde fuera es quizá más entendible. Pero creo que en tu lugar yo lo habría abordado mucho antes.

—Eso es porque eres buena persona —le digo con sinceridad.

—No, quizá es que yo tengo menos miedo.

CAPÍTULO 15

LA CHICA QUE SE REVOLUCIONÓ

—Tienes que dejar de follarte a todos los habitantes de Madrid capital —me dice Lúa cuando les cuento a ella y a las chicas mi noche con Vicente.

Bea y Carmen estallan en una carcajada que ni se molestan en disimular. Y yo sonrío a mi pesar.

—Lo que me gusta de contaros las cosas es... nada en absoluto —les digo tirándoles un cojín del sofá. Estamos en el salón de casa, con restos de comida precocinada sobre la mesa y nosotras desparramadas en los sofás.

—No por nada, ¿eh? —continúa Lúa—. Simplemente es que no te hace bien. —Y Lúa, una vez más, lleva razón—. Mirad —dice de repente señalando a una tertuliana del corazón que sale por la tele—, a esa la he maquillado yo hoy. ¿A quién se parece?

—Tienes que dejar de caracterizar a la gente, te van a echar —le riñe Carmen intentando no reírse.

En algún momento que no sé precisar, Lúa ha empezado a maquillar a los presentadores de informativos aplicando quizá más maquillaje del necesario. Está tan quemada con la manipulación informativa de la cadena para la que trabaja que, en mi opinión está perdiendo un poco los papeles, pero lo cierto es que luego nos reímos mucho.

—¡A Fiona, de *Shrek*! —grito emocionada.

—¡Bingo! —exclama Lúa levantando la mano para que se la choque.

—Dios, qué bien lo haces, es algo muy sutil pero a la vez obvio, si lo piensas —le digo chocando su mano con asombro.

—He usado una sombra nueva para ensancharle la nariz y...

—No, en serio, Lúa, te van a echar —insiste Carmen—. Y te necesitamos dentro de El Mal (Carmen llama así a todos los medios generalistas, reservando para su pequeño medio independiente el término «medio de información»), eres nuestra Yegua de Troya contra la manipulación, joder.

—¡Soy una puta maquilladora, tía, esto es lo más que podré hacer nunca contra cualquier tipo de manipulación informativa!

Tenemos el salón lleno de pancartas que estamos preparando para la manifestación del 15M. Quedan dos semanas y hay un ambiente festivo que rodea todo el movimiento y que consigue a veces sacarme de mis propios pensamientos de catástrofe y depresión. Me he creado una cuenta de Twitter y ya me siguen tres personas: Bea, Lúa y Carmen. Y yo las sigo a ellas. Planeamos tuitear desde Sol todo lo que pase en la manifestación para los que no puedan asistir. Hay preparados un montón de autobuses desde todos los rincones de España. No lo he visto en las noticias, por supuesto, lo he visto en Twitter. Es una red social que no entiendo bien aún. Ya he dicho: «Hola, probando, probando», pero no sé cómo comprobar si alguien me ha contestado; solo sé leer a los que sigo, que son un montón de gente que no conozco de nada pero que parecen estar tan cabreados con el sistema como yo. Y

solo por eso ya me caen bien.

En mi trabajo ninguno de los compañeros a los que he preguntado hasta ahora piensa asistir; de hecho, me miran como si tuviera algún problema mental cuando lo sugiero.

—¿Eres de esas? —me pregunta esa misma noche una compañera, con tono jocoso, en el vuelo a Santo Domingo del que no he podido librarme. Últimamente intento cambiar todos mis vuelos de largo radio para dormir siempre en casa, pero no siempre lo consigo. Se nota mucho en la nómina: los meses que no hago vuelos transoceánicos cobro menos de la mitad, pero me da igual. El castigo de estar exiliada durante días en hoteles a miles de kilómetros, cuando a duras penas sé estar en mi propia casa, es mucho peor.

—¿Cómo de esas? —le pregunto levantando una ceja. Voy a estar tres días en la República Dominicana pero ya he decidido que ni un minuto con ella.

—Ya sabes, perroflauta. —Y sonrío sacando la lengua para quitarle hierro al asunto.

No digo nada. Tengo que aprender a gestionar mi ira, no puedo tener partes negativos también por actitud.

Sigo investigando durante el vuelo, haciendo preguntas «casuales» a mis compañeros, para ver si hay alguno que vaya a asistir al 15M.

—No he ido a una manifestación en mi vida —dice orgulloso un auxiliar que dará conmigo el servicio en la clase turista, dejando clara su opinión sobre el asunto mientras se pone de rodillas para emplatar la comida de uno de los carros de bandejas. Reprimo un suspiro mientras me muerdo la lengua—. Para que tú me entiendas, Begoña —me dice—, yo soy de los que van malos a trabajar, porque el país como se levanta es trabajando, no escaqueándose.

—En realidad me llamo Bárbara —le digo, y añado—: ¿Sabes la de gente que ha muerto en manifestaciones para que tú tengas el derecho de quedarte en casa cuando estás enfermo? —Y sonrío para que no se note que estoy intentando tanto contener el tono como las ganas de lanzarlo en mitad del Atlántico.

Él me mira con una expresión socarrona que no sé si es más imbécil que machista o viceversa. Y se pone de pie, frente a mí.

—¿Tú vas a decirme a mí cómo tengo que hacer las cosas? —Y por su aliento descubro que ha estado comiendo del postre de *business*, lo cual está prohibido, claro.

—Parece que eres tú el que me está diciendo a mí cómo levantar el país, ¿no te parece?

La chica que me ha llamado perroflauta entra en el *galley* justo para oírnos, no sé cuánto ha escuchado, pero ha sido lo suficiente como para espetarme:

—¿Vas a trabajar algo o el 15M ha empezado ya para ti?

—Mi parte ya está hecha, y el 15M no es una huelga, es solo una manifestación, como trabajadora deberías saber la diferencia.

El nudo que siento cada vez que vuelo se aprieta un poco cada día. También cada

parte sobre mi uniformidad me arranca un poco más de energías.

Al llegar a mi habitación del hotel, sin quitarme siquiera el uniforme, abro mi portátil. Ya no viajo sin él. De hecho, no sé cómo antes podía hacerlo.

Le escribo a Luis:

Sé que no tengo vergüenza, llevo meses sin escribirte, puedes reñirme todo lo que quieras. ¿Cómo estás? ¿Cuándo vuelves? ¿Qué haces exactamente en Camboya? No sé si me creerás, pero te echo en falta. Tengo tantas cosas que contarte pero tan pocas ganas de hacerlo... Hay algo que sí me apetece decirte, no sé si allí te están llegando noticias de España, pero se está gestando algo que creo que puede ser bueno. Es una manifestación pacífica convocada en Sol. Espero que sea pacífica, vaya, aunque de momento ya me he peleado con media tripulación del vuelo de hoy por hablar del tema. Bea y yo y algunos amigos que tenemos que presentarte estamos haciendo pancartas y me acuerdo de ti cada día, sé que estarías disfrutando esto muchísimo. Besos. B.

Pongo el cursor sobre el botón de enviar. Vuelvo a leer lo que he puesto. El cursor parpadea, impaciente. Sé que Luis va a contestarme enseguida. Preguntándome qué tal estoy, qué ha pasado, en qué puede ayudarme. Muevo el cursor hasta el botón de eliminar y hago *clic*.

Abro el grifo de la bañera y me siento en el borde esperando a que se llene. Recuerdo la primera vez que me di un baño. Mis padres nunca nos dejaban a mis hermanos y a mí llenar la bañera porque se desperdiciaba mucha agua y teníamos que limitarnos a duchas de tampoco demasiado tiempo porque se acababa la bombona. Todo lo relacionado con el aseo era un estrés en una casa con cinco personas y un solo cuarto de baño.

Pero un día, de pequeña, me caí con los patines por unas escaleras y aproveché la pena que le dio a mis padres para pedirles un baño de espuma, con mucha espuma y agua calentita. A los diez minutos el agua empezó a templarse y yo a tiritar. Fue bastante frustrante. En las películas, los baños de espuma parecían cosas superrelajantes que te curaban el alma y te hacían reencontrarte contigo misma. Después de aquello no volví a creerme ninguna escena en la que alguien pareciera disfrutar de un baño. Recuerdo que años después, al ver a Julia Roberts en el *jacuzzi* de la *suite* de Richard Gere en *Pretty Woman* solo podía pensar en que era muy buena actriz porque hacía como si no estuviera muerta de frío.

Pero en Santo Domingo es verano y estoy llenando la bañera con agua fría, nada puede salir mal. Además, me han aconsejado que lo haga para meditar. Preparo en el portátil un vídeo de YouTube que se llama «Meditación guiada». Estoy aprendiendo a meditar con vídeos de YouTube, ese es el nivel de mi estado emocional dM. Le doy al *play* y dejo el portátil sobre la cama mientras me sumerjo en la bañera.

«Estás sentada en la orilla de un río, el río corre lentamente y tú eres una mera

observadora», dice una voz aterciopelada.

«Soy una observadora», susurro. Intento relajar mi cuerpo dentro del agua de la bañera. Visualizo el río, el agua corriendo. Y a mí misma en la orilla con una postura muy de monitora de yoga experimentada.

«Pasan troncos, que representan tus pensamientos, pero tú no subes a ningún tronco, no te dejas llevar por ellos, ningún pensamiento te atrapa, te dedicas a observar cómo corren por el río», sigue la voz aterciopelada.

Visualizo troncos en mi río. Durante algunos segundos los veo pasar claramente frente a mí. Pero pronto mi río empieza a llenarse de troncos enormes y aparatosos que forman presas espontáneas a lo ancho del caudal, el agua se estanca frente a mí, sobre un tronco está Manuel y sobre otro mi padre, a punto de caer de su tronco. Me tenso un poco pero me repito que tengo que dejar correr los troncos sin moverme, sin ir tras ellos. Sobre otro tronco que va a toda leche aparece mi compañero de vuelo que dice que va malo a trabajar y choca con el tronco de mi padre, haciéndole perder el equilibrio definitivamente. Manuel me lanza una mirada culpable desde su tronco: «¿Ni siquiera vas a ser capaz de ayudar al pobre hombre?», parece decir. Mierda. Me lanzo al agua. Los zapatos me pesan. Mierda. Me hundo.

Manuel había vuelto a nuestra casa después de dos días. Se había marchado con un portazo tras la pelea que provocó que le confesara que aquel test negativo me había dado más alivio que pena. Había vuelto para hablar con más calma, pero en diez minutos estaba de nuevo fuera de sí y yo solo podía mirarlo desde el quicio de la puerta que separaba nuestra habitación del salón, incapaz de moverme, sintiéndome indigna de estar siquiera allí. Lo que había provocado su ira había sido la frase que yo imaginaba la solución a todo el problema:

—Está bien, tengamos un hijo, no quiero que esto acabe.

Entonces me gritó. Y Manuel nunca me gritaba. Nunca.

—Pero ¡es que no vas a dejar de sorprenderme nunca! ¿Quién coño eres? No te reconozco. —Se movía por el salón como una fiera a la que enjaulan por primera vez—. ¿Crees que mi enfado y mi decepción son solo porque no iba a ser padre contigo? ¿No entiendes que la mayor parte es porque creía que podía confiar en ti ciegamente y que con cada frase que dices me doy más cuenta de que la Bárbara que creía mi novia estaba solo en mi cabeza? —Se paró en seco frente a mí y me señaló con las palmas de las manos hacia arriba, y yo no sabía si quería acusarme o hacerse entender—. Sales conmigo, vives en mi casa haciéndola también tuya mientras me dejas a mi bola fantaseando con una vida que sabías que no tendríamos. No se trata de una traición, ¡ojalá fuera solo una traición de una noche en la que te acuestas con otro! Ojalá te hubieras follado a otro y todo nuestro problema se resolviera perdonándote un desliz, ¡lo haría! Sabría cómo hacerlo. Jodido, pero lo haría... Pero esto es diferente, ¡es que no sé quién eres, Bárbara!

Empecé a llorar. Y por segunda vez desde que conozco a Manuel, mis lágrimas no le conmovieron. Se quedó de pie en el salón, mirándome, como quien mira una

escena extraña que no sabe interpretar y que, por lo tanto, no sabe qué emoción albergar. Entornó los ojos, vacíos, su boca en línea recta, sus brazos en jarra. Me miró como queriendo saber qué podría haber dentro de mí para mi llanto, pero su expresión no dejaba lugar a dudas, no tenía la menor idea de por qué lloraba. Si era porque estábamos rompiendo, si era porque me sentía culpable o porque le había jodido la vida que creía que iba a tener. Y lo cierto es que sabía que daba igual lo que yo dijera, porque había perdido toda la credibilidad. Incluso la había perdido para mí misma, ya no estaba segura de si me estaba mintiendo también a mí. ¿Tanto lo quería si era capaz de hacerle todo aquel daño? ¿Qué mierda de forma de querer era la mía?

—Y encima me sueltas que vale, que seamos padres —siguió diciendo, ignorando mi llanto—. Eres la convicción y la coherencia hecha persona. —Su ironía me arañó aún más y fantaseé, absurdamente, con irme a vivir a Bangladés con una identidad falsa y hacer como que mi vida hasta ahora había sido un borrador. Empezar de cero. Teñirme el pelo, llenarme de tatuajes o hacerme de la ciencia ficción. ¿No era eso lo que hacían todos los pirados que no sabían qué hacer con su vida? No sabía qué hacer pero sí que no quería ser más aquella chica que era—. No sé ni por qué he venido. Supongo que tenía la esperanza de volver y encontrar a mi novia, la de siempre, la que yo creía que eras. Pero, me cago en dios, esa tía no existe.

Manuel terminó la frase a duras penas porque se le partió la voz. Cruzó el salón, pasó por mi lado sin tocarme, entró en la habitación como un miura y empezó a hacer su maleta de vuelo de una forma desquiciada, metiendo en ella cosas que no tenían sentido, como chicles o bolis. Lloró. Y yo no fui capaz de pasar del quicio de la puerta. Quería abrazarle y decirle que seguía siendo yo, solo que igual era más miedosa e insegura de lo que él pensaba, pero eso solo serviría para reforzar su teoría de que yo no era la chica de la que se enamoró. Además, tampoco creía que me dejara acercarme a él.

Mi mente seguía pensamientos paralelos. Por un lado estaba allí con él, por otro ideaba la forma de escapar. ¿Y si probaba suerte en Camboya y trabajaba en la ONG con Luis? ¿Y si me rapaba el pelo y me hacía budista? Los budistas no sufrían. Cualquiera idea se me antojaba buena en aquel momento, incluso un gulag no me parecía mal plan.

Estaba colapsada. No podía hablar, no podía pensar. Me senté en el suelo y apoyé la cabeza en el mismo quicio de la puerta de donde no me había movido, mientras oía a Manuel trastear con su ropa y tirar perchas al suelo. Me tapé la cara con las manos. Deseé no haber hecho aquel vuelo a La Habana, no haber conocido a Manuel ni que él me hubiera conocido a mí. Quería no haberme enamorado nunca de esta forma. Quería mi vida de antes, donde me enamoraba a medias, siempre con un pie en el suelo, tocando tierra. O que Will Smith me gaseara con ese spray que borraba la memoria. O que gaseara a Manuel. Sí, mejor a Manuel.

Le oí entonces pasar por mi lado y murmurar:

—Recoge tus cosas y márchate, por favor, volveré en dos días y no quiero

encontrar nada tuyo.

Y yo fui incapaz de enfrentarme a su mirada. Él se quedó unos segundos esperando una respuesta.

—Vale —le dije sin mirarlo.

Y se fue.

Y un día después me fui yo.

Abro los ojos, cojo un bote de champú del borde de la bañera y lo lanzo contra la puerta del baño, que se cierra lentamente. La voz que habla de troncos desde el portátil, en la habitación contigua, no la traspasa. A la mierda la meditación y a la mierda yo.

¿Qué voy a hacer aquí tres días? ¿Por qué estoy aquí? ¿Voy a estar así toda la vida? ¿Es que no existen más trabajos? Quizá pueda encontrar uno donde me dejen hablar con mi acento, ir a currar sin repasarme tres veces el rabillo del ojo y dormir en mi casa cada noche. Quizá estaba equivocada sobre lo que quería, una vez más. Tal vez solo creía quererlo. ¿Cómo se diferencia lo que una quiere de lo que una cree que quiere? ¿Y si después de todo no era ninguna tontería lo de «poetisa callejera»? ¿Y qué si no está tan bien visto socialmente como la aviación? Vale que no cotizas pero no es ninguna tontería aceptar que me sentiría mucho más realizada que poniendo Fantas y diciendo hola y adiós como un robot. ¿Y si lo que de verdad quiero es un término medio entre la indigencia de ser poetisa callejera y esta élite de hoteles de cinco estrellas a solas donde no encajo una mierda?

Aún con el pelo mojado enrollado en la toalla y sentada sobre la cama del hotel, decido no salir a cenar con mis compañeros. No me apetece verles después del vuelo que hemos tenido, así que pido lo primero que veo en el menú del servicio de habitaciones (un sándwich club y una botella de agua) y abro el portátil. Mi plan para esta noche es registrarme en páginas de búsqueda de empleo. No tengo intención de echar un solo currículum, ni siquiera planeo actualizar el mío. Es solo por ver. O eso me digo mientras mis ojos se mueven rápido, con ansia, entre las descripciones de los trabajos ofertados. La mayoría buscan ingenieros en todas sus formas y categorías. Tras descartar un montón de ofertas por no estar cualificada, ya que tengo una carrera de letras que no me sirve más que para decir que tengo una carrera, encuentro algunas cosas.

Secretaria de dirección: no sé hacer eso, tengo mala memoria y el café siempre me sale aguado. Me echarían a los dos días o lo que tardara en mandar a mi jefe a un sitio equivocado a una hora inventada, lo que pasara antes.

Auxiliar administrativo: esto es papeleo, podría hacerlo, me digo. Veo lo que pagan. «Tienen que estar de puta coña», digo en voz alta.

Comercial de productos eróticos: sí, para eso estoy yo. No, necesito algo donde no tenga que parecer felicísima necesariamente. Que pueda estar seria y que no tenga que convencer a nadie de nada.

Recepcionista de hotel: esto sé hacerlo. Las prácticas de la carrera las hice en una

recepción. Buen sueldo. Reúno los requisitos.

Me echo hacia atrás y me apoyo en el cabecero. Me desenrollo la toalla del pelo mirando fijamente la pantalla del portátil. Me muerdo una uña. Me muerdo el labio inferior. ¿Quiero echarlo? ¿Qué hago? Imagino a mi familia sentada en el sofá, perpleja, escuchándome decir: «He dejado ese curro que creéis que es la pera por el que me pagan una pasta porque quiero dedicar mi vida a hacer *check-ins* y *check-outs* por menos de la mitad del dinero». Visualizo a mi madre negando con la cabeza, mirando a mi padre y diciendo: «¿Qué hemos hecho mal?». Visualizo a mi hermano Pablo borrando mi foto vestida de azafata de su salvapantallas. Visualizo a mi hermano Sam diciéndome: «Vas a cambiar explotación laboral suavita por explotación laboral *hard-core*. No lo entiendo».

Es curioso cómo sigo imaginando a mi familia como una familia, que sigue viviendo en mi casa de siempre. He bajado a casa un par de veces, apenas un día y medio cada vez; sé cómo son los apartamentos donde viven ahora mis padres y sé que Pablo se fue al piso compartido de Sam, pero es como si mi mente borrara esta información una y otra vez. También he borrado la última conversación telefónica con mi madre, donde una voz masculina sonó de pronto diciendo: «¿Dónde está mi camiseta celeste, cariño?» y el hecho de que tanto ella como yo hiciéramos como si no lo hubiéramos oído. Es curioso cómo funciona el cerebro para protegerte algunas veces y cómo, otras, se empeña en pasarte recuerdos en forma de diapositivas para hundirte en la miseria.

Alguien llama a la puerta con los nudillos y doy un brinco. Abro la puerta sin recordar que había pedido comida y me alivia ver que es la camarera y no algún compañero para insistirme en salir, lo cual me habría extrañado mucho, teniendo en cuenta las conversaciones que hemos mantenido durante el vuelo.

La camarera es una mujer negra de unos cincuenta años que se mueve con destreza a pesar de su sobrepeso. Lleva un uniforme que parece sacado del *backstage* de *Lo que el viento se llevó*. Es terrible esto de los uniformes. Hay que acabar con ellos, me digo.

Empuja un carrito sobre el que reposa una bandeja muy plateada y muy historiada. Por un momento me da pena que dentro solo haya un sándwich.

Le sonrío, no con una de esas sonrisas congeladas que he aprendido, sino de las otras, de las que ya nunca practico.

—¿Dónde quiere usted que le deje la bandeja, señorita? —grita con una voz grave y una sonrisa enorme que deja ver sus dientes, blancos y perfectos.

—Aquí mismo —le respondo adelantándome y cogiéndola yo. Y la pongo a los pies de la cama.

La señora ya se marcha cuando le digo que se espere para darle la propina.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí? —le pregunto sonriéndole al darle el dinero—. Me suena su cara, creo que la he molestado más veces con peticiones de sándwiches —añado para que no entienda mi pregunta como algo negativo.

—Dieciocho años —me dice, y parece contenta de tener conversación. Al menos esta conversación—. Desde que se abrió el hotel.

—Ah, ya veo. ¡Toda una vida!

—Toda una vida, sí. —Y su sonrisa se apaga un poco—. No es una cosa maravillosa, señorita, pero aquí tenemos un dicho: «No se cambia de caballo a mitad del río».

Asiento.

Cuando se marcha me siento en la cama y empiezo a devorar el sándwich. No me había dado cuenta de que tenía tanta hambre. Hace algunas semanas que noto de nuevo la sensación de hambre, de hecho creo que he cogido algún kilo, ya no se me cae la ropa interior.

—Vamos a intentar cambiar de caballo —digo en voz alta para darme el valor que no tengo, mientras abro el documento que contiene mi *currículum vitae*.

LO DEL 15M

La Puerta de Sol es un hervidero en todos los sentidos. Hay tanta gente que apenas se puede respirar, pero el ambiente es tan alegre y las consignas que cantamos tan ingeniosas que a la gente parece darle igual. Cantamos y gritamos y no podemos parar de reír, mezcla de nervios y expectación por lo que resultará de todo esto. La convocatoria ha sido un éxito de tal magnitud que no solo la plaza está colapsada, sino que las ocho calles que desembocan en ella están abarrotadas de cientos de personas y pancartas que rezan las mismas consignas que estamos cantando. El sentimiento colectivo de hermandad y de empatía entre todos estos desconocidos me provoca un subidón tras otro.

A través de mucha gente que no está en Madrid pero sigue la movilización gracias a Twitter, muchos de nosotros nos vamos enterando de cómo las cadenas de televisión y radio generalistas están ignorando en sus informativos lo que está pasando en Sol. Los que estamos aquí, a nuestra vez, vamos informándoles a ellos, miles, de todo lo que vemos y cantamos. Con fotos y toda la rigurosidad de la que somos capaces, y que no sabemos dónde hemos aprendido, ya que estamos acostumbrados al hecho de que informar es siempre tomar parte y sesgar los datos. Quizá no sabemos hacer periodismo, pero sí cómo no hacerlo. Y todo lo que subimos a Internet en redes sociales y blogs son realidades que estamos viviendo y que queremos describir con precisión, para todos los que no pueden estar aquí hoy.

—¡Ya tengo dos mil seguidores en Twitter! —les digo a los chicos. Bea, Carmen y Lúa corren a compartir los suyos en sus móviles.

—Adivinad cuál es la única cadena de televisión que ha venido a cubrir esto —nos interrumpe Vicente.

—¿Televisión Española? —responde Bea esperanzada.

Todos nos echamos a reír. Bea siempre da el punto de ingenio que necesitamos en

este grupo, a veces demasiado cínico y hasta nihilista si estamos borrachos.

—Intereconomía —dice Vicente, y añade—: *Badabum chssss*. —Mientras finge tocar una batería en el aire.

—Oh, dios mío, vamos a morir.

Que no nos den voz en los medios no nos desanima, más bien al contrario, hace que cientos de personas acampen en la plaza esa noche. Y lo que la primera noche es una simple acampada se va transformando con los días en una infraestructura mayor, con muebles, techados y puestos de información. Seguimos yendo cada mañana, tarde o noche, dependiendo de nuestros turnos en el trabajo. Y siempre que vamos la plaza está llena. El ánimo no decae. Al cabo de una semana seguimos felices y convencidos de que nuestra movilización puede surtir algún efecto en las elecciones autonómicas que van a celebrarse, a pesar de que los medios han empezado a acercarse a nosotros solo para criminalizar la protesta y de que Twitter parece ser la única manera de informarnos entre nosotros. Durante estos días, un simple tuit con foto de un desconocido tiene más credibilidad que Matías Prats en *prime time*. Quizá por eso, a pesar de que me he registrado en Twitter con un seudónimo y la foto de una cabra con tupé, ya tengo cinco mil seguidores que me piden más y más información, desde todos los puntos de España y el extranjero. Yo hago lo que puedo, y también todos los que seguimos allí. Somos legión, estamos juntos, nada puede salir mal.

Pero sí podía. Los resultados de las elecciones autonómicas no dejan lugar a dudas: somos muchos y muy ruidosos, pero ni de lejos la mayoría, y el Partido Popular arrasa en casi todas las autonomías y municipios.

Pero eso tampoco nos desanima. Somos conscientes de que el tiempo ha jugado en nuestra contra, de que tenemos que seguir en la calle, haciéndonos escuchar, animando a otros a unirse a una lucha que, por mucho que quieran desinformar, es pacífica y legítima.

Pero a finales de año, los resultados de las elecciones generales son aún más devastadores: el Partido Popular se hace con la mayoría absoluta, mientras los medios de comunicación consiguen que la gran mayoría del país nos considere ajenos a ellos, somos simplemente una mezcla de «indignados», «perroflautas» y «antisistema». Como si esas tres etiquetas colocadas en editoriales y programas de televisión fueran de alguna forma negativas. Ni siquiera son conscientes del clasismo y manipulación que contienen.

«No somos antisistema, el sistema es antinosotros», escribimos en pancartas para hacer la contrarréplica. «No tengo perro ni flauta», dicen otras. También tomamos prestadas las palabras de Eduardo Galeano: «Hay que elegir: o indignado o indigno». Pero poco a poco voy creyendo que nuestros esfuerzos no calan lo suficiente. Han pasado varios meses y dos elecciones que echan por tierra todo por lo que luchábamos. Me siento un poco Bea. Ahora parece que soy yo la que merece que le acaricien la cabeza y le sonrían con ternura.

Mis dos mundos, el personal y el laboral, no pueden ser más antagónicos, y el contraste que antes hacía mella en mí me tiene ahora constantemente al borde del grito.

—Si tan indignados están, ¿por qué no se van a otro país? —oigo que le dice con tono socarrón una compañera al sobrecargo de un vuelo a Nueva York.

Yo hace tiempo que decidí no posicionarme en estas conversaciones que surgen continuamente en el trabajo, para evitarme una úlcera, así que cuando me veo envuelta en una, hago mutis por el foro. Cosa nada fácil en un avión, por otra parte. Huir de un pico a otro de un espacio reducido no es suficiente cuando lo que realmente te apetece es abrir una puerta y saltar al vacío.

—Porque no están tan indignados —responde el sobrecargo—, es mejor quejarse en las redes sociales desde el sofá de casa, con el Internet que paga papá, que ponerse a trabajar y sacar el país adelante.

—¿Leísteis esa noticia de un auxiliar de vuelo que al aterrizar su avión se autodespidió de su compañía activando el tobogán de emergencias y saltando por él con una cerveza en cada mano? —les interrumpo, casi sin darme cuenta de que estaba hablando en voz alta.

La noticia había aparecido en todos los periódicos, para horror de todo el mundillo de la aviación.

Los dos me miran con los ojos muy abiertos, quizá por mi nada disimulada sonrisa.

—Sí, lo leímos, y también leímos que supuso un coste a la compañía de miles de dólares —me responde el sobrecargo visiblemente enfadado.

—Sí, cierto. Pero, bueno, ¿qué son unos miles de dólares para una compañía que cobra ese dinero con los asientos de *business* de un solo vuelo?

El sobrecargo me mira estupefacto y a continuación mira a mi compañera, que no sabe dónde meterse.

Yo recojo una bandeja con copas de champán para repartirlas en clase *business* y me voy con una sonrisa. Quizá no ha sido la mejor de las intervenciones, pero he conseguido que dejen de decir gilipolleces y cabrearles a la vez, sin necesidad de posicionarme políticamente.

He empezado el 2012 con la firme promesa de no entrar al trapo con cada opinión que me parezca ofensiva, pero también de no pasar por el aro constantemente o reprimirme por miedo a que me echen. Y no voy a sonreír de forma automática cuando no pegue ni con cola. Ni forzar mi acento cuando doy los mensajes por megafonía: hablo un perfecto andaluz que, hasta donde yo sé, sigue siendo español.

Me he propuesto que 2012 no se parezca en nada a mis últimos años. Ni en lo laboral ni en ningún otro ámbito. Creo que estoy plantando cara al miedo. Al miedo a encontrarme sin empleo, al miedo a quedarme sola, al miedo a no tener más sustento que yo misma. Y al miedo al miedo.

Y no parece que sea una de esas canciones que me cantaba a mí misma cuando

Manuel me dejó, llenas de «Ahora soy la Nueva Bárbara, más fuerte y más sabia. ¡JA!». En realidad ya me da igual si soy una nueva o simplemente una más vieja. Y después de todo este tiempo sin Manuel, ya no estoy segura de estar enamorada. Puede que lo esté del Manuel con el que conviví, pero ahora soy otra persona y estoy convencida de que él también habrá cambiado. ¿Seguiría enamorada, tal y como soy ahora, de Manuel, tal y como ahora es él? Pero, sobre todo, ¿importa? ¿Cambia algo saberlo?

Sigo pensando en él más de lo que me gustaría, a pesar de no saber nada de él. De hecho, me he afanado en no saber. En todo este tiempo no he llamado a ninguno de sus amigos, tampoco a sus padres, y mis pesquisas en los momentos puntuales en los que me apetecía autolesionarme se limitaban a buscar en los perfiles de Facebook de sus amigos para ver si conseguía verle en alguna foto o comentario. Pero no habían dado resultado, Manuel había desaparecido por completo.

Después de dos años, la mayor parte del tiempo que dedico a pensar en ello casi temo más la posibilidad de que llame que de que siga sin hacerlo. Pero ahora intento ser sincera conmigo, para variar, y me admito sin demasiada culpa que también hay veces que fantaseo con la posibilidad de que en este tiempo me haya perdonado y que lo vivido sin mí le haya parecido gris y vacío. Y que vuelva.

—¿Por qué has tuiteado a las cuatro de la mañana «Ojalá que lo vivido sin mí te haya parecido gris y vacío», Bárbara? —me pregunta Lúa con los ojos aún hinchados mientras se pone mantequilla en las tostadas.

—Porque soy una cursi —le digo sin más.

—Ahora miles de personas saben que tienes el corazón roto.

—Bueno, lo que saben es que hay una cabra con tupé que está triste. De todas formas, me parece fatal que usemos las redes solo para cosas felices o para enfadarnos. La gente también tiene penas, y parece que ese sentimiento está vetado.

—Llevas razón, hermana. Llevas razón. —Y pone la tele mientras se sienta a mi lado en el sofá—. Hoy me toca maquillar a la directora de Informativos de la cadena. Es la primera vez que lo hago. Es la que dijo: «Antisistema borrachos y poco aseados se niegan a devolverle la Puerta de Sol a la ciudadanía».

—Menuda cerda —comento.

—Intentaré ser sutil con el maquillaje, pero algo le hago.

—No, por favor, que esa tía es muy lista, esa se da cuenta.

Lúa se encoge de hombros y me sonrío. Al parecer, en esta casa no hay nadie dispuesto a conservar su empleo.

Esa misma tarde, a pesar de que libro, recibo una llamada de la compañía. Algo muy extraño, porque otra cosa no pero el descanso de sus trabajadores suelen respetarlo bastante. Así que lo cojo. Es la jefa de base en persona, que me cita para esa misma tarde. Del susto que me da no pregunto ni para qué y me planto allí incluso antes de la hora.

Ella me recibe vestida con su uniforme de auxiliar de vuelo, pese a que hace años que no pisa un avión. Va impecable, es la máxima representación de la imagen de la compañía en Madrid, y tanto su maquillaje como sus accesorios no son solo de los colores corporativos, sino del tono exacto. Me invita a sentarme frente a su escritorio con una sonrisa mecánica que me hace imposible adivinar de qué me va a hablar. La misma sonrisa que consigue que los pasajeros ni sospechen que un motor de su avión no está funcionando ni a tiros. Lleva un coletero negro a juego con el cinturón y los pendientes y un pañuelo rojo del mismo tono que sus labios. No puedo evitar pensar que lo manda todo a confeccionar con el pantone exacto. Su sombra de ojos es del mismo verde pálido que los motivos de la camisa del uniforme, que lleva perfectamente planchada y metida por dentro de la falda. Sus medias son de la densidad correcta, ni un *denier* más ni un *denier* menos.

—Bárbara, hemos recibido un parte negativo de tu último vuelo a Nueva York —me dice abandonando su sonrisa y adoptando una expresión de pena, que sé que no siente.

—Ah, es eso —respondo algo aliviada—, a veces recibo partes sobre mi uniformidad, pero me esfuerzo por mejorar.

—No, no es eso —replica, y parece molesta con mi alivio—. Según nos informa el sobrecargo del vuelo, hiciste apología de un acto cometido por un auxiliar de vuelo de otra compañía que tuvo un comportamiento irregular y por ello fue detenido, de hecho.

«Apología de un comportamiento irregular —me repito mentalmente—. Tiene que estar de coña». Pero esta mujer tiene pinta de no haber hecho un chiste en su vida, así que pienso que tiene que estar hablando en serio.

—¿Tienes algo que decir? —me apremia.

—Algo..., bueno..., me ha llamado usted en mi día libre para tirarme de las orejas por hacerme eco de una noticia que ha salido en todos los periódicos. Creo que lo que tengo que decir, con su permiso, me lo voy a guardar.

La jefa de base enrojece tanto que se pone casi del mismo pantone que su barra de labios. Por un momento creo que está sintiendo vergüenza, pero lo que me dice a continuación me quita la idea de la cabeza.

—Está bien que seas sincera y no lo niegues. Pero no, Bárbara, una cosa es hacerse eco y otra justificar el acto en sí y hasta la cantidad de dinero que tuvo que desembolsar la compañía por la gracia del tipo.

—¿Exactamente cuál es el problema de mi opinión? ¿Que no le gusta? ¿Que quiere que sea otra? ¿Que tiene miedo de que me vuelva loca de repente y acabe activando toboganes de emergencias a mi paso? —De perdidos al río, quiero ver adónde quiere llegar. Y donde sea que sea eso, quiero saberlo ya. Ya he perdido suficiente tiempo.

—Bueno, Bárbara, veo que la conversación contigo no va a bajar de intensidad, así que te informo de que estás suspendida de empleo y sueldo un mes. Iban a ser

solo tres días, pero esta charla no ha jugado demasiado a tu favor. Deja aquí tu identificación, por favor, recógela en un mes.

Un mes. Un mes durmiendo en casa. Un mes sin hacer una maleta. Un mes sin irme con un montón de desconocidos a pasar días en blanco a los mismos hoteles una y otra vez. Un mes de comer sano y no sucedáneos de alimentos. Un mes de no peinarme y no maquillarme. ¡Un mes!

Me saco la identificación que me cuelga en el pecho y la pongo sobre la mesa. Me levanto despacio. Ella garabatea algo en unos papeles, sin mirarme, me da por despachada. Le agradezco el tiempo y me voy, sin respuesta por su parte.

CAPÍTULO 16

LA CHICA QUE MUDABA LA PIEL

—¡Pon las noticias! —exclama Lúa esa noche, entrando en casa con una sonrisa maliciosa.

Yo llevaba un rato mirando la tele pero sin encenderla. Repasando una y otra vez la conversación que había tenido con mi jefa. Hago zapping hasta llegar a la cadena de Lúa y aparece en pantalla la directora de Informativos con unas pestañas extralargas y los labios rosa. La melena rubia que normalmente lleva lisa aparece ahora con ondas que le caen sobre el pecho.

—Me suena a alguien, pero no doy con la tecla —confieso.

—Vamos, Barbi, tú eres la única que siempre aciertas —me anima Lúa divertida.

—Creo que has sido demasiado sutil esta vez. Lo cual está bien, significa que vas a seguir cobrando el sueldo. Yo no puedo decir lo mismo, me han suspendido este mes de empleo y sueldo.

Lúa ahoga un grito tapándose la boca. Sus ojos se abren de esa forma que solo ella sabe hacer, asombradísima porque algo así pueda pasar; sin embargo, a mí no me ha cogido por sorpresa. Casi creo que lo he estado buscando sin darme ni cuenta.

Le explico con detalle mi reunión con la jefa de base y su mirada muestra la estupefacción que tantas veces he visto. Lúa tiene mis mismos treinta y un años, pero su forma de entender la vida real se basa en asimilarla como le gustaría que fuera. Todos conservamos algo de nuestro niño interior, pero Lúa es una niña adulta, que lucha contra curarse de espanto. Y yo no puedo dejar de quererla más por eso que por cualquier otra cosa.

Al ver su cara río, a mi pesar.

—No pasa nada. Este mes no cobro, pero ¡tampoco trabajo! Y tengo algo ahorrado, no hay mayor problema —le digo sinceramente.

—¿Te han llamado de algunos de los sitios donde has estado echando estos meses?

—Para dos entrevistas a las que no pude ir porque tenía vuelos.

Durante el mes sin empleo (y sin sueldo) me dedico a buscar curro por las mañanas y a ver museos por las tardes. Hace casi seis años que vivo aquí y he hecho más turismo fuera que dentro. Como si los sitios que Madrid tiene para ofrecer se pudieran postergar indefinidamente porque, al fin y al cabo, ya vivo aquí. Y eso da el resultado de seis años sin tener la más remota idea de cómo moverme por el Museo del Prado pero saberme al dedillo las rutas del Louvre o los trasbordos que hay que tomar para ir a ver el Cristo de Corcovado o para llegar al Empire State.

Me compro bonos para el Prado, el Reina Sofía, el Thyssen, el cual sí conozco bastante porque es de los más bonitos que recuerdo haber visto (lo conocí hace años, en un viaje a Madrid con el instituto), el Museo Sorolla y el Museo del Romanticismo. Este último es un descubrimiento que me deja perpleja: muebles y obras, tapices y vajillas..., cada pieza me entretiene y me transporta a otros siglos de

tal forma que al salir a la calle de nuevo siento que todo ha perdido brillo desde entonces. Sí que necesitaba una pausa en mi vida, me digo, dejar de volar y poner los pies en la tierra. Pasear, pensar, sin horarios, con calma.

Voy sola. Voy sin móvil. Y si no fuera porque me detendrían, iría desnuda. Tengo ganas de desprenderme de parte de mí. Algo como mudar de piel, ser madre de alquiler o hacerme vegana. Necesito mutar pero no sé exactamente cómo. La misma tarde que salgo del Museo del Romanticismo entro en la primera peluquería que encuentro y le digo a la peluquera que me corte la melena por la nuca.

—Eso son más de diez dedos —me dice algo insegura.

Oh, qué poco me gustan las peluquerías con miedo a cortar melenas. Como si fueran un tesoro, como si no hubiera marcha atrás, como si el pelo no creciera. ¡Es pelo!

Y el mío en concreto es mucho. Tengo pelo para dar y regalar, inmanejable, con mucho volumen, desobediente, enredado sin remisión. Siempre he tenido miedo a cortarlo demasiado y luego no saber manejarlo, o ser esclava de la plancha, pero ahora solo quiero cortarlo y pensar en cómo gestionarlo una vez esté hecho. De repente empiezo a sentir ganas de lanzarme a todo lo que nunca quise lanzarme. El problema es que el corte de pelo es lo menos relevante de todo lo que me cruza la mente.

La chica da un tajo con sus tijeras y veo cómo se queda con un trozo enorme de mi melena en la mano, y acto seguido me mira a los ojos a través del espejo para ver mi reacción.

—Dios mío —digo mirándome a mí misma. Una parte de mi cara sigue teniendo melena, la otra parece haber rejuvenecido veinte años y me veo a mí misma de pequeña. El contraste me deja ojiplática.

—Lo sabía, ¡sabía que no debía! —exclama la peluquera.

Cojo su mano sin girarme, la miro a través del espejo y le pido que continúe. Que me encanta. No es cierto. O al menos no estoy segura de que lo sea. Tengo el pelo húmedo y aún no se ha encrespado por la humedad ni ha hecho de las suyas formando bucles donde no los quiero.

Vuelvo a casa andando, despacio. «Debería hacer más esto», me digo. No pensar demasiado, no analizarlo todo. Dejarme llevar.

Me siento extrañamente valiente y positiva y me pregunto cuánto me va a durar esta racha nada habitual.

Cuando llego a casa pongo la tele y me tiro en el sofá. Me he clavado algo. Busco con la mano bajo mi espalda, haciendo contorsiones con tal de no levantarme. Es mi móvil; lo cojo y miro las llamadas y mensajes. Tengo varias notificaciones pero no quiero verlas ahora. Luego. Abro la cámara del móvil y empiezo a hacerme fotos de mi nuevo corte de pelo desde todas las perspectivas. No está mal. Estoy guapa. Parezco más pequeña, pero estoy guapa. ¡Hey! Esto también es nuevo, no recordaba cómo era sentirse guapa.

Mi cara desaparece de la pantalla del móvil y aparece una llamada entrante de un número muy largo que no conozco. Odio cuando eso pasa. Si ya me da pereza hablar por teléfono con gente que conozco, hacerlo con desconocidos es algo que me provoca espasmos mentales. Respondo al teléfono, pensando que quizá pueda ser Luis desde el extranjero.

—Telepizza, buenas noches, le atiende Barbi, ¿qué desea? —respondo.

Se hace un silencio largo al otro lado y se me hiela la sangre. Luis no se quedaría callado. Manuel quizá sí al oír tamaña tontería. ¡Es Manuel!

—Ehmm..., buenas noches, le llamo del Hotel Plata Laguna, ¿es usted Bárbara?

¡Ay, Dios! Me suena este hotel, creo que es uno de Nicaragua de donde me llevé una almohada. ¿Llaman para echarme la bronca? «Si no quieres que la gente se lleve nada de tus hoteles, ¡no aceptéis a españoles!», pienso para mí. Antes de responder planeo rápidamente cómo contestar a algo así. Puedo hacerles saber que antes de robarla intenté encontrar una similar en Madrid sin resultado. O puedo decirles que las plumas de bebé pato con las que deben de estar hechas para ser tan suaves y cómodas es en sí un acto mayor de terrorismo que el hecho de llevármelas yo a casa. O puedo pedir perdón y que carguen el importe a Aerospain. Sí, esa me parece una solución más digna.

—Sí, soy yo —digo cauta.

—Hola, Bárbara, encantada de saludarte. Soy Remedios, del departamento de Recursos Humanos del Hotel Plata Laguna. Perdona que te llame tan tarde, he intentado ponerme en contacto contigo a lo largo de la tarde pero no lo he conseguido.

—¡Ah! —respiro aliviada—, perdona, es que olvidé el móvil en casa —miento.

—No pasa nada, solo que hay convocada una entrevista para mañana, para el puesto de recepcionista, y hemos visto tu currículum hoy, queríamos contar contigo. ¿Te viene bien? Es a las nueve de la mañana.

En ese momento, algo llama mi atención desde la pantalla de la televisión. Es la jefa de Informativos: lleva los labios pintados de un rosa chillón algo exagerado y unas pestañas más extralargas que la última vez. Hoy, además, luce una melena rubia ondulada con un lazo con una moñita rosa, a juego con los labios. Los pómulos tienen un relieve casi tridimensional y llevan un colorete rosa que hace que no pueda dejar de mirarla. Dios mío, ¿Lúa ha caracterizado a la directora de Informativos de la Cerdita Peggy?

—¡Sí! —le digo a Remedios, y parece que he puesto demasiado énfasis, pero lo que estoy es histérica por la locura galopante que ataca a mi compañera de piso.

—Genial —responde Remedios, que parece contenta por mi entusiasmo—. Te esperamos en el hall del hotel mañana a las nueve.

Miro mi reloj, cuya esfera gigante tiene dibujado un desagüe plateado por el que se mueven las agujas; cada agujero del desagüe representa una hora. Mi reloj aterroriza a todo el que lo ve pero a mí me parece una genialidad. La aguja pequeña

está sobre el noveno agujero. ¡Son ya las nueve de la noche!

Me han dado doce horas para organizar mi entrevista, buscar un traje, averiguar cómo llegar, qué maquillaje usar, dormir, madrugar, vestirme, maquillarme, alisarme mi nuevo pelo que ya veremos si se deja, coger bus y metro y llegar.

Así que, en vez de organizarlo todo, me agobio y me acuesto. Es algo que suelo hacer cuando la situación me supera. He descubierto que echarme a dormir es un coma natural inducido al que una puede recurrir cuando quiera si lo necesita. Me duermo a la media hora, entre rezos para que me cojan y para que a Lúa no la echen.

Al levantarme estoy igual de estresada porque, bueno, a veces echarte a dormir hace que te levantes como una rosa y mucho más relajada, pero otras lo único que consigues es levantarte igual de atacada y con menos tiempo para solucionar el problema en sí. Como hoy.

Opto primero por ponerme el traje de cincuenta y nueve euros de Zara con el que hice la entrevista para Aerospain, pero al probármelo compruebo que se me cae por todos sitios. Aún no he recuperado todo el peso que perdí dM. Lo tiro sobre la cama y miro mi armario, pero entre mi ropa de calle no hay nada que me haga parecer mejor persona. Le cogería algo a Lúa, pero ella tiene las caderas más anchas y la cintura más estrecha, voy a parecer el payaso listo de un circo si voy vestida con su ropa.

Finalmente me decido por un vestido largo gris marengo de manga larga que he comprado hace poco y me queda muy bien. Con los complementos idóneos puedo hacer que parezca otra cosa, o eso he leído en la revista de moda que me dieron ayer en la peluquería mientras me cortaban el pelo que hoy necesito para hacerme una coleta.

Tardo cuarenta y cinco minutos en alisarme el minipelo que me han dejado. Los mechones de la nuca son tan cortos que me quemo varias veces el cuello, y grito en cada ocasión. Me pongo un pañuelo para tapar las marcas rosadas que me he hecho. Me maquillo como si fuera a volar, me pongo los tacones de vuelo y salgo de casa a toda prisa. Como siempre, tarde.

Cae una llovizna muy fina, tan fina que casi no moja pero lo suficiente para que se me encrespe el pelo y se me mojen el abrigo y los tacones de vuelo. Después de un autobús y un metro y de correr de la boca de metro al lugar de la entrevista, entro un minuto tarde al hall del hotel. También se me han mojado las suelas de los tacones, obviamente, así que hago una entrada triunfal en el hotel, resbalando sobre el suelo de mármol, que mientras trastabillo calculo de un valor de medio millón de euros el metro cuadrado. Suelto un «¡coño!» que hace eco en el majestuoso vestíbulo, pero sigo con paso firme hasta la recepción fingiendo que en realidad soy una persona profesional.

—Hola, vengo a una entrevista —les digo al chico y a la chica que están en el mostrador y que no se han perdido detalle de mi *performance*.

—Sí, allí están las demás. —Y la chica me señala un rincón al otro lado del vestíbulo, donde veo un grupo de chicas trajeadas y elegantes, que me miran con lo

que intuyo que es vergüenza ajena.

Llego hasta ellas intentando no volver a resbalar, al tiempo que me aliso el encrespamiento con las manos y sudo por la carrera que me he dado desde el metro hasta el hotel.

—Hola, chicas. Me habéis visto todas resbalar, ¿no? —digo intentando ponerle humor a mi desgracia.

—No, no, no —mienten al unísono.

Vale, esto es aún peor, les da tanto apuro que prefieren negar la evidencia. Habría preferido un «¡Casi vuelcas!», no sé, algo. Pero quizá es que lo socialmente aceptado como educación es esto: mentir. En cualquier caso, decir «¡coño!» al resbalar en un hotel de cinco estrellas no lo es.

En total somos ocho chicas. Una de ellas tiene una melena larguísima y pelirroja, además es guapa con avaricia. Lleva un traje verde oscuro que resalta sus ojos. El resto somos más normales, pero yo soy la única que no va trajeada. Sospecho que eso, en imagen, me resta puntos. La historia de mi vida.

La chica pelirroja no se relaciona con ninguna de nosotras, que susurramos en círculo acerca del tiempo y de lo bonito que es el hotel. Ella no parece muy interesada en entrar en la conversación. Ni siquiera nos mira.

Al cabo de unos minutos aparece una muchacha que se presenta con una sonrisa como Remedios, de Recursos Humanos. Nos pide que la sigamos hasta la sala de entrevistas. Nos hace un pequeño *tour* por el camino, explicándonos cual guía qué es cada estancia por la que pasamos. Un restaurante con paredes de espejos para seiscientos sesenta comensales, un bar-piano con paredes de madera y moqueta verde, salas para congresos..., todo con un toque algo esnob y con un mobiliario que no parece demasiado cómodo.

—Esto es un poco Marina D’Or, ¿no? Tienen de todo —le susurro a la chica que va a mi lado, que me ha parecido más simpática. Pero ella hace como que no me escucha.

Vale, la más normal también pasa de mí. Al fin y al cabo, soy la pobre que ha resbalado al entrar, que ha dicho un taco, que lleva el pelo como Chewbacca y que en vez de traje se ha puesto un vestido *hippie* disimulado con accesorios aleatorios.

La entrevistadora nos mete en una sala donde nos espera otra chica con un traje de chaqueta exactamente igual al de Remedios. La manía de las empresas de clonar a los empleados no deja de perturbarme. Simplemente creo que no voy a acostumbrarme nunca. La nueva entrevistadora se llama Olga y empieza sin demora a explicarnos las maravillas del Hotel Plata Laguna. Se emociona de tal forma al hablar de las instalaciones que parece haberlas construido ella con sus manos desnudas. Nos mira desde lo que parece una especie de superioridad extraña, teniendo en cuenta que ella es solo la de Recursos Humanos. No es tan simpática como Remedios y, cuando toma la palabra, su lenguaje corporal y sus expresiones faciales hacen que parezca que esté pensando si nosotras merecemos su tiempo. Usa un vocabulario muy técnico

para hablar de simples salones y habitaciones. De hecho con tanta jerga, me está costando entenderla, pero en mi cabeza suena a algo como:

—Nuestro hotel es la hostia puta, tiene tantas habitaciones que nos cansamos contándolas. Están hechas de *adamantium* y tienen dobles ventanas para aislar del ruido. Tenemos también tantos salones que si hay un desastre natural, podemos albergar a los supervivientes de todo el país. El precio por habitación es tan alto que vosotras jamás tendréis dinero suficiente para pasar aquí una noche, y el único sitio al que podríais acceder es a la recepción, si es que nos parece oportuno contratar a una, claro. Solo tenemos una vacante, pero la que se la quede ganará más dinero que en toda su vida y obtendrá la felicidad eterna.

Todas asentimos tensas pero sumisas. Me miro con disimulo a mí misma y me dan ganas de llorar por mi pelo, por mi rímel, que intuyo algo corrido, por mi vestido, por mi entrada triunfal, por mi reloj. ¡No! ¡No me he quitado el reloj del desagüe! Me lo desabrocho disimuladamente y lo aplasto entre la silla y mi pierna derecha.

—Comencemos con las presentaciones, chicas —dice Remedios.

Cada una empieza a hacer un resumen edulcorado de su vida laboral, como en cualquier entrevista. Yo, más que contar la mía, estoy deseando conocer la historia de la chica pelirroja perfecta, que solo por su color de pelo yo la contrataría. Aunque compruebo que es bastante buena actriz, porque desde que ha entrado en la sala de entrevistas no ha parado de sonreírnos a todas las candidatas.

Una a una van contando qué han estudiado y qué idiomas hablan. Algunas tienen carreras de verdad e incluso másteres. Una de ellas cuenta su experiencia con una beca Erasmus en Eslovenia que me parece enriquecedora. Las que han hablado hasta ahora tienen bastante experiencia en hoteles, así que supongo que están más cerca que yo de conseguir el puesto. Yo no tengo experiencia en hoteles, ningún máster, y tampoco me he ido nunca de Erasmus, pero confío en que mi trayectoria como auxiliar de vuelo les impacte. Suele impactar cuando hablo de ello. La gente te mira de otra forma, como diciendo: «Mira, si solo parecía una indignada perroflauta».

Solo faltamos la chica pelirroja y yo. Ella me anima con una sonrisa a que hable yo primero. Yo le devuelvo la sonrisa y digo:

—Pues me llamo Bárbara, he estudiado Turismo. Hablo inglés y alemán, y llevo varios años trabajando como auxiliar de vuelo. —Y miro a Remedios con lo que creo que es una cara de «¿suple esto mi pelo y mi rímel?».

—¿Y qué tal la experiencia? —me pregunta Remedios, amable.

—Maravillosa —digo para no desentonar de todas estas historias fantásticas y perfectas que se están marcando mis compañeras—, he conocido sitios y costumbres que no habría descubierto de otra manera. He aprendido mucho sobre otros países pero también sobre trabajo en equipo.

Esa frase me la tenía preparada. Olga toma apuntes de mis palabras, pero soy incapaz de saber qué escribe porque su expresión está ausente de cualquier emoción.

Y le toca el turno a la chica de las sonrisas selectivas.

—Me llamo Candela —dice, y me fascina que se llame Candela con ese pelo color fuego. ¿Es que lo tiene todo? ¿No podría haberse llamado María?—. Hablo cuatro idiomas, pero no tiene tanto mérito como parece; es porque crecí en Suiza que, como sabéis, tiene tres idiomas oficiales: francés, alemán e italiano. Es fácil aprenderlos en esas circunstancias.

Escucho a Candela y solo puedo pensar en las ganas que tengo de decirle: «Mira, bonita, llego a saber que venías a la entrevista y no me pego el madrugón».

Una vez ya todos hemos exagerado nuestras vidas, Remedios y Olga nos invitan a hacer una dinámica de grupo consistente en decidir entre todas qué cuatro cosas, de una lista de ocho objetos, tiraríamos al mar en el caso de que estuviéramos en una balsa que se está hundiendo. Nos dan siete minutos para que nos pongamos de acuerdo en cómo salir con vida de aquella y llegar a una hipotética isla antes de hundirnos.

«Tiraría a Candela», pienso para mí.

Nos dan un folio con los objetos que tenemos: una Biblia, un reloj, una cuerda, un arma, un bote de agua oxigenada, un espejo, un mechero y una bandera de España atada a un palo. Pienso que es fácil.

—Yo tiraría primero la Biblia —empiezo diciendo, pensando que todas iban a estar de acuerdo conmigo.

—No sabemos la religión del resto de supervivientes y la Biblia puede dar mucha paz interior a algunos de ellos en los momentos de incertidumbre que viviremos en la isla —dice Candela sonriéndome.

La miro perpleja. No ha tenido la decencia de dirigirnos la palabra en el hall y ahora le importa nuestra paz interior. Manda cojones.

—Tienes razón —le respondo intentando parecer asertiva—, pero creo que ese es un tema que tendremos que abordar más tarde, cuando hayamos sobrevivido. De momento no hemos llegado a la isla y nos estamos hundiendo.

Candela se encoge de hombros y sonrío enarcando una ceja, como diciendo: «No voy a discutir, no es mi rollo», a pesar de que mi tono ha sido aséptico, simplemente me he limitado a explicar el porqué de mi opinión. Sé que ha sido aséptico porque conozco muy bien la forma en que lo habría dicho de no estar fingiendo ser simpática, algo como: «Tú eres tonta, muchacha».

Otra chica ignora mi comentario y dice:

—Yo tiraría primero el espejo, ¿qué más da qué aspecto tengamos? Lo importante es sobrevivir.

—Bueno, realmente, más que para mirarnos puede servirnos para hacer señales luminosas a avionetas que nos sobrevuelen —explico de forma más aséptica que nunca.

La chica vuelve a ignorarme y mira a la compañera de al lado buscando su opinión. Igual me estoy obsesionando pero juraría que su cara dice: «¿Ha dicho algo la que resbaló?». La otra me mira un poco molesta e intuyo que su respuesta bien

podría haber sido: «No lo creo, al menos yo no hablaría si llevara el pelo así».

¡No es justo! Estoy siendo simpática pero firme en mi opinión. «¡Me estoy esforzando en gustaros, imbéciles!», pienso.

Decido que mejor no volver a hablar, porque Remedios y Olga no dejan de tomar notas cada vez que abro la boca.

Al final, dejaron la Biblia y desecharon el arma, alegando que «no a la violencia»; si hay leones en la isla, pues que nos coman. Pero yo no dejé de sonreír, y en eso sí que no podía ganarme jamás ninguna de las allí presentes. También tiraron el espejo y conservaron la bandera de España para que, si nos veían desde el aire, supieran que no éramos indígenas, sino españolas.

«¿De dónde ha salido esta gente, por el amor de todos los dioses?».

Olga y Remedios nos despidieron con la promesa de llamarnos a todas tanto para sí como para no antes de una semana. Volví a casa cabizbaja y sin demasiadas esperanzas.

—¡La Cerdita Peggy! —le digo a Lúa cuando la veo entrar en casa.

—¡Síiii! —Ríe ella—. Lo hago tan sutil que solo tú te das cuenta —me dice orgullosa.

De repente se me enciende la bombilla. Abro Twitter en mi portátil y pongo en el buscador: «Cerdita Peggy telediario».

Un montón de tuits hablaban del tema.

«¿Soy yo o la presentadora del telediario está rindiendo homenaje a la Cerdita Peggy?», decía una.

«Poned el telediario, ¡la presentadora está a punto de dar paso al reportero más dicharachero! #CerditaPeggy», decía otro.

Contuve la respiración y le enseñé los tuits a Lúa, que se tapó la boca, sorprendidísima. «¿Cómo es posible que haya caracterizado a la presentadora de Cerdita Peggy y la gente esté llamándola Cerdita Peggy?», parecían decir sus ojos.

—Por favor, Lúa, contrólate, te van a echar y a ver cómo pagamos el alquiler. Vengo de una entrevista y no me van a coger. ¡Tenemos que comer, Lúa!

—A ella le ha gustado, decía que parecía más joven —se defiende Lúa.

—¡Y tanto, le has echado tanto pote que no se le veían ni las arrugas de expresión!

—Está bien, está bien —me dice mientras se sienta a mi lado—. ¿Ha ido mal entonces la entrevista?

—Peor que mal —respondo—. Voy a estar volando de aquí para allá toda la vida. Si no me echan antes, claro, lo cual es muy probable.

—Creo que las dos queremos que nos echen, Barbi.

—Yo también lo creo.

En la tele, un señor da las cifras del paro. Casi seis millones de personas no tienen empleo. Y esta cifra no deja de subir, asegura.

—Vámonos al monte, construyamos una huerta, comamos nuestros propios

tomates. Seamos felices —me dice Lúa.

—No me gustan los tomates, ¿podemos plantar otra cosa? —contesto con la vista perdida y el alma en los pies.

Ya han pasado dos semanas desde la entrevista y no me han llamado ni para sí ni para no. Imagino la conversación entre las chicas de Recursos Humanos:

—Crees que es necesario llamar a la azafata *hippie* que llegó un minuto tarde para decirle que no.

—¿Quién dices?

—Ya sabes, la que sonreía, a la que todas ignoraban.

—No sé de quién me hablas.

Pero al abrir mi *e-mail* leo algo que hace que todo me dé igual.

Hola, Barb:

Acabo de aterrizar en Madrid. Me han dado una sustitución hasta final de curso en el mismo cole de Alameda de Osuna. ¿Qué te parece? ¡Estoy contento pero me siento muy raro de estar aquí! ¡Hay carreteras asfaltadas!

¿Te apetece que tomemos algo en el Cañas de Alameda de Osuna donde íbamos siempre?

¡Tengo ganas de verte!

Un beso.

Luis

¡Claro que quiero! ¡No puedo esperar! Estoy tan excitada que no sé qué ponerme. Qué tontería, si me ha visto en pijama, en bragas y sujetador, sabe cómo soy recién despierta, llorando, gritando y eructando. ¿A qué vienen estos nervios por mi aspecto?

Llego antes de tiempo a la terraza donde hemos quedado. Es mayo y yo, como todos los mayos, ya he sacado mis sandalias y mi ropa de verano, aunque he podido usarlas muy pocos días aún. Me impaciento cuando llega mayo, ya quiero salir medio desnuda a la calle, no puedo esperar, quiero sentarme en cualquier sitio y dejarme inundar por el sol. El sol me da la vida. Puede que lo que más eche de menos cuando no sea azafata sea el poder volar hasta el verano cuando en España es invierno y coger calor para que el frío se me haga más llevadero. Hoy hace bastante calor, así que me pongo un vestido corto y unas sandalias. Estoy llamativamente blanca, hace un mes que no vuelo a ningún sitio y el poco color que suelo coger en mis viajes ha desaparecido por completo, así que voy deslumbrando a los transeúntes con los que me cruzo. Es algo por lo que muchas tenemos que pasar en mayo, pasear vergonzosamente blancas por la calle, pero es lo que hay, cuanto antes empiezas, antes coges un tono no llamativo. Hace tiempo que estas cosas comienzan a darme un poco igual. De hecho, ya casi nunca uso sujetador, y lo único que me hace sentir culpa cuando lo hago es haberme obligado a mí misma a haberlo llevado todos estos

años, a pesar de lo incómodo que me ha resultado siempre. Muchas mujeres me han dicho que no les molesta, pero creo que si fuera así dormirían con él. Pienso que nos sentimos socialmente cómodas, pero no físicamente cómodas. Porque, y aquí casi todas coinciden conmigo, no hay mayor placer que llegar a casa y quitártelo.

Me siento a una mesa, al sol, me echo hacia atrás y extendiendo las piernas, asegurándome de que me da el sol por todos sitios. Hace una temperatura ideal y el cielo está celeste. Cierro los ojos y la luz es tan intensa que veo mis propios párpados anaranjados por dentro. El sol casi molesta aun con los ojos cerrados.

—Hola, Bárbara —oigo.

Abro los ojos; la luz me ha cegado lo suficiente para ver una mancha azul sobre la cara de Luis. Sonrío y me levanto para abrazarle. En pocos segundos, la sangre se me hiela y el corazón me late con tanta fuerza que creo que todos los que están en la terraza pueden oírlo. La imagen se ha vuelto nítida. La mancha azul desaparece y debajo no está Luis, sino Manuel.

Noto cómo mi cara palidece. O se pone roja. No estoy segura. El corazón no está controlando bien dónde manda la sangre en estos momentos. No puedo hablar. No sé hablar. Las palabras no tienen sentido ni soy capaz de armar una frase sensata en estos momentos.

Manuel me mira serio, de pie, frente a mí. Hace dos años que no lo veo. Su barba tiene más canas pero por lo demás parece el mismo. Lo veo tragar saliva con dificultad. Tiene las manos en los bolsillos de los vaqueros. Su mirada es la misma que aquel día en la recepción del hotel de La Habana: seria, reflexiva. En aquel momento fue indescifrable, hoy ya no. Ya le conozco. Y esta es su mirada de anhelo.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Bien —respondo al tiempo que me meto las manos en los bolsillos del vestido para que no vea que tiemblo—. ¿Y tú?

—Bien. He estado viviendo en Francia hasta hace unas semanas. Con los simuladores, ya te dije, ¿no? —explica, y desvía la mirada.

—Sí. —Y reúno valor para añadir—: De hecho, es lo último que me dijiste.

Él me mira de nuevo. Me mira como si quisiera abrazarme. Como a punto de quebrarse. Se acerca un poco más y yo no sé si seguir aquí o salir corriendo. Manuel se queda solo a unos centímetros de mí. Me coge un mechón de pelo y sonrío de una forma increíblemente triste pero bonita.

—¿Cambio de *look*? —pregunta en voz baja.

—Algo así —digo intentando no tiritar. Hace calor, no podría justificarlo.

—¿Quieres tomar algo? —Señala mi mesa—. Yo he venido con Robe, pero si tienes tiempo lo dejo solo un rato.

—Yo he quedado con Luis a las cinco. —Miro mi reloj, la aguja larga está en el décimo agujero del desagüe. Tengo diez minutos—. Hasta que llegue podemos tomar algo.

Pero no tomamos nada ni tampoco llamamos al camarero. Nos sentamos uno

junto al otro. En silencio. Mirádonos. Analizando cada detalle de la cara del otro, que son las mismas pero son nuevas, intentando encontrar algo diferente.

—¿Has vuelto para quedarte? —le pregunto.

—Sí. Estoy con los cursos de reciclaje del Airbus 330 para volver a pilotar.

No sé cómo tomarme este dato. El pulso no me baja, las manos no me dejan de temblar. No puedo pensar con claridad.

—Yo sigo en Aerospain —le digo, obviando el hecho de que oficialmente no estoy en Aerospain hasta dentro de cuatro días, que me levantan el castigo—. Supongo que coincidiremos.

Él sonrío tímidamente.

«Estoy enamorada de este hombre —me digo—. O al menos lo estoy del Manuel que yo conocí». No quiero saber si este Manuel sigue siendo aquel. Porque no sé si podría vivir con el hecho de que no ha cambiado, de que sigue siendo el mismo tipo al que amo profundamente. No puedo vivir para siempre enamorada de alguien que se fue sin mirar atrás porque no quiso compartir su vida conmigo, por mi salud mental, espero que no. Casi prefiero que haya cambiado por completo, que ahora sea un gilipollas que ha abandonado el pesimismo y se ha hecho madridista. Que estos dos años le hayan cambiado la forma de ver la vida. Que haya sido padre, que haya encontrado a otra persona, que me deje seguir olvidándole.

—¿Por qué has vuelto? —le pregunto bruscamente, cortándole algo que iba a decir.

Él me mira y se muerde los labios suavemente, como si estuviera buscando bien las palabras antes de contestar.

—Han pasado muchas cosas en estos años —dice.

Y no sé si quiero saberlas. Deseo con todas mis fuerzas no estar aquí, no haber venido a este barrio, no haberle visto.

—¡Hey!, ¡habéis venido juntos! —exclama una voz.

Ambos nos giramos y vemos aparecer a Luis. Está tan moreno que da miedo. Se le ve también más delgado, pero luce una sonrisa tan amplia y sincera que no puedo evitar sentir un poco de alegría entre tanta nostalgia. Quizá también siento alivio porque Manuel no ha seguido hablando.

—Tú también querías verme, ¿eh? ¡No podías esperar a que tuviera mi momento con ella! —protesta Luis, y sé que en el fondo lo dice en serio. Y sé muchas más cosas que no quiero reconocerme.

—No, tío, en realidad hace dos años que no nos veíamos y nos hemos encontrado aquí —dice Manuel tendiéndole la mano, un poco contrariado por verle llegar, quizá, antes de lo que esperaba.

Luis nos mira. Nadie le había dicho nada. Yo menos. Parece necesitar algo de tiempo para asimilar lo que acaba de oír. Yo no digo nada, pero mi cara tiene que ser un poema.

—¿Vuelvo en un rato? —pregunta, sin saber muy bien qué hacer.

—No —respondo antes de darme cuenta de que he hablado. Y no sé qué más decir.

Ambos me miran sorprendidos. Manuel nunca se pone nervioso, pero esta vez balbucea.

—Yo he... he dejado al pobre Robe ahí dentro. —Y señala el interior del bar—. Mejor me vuelvo con él. —Y se despide deprisa, ante la mirada aún atónita de Luis.

Antes de entrar en el bar, me mira entre avergonzado por mi negativa y muerto de miedo por lo que ese «no» haya podido significar. No sé si Manuel ahora es otro, pero sus miradas siguen pareciéndome tan cristalinas como antes. Me mira solo un instante, pero lo suficiente para desarmarme completamente.

—¿Podemos ir a otro sitio, por favor? —le digo a Luis. Le doy las llaves de mi coche y le pido que conduzca adonde sea.

LO DEL HOMBRO DERECHO DE LUIS

Luis para el coche en medio de la nada. Parece un polígono industrial, pero no sé dónde nos encontramos exactamente porque a pesar de haber estado mirando por la ventanilla todo el camino no he visto nada.

—No sabía nada, Bárbara —me dice con cuidado.

—Sí, me lo imaginaba —contesto sin dejar de mirar por la ventanilla.

—¿Por qué no me has dicho nada? ¿Por qué dejaste de escribirme? —me pregunta cogiéndome suavemente por la barbilla y haciéndome mirarle.

—No lo sé —digo sinceramente.

Miro su pelo rizado, más largo de lo habitual. Su piel morenísima y sus ojos marrón claro. Lleva una camiseta, también marrón, con una estrella roja en el centro. Fui con él a comprarla hace lo que me parece un millón de años.

—¿Por qué lo dejasteis? Se os veía de puta madre.

Le cuento a Luis lo que he contado tantas veces. Esta vez de una forma nueva, más reflexiva, y con la certeza de que jamás me juzgaría. Hablo para él como excusa para hablarme a mí misma.

—Los hijos. La maternidad. El caos. —Empiezo de una forma desordenada, pero no me importa. No quiero fingir ni una sola palabra ni confeccionar un discurso, necesito soltar como sea lo que nunca digo. Y las palabras me brotan todo lo que no me han brotado en este tiempo. Se atropellan unas a otras, pujando por salir todas a la vez—. Me mentí muchas veces, como si..., como si la certeza que he sentido siempre de que no quiero ser madre pudiera convertirse en una simple duda en algún momento, o incluso cambiar por completo y transformarse en deseo. Como si mis ganas de vivir sin ser madre fueran una enfermedad que se puede curar en algún momento. Como si no tuviera un argumentario interminable de porqués, ¿sabes? —Y no dejo que Luis conteste. No lo necesito. Solo quiero que me escuche—. Creo de verdad que la gente tiene hijos sin ningún autoconocimiento, sin pensar antes si van a

ser capaces de lidiar no solo con un bebé, sino con un adolescente. No se conocen a ellos mismos ni son conscientes de que van a crear a una persona que puede convertirse en alguien bueno pero también en alguien dañino. Porque puedes joderle la vida y el carácter con tus propias mierdas sin ni siquiera darte cuenta. —Empiezo a llorar, rompiendo la racha de más de un año sin hacerlo por este motivo, y ahora que lo pienso, por ningún otro. Pero me da igual, estoy tranquila, porque sé que esta sí será la última—. Y me caló demasiado el mensaje de «No quieres tener niños TODAVÍA porque no ha llegado el que tiene que llegar». ¿Quién coño es ese tío? —exclamo—. El que tiene que llegar ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿cómo? Como si la vida fueran dos días y tú siempre la misma tía. Como si solo hubiera una persona que puede llegar a tu vida a hacerte feliz para siempre. El que tenía que llegar en aquel momento era Manuel, pero Manuel no tiene por qué ser la única persona que llegue. Y que llegara y yo siguiera convencida de no ser madre no significa que no fuera la persona correcta.

Miro a Luis. Él me observa con tanta intensidad que me perturba incluso en estos momentos, donde no me cabe ya ni una emoción más. Estoy sintiendo tantas cosas — odio, amor, rabia, nostalgia...— que creo que podría vivir lo que queda de año sin sentir nada, como un robot, vacía, en blanco, para compensar.

—Pero tenía miedo de hablar esto con él, sabía su pasado, sabía por qué se desgastó su relación anterior, y fue por esto mismo. El pobre ha dado con las dos únicas desalmadas del planeta, o no sé... Al menos ella le fue siempre sincera. —Meneo la cabeza, intentando recordar—. Luego me contó que hubo más factores, pero lo cierto es que los demás surgieron a raíz de ese. Y yo no quería que a nosotros nos pasara lo mismo. Pero, claro, por otra parte sentía que tener un niño también nos cambiaría como pareja... Un crío te cambia la vida. Y yo no quería cambiar la mía, era muy feliz.

Luis me seca la cara con la mano, pero no da abasto. Coge su camiseta por un extremo y me limpia los mocos de la nariz. Me hace reír, de repente. A mi pesar.

—Entiendo que él te dejó —concluye al rato.

Yo río, me separo de él y asiento.

—Sí, claro.

—Y entiendo que te dejó por la traición más que por el hecho de que no quisieras tener niños. —Lo miro perpleja. ¿Cómo sabe algo así? ¿Tan obvio parece desde fuera?—. Quiero decir —continúa al ver mi reacción—, sé cómo te quería Manuel. Creo que habría podido lidiar con la posibilidad de que no fuerais nunca padres, pero que le dejaras vivir una mentira se me hace más difícil de manejar.

—Manuel me quería porque el tiempo que pasamos juntos yo no le dije la verdad. Quizá si se lo hubiera dicho desde el principio no me habría dado la oportunidad de estar juntos y no se habría enamorado de mí —protesto.

—O puede que sí. Nunca lo sabremos. De cualquier forma, se habría enamorado de una Bárbara más real, y no de una Bárbara en parte impostada.

—Quizá la Bárbara real es una impostora y no sabe hacerlo de otra forma porque siempre está muerta de miedo.

Luis sonrío un poco. Me coge la cara entre sus manos para que le preste toda la atención de la que sea capaz.

—Bárbara, estratégicamente para mí no es el mejor momento para decirte esto, pero para ti sí. —Luis coge aire como pensándolo de nuevo si es buena idea continuar con la que está diciendo—. Te conozco, Barbi eres transparente, no puedes fingir sin que los que te conocemos de verdad sepamos que finges y, aun así, nos muramos de amor viendo cómo te crees muy buena haciéndote la valiente. Y a pesar de saber que tienes partes terribles, uno se puede enamorar de ti de tal manera que cuando quiere darse cuenta se ha ido a tomar por culo a Camboya, para no notar que ya no estás.

Yo creo que la mandíbula se me ha descolgado un poco. No sé qué decir. Sabía lo que Luis sentía, pero no cuánto. No intuía que tanto, la verdad. Lo que sí que no sé es cómo lo quiero yo. Lo que siento por Luis siempre estuvo en segundo plano en mi cabeza, eclipsado por Manuel. Es cierto que lo quiero, que no lo quiero de la misma manera que al resto de mis amigos, pero no sé de qué forma quiero relacionarme con él. Manuel lo ocupó todo siempre.

—Entiéndeme, no quiero disculpar tu forma de comportarte con Manuel —añade, sin importarle en absoluto que no haya contestado a eso último. Realmente no esperaba que me echara en sus brazos, solo que supiera que no soy tan horrible como yo misma me veo, poniéndose a él y a sus sentimientos de ejemplo. Me parece de una generosidad tan pura que me dan ganas de seguir llorando—. Solo quiero poner también algo de responsabilidad en él. Vivía contigo, joder. ¿No ha sabido nunca interpretar tus silencios cuando hablabais de ese asunto? Yo he visto cómo has cambiado de tema delante de él cuando se hablaba de algo relacionado con niños. Y me he dado cuenta de tu cara de póker cuando él y yo hablábamos de las gracietas de mis alumnos. ¿Cómo ha interpretado él todo eso? Como le ha salido de los huevos —suelta contestándose a sí mismo—. Él también se ha dejado engañar, Bárbara. Los dos teníais vuestros propios miedos.

No sé qué decir. Este análisis desde fuera me está abriendo nuevas preguntas que no tengo ganas de contestar. Demasiado en qué pensar. Demasiados nervios y emociones para solo un día. Manuel como parte responsable es algo que ni se me había ocurrido pero tampoco es tan descabellado. O puede que sí. No lo sé.

Bajo del coche y le pido a Luis que nos sentemos fuera, en un bordillo de aquel polígono, en el capó, donde sea. Necesito salir de ahí dentro.

Luis saca un paquete de tabaco del bolsillo trasero del pantalón y se enciende un cigarro.

—¿¡Fumas!?! —exclamo horrorizada.

—He vuelto a fumar después de seis años. Camboya me ha transformado para mal, al parecer. —Y sonrío.

—Sí, culpa a Camboya —le digo mientras cojo otro cigarro del paquete y le quito

el mechero. Lo enciendo mientras me siento en el capó de mi coche.

—¿¡Qué!?! ¿¡Fumas!?! —grita.

—En realidad, no, pero he visto muchas películas y en estas escenas tan intensas la gente parece aliviada cuando enciende uno.

Luis suelta una carcajada que me traslada a nuestro piso, a nuestras cenas, a cuando me gustaba mi trabajo, a cuando Madrid me parecía un tesoro que descubrir y no un sitio del que huir.

—Me han suspendido de empleo y sueldo un mes —le cuento.

Luis me mira y silba.

—¿Se te olvidó un pendiente? ¿El tono del rímel no era del negro corporativo? —dice entre irónico y molesto.

Yo me río. Me hace tanta gracia que no puedo parar de reír. Quizá porque es muy gracioso, quizá porque me siento feliz de ser entendida, de que comparta conmigo su indignación por las mismas cosas. Quizá porque Luis ha vuelto. Quizá porque lo echaba terriblemente de menos y ahora está aquí, fumándose un cigarro a mi lado, sentados en un capó en mitad de la nada, como si el tiempo no hubiera pasado.

Mi teléfono suena, sacándome por completo del momento mitad místico, mitad cómico que estoy viviendo. Miro la pantalla. Es un número muy largo, pero esta vez doy por hecho que no es Luis desde el extranjero. Es Remedios, de Recursos Humanos, que se disculpa por la tardanza en llamarme y me invita a formar parte del personal del Hotel Plata Laguna.

Al colgar, Luis se sienta a mi lado.

—¿Todo bien? —pregunta, sin más.

—Todo bien —digo sonriendo, y apoyo mi cabeza en su hombro mientras me fumo el cigarrillo.

La noche de aquel día recibo un SMS mientras ceno con Lúa. Más bien mientras ella cena y yo mareo la comida en el plato. Han pasado más cosas en un solo día que en los dos últimos años y no puedo probar bocado. Me siento extrañamente viva. Casi no recordaba bien esta sensación de que el corazón me lata con fuerza, aunque no sepa exactamente por qué. Aunque vaya a necesitar meses para saber qué me está pasando por la cabeza. O por el corazón. O por donde sea que me estén atravesando todas estas emociones, ideas, reflexiones...

—Dime —dice ella cogiéndome la mano antes de que alcance el móvil—, de quién quieres que sea el SMS, ¿de Luis o Manuel?

La miro y pienso en la suerte que tuve al encontrarla. Me ha dado, sin darse cuenta, la estabilidad y el arraigo que necesitaba cuando lo necesitaba, y sobre él pude sentarme a construirme de nuevo y a volver a confiar en mí misma; a convertirme en el pilar principal sobre el que apoyarme cuando el mundo se sacuda.

Quizá ese arraigo que necesitamos a veces va cambiando de persona y de lugar.

Quizá necesito que todo se tambalee de vez en cuando para volver a buscar un nuevo amarre que me sujete mejor. Quizá trastabillar y romperse no siempre es malo.

Quizá el mundo está lleno de Lúas que son amarres pero que, a su vez, necesitan de otros puertos donde asentarse. Y quizá uno de esos puertos, a veces, pueda ser yo.

—Creo que no es buen momento para que sea ninguno de los dos —contesto.



@BARBIJAPUTA es una de las tuiteras feministas más conocidas de la Red. Con más de 200.000 seguidores, se dedica cada día a analizar la actualidad desde un punto de vista crítico y con un humor cáustico, poniendo en evidencia las taras sociales y el sexismo en el que todavía se encuentra inmerso nuestro mundo. Es colaboradora habitual de Eldiario.es y de otros medios digitales.